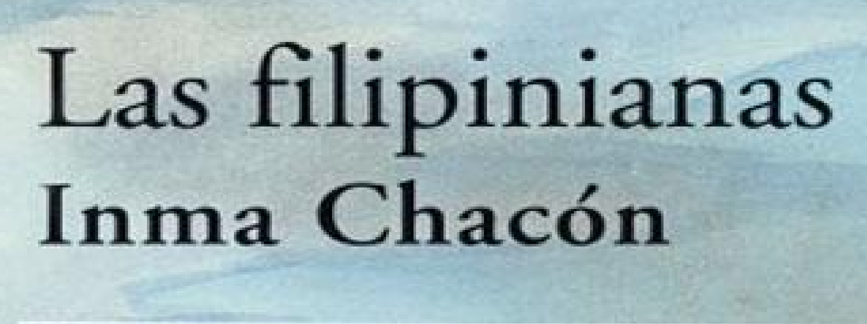

Las filipinianas
Inma Chacón

Una saga de mujeres aristócratas con unas vidas marcadas por el viaje. Manila, Alejandría, Palma de Mallorca y Toledo se convertirán en escenario de la evolución de tres hermanas, que llegarán a Manila arrastradas por el sueño de su padre. En un clima de tensiones políticas, estas mujeres lucharán por encontrar el hueco que las defina a sí mismas, en la masonería, en la familia, o en la sociedad clasista de la segunda mitad del siglo XIX, pero, sobre todo, en un país bello y a la vez hostil que las cambiará para siempre.

Inma Chacón construye con minuciosidad una novela histórica que nos traslada a los olores y sinsabores de una época difícil en la que España se enfrenta a la pérdida de sus colonias.

Lectulandia

Inma Chacón

Las filipinianas

ePub r1.0
redde 30.08.14

Título original: *Las filipinianas*
Inma Chacón, 2007

Editor digital: redde
ePub base r1.1

Para aquellos que llevaron Manila en su corazón en algún momento de su vida, en especial para «los últimos de Filipinas» y para todos los que les recuerdan.

¡Sálvese la rutina y piérdanse las colonias!

José Rizal.

Antes que libre ya fui camino.

Miguel Veirat.

1

El puerto de Alejandría parecía un laberinto de bultos que esperaban en los muelles para su embarque. Don Francisco acababa de comprobar que todos sus enseres se encontraban perfectamente apilados frente a la cubierta del *Isla de Luzón*. Siempre supervisaba la carga de sus pertenencias en cualquier barco, tren o carruaje que las transportara hacia un nuevo destino. Toda su casa se trasladaba con él. Podría haber delegado en su asistente personal o en algún empleado del Consulado, pero prefería no dejar nada fuera de su propio control.

Los muebles de caoba de su familia, los sillones de damasco, los cuadros, los baúles, las alfombras, los candelabros, las lámparas de Bohemia… Pero, sobre todo, el ajuar de su querida esposa: el dormitorio de palosanto que estrenaron la noche de bodas, la colección de abanicos y cajas de música, las vajillas de porcelana, las cristalerías, las cuberterías de plata, los espejos… Si algo llegara a perderse, don Francisco no se lo perdonaría.

La primera vez que se mudaron, fue ella quien insistió en que vigilara personalmente que todo el equipaje llegara intacto. Su hogar. Sus dominios. Ella aceptó que la llevara de un lado al otro del mundo, con una sola condición: que su casa la acompañara siempre. Y él se lo prometió. Su casa eran sus cosas. Colocadas en lugares distintos, en ciudades distintas, en países distintos. Incluso en distintos continentes, sus cosas seguían siendo las mismas, y reproducían su espacio allá donde ella las pusiera. Los mismos salones, los mismos comedores, los mismos gabinetes, las mismas alcobas. Su casa iba con ella.

Don Francisco volvió a contar el número de bultos que llevaban su nombre y dirección en el dorso y en el frontal:

Don Francisco de Asís Camp de la Cruz y Suárez de la Alameda.
Marqués de Sotoñal.
Calle de Santa Clara números 8 y 10.
Manila.
Filipinas.

Afortunadamente, el número de bultos coincidía con el que había salido de su residencia una hora antes. El marqués subió a cubierta y saludó al capitán del barco, que controlaba la estiba en aquellos momentos junto a su primer oficial de carga.

—De manera que a las Filipinas, señor marqués.

—Así es.

—¿Consulado otra vez?

—No. Se acabaron las misiones diplomáticas. Voy a ocupar el puesto de organista de la catedral de Manila.

—¿Organista?

—Así es, organista. Me ha costado muchos años, pero por fin lo he conseguido.

—¡Vaya! Pues enhorabuena. No sabía yo que fuera tan difícil.

—Decir difícil es decir poco, capitán, algunos lo esperan toda la vida.

—¿Y deja el cuerpo?

—No exactamente. Filipinas es una colonia, no se necesitan diplomáticos españoles allí. Pero colaboraré con Gobernación General para la actualización del censo de los indios. —¿No están censados los indios?

—No todos. Algunos desobedecieron el edicto que les obligaba a españolizar su nombre, y ahora no se sabe cuántos hay.

—¡Vaya!

—Así es.

Los dos hombres observaban en la cubierta de carga cómo los estibadores colocaban la mercancía, que sería después trasladada a las bodegas bajo la supervisión del primer oficial.

Una vez completadas las primeras maniobras de distribución de los bultos, don Francisco abandonó el barco por la misma pasarela por donde habían entrado. El capitán le acompañó a tierra y le despidió con un apretón de manos.

—Hasta mañana, señor marqués.

—Hasta mañana, capitán. Ha sido usted muy amable permitiéndome subir a bordo. Muchas gracias.

—No tiene por qué darlas. Todo un placer.

Don Francisco volvió al laberinto de bultos del muelle. Parecía que todo Alejandría se marchaba de viaje. Barriles de agua y de vino, fardos con toda clase de telas, sacas de correo, muebles, vagonetas de carbón… Los bultos más pequeños parecían dirigirse solos hacia los barcos, acoplados a las cabezas de los porteadores, mientras los más grandes se deslizaban sobre plataformas de madera provistas de ruedas, que los camellos se afanaban en arrastrar.

Todo el muelle en movimiento, intentando terminar las tareas antes de que cayera la tarde.

Pero todos no se iban. No. Don Francisco miró hacia la fortaleza que se alzaba en una de las puntas del malecón. En la claridad del día, parecía una alcazaba de marfil, pero el sol poniente la había transformado en una silueta oscura, sin volumen, recortada a contraluz.

Aquella fortaleza, que se levantaba en el mismo lugar donde siglos atrás se desplomaron los ciento cincuenta metros del Faro de Alejandría, símbolo de la grandeza y del poderío de Egipto, le recordaba que no todos se marchaban. Todos no.

El marqués se dirigió a pie hacia el distrito europeo. Le dio la espalda al malecón y se dispuso a cruzar las callejuelas del barrio árabe, repletas todavía de vendedores de alfombras y de conversaciones a las puertas de los talleres de los artesanos. Podría haber alquilado un carruaje en el puerto, pero no lo hizo, prefirió despedirse de la ciudad saboreando el olor de las

pipas de agua que salía de los cafetines, el color de las lanas secándose en sus tendederos, el calor, la humedad, el regateo de los comerciantes, y el sonido de las fichas de dominó, repiqueteando contra los tableros de las mesas de los cafés e imponiéndose sobre el bullicio del zoco.

2

La había conocido en París.

Hacía veintiséis años que sus manos acariciaban aquellos hombros. Veintiséis años desde que aquel cuerpo se dejaba oler, y aquellos labios recorrían su espalda hasta la indecencia. Veintiséis años en los que le siguió alrededor del mundo, y en los que la pasión había conseguido sobrevivir, a pesar de las estrategias que el destino urdía para intentar separarlos.

Y ahora, cuando ya no necesitaban luchar, ni buscar excusas para encontrarse, ni construir mundos propios donde ocultarse de los otros, ella había decidido que no le seguiría más.

—Estoy cansada, Francisco. Ya tengo cuarenta y dos años. No es edad para ir correteando detrás de nadie.

—¿Cómo puedes hablar así?

—No te enfades, te sigo queriendo como siempre, pero estoy cansada. Volveré a España, me instalaré en el pueblo de mis abuelos, donde todos piensan que triunfé en América, y seré una viuda que no tuvo hijos y que volvió de las Indias.

—No puedo creer que todo termine aquí. Tiene que haber alguna forma de convencerte.

—¡Sí! ¡La hay! Ya lo sabes.

—Pero eso no puede ser, Lola, ¿a estas alturas quieres acabar con mi carrera? ¿Quieres arruinar la vida de mis hijas?

—Pues si no puedo ir a las Filipinas como casada, volveré a España como viuda. Me instalaré en una casita pintada de azul, y plantaré una palmera en el jardín.

—Pero, Lola, si a ti no te gusta el azul.

—Es igual, me gustará desde ahora.

No le gustaba el azul. Él le había enviado un ramo de violetas azules y ella se lo había devuelto con una tarjeta:

No me gusta el azul.

Fue en París, en el teatro donde ella estrenaba La Pícara Lola. Tenía diecisiete años y nadie había conseguido todavía robarle la razón.

El teatro se desbordaba de público.

Las mujeres con vestidos de volantes y guantes hasta la mitad del antebrazo. Los hombres con levita, corbata de lazo ancho y chaleco. Ellas con peinados rococós y alfileres con brillantes en los rizos. Ellos con sombrero de copa y pantalones ajustados. Todos con los anteojos dispuestos, deseando ver a la Pícara Lola.

En uno de los palcos de platea, un grupo de jóvenes se entretenía tirando bolitas de papel hacia el proscenio. Los músicos tocaban la sinfonía que precedía al primer acto. En los palcos superiores, las marquesas y las duquesas controlaban cada palmo del teatro, buscando las presencias y las ausencias, y fingiendo escandalizarse cada vez que descubrían a algunas de las mantenidas que se habían atrevido a presentarse en el teatro, a sabiendas de que se encontrarían allí con las esposas. Para aquellas ocasiones, las barraganas lucían sus mejores escotes y, sobre ellos, piezas de joyería que muchas consortes quisieran para sí.

La Pícara Lola miraba desde bastidores. El día anterior, aquel mismo público había hecho llorar a la primera bailarina, la amante de uno de los ministros del Gobierno. Y no era la primera vez: cada actuación del ministro que contrariaba a sus oponentes políticos se encontraba con el pataleo general que sufría la pobre protegida. Un ruido ensordecedor que el aplauso de la claque intentaba disimular sin resultado.

La Pícara Lola buscó en el gallinero a las únicas personas con las que tenía asegurado el éxito: la patrona de la pensión en la que vivía desde hacía ocho meses; la costurera que le había enseñado a bordar las lentejuelas del

corpiño, para que brillaran tanto como si estuviera cosiendo el doble de las que consiguió comprar; el zapatero que le forró los zapatos; la panadera; el ferretero; el cochero; la planchadora de la pensión…

El espectáculo estaba a punto de comenzar.

El tercer aviso de la campanilla resonó en los oídos de Lola como una advertencia: o te ganas al público o tendrás que volver a Toledo.

El telón comenzó a levantarse, las luces se apagaron. El silencio. Cuando ella apareció ante el público, los jóvenes del palco de platea lanzaron un olé que secundó toda la sala. La suerte ya se había repartido.

Sentada en un tonel, con un decorado a su espalda que simulaba las olas del mar, la Pícara Lola se abrazaba la pierna derecha con las dos manos, apoyando el pie en la rodilla izquierda, como si fuera un cruce de piernas a medio terminar. Las medias de seda se unían al corpiño a través de unos ligueros de encaje.

Las mujeres envidiaron la blancura de aquella piel, que se dejaba ver desde el final del corpiño hasta el negro de las medias. Los hombres contenían la respiración intentando imaginar aquello que no se veía, soñándose los dueños de aquellos ligueros, de aquel corpiño, de aquella mirada oscura que se perdía en el patio de butacas como si el teatro estuviese vacío.

Comenzó su cuplé sin acordarse del miedo. Sin pensar que se había gastado los últimos francos en comprar aquellos tacones, aquellas medias, aquel bombín. Cantó para sus amigos de las últimas gradas; para sus padres, a los que imaginaba en Toledo, rezando para que su hija triunfase; para su abuela, que le había enseñado las tonadillas que ahora cantaba en París; para su hermana, casada desde los catorce años, limpiando y planchando en casa de un señorito, y trayendo hijos al mundo, como si las mujeres no sirvieran para otra cosa que para fregar y parir.

Pero sobre todo, cantó para ella, para demostrarse a sí misma que tenía razón cuando decidió independizarse de la compañía con la que llegó a París, para asegurarse de que hizo bien al rechazar la protección de su director, que insistía en llevarla a su cama a cambio del éxito.

Sí, cantó para ella, para cumplir sus sueños, para convertirse en una diva y elegir la vida que deseaba vivir.

Y triunfó.

Los aplausos reventaban la sala mucho antes de que terminara su último do de pecho. No se había movido del tonel. Sus piernas continuaban a punto de cruzarse, enfundadas en sus medias de seda, esperando durante toda la representación que cayera la derecha sobre la izquierda. Piernas largas, firmes, de una blancura insolente.

En el palco de platea los gritos se imponían sobre los aplausos y los olés.

—¡Viva tu madre! ¡Viva tu madre!

—¡Toledana!

—¡Viva Toledo!

El anfiteatro se vino abajo, el patio de butacas se puso en bloque de pie, coreando los gritos de «Toledana» y «Viva Toledo».

Repitió éxito en el segundo número de la noche, y en los de la noche siguiente, y en los de la otra. Y en los de todas las noches en las que acabó enamorando a medio París.

Los jóvenes del palco de platea asistieron a todas las representaciones. También eran de Toledo. Cada noche le enviaban flores al camerino diciéndole que habían ido a París sólo para verla; la esperaban en la salida de artistas con el ofrecimiento de acompañarla a la pensión; la invitaban a visitar su palco en los entreactos, donde brindarían con champán y comerían bocaditos salados; le pedían que les acompañara a la Exposición Universal, el verdadero motivo de su estancia en París, donde verían de cerca a la reina Isabel, que presidía los actos oficiales del pabellón español.

Pero ella rechazó todas sus invitaciones. Ni champán, ni paseos, ni flores, ni actos oficiales en la Exposición Universal, aunque los presidiera la Reina. Ella sólo quería cantar, volver a España con el triunfo en la mano, y que todos los teatros de Madrid se rindieran a sus pies.

Y así fue. Lola volvió de Francia para ser, ya para siempre, la Pícara Lola. En Madrid, en Barcelona, en Sevilla, en Valencia, todas las salas la demandaban. Todas sabían que contrataban el lleno asegurado.

Pero llegó el estreno en Toledo, donde volvió a encontrarse con los muchachos de París. Y donde don Francisco volvió a enviarle un ramo de violetas azules con una tarjeta:

Un ramo azul para una criatura celeste
En recuerdo de París.

Y ella se lo devolvió como en París:

No me gusta el azul.

Él insistió cada noche con un ramo idéntico, y ella insistió a su vez con idéntica respuesta. Hasta que un día, el joven dejó de enviar violetas azules y la esperó en la salida de artistas.

Cuando la Pícara Lola salió del teatro, la cogió de la mano, la atrajo hacia él y, delante de todos, la besó como nadie la había besado.

—Desde ahora, todas las flores serán rojas. ¡Nada de azul!

Después, subió al carruaje que le estaba esperando, pero, antes de marcharse, le entregó un enorme ramo de rosas con una tarjeta.

La Pícara Lola se llevó la mano a los labios mientras leía:

El rojo le sienta tan bien …

Todavía no sabía que aquel beso le robaría sus sueños. No sabía que la pasión suele nublar la razón. No sabía que él no podría seguirla en sus giras; ni esperarla en Toledo; ni vivir con ella, ni sin ella; ni tener hijos, ni permitir que ella los deseara. Sólo podía pedirle que le entregara la vida. Escondida en un piso donde todos sabrían que vivía la Pícara Lola, pero del que nunca podría salir de su brazo. Compartiendo con él más de veinte años. Aceptando que él pagara las casas donde se amarían, al principio en Toledo, todas las tardes, y después en Madrid, cada jueves, mientras la marquesa de Sotoñal recibía a las señoras decentes en su saloncito.

3

Los dos primeros años, los amantes se entregaron uno a otro sin medida. Don Francisco terminó la carrera de Derecho, condición que le habían exigido sus padres para poder dedicarse a lo que realmente le apasionaba, la música, pero nunca ejerció como abogado. Tocaba el violín y el piano a todas horas y en todas partes, en su casa, en casa de sus amigos, y en cada tertulia de Toledo, pero, sobre todo, en casa de Lola. Ella cantaba para él, y él la acompañaba al piano. Resultaba un equipo tan compenetrado que Lola no dejaba de fantasear con la posibilidad de formar compañía y volver a escena.

—Fuguémonos. Nos contratarán en todos los teatros del mundo. Estoy deseando pisar las tablas otra vez.

—Tú sabes que nada me gustaría más, corazón. Pero esperemos un poco. Quizá mis padres se ablanden.

—¿Hasta cuándo tendremos que esperar? Ya son dos años.

—Ya lo sé, corazón, ten paciencia. Y haz un esfuerzo por entenderles, no puedo poner en entredicho la reputación del apellido.

—Pero ¡si todo el mundo sabe que estamos juntos!

Y era verdad, Toledo entero sabía que el futuro marqués de Sotoñal había retirado a la Pícara Lola. Al principio intentaron ocultarlo, pero resultó imposible amortiguar aquella voz que se había hecho famosa, no sólo en París y en Madrid, sino en el patio de luces de la casa que visitaba el marquesito todas las tardes.

Los señores marqueses de Sotoñal también se encontraban al corriente. El día en que se enteraron, el señor marqués aplaudió el gusto de su hijo, y

la señora marquesa sólo le hizo una recomendación, y nunca más volvió a mencionarle el asunto.

—No se te ocurra salir nunca con ella a la calle.

Aquel día, el marqués esperó a que su esposa saliera del comedor, despidió al criado que les servía la mesa y le dio a su hijo unas palmaditas en el hombro.

—Está bien que te diviertas, pero no olvides nunca que las queridas son las queridas, no le des esperanzas de otra cosa. Dale cariño para que esté contenta y cómprale vestidos, pieles y muchas joyas, pero no la escuches si te pide algo más, no podrías dárselo.

Él lo sabía. Sabía que nunca podría darle más, que tarde o temprano, sus padres le presionarían para que buscara una esposa, una joven de buena familia que pudiera llevar con dignidad el título que terminaría por heredar. Sabía que nunca podría escapar con Lola, que los marqueses le amenazarían con desheredarle si huía con ella. Y lo peor de todo era que también sabía que, aunque se atreviera a marcharse, acabaría por volver. No podría hacer otra cosa, aunque amara a Lola con todas sus fuerzas, y la hubiera convertido en la futura marquesa si hubiera podido.

Pero no pudo. Después de dos años se acostumbró a quererla cuando terminaba sus tertulias y sus partidas del casino. Después de los toros, de los bailes de salón, de las excursiones al coto de caza y del resto de las actividades que ocupaban la mayor parte de su tiempo.

No lo programó así, pero la vida transcurría en Toledo como si Lola no le estuviera esperando. Mientras tanto, ella miraba los horarios de las corridas, preguntaba a su criada si se celebraba algún baile en las casas de los señoritos, controlaba los días que recibía cada marquesa y cada condesa y calculaba la hora en que él se quedaría libre para ir a su casa.

Tampoco ella lo programó, pero le esperaba despierta fuera la hora que fuese. Para quererle, para entregarse, para cantar mientras él tocaba el piano, sin preguntas y sin reproches.

Ya no se acordaba de sus sueños. Ya sólo vivía para saborear las caricias que él le regalaba. Para abrazarle, para esperarle vestida con sólo un peinador y unas medias de seda. Para empujarle a la alcoba y quitarle la

levita, la corbata, el chaleco, la camisa… Y arañarle, y tirarle del pelo, y besarle, y quitarse el peinador, y bajarse las medias. Y dejarse querer.

Y así pasaban los días, las semanas, y los meses.

Todavía no se habían cumplido tres años desde que se instaló en su piso de mantenida, cuando el amante llegó una noche con una propuesta que provocó su primera gran crisis, una oferta que les colocó al borde de la ruptura. Aquella no sería la primera discusión de la pareja, pero sí la primera vez que Lola contempló la posibilidad de separarse.

—¿No te gustaría vivir en Madrid? He visto un pisito precioso en la calle Bailén, enfrente del Palacio Real.

—¿Cómo? ¿Nos vamos a Madrid? No me lo puedo creer. ¡Ay, qué alegría! ¡Ven que te bese esa boca de miel!

—¡Quita, quita! ¡Estate quieta! ¡Déjame que te explique!

—¿No me besas?

—Sí te beso, corazón, pero hay algo que debo contarte. Verás, tú sabes que te quiero con toda mi alma, y que te querré siempre igual. Dime que lo sabes, corazón.

—Sí, lo sé.

—Y sabes que no podría casarme contigo aunque quisiera, ¿verdad? Mis padres no lo consentirían. Pero reconoces que vengo a verte siempre que puedo.

—Pero…

—No hay peros. Tú sabes que me haces muy feliz. Y yo quiero que tú también lo seas. ¡Ven!

¡Dame ese beso que ibas a darme, y dime que lo sabes!

—Pero ¿a qué viene tanta conversación? ¿Qué pasa?

—No pasa nada, sólo quiero que sepas que nunca dejaré de quererte. Aunque…

—Termina ya de una vez. ¿Aunque qué?

—Aunque vaya a casarme con otra.

La Pícara Lola se levantó del diván, se echó una bata de seda sobre el peinador y se miró al espejo. Acababa de cumplir veinte años. Su cuerpo era aún más bello que el día en que la conoció, su piel todavía más tersa,

sus labios más apasionados. Hacía tiempo que no le reclamaba nada, ya había asumido su papel como cualquiera de las amantes de los hombres de su círculo. Él le permitía salir siempre que no asistiera a las reuniones que se organizaban en las casas de otras mantenidas, a menos que se encontrara allí con él. Podía ir a las tiendas, a la iglesia, a las tómbolas de caridad que se montaban en la catedral, a casa de su hermana o a la de sus padres. Ella siempre le pedía permiso, y él siempre se lo daba, eso sí, con el ruego de que fuera discreta. Toledo era muy pequeño y cada vez que la Pícara Lola salía a la calle, los murmullos llegaban hasta el comedor de los señores marqueses. Ella sabía que no debía alterar a la señora y procuraba no hacerlo. Tan sólo una vez se atrevió a provocarla abiertamente. Fue la mañana del día 31 de diciembre, y no se le ocurrió otra cosa mejor que acudir a la misa en la que los marqueses solían despedir el año y colocarse bien a la vista.

La marquesa entró en la catedral del brazo de su hijo, y cuando pasó junto al banco donde ella les esperaba sentada, Lola salió al pasillo y les cortó el paso. La señora la miró, e inmediatamente comprendió de quién se trataba. Sus ojos azules se volvieron a don Francisco, antes de clavarse otra vez en los de ella, y la obligó a echarse a un lado para dejarla pasar.

El resultado fueron dos meses sin asignación para él, y, por lo tanto, sin manutención para ella. Así la castigó.

Días más tarde, coincidieron en la puerta de una joyería; ella salía, y la marquesa entraba. Lola mantuvo su mirada durante unos segundos, y se retrasó en cederle el paso el tiempo suficiente para que supiera que lo hacía a propósito. Después le tendió el dorso de la mano al joyero para que la despidiera con un besamanos.

—Por favor, envíeme el aderezo a mi domicilio, allí le abonarán el importe, como siempre. Y salió de la joyería sin volver a mirar a la marquesa.

Recorrió las calles de Toledo con una sensación de triunfo tan plena que no podría igualarse ni con una invitación a las tertulias de los jueves de las damas de postín.

Pero aquella pequeña victoria no le duró mucho tiempo. Cuando llegó a su casa, le esperaba una nota del propietario de la joyería:

Srta. Lola:

Lo lamento muchísimo, pero la señora marquesa compró su aderezo en cuanto usted salió de mi establecimiento.

No sabe la consternación que esto me causa. Pero confío en que comprenda que no he tenido más remedio que entregárselo.

Estaré encantado de reservarle cualquier otra joya que tenga a bien encargarme. Esperando su pronta visita, beso su mano.

Después de aquel incidente, don Francisco se quedó nuevamente sin asignación, y le rogó a su amante que no saliera a la calle por una temporada.

4

Lola quería vivir en Madrid, sí, pero quería hacerlo para recuperar su antigua vida. Volver a los escenarios, a los aplausos, a las fiestas después de la función, al bullicio. En Toledo se ahogaba. Y cuando el amante le comunicó su decisión de casarse, ella vio que se abría una puerta que hacía tiempo había cerrado ella misma.

—De acuerdo, tú te casas y yo me voy a Madrid.

—Me alegro de que seas razonable. Aunque no me sorprende, sabía que lo entenderías. Ya verás, el piso es precioso, tiene seis balcones a la calle. Desde todos se ve el Campo del Moro. Iré a verte todos los días. En el tren se tarda menos de dos horas.

—Ahora eres tú el que no entiende. Yo me voy a Madrid y tú te quedas aquí.

—¿Cómo?

—Que no vendrás a verme, ni todos los días, ni nunca. Me voy a Madrid y vuelvo al teatro. Y tú te quedas aquí, casado.

—Pero eso no puede ser. Yo te quiero. No me hagas esto, corazón.

—No me digas que me quieres al mismo tiempo que me dices que vas a casarte, no es decente.

—¿Y cuándo hemos sido nosotros decentes? Ven aquí, amor mío, yo no podría vivir sin ti.

—Pues yo sí.

—¿Cómo que tú sí? ¡Ven! Ya verás como no. ¿Me dejas que vea lo que guarda esta bata?

—No, no quiero…

—Anda, vida mía, si te quiero más que a nadie en el mundo. Mira qué hombro más bonito me voy a comer… Mira qué cintura… y qué piel…

—… por favor… no me toques…

—Pero ¿cómo no voy a tocarte? Si eres mía. Sólo mía. Si me vuelves loco… Mira qué espalda… Mira qué cuello… Mira qué suavidad de caderas…

—… por favor…

—Por favor…

—… por favor…

Lola consintió en trasladarse al piso de la calle Bailén, en Toledo no habría soportado tener que esquivar también a la futura marquesa de Sotoñal, pero puso condiciones: no se marcharía a Madrid hasta la víspera de la boda; el alquiler del piso estaría a su nombre, aunque lo pagara él; no pediría permiso para entrar y salir de su casa; y nunca, absolutamente nunca, se nombraría en su presencia a la futura esposa.

Don Francisco no tuvo más remedio que aceptar. La otra alternativa suponía perderla para siempre.

5

Era verdad que don Francisco quería a Lola con todas sus fuerzas, pero con la misma intensidad se enamoró de la que sería la madre de sus tres hijas. Se llamaba Lucía Castellanos Soler, aunque todos la conocían como «la niña de los indianos». Nació en Cuba, en la provincia de Oriente, donde su abuelo hizo fortuna con el negocio de la caña de azúcar.

Unos meses después de que el movimiento independentista liberara a los esclavos, y les animara a combatir en una guerra que duraría más de treinta años, la familia vendió sus plantaciones y se trasladó a Toledo, de donde eran oriundos.

Se compraron un cigarral en el Cerro del Emperador y lo llenaron de palmeras. La madre había muerto cuando la niña estaba a punto de comprometerse con un terrateniente, que se unió a la rebelión contra la Corona poco antes de formalizar el compromiso. Se trataba de un criollo, heredero de un título de nobleza procedente de Santander, cuyo sueño hubiera sido haber visto Cuba convertida en una provincia española de pleno derecho. Pero sus aspiraciones autonomistas se truncaron cuando la Reina aumentó los aranceles y rechazó la propuesta de abolición de la esclavitud a cambio de una compensación económica para los hacendados. Cuando llegó el momento de implicarse activamente, él liberó a sus esclavos, apoyó a los independentistas y aplaudió la constitución con la que nacía la República de Cuba en Armas. Lucía tenía dieciséis años, quince menos que él, y también aplaudió aquella revolución, que la liberaba a ella sin tener que haber alzado siquiera la voz. Él murió unos años después, frente al pelotón de fusilamiento, acusado de traicionar a una patria que nunca le consideró un ciudadano. Aquel mismo día ejecutaron a ocho

estudiantes de Medicina, tras un juicio manipulado que intentaba minar la moral del movimiento independentista, pero que no hizo sino alentarlo.

La familia llegó a Toledo cuando Isabel II estaba a punto de abandonar Madrid, camino de su exilio en Francia. En principio, habían pensado instalarse en la corte, cerca del Palacio Real. El abuelo y el padre de Lucía soñaban con encontrar para ella un pretendiente como el que habían dejado en las islas, un título que le diera lustre a la fortuna que aportaría como dote, y a la que heredaría después, cuando ellos faltaran. Pero la ausencia de la Reina, y el luto que habían de guardar por la muerte de la madre, les decidieron a instalarse en Toledo. Allí podría entretenerse la niña con sus primos, hasta que pudiera vestir otra vez de color y participar en los actos sociales de la vida toledana, donde le buscarían marido.

La niña de los indianos, sin embargo, no tenía prisa por casarse. Había oído demasiadas veces renegar de sus bodas a algunas de sus amigas en Cuba. Muchachas que no llegaban a la veintena que, después de unos años de casadas, ya andaban como locas por encontrar un amante, un joven que les mitigara el aburrimiento de sus matrimonios concertados.

Lucía era alta, casi tanto como su padre, un poco más delgada de lo que exigían los cánones de belleza, pero fuerte y rebosante de salud. Morena, con la piel curtida por un sol antillano que siempre consiguió traspasar las sombrillas, por mucho que ella hubiera intentado protegerse. Tímida, de ojos oscuros y esquivos, golosa, de nariz pequeña y respingona, y de manos largas y dedos finos. Sus primas y primos no la dejaban sola un momento. Tanto era así que acabaron por adjudicarles a ellos también el apelativo de indianos.

—Cuéntanos cosas de las Indias.

—Será de Cuba.

—¡Bueno, pues de Cuba! ¡Cuéntanos!

—Es que no es lo mismo, ¿sabes? Cuba es Cuba.

Y Lucía les contaba historias de esclavos que no querían serlo, y de amos que no querían que lo fueran. De criollos que conseguían burlar la ley que les impedía acceder a cargos públicos, y de mulatos que se escapaban

de las plantaciones de los esclavistas para huir al norte de los Estados Unidos, donde los hombres negros ya no eran propiedad de los blancos.

Así la vio don Francisco por primera vez, un año después de que ella llegara a Toledo, rodeada de primos, sentada a la orilla del Tajo sobre un vestido de alivio de luto que le tapaba hasta el cuello. La espalda erguida, mayestática, el enigma dibujado en las manos y en los ojos, misteriosa, exótica, diferente, capaz de cautivar con su acento cubano a todo el que se acercara a escucharla.

Don Francisco formaba parte de un grupo de jóvenes que había salido de excursión. Cuatro chicos y cuatro chicas de la alta sociedad toledana, cuyos padres se empeñaban en reunir buscando emparejamientos. Pasaban el fin de semana en el cigarral de una hermana de la señora marquesa. Hacía calor y bajaron al río. Les acompañaban dos criados y una doncella. Los criados extendieron una lona azul sobre el suelo. En las cuatro esquinas de la tela, colocaron sendos palos pintados de blanco, donde engarzaron los extremos de un toldo a rayas blancas y azules. En el centro del toldo colocaron un palo, más alto que ellos, que levantó aquella estructura como si se tratara de una enorme sombrilla cuadrada. Fuera de la lona, pusieron una mesa, donde descargaron varios cestos repletos de comida y de bebida. Mientras la doncella disponía los aperitivos sobre la mesa, los criados dispusieron bajo el toldo ocho mecedoras tapizadas con la misma tela de rayas.

A don Francisco no le gustaban aquellas excursiones. La Reina había puesto de moda los baños de mar. Y su tía, desde que vio los dibujos de las casetas que montaban en Zarauz para su majestad, quería poner de moda los baños de río. Pero a él no le gustaban los trajes de baño, y tampoco aquel toldo, que sólo servía para concentrar el calor, impidiendo que corriera el aire.

—Me voy a dar una vuelta por la orilla, a ver si veo cangrejos. Su prima le acompañó.

—¡Espera, voy contigo!

Siempre se habían llevado muy bien. A sus padres no les habría importado tener que pedir una dispensa papal para que contrajeran

matrimonio; más bien al contrario, las dos hermanas acariciaban esa idea desde que la señora marquesa ahijó a su sobrina, cinco años después de que naciera su hijo.

—Mírala, qué bonita es, ya tenemos esposa para Francisquito. ¡La futura marquesa de Sotoñal!

Y su prima creció con esa letanía, como si fuera una realidad que no pudiera cuestionarse. Hasta que se tropezaron con Lucía Castellanos Soler, y les cambió la vida.

—¿Quién es?

—La niña de los indianos.

—¿La conoces?

—Sólo de vista. Viven ahí al lado. Pero mamá no me deja acercarme a ellos.

—¿Por qué?

—¿No lo ves? Es gente ordinaria. ¡Vámonos!

—¡Espera! Se les ha caído algo.

Un ovillo de lana rodó hasta una zarzamora situada en el lugar desde el que observaban al grupo. Los indianos no habían reparado en su presencia hasta ese momento. Cuando lo hicieron, la prima tiró de la manga de don Francisco.

—¡No lo cojas! ¡Vámonos!

—¡Mujer! ¿Qué prisa tienes?

Don Francisco cogió el ovillo del suelo y se acercó. Sabía que una familia de indianos se había instalado en el Cerro del Emperador hacía unos meses. La prensa local se hizo eco de la noticia describiendo a la hija como «la guapa y rica heredera», lo que provocó que todo Toledo pensase que los padres le andaban buscando marido. A don Francisco le disgustó la noticia, no sabía muy bien por qué, pero lo cierto es que desarrolló una especie de antipatía hacia aquella joven, una suerte de rechazo que se borró en el mismo instante en que Lucía se acercó hacia él y le extendió la mano para recoger la lana.

—Gracias, señor, muy amable.

Al soltar el ovillo, una espina del zarzal, que se había quedado prendida en la lana cuando rodó por el suelo, se clavó en el dedo meñique de don Francisco.

—¡Vaya! Un regalo de la zarzamora.

—¡Huy! ¡Lo siento! ¡Déjeme ver!

Fue instintivo. Lucía cogió la mano de don Francisco y buscó la espina.

La mano de él reposaba sobre el pecho de ella, mientras Lucía se concentraba en hacer una pinza con las uñas de los dedos índice y pulgar.

—¡Aquí está!

—Así es. Muchas gracias, señorita.

—No hay de qué.

En ese momento, se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Todos callaban. Él se inclinó hacia delante.

—¿Me permite que me presente? Francisco de Asís Camp de la Cruz y Suárez de la Alameda.

—Encantada, señor.

Lucía se dio media vuelta sin decirle su nombre y salió corriendo con el ovillo en la mano. Sus primos la siguieron hasta el cigarral, pero nadie dijo una palabra.

Cuando llegaron a casa, se encerró sola en su dormitorio.

6

La niña de los indianos no salió de su habitación en todo el día. Mani, la esclava negra que la cuidó desde que llegó al mundo, intentó que bajara al comedor a la hora de la comida y de la cena, pero no lo consiguió. No hubo forma de convencerla para que saliera de allí, ni siquiera de que abriera la puerta, excepto para que una doncella le llevara a media tarde una bandeja con algo de fruta y un vaso de leche. No quería que nadie la viera. Todavía sentía en la cara el calor que le subió de repente cuando se encontró con los ojos de don Francisco. Le había cogido la mano como si fuera algo natural, sin pensarlo, sin recato, ¡sin guantes! Y ni siquiera les habían presentado. ¡Qué pensaría él! No se dio cuenta de que le estaba rozando la blusa. Jamás había deseado más ardientemente que el tiempo diera marcha atrás.

No habría bajado al río; no habría visto al caballero que se acercó con la lana; no se habría levantado del suelo; ninguna espina se habría clavado en aquella mano que se dejó llevar; ningunos ojos la habrían mirado como aquellos ojos, con tanta sorpresa.

Toledo entero sabría ya que Lucía Castellanos Soler era una desvergonzada. Afortunadamente, su madre no vivía para verlo, ni había un prometido que pudiera repudiarla por aquella indiscreción. Pero su padre se moriría de pena cuando lo supiera. ¡Él, que la había educado con el mayor de los esmeros!

¡Qué le había llevado a Cuba una institutriz desde París, para que nadie pudiera decir que su hija no tenía los modales de la aristocracia!, el tiempo no se daba la vuelta. Por mucho que ella cerrara los ojos y los abriera otra vez. Por mucho que fuera y viniera de un lado a otro del cuarto. De la cama

al balcón, del balcón al secreter, del secreter al espejo. El tiempo continuaba corriendo.

Y ella seguía sintiendo que la cara le ardía.

Se estaba quedando dormida sobre el cobertor, cuando escuchó unos golpes en la puerta de su dormitorio.

—¡Niña Lucía! ¡Abre!

La voz de Mani sonaba distinta a como había sonado durante todo el día. No era una súplica, ni una orden, ni trataba de convencerla. Sonaba como si no hubiera otra alternativa que descorrer el cerrojo. Pero no porque Mani quisiera, no, sino porque aquel «¡Niña! ¡Abre!», guardaba su propio deseo de abrir, la convicción de que detrás de la puerta había algo más que la voz de su tata.

—Mira lo que te trajeron.

—¿Qué es esto?

—¿No lo ves? ¡Tremenda cesta de moras!

—¡Dios mío!

La tarjeta no venía firmada:

Benditas las moras que me llevaron a usted, señorita.

—¿Y ahora qué?

—Ahora nada. Ahora a esperar a que termine el luto.

—¿Y no tengo que contestarle?

—¿A quién? Si no viene firmada.

Aquella noche no durmió. A la mañana siguiente, bajó a la orilla del río sin que nadie la viera.

Y ahí estaba él, junto a la zarza. Moreno, alto, fuerte. El bigote ligeramente curvado hacia arriba. La perilla triangular y el pelo ensortijado le daban cierto aire romántico, como el de los poetas de moda. Le vio antes de llegar al río, vestía la misma cazadora y el mismo sombrero que llevaba el día anterior, verdes los dos. Una mano en el bolsillo, y en la otra, un bastón con el que dibujaba algo en la arena. Él también la vio, pero en el

mismo instante en que iba a quitarse el sombrero para saludarla, ella se dio media vuelta y regresó corriendo otra vez en dirección a su casa. Don Francisco hubiera querido seguirla, pero le pareció un animalillo indefenso, aturdido, como los que pierden el rastro de su madriguera y corren en sentido contrario al que deberían correr. La dejó marchar sin decirle nada, pero aquella noche volvió a enviarle un cesto de moras con otra tarjeta:

> *Querida, esperaré todo el tiempo que a usted le haga falta. No hay prisa.*

Al día siguiente, el futuro marqués volvió al río, pero ella no apareció.

Ya no hubo más moras. Don Francisco regresó a Toledo y dejó pasar el tiempo. De vez en cuando, se subía a una calesa, atravesaba el puente de San Martín y se daba una vuelta por el Cerro del Emperador. Cuando pasaba por delante del cigarral de los indianos retenía a la yegua, y la obligaba a meter la cara y a caminar muy despacio.

—¡Tranquila, corazón, no hay prisa!

Si los visillos del balcón central del primer piso se abrían, daba la vuelta a la manzana y volvía a pasar.

—¡No hay prisa! ¡No hay prisa, corazón!

Si no se abrían, regresaba otra vez a Toledo por el puente de San Martín.

El puente guardaba una leyenda sobre un alarife que no supo calcular la cimentación necesaria para que la estructura no se viniera abajo, y que no se atrevía a parar la obra por temor al castigo, el descrédito y la ruina. La leyenda decía que su mujer, para proteger su credibilidad, arriesgó su vida quemando la cimbra del arco central, y que, ante los destrozos del fuego, al arzobispo no le quedó otro remedio que ordenar la reconstrucción de lo quemado. Cuando el alarife terminó su trabajo, utilizando los cálculos correctos, la mujer confesó su acción. El arzobispo, en lugar de castigarla, alabó su amor, y ordenó que colocaran una piedra en honor de la mujer enamorada.

Aquel puente, con su leyenda de amores recompensados, era el último punto desde el que don Francisco podía divisar la ventana de Lucía. El puente de San Martín. El futuro marqués solía detener allí su calesa cuando volvía del Cerro del Emperador, y se asomaba a los laterales para contemplar la piedra donde todavía podía verse la imagen de la mujer del alarife. Después se giraba hacia el cigarral, y comprobaba por última vez que estuviesen abiertos los visillos de la ventana de Lucía.

Así permanecieron durante unos meses. No se vieron más, pero el visillo, la calesa y el puente los mantenían unidos.

Hasta que Lucía cumplió el luto de la madre, y asistió al baile que abría la temporada de invierno en el casino. El baile de la víspera de Fin de Año.

7

Hay amores que no necesitan para mantenerse más que la certeza de que el sentimiento existe, la seguridad de que el otro está ahí, y comparte el deseo de que el mundo se pare. Amores pacientes, que retrasan la pasión hasta el momento en que la vida se permite el placer de regalarles un encuentro. Un roce involuntario, una mirada, un cesto de moras, una calesa, un puente, un visillo que se abre y se cierra, un baile.

Así era el amor que ellos sentían. Nació en un momento, pero fue enredándolos como si les hubiera estado esperando toda la vida. Despacio, sin prisas, pero arraigado tan profundamente que ninguno de los dos dudaba del otro.

Lucía acarició el vestido que colgaba de la lámpara, lo descolgó, lo puso sobre la cama y buscó entre las joyas de la madre.

—¿Dónde está mi alfiler negro?

—Pero ¿cómo vas a ponerte un alfiler negro con un vestido negro, criatura? ¡Y ahora que ya no tienes luto! Además, lo perderás, no cierra bien.

—No seas agorera. Tú sabes cómo sujetarlo para que no se caiga. A mamá le gustaba mucho ese alfiler, y hoy quiero sentirla cerca. ¿Dónde está?

—Está donde siempre. ¡Ven, déjame que te ponga el vestido!

—¿Crees que irá al baile?

—Pues claro que irá. ¡Cómo no va a ir!

—¡Ay, Mani! ¿Y qué hago? ¿Qué le digo?

—Tú no tienes que hacer nada, ni que decir nada. Sólo tienes que esperar. Lleva siempre la libreta a la vista, y apunta dos o tres nombres

antes de que empiece el baile.

—¿Y si no va?

—Claro que irá, niña. ¡Irá!

De los balcones de la fachada principal del casino colgaban guirnaldas de farolillos de colores. Los carruajes hacían cola para llegar hasta la puerta, donde dos conserjes ataviados con la librea de gala recibían a los invitados. Una alfombra roja se extendía desde la calle hasta el gran recibidor.

Allí, cuatro doncellas recogían las capas para colgarlas en guardarropas diferentes, a la izquierda las de las damas, y a la derecha las de los caballeros. Otras dos doncellas se encargaban de los sombreros, los bastones y los guantes de ellos.

En la calle, a ambos lados de la puerta, una multitud se agolpaba para verlos entrar.

Lucía bajó del coche del brazo de su abuelo. Allora que todos los ojos se fijaban en ella, y que veía el colorido de los trajes de las damas invitadas al baile, dudaba de si había hecho bien en vestirse de negro.

Era tal su nerviosismo que cuando llegaron al final de la alfombra roja y atravesaron la puerta principal del casino, le asaltaron unas ganas terribles de volver a casa.

—¡Ay, abuelo! No sé si quiero entrar.

—No hace falta que quieras, cariño, ya estamos entrando.

Sobre el vestido, de terciopelo negro bordado en azabache, llevaba una capa de color púrpura, el mismo color de los guantes, los zapatos y la cinta adamascada que fruncía una limosnera donde guardaba su cuaderno de baile, todavía intacto. Se había recogido el pelo en un moño, del que salían unos bucles que le caían sobre el hombro derecho. Realmente, nunca había estado más hermosa.

Las arañas y los candelabros del salón lucían a todo gas, los espejos multiplicaban sus brillos, intensificando los de los diamantes y la pedrería de los trajes de las damas. La música de fondo se confundía con el bullicio de los que iban llegando, y con el ruido de las enaguas almidonadas.

El salón se llenaba de invitados al mismo ritmo que aumentaban los nervios de Lucía.

—Vámonos a casa, abuelo, no me encuentro bien.

—Pero, hija, si no hemos hecho más que llegar.

—Vámonos, por favor, creo que voy a desmayarme.

Ya se habían puesto las capas cuando el padre los interceptó en la puerta de salida. El abuelo se extrañó al verle, le creía en la capital, adonde viajaba todas las semanas, desde que volvieron de Cuba, para resolver asuntos de los que no hablaban jamás en público.

—¿Qué haces aquí? ¿No estabas en Madrid?

—¡Ha muerto Prim!

—¡Vaya! ¿Cuándo?

—Hace tres horas. En la corte no se habla de otra cosa.

—¡Pobre hombre! ¡Tres días de agonía!

—¡Y justamente hoy, que llega el Rey!

—¡Vaya problema! Yo no sé cómo habéis apoyado esta locura. ¡Un rey excomulgado por el Papa! ¿Lo aceptará la gente?

—Tienen que aceptarlo. Las Cortes ya lo han firmado. De hecho, Amadeo ya es el Rey.

—¿Y los carlistas?

—Están bastante nerviosos, pero somos muchos los que no consentiremos la vuelta al absolutismo.

—¿Y qué pasará ahora con Cuba?

—Me temo que sin Prim lo vamos a tener difícil. Esta guerra va para largo.

Lucía les oía sin escucharles, ni siquiera se enteraba de lo que hablaban. En lo único que pensaba era en salir corriendo de allí.

—¿No podríais hablar en el coche? Por favor.

Los dos hombres salieron del casino detrás de la joven. Su cochero se adelantó al verlos y colocó enseguida la berlina delante de la puerta. Una vez en sus asientos, Lucía se echó en brazos de su padre y comenzó a llorar.

—Pero, cariño, no sabía que te afectaría tanto.

El abuelo pensó en el mareo que le había obligado a salir del salón de baile, y se asustó creyendo que su hijo sabía algo que él desconocía.

—¿Qué es lo que dices que le ha afectado?

—El asesinato de Prim. ¿Por qué llora si no?

8

—¿No eran esos los indianos?

La señora marquesa señaló el coche que se alejaba del casino. Don Francisco, que ocupaba el asiento contrario al sentido de la marcha, no lo había visto.

—¿Dónde?

—En aquella berlina.

El señor marqués se asomó por la ventanilla, pero tampoco vio nada.

—¡Qué raro! ¿Por qué se marcharán? Si el baile no ha debido de empezar siquiera.

La marquesa se retocó el moño, fijado con alfileres de brillantes y con una redecilla que apenas se apreciaba.

—¡Está claro! Se habrán dado cuenta de que están fuera de lugar. No entiendo cómo habéis consentido que esos nuevos ricos sean admitidos como socios del casino.

—¡Mujer! Son buena gente, y al casino le vienen muy bien, son muy generosos.

—¡Y muy masones! Por culpa de gentuza como esa, la Reina tuvo que salir de España. Don Francisco se acarició el bigote y simuló que hablaba por hablar.

—¿Dices que son masones?

—¡Pues claro! Si hasta se les nota en la cara. Tienen una mirada característica, aviesa, como si siempre estuvieran huyendo. Se les reconoce a la legua.

El marqués bajó del coche y extendió la mano a su esposa para ayudarla a bajar.

—¡Vamos! ¡Qué dices cada cosa…!

—¿Cada cosa? Desde que les dejan reunirse, España se está convirtiendo en su madriguera. Y para colmo de males, hasta se matan entre ellos. No me extrañaría nada que a Prim lo hubiera matado uno de los suyos. Pero se lo tenía bien merecido. Eso le pasa por andar quitando y poniendo reyes.

—Calla, mujer, no digas barbaridades.

—¿Cómo que barbaridades? ¿No estarás de acuerdo en que nos impongan un Rey que el Santo Padre ha tenido que excomulgar por robarle sus tierras? ¡A ver qué es lo que nos roba a nosotros! ¡Y no me digas que a este Rey no nos lo han impuesto los masones!

—¡Anda ya, mujer! Los masones no se meten en política, ellos sólo se reúnen para hablar de filosofía y de ciencia.

—¿Y para hablar de filosofía hace falta reunirse en secreto? ¡No señor! ¡Se reúnen en secreto para maquinar y para profanar la hostia consagrada! Todo el mundo sabe que se la guardan en la boca cuando van a comulgar, y luego se reúnen para hacer sus barbaridades. Son como las cucarachas: se esconden, pero están en todos los rincones.

—Pero ¡de dónde te sacarás esas tonterías! Son sociedades discretas, no secretas. Se reúnen en secreto cuando les prohíben sus reuniones, nada más.

—Nada más, y nada menos. ¡Menudos conspiradores! ¡Y haz el favor de no defenderlos, que me pones de mal humor!

En el salón de baile, todos conocían ya la noticia. El general Prim, presidente del Consejo de Ministros, ministro de la Guerra, capitán general de los Ejércitos y artífice de la expulsión de Isabel II y de la continuación de la monarquía en la persona de Amadeo de Saboya, había muerto a causa de las heridas sufridas en el atentado del que fue objeto tres días atrás. Esa misma noche, el nuevo Rey llegaba al puerto de Cartagena procedente de Italia.

La música había dejado de sonar. En la sala de reuniones, el presidente del casino y su junta directiva decidían si se suspendía el baile. No les costó más que unos minutos alcanzar un acuerdo. Antes de medianoche, la

bandera del casino ondeaba a media asta, y todos los invitados habían abandonado el edificio.

Los marqueses de Sotoñal improvisaron una cena fría en su casa para un grupo de amigos. Los hombres se encerraron en el gabinete del marqués y las mujeres en el saloncito donde solía recibir la marquesa todos los jueves. Don Francisco ni siquiera entró en la casa, se dirigió al piso de Lola y, por primera vez en casi cuatro años, pasó toda la noche con ella.

Aquella noche amó a la Pícara Lola con la misma intensidad de siempre, pero la imagen de Lucía no dejaba de rondarle por la cabeza. No podía comprender por qué no le había esperado en el casino.

Lola se sentía feliz sabiendo que el amante no la abandonaría de madrugada. Aquella noche fue la más intensa, la más radiante, la más larga, la que más se parecía a una noche de bodas.

A la mañana siguiente, al despertarse, se asomaron a la ventana envueltos en el mismo cobertor, y permanecieron contemplando la vista durante un rato. Toledo había amanecido nevado.

Desde el dormitorio sólo podía verse un cielo blanquecino que se desplomaba sobre los tejados de la ciudad, ocultos bajo una espesa capa de nieve. Las agujas de la catedral, la cúpula de Santa María la Blanca, la de San Juan de los Reyes, la Sinagoga, los altos de la Judería y numerosos tejados que podían divisarse desde aquel ventanal en otras circunstancias, casi no se distinguían debido a la cortina de nieve.

El color del cielo y el tamaño de los copos presagiaban que seguiría nevando durante mucho tiempo. —No te vayas aún. Mira la que está cayendo, y no tiene pinta de parar.

—No puedo, corazón, le prometí a mi madre que iría con ella a misa de doce.

—Pues entonces quédate otro ratito, sólo son las diez. ¡Volvamos a la cama!

—Pero ¡mujer! No querrás que vaya a misa con el frac. Tengo que ir a casa a cambiarme.

—¡Por favor! ¡Quédate otro ratito! No quiero que se termine esta noche. ¡Vamos a la cama! Volvieron a la cama, donde Lola intentó despertar en su

amante la pasión de siempre. Pero él parecía distraído y, después de una hora, se marchó con el pensamiento puesto en el baile que no pudo ser.

La Pícara Lola pensó que la razón de su abatimiento se encontraba en la presión que ejercía su madre sobre él. Su amante tenía que ir a misa porque así lo exigía la marquesa, en lugar de quedarse en su cama.

Lola no lo meditó. Probablemente, si se hubiera detenido a pensar, nunca se habría atrevido a asistir a la misa de los señores marqueses, pero tenía que hacerle ver a la dama que ella también existía.

Aquella mañana fue cuando conoció a la marquesa, saliéndole al paso en la nave central de la catedral, en la torpe creencia de que podría enfrentarse a cientos de años de alcurnia. La primera vez que la fulminaron aquellos ojos azules que la dejarían sin asignación durante los dos meses siguientes.

Las lágrimas se le escaparon en contra de su voluntad, pero no porque la marquesa le hubiera demostrado que también la catedral era suya, sino porque su amante no movió un solo músculo para protegerla de aquella frialdad.

9

Don Francisco había entrado en la basílica dándole el brazo a su madre. Acababa de ver a Lucía Castellanos Soler en uno de los últimos bancos, sentada junto a su criada, justo al borde de la nave central. El futuro marqués llevaba una nota para ella en el bolsillo. La había escrito poco antes de salir de su casa, después de cambiarse el frac por un chaqué oscuro. No sabría decir el porqué, pero albergaba la esperanza de que, aquella última mañana del año, se encontrarían en la misa de doce:

Sigue sin haber prisa, querida, pero, si no tiene inconveniente, tengo intención de ir al Cerro del Emperador para hablar con su padre.

Si usted me da su permiso, deje caer el pañuelo la próxima vez que volvamos a vernos. Siempre a sus pies, a la espera de que muy pronto pueda besar su mano,

Francisco de Asís Camp de la Cruz y Suárez de la Alameda.

Lucía sintió la presión de su mano cuando le entregó la carta disimuladamente. Todo sucedió en un momento. Notó que alguien le pisaba la falda y, cuando fue a tirar de ella, se encontró con la mano de él, que cerraba la suya dejándole la nota. Ni siquiera se miraron. Él continuó caminando del brazo de su madre, avanzando hacia los puestos que tenían reservados en primera fila. Antes de llegar a los reclinatorios, Lucía vio cómo una joven les cortaba el paso, y salía instantes después precipitadamente de la catedral.

—¿Quién será? Parecía que iba llorando.

—No lo sé, niña. ¡Y guarda esa carta en el devocionario, si no quieres que alguien la vea!

Guardó la nota como Mani le había ordenado, pero en la liturgia de los Santos Evangelios, la desdobló y la leyó. Cuando don Francisco volvió a pasar junto a ella, al terminar el oficio, Lucía dejó caer su pañuelo, y sintió cómo se le encendía la cara.

Horas después, don Francisco se dirigió hacia la bajada de San Martín, para cruzar el puente que le daba nombre a aquella cuesta que terminaba en el río. Se disponía a cruzar el puente, cuando se cruzó con una berlina que bajaba del cerro.

Don Francisco detuvo en seco su calesa. Necesitaba asegurarse de que era cierto lo que acababa de ver. No lo habría creído si fuera otro el que se lo contara, pero no cabía la menor duda. En el interior del carruaje pudo distinguir al presidente y al tesorero del casino, al padre de Lucía y a su propio padre.

Al cruzarse con su calesa, las cortinas de las cuatro ventanillas de la berlina se corrieron al mismo tiempo.

Aquella reunión sólo podía significar una cosa: su padre era masón, como el de Lucía, y como el resto de los ocupantes de aquella berlina, algunos de los cuales nunca habían ocultado su pertenencia al Gran Oriente de España.

Desde que él tenía recuerdos, los primeros y terceros jueves de cada mes el marqués se trasladaba en aquel mismo coche a Madrid. A todos los efectos, el viaje se debía a su obligación de acudir a las Juntas de Accionistas o a los Consejos de Administración del complejo entramado de empresas que le pertenecían. Pero aquel era el primer día del año, fiesta de guardar, resultaría increíble que ninguna de sus empresas hubiera convocado una reunión. Además, el día anterior había muerto Prim, también masón. Aquella reunión de caballeros no podía ser otra cosa que una tenida de urgencia.

Probablemente se dirigieran a Madrid, y la tenida no la organizara únicamente su hermandad, sino el Gran Oriente al que pertenecían. La muerte del presidente del Consejo de Ministros merecía una reunión de

todas las logias y talleres de la masonería regular, la que cumplía con los ritos de la Obediencia francesa, en la que se circunscribían la mayoría de las logias españolas desde que comenzaron a implantarse a raíz de la invasión de José Bonaparte.

En aquel momento, don Francisco comprendió por qué su padre nunca había intentado desmentir los rumores que circulaban en Toledo acerca de aquellos viajes. No le interesaba que su esposa conociera la verdad.

Aunque las sedes de las empresas propiedad del marqués se situaban en Toledo, la marquesa nunca había cuestionado sus escapadas a la capital, ella las atribuía a la existencia de una amante, y jamás se le hubiera ocurrido provocar una discusión por asuntos de aquella naturaleza, no sería de buen tono. En el fondo, la marquesa agradecía la deferencia de su marido para con ella. Las amantes deberían vivir siempre lejos de las esposas. El marqués había hecho bien en ponerle el piso en Madrid a la suya, ella no habría soportado tener que compartir las calles de Toledo con otra mujer, y él lo sabía.

Sin embargo, a pesar de aquel convencimiento, el marqués nunca le fue infiel, pero le convenía aquella confusión. Antes de que la marquesa descubriera los verdaderos motivos de sus idas y venidas de Madrid, prefería que creyera en un adulterio que le permitía moverse sin dificultades. La animadversión de ella hacia los masones era tan manifiesta que de haberse enterado de que su esposo pertenecía a una logia, probablemente habría utilizado todas las artimañas posibles para que la abandonara.

Don Francisco regresó a su palacete sin haber hablado con el padre de Lucía. Pero, al día siguiente, le contó a su padre lo que había visto, y le pidió que le acompañase al Cerro del Emperador, para presentarle formalmente a la familia de los indianos.

A partir de ese momento, se repitieron las visitas casi todas las tardes. Al principio, a espaldas de la señora marquesa, que hubiera dado cualquier cosa para que su hijo se casara con la niña de su hermana, y después, en contra de sus deseos.

A Lucía le hubiera gustado conocer a su futura suegra, y formalizar el compromiso en un baile al que habría invitado a todo Toledo, como habría hecho su madre en Cuba de haberse consolidado su compromiso con el criollo independentista que había elegido para ella, pero el marqués les aconsejó discreción, su esposa nunca hubiera asistido a aquella fiesta, y habría arrastrado a sus amigas al desplante.

Tampoco el padre de Lucía había imaginado así el noviazgo de su hija, casi a escondidas, como si tratasen de ocupar un lugar que les estaba vedado, pero no tuvo valor para oponerse. Ella era feliz.

A pesar del rechazo de la marquesa, a pesar de que la alta sociedad toledana le daba la espalda, y de que nunca dejaría de ser «la niña de los indianos», a pesar de que, por primera vez en su vida, sentía que esa condición la hacía diferente, en aquel Toledo donde las diferencias excluían. A pesar de todo, ella era feliz.

10

Se casaron al año siguiente, el día después de Navidad. La marquesa se negó a asistir a la boda de su hijo con la hija de un masón venido a más, y amenazó a don Francisco con desheredarle. Sin embargo, el marqués confiaba en convencer algún día a su esposa de las bondades de aquel matrimonio. No podría argumentar nada a favor de la masonería, pero estaba convencido de que encontraría otras razones que terminarían por ablandar su postura. La comparación con la Pícara Lola sería una de ellas. Al fin y al cabo, no era lo mismo una rica heredera, y decente, que una cupletista que antes se ganaba la vida enseñando las piernas, y había consentido que su hijo le pusiera un piso de mantenida, a los ojos de todos.

El marqués no quería enfrentarse a su esposa abiertamente y, por supuesto, tampoco asistió a la boda pero, aduciendo que en algún sitio tendrían que vivir los recién casados, y que mejor sería que lo hicieran de acuerdo a su alcurnia, les regaló una de sus casas blasonadas en el centro de Toledo, y les ayudó a invertir la fortuna que Lucía aportó al matrimonio como dote.

Durante más de un año, la marquesa le prohibió a su nuera la entrada en su casa. Hasta que un día, las dos coincidieron en misa. No solían hacerlo, porque Lucía había elegido un horario distinto al de su suegra. Pero aquella mañana se retrasó en la modista, y no le quedó otro remedio que retrasar también su asistencia al oficio religioso. Eso sí, procuró sentarse detrás de una columna para que no la viera. Y así fue, la marquesa no reparó en ningún momento en que Lucía se encontraba unos bancos detrás de su reclinatorio. Tampoco la vio cuando terminó la celebración de la misa y salió de la catedral por el pasillo central. Y nunca habría tenido noticias

sobre ello si, unos minutos más tarde de llegar a su casa, la criada no la hubiera avisado de que tenía una visita.

—¿Una visita? ¿A estas horas?

—Es la señora del señorito.

—¿La indiana?

—Sí, señora.

Comenzó a bajar las escaleras con la determinación de hacerle pagar por semejante atrevimiento.

¡Presentarse así! ¡Sin haber sido invitada! ¡Y sin avisar! Pero la vio al pie de la escalera, toda vestida de negro, con la cabeza cubierta por una capota que la hacía parecer más alta y desgarbada. Nunca se había fijado en que las ojeras se le marcaran tanto. Parecía enferma.

Cuando la marquesa bajó el último peldaño, Lucía extendió los brazos y le dirigió una sonrisa.

—Se dejó usted esto en la catedral.

La marquesa reconoció enseguida el chal que había llevado a la iglesia. Una mantilla de encaje de Holanda que a veces se colgaba del brazo como adorno. Recordaba haberlo dejado en el reclinatorio antes de acercarse a comulgar, pero probablemente se cayó al suelo, y no advirtió que se había quedado allí.

—¡Vaya! ¡Mi chal! Pero no hacía falta que vinieras. Podrías haber enviado a una doncella con el recado.

—Lo sé, comprendo que es una tontería, pero me quedaba más tranquila así. Siento haberla molestado por tan poca cosa.

Las ojeras de Lucía le hicieron recordar sus propias ojeras. También ella había sido una muchacha demasiado delgada y demasiado alta. Casi daba lástima mirarla.

Dejó que se marchara sin haberle dado siquiera las gracias, pero, esa misma tarde, llamó a su hijo y le hizo pasar a su gabinete.

—¿Qué le pasa a tu mujer? ¿Es que no la haces feliz?

—¿Por qué crees que no la hago feliz?

—Porque anda vestida de negro como un alma en pena. Y las ojeras le llegan hasta los pómulos.

—Su abuelo murió hace seis meses. Recuerda que te mandé una tarjeta con la noticia.

—¡Vaya! Lo siento. Se me olvidó contestar. Le mandaré un saluda ahora mismo.

—No hace falta. Ella te ha disculpado ya.

—¡Aun así se lo enviaré! ¡Y hazla feliz, por el amor de Dios, esas ojeras dicen que no lo es!

—Todo lo contrario. Tenía intención de decírtelo cuando hubiera cumplido los tres primeros meses, pero ya que estoy aquí… ¿Querrás apadrinar a tu primer nieto? ¿Al futuro marqués de Sotoñal?

No fue nieto, fue nieta, y heredaría los ojos azules de su abuela, el nombre de su abuela, el título de su abuela y el carácter de su abuela.

Nació dos días después de que Amadeo de Saboya renunciara a la Corona debido a la falta de apoyos de la aristocracia isabelina y de los partidos políticos. Cansado de las bromas que circulaban sobre él por todo el país, desde las tabernas más miserables hasta las reuniones del mejor tono.

España era republicana cuando se presentaron las primeras contracciones.

La niña nació exactamente el día en que el médico lo había previsto. En un parto rápido que sorprendió a la comadrona por tratarse de una madre primeriza, ante la emoción de un padre y de unos abuelos también primerizos, y las lágrimas de una abuela que ya quería a su nieta como no había querido hasta entonces a nadie. Una niña sana y fuerte. Mariana Camp de la Cruz y Castellanos. La primera filipiniana.

11

Lola se enteró del nacimiento de la niña dos días después. Lloró por los hijos que ella no tendría, y se alegró por él. Aunque al principio hubiera deseado matarle. Ni siquiera le había dicho que su mujer estaba embarazada.

—Me hiciste prometer que no te hablaría nunca de ella. Y lo he cumplido.

—¿Que lo has cumplido? ¿Crees que ocultándome que estaba encinta estabas cumpliendo la promesa que me hiciste? ¡Dios mío! ¡Cómo puedes ser tan cínico! Parece que disfrutas haciéndome daño.

—No quería hacerte daño.

—Pues si no querías, no habérmelo hecho.

—¿Te hace daño mi hija?

—¡Me hacen daño los hijos que no son míos! ¡Yo también quiero hijos!

—Eso no te lo puedo dar, Lola. Lo sabes de siempre.

—¿Por qué? No sería la primera mujer que tiene un hijo de su amante.

—Así es. Pero yo no quiero hijos que no puedan llamarme padre. Y tú tampoco deberías quererlos.

Se había trasladado hacía un año a la calle Bailén, frente a los atardeceres más naranjas que viviría nunca. Disfrutaba de una libertad que en Toledo hubiera sido impensable, y de una vida de regalo y de lujos para los que su amante no escatimaba ni un solo real. Los amigos de don Francisco habían seguido su ejemplo y, poco a poco, todos acabaron trasladando a Madrid a sus mantenidas. Organizaban fiestas a las que Lola asistía sin oposición alguna por parte del amante, tal y como le había

prometido, y ella misma invitaba a reuniones a sus amigos y amigas, aunque él no pudiera asistir.

Ya no echaba de menos el teatro. Cantaba en las fiestas y recibía los aplausos de un círculo de amistades que crecía en cada reunión, y que presumía del privilegio de asistir a su casa.

El amante solía visitarla un día fijo a la semana. Desde que había nacido su hija, su esposa acudía a las reuniones de los jueves de la marquesa, y él aprovechaba esa tarde para viajar a Madrid. Además, al poco tiempo de su traslado a la calle Bailén, él comenzó a acompañar a su padre y a su suegro a sus reuniones secretas y, desde entonces, también pasaba con ella dos o tres noches al mes, y en algunas ocasiones, incluso dos o tres días.

En Madrid, ella también instauró un día de visita para sus amistades. Los martes de la Pícara Lola se hicieron famosos, no había caballero que no deseara acudir con su amante, ni amante que no deseara ser invitada sin su caballero.

Así había vivido durante más de dos años, hasta que don Francisco volvió a sorprenderla con una noticia.

—Mi padre me ha pedido que vaya a Palma de Mallorca. Tiene asuntos allí de los que quiere que me haga cargo.

—¿A Mallorca? ¿Cuándo te vas?

La Pícara Lola se había quitado el peinador y le estaba desabrochando la levita, abrazada a su espalda delante de la cornucopia del recibidor.

—¿Me dejas ir contigo?

—Eso vengo a pedirte.

—¿De verdad? ¿No me engañas? ¿Cuándo nos vamos?

El espejo le devolvía la imagen de su amante, que mostraba una preocupación que no se correspondía con la noticia que acababa de darle.

—Mi familia ya está camino de Valencia para coger allí un vapor. Tú y yo salimos mañana, ya tengo los billetes. Viajaremos en el mismo barco, aunque tendremos que fingir que no nos conocemos. Tengo apalabrada una casa-palacio para ti en Portocolom, en la costa oriental de Mallorca.

—¿De qué me estás hablando?

—De que no tengo más remedio que irme, Lola, y quiero que vengas conmigo.

Y se fue con él. Aunque protestó antes de aceptar, y lloró, y le puso condiciones, y le echó en cara que hubiera esperado para decírselo hasta el último día, como siempre, como si ella no contara.

Y se planteó si le merecía la pena seguirle, dejando atrás aquella vida que él le había regalado. Pero hay decisiones en las que no pesa más que el deseo del otro, la compañía del otro, la fuerza del otro.

Y a Lola le sobraba todo si Francisco no estaba. Le siguió a Palma de Mallorca, como le hubiera seguido al otro lado del mundo, como le volvería a seguir cuando volviera a pedírselo, unos años más tarde, para instalarse en el barrio europeo de Alejandría, donde él aceptaría el cargo de cónsul para Asuntos Comerciales, y donde, por primera vez en su vida, ella le diría que no, cuando le pidiera que se embarcase con él hacia las Filipinas, veintiséis años después del primer ramo de violetas.

12

En el escudo nobiliario del marquesado de Sotoñal, había una cruz amarilla sobre fondo rojo. Sus cuatro brazos, todos de la misma forma y tamaño, terminaban en tres puntas, en cada una de las cuales se situaba a su vez un círculo negro. Don Francisco siempre había identificado estos círculos con los doce meses del año. El título llevaba asociado un patrimonio inmobiliario en el que, además de enormes propiedades en Toledo y su provincia, se encontraba un palacio en Palma de Mallorca y varias fincas distribuidas por la isla balear.

Hasta que don Francisco no habitó aquel palacio, no supo que aquella cruz era en realidad una cruz cátara, y que aquellos doce círculos representaban los doce signos del Zodíaco.

Desde que nació, don Francisco Camp de la Cruz y Suárez de la Alameda vivió en casas blasonadas con el escudo de la familia, y siempre dio por hecho que aquel emblema representaba lo que su madre le contó desde niño: la defensa de todos los valores cristianos durante los doce meses del año. Pero en el palacio de Palma de Mallorca encontró un arcón en el que se guardaba un manuscrito que, según todos los indicios, describía los pormenores de su construcción, un libro fundacional. No era el primer libro de estas características que había tenido en sus manos. También en el palacio que ocupaban sus padres en Toledo se guardaba un manuscrito similar, una de las reliquias más preciadas de la familia. Pero aquel era diferente, estaba escrito en un idioma parecido al mallorquín, seguramente anterior a él, y casi no se entendía. Únicamente se leía con claridad la última frase de la última página: «¡Viva Esclaramunda!».

Aquel nombre le transportó a la Edad Media. A la ciudad de Carcassonne, donde había viajado con su padre cuando cumplió los seis años, y al castillo de Montsegur, donde escuchó por primera vez la historia de aquella mujer cátara, cuyas manos eran las únicas que podían tocar el Santo Grial.

En aquel viaje, su padre le había contado muchas cosas, pero sólo recordaba aquellos nombres, y aquella ciudad amurallada. No había vuelto a pensar en ello, y nunca supo el motivo de aquel viaje, pero cuando leyó la última frase de aquel libro, «¡Viva Esclaramunda!», investigó en la historia de Mallorca y comprendió la razón por la que su padre quiso conocer aquellos castillos del sur de Francia.

Dice la leyenda que Esclaramunda escondía el Santo Grial en su castillo de Montsegur, y que murió en la hoguera junto a más de doscientas personas, en un paraje que se ha quedado para siempre con el nombre de Camp dels Cremats. Quién sabe si el origen del marquesado de Sotoñal no se encontraba en aquellos campos.

Años más tarde, otra Esclaramunda, sobrina de la primera, se casó con Jaime II, poco después de que su padre le entregara la corona mallorquina. De esta manera, aquel nombre quedaría ligado para siempre a la historia de la isla. La reina Esclaramunda, la primera reina de Mallorca.

Don Francisco buscó sin resultado la relación entre el marquesado de Sotoñal, del que nunca había sabido a ciencia cierta su ubicación geográfica, con el nombre de Esclaramunda. Parecía claro que el título procedía de aquella isla, probablemente otorgado por la primera reina de Mallorca, aunque no podría demostrar aquella relación hasta que no le tradujeran las páginas de aquel libro que terminaba con un «¡Viva Esclaramunda!». Pero, al poco tiempo de vivir en la isla, le encontró sentido a todas aquellas historias. No se puede construir el futuro si no se tiene memoria del pasado.

Poco más de dos años después del nacimiento de su primera hija, su mujer le comunicó que volvía a estar embarazada.

En aquellos momentos, en la Península, la noticia de que Isabel II acababa de regresar de Francia ocupaba todos los periódicos. Volvía la

monarquía.

Pero la Restauración borbónica, tras el fracaso de la República de Pi y Margall, no se daría en la persona de Isabel, sino en la de su hijo Alfonso. A la Reina no le permitieron instalarse en Madrid, por lo que decidió establecerse en Sevilla, en los Reales Alcázares.

Don Francisco había vivido con indiferencia la marcha al exilio de la familia real, hacía casi siete años. Entonces no sabía que su padre y su suegro habían apoyado a Prim en el destronamiento de la Reina. De haberlo sabido, probablemente él también lo habría apoyado, pero ahora se alegraba de que pudiera volver, aunque no le permitieran regresar a la corte.

Ahora que él iba a tener otro hijo, deseaba que la vida política se calmase, que terminara la insurrección en Cuba, que los carlistas aceptaran de una vez para siempre que su candidato nunca subiría al trono, que el reinado de Alfonso XII fuera largo, muy largo, y que Dios le enviara muchos hijos, como se los estaba enviando a él.

Y esta vez sería niño, y heredaría el título que parecía haber nacido en aquellas tierras en las que nacería él. Un niño que se llamaría como se habían llamado todos los marqueses de Sotoñal desde que se tenía constancia. Un varón que perpetuaría su nombre y su apellido, Francisco de Asís Camp de la Cruz.

Pero no fue niño, fue otra niña, y heredó la piel morena y los ojos negros de su madre. Nació dos semanas antes de lo previsto, y lloró como si toda Mallorca tuviera que enterarse de que ella había venido al mundo.

No podría llamarse como él, pero don Francisco no dudó ni un momento en el nombre que tendría que llevar. El de una mujer que bien podría ser antepasada de la recién nacida, y que fue capaz de alzar la voz en defensa de la libertad, frente a todos los poderes que intentaban destruirla. Esclaramunda. Y así se bautizó. Aunque la niñera de su madre no se acostumbrara a llamarla por el nombre que le dieron al nacer, y comenzara a llamarla Munda, para acortar. Y todos terminaran por conocerla por aquel nombre abreviado con el que volvió a bautizarla Mani, Munda Camp de la Cruz y Castellanos. La segunda filipiniana.

13

Lola se instaló en Portocolom, un pueblecito de pescadores situado a unos setenta kilómetros de Palma. El amante la visitaba cuatro o cinco veces por semana. Don Francisco había contratado los servicios del organista de la iglesia del pueblo para que le enseñara a tocar. Siempre había querido hacerlo, pero en Toledo no se atrevió, su madre no lo habría consentido. Le permitió a regañadientes que tocara el violín y el piano, era una forma más de amenizar las veladas en las que reunía a sus amigos en el palacete, pero el órgano era otra cosa, lo habría calificado como un capricho extravagante, impropio de la clase social a la que pertenecía. Don Francisco no podía imaginarse a la marquesa asistiendo a una misa en la que él fuera el organista. Su madre habría identificado el instrumento más con una profesión, que de ninguna manera le hubiese permitido ejercer, que con el placer de arrancar infinidad de sonidos a aquellos tubos por los que sentía verdadero entusiasmo. El instrumento, polifónico por antonomasia, no sólo le atraía por la diversidad de tonos que podía transmitir, sino por la complejidad de su estructura, capaz de convertir el viento en la mayor expresión de fuerza atronadora y controlada. Le fascinaban los nombres que recibían sus componentes: los secretos, el órgano mayor, el gran órgano, el expresivo, los ecos… y la capacidad de los organistas para coordinar los teclados, que conseguían que aquella estructura sólida vibrase, y exigían la implicación de todo el cuerpo. El movimiento y la quietud en busca de la armonía. No imaginaba nada más parecido a la magia.

En Mallorca, los asuntos que le encomendó su padre le dejaban mucho tiempo para él. Allí se sentía libre para hacer y deshacer sin tener que dar cuentas.

En Palma se vivía de puertas adentro. El vive y deja vivir parecía el lema de todas las personas que trató en la isla. Raramente contaban sus intimidades, nunca se vanagloriaban de lo que poseían o no, y con frecuencia utilizaban las evasivas y las generalidades ante cualquier intento de traspasar el umbral de lo privado. Don Francisco se acostumbró a aquella vida, y a aquella forma de ser, como si la hubiera estado buscando desde siempre.

Lola apenas salía de su palacete. Se lo había comprado el amante cumpliendo con una de las condiciones que le puso para trasladarse desde Madrid. La casa sería suya, se escrituraría a su nombre, y podría venderla como y cuando quisiera. Todavía permanecía soltera, y había alcanzado la mayoría de edad hacía un año, luego no necesitaba el consentimiento de un marido ni de un padre para poder firmar por sí misma cualquier transacción económica.

En Portocolom disfrutó de su amante como no lo había hecho en Madrid ni en Toledo. No conocía a nadie. No tenía amigos. Su único entretenimiento, cuando no estaba con él, consistía en descubrir pequeñas calas rocosas donde bañarse en compañía de su criada. Quizá por este motivo, don Francisco la visitaba casi a diario. Sentía remordimientos de haberla alejado de Madrid, de haberla arrancado de aquella vida de fiestas y de tumultos, para encerrarla en aquella soledad. Portocolom era un pueblecito pequeño, lo había elegido por el órgano de la iglesia, porque alguien le había informado de que allí podría tomar clases. Pero comprendía que aquella no era vida para la Pícara Lola, y necesitaba recompensarla.

Su esposa tampoco se entretenía mucho más, pero el cuidado de sus hijas la salvaba del aburrimiento. Las niñeras podrían haberse encargado de todo lo relacionado con ellas, pero los celos que había desarrollado Mariana, desde que nació su hermana Munda, aconsejaron que su madre asumiera personalmente su educación, ayudada por una institutriz que viajaba con ellos desde Toledo.

Mariana se volvía más recelosa a medida que iba creciendo, y se le agudizaba una expresión extraña en la cara, cuyos ojos, de un azul clarísimo, se llenaban de lágrimas con cualquier pretexto.

Munda, por el contrario, reía a la menor oportunidad. Crecía tan deprisa que parecía que alcanzaría a su hermana mayor en cuanto esta se retrasara sólo un poco. Difícilmente se la veía enfadada, y cuando Mariana se enfurruñaba con ella, siempre terminaba abrazándola y llenándola de besos. La belleza de Mariana contrastaba con su aspecto desgarbado, marcado por las ojeras que heredó de su madre.

Don Francisco entabló relaciones con las autoridades de la isla nada más llegar, y Lucía se sumó a las tertulias de sus mujeres un par de veces por semana. Ella misma decidió instituir también su propia tertulia. En Toledo no lo había necesitado, asistía a las de su suegra, y sus primas la visitaban casi a diario, o se acercaba ella a la zona de los cigarrales. Pero Mallorca la recibió como a la futura marquesa de Sotoñal, todas las puertas se le abrieron, y deseaba amigas con las que poder intercambiar confidencias. De manera que decidió empezar a recibir en su palacete las tardes de los jueves, mientras su esposo tocaba el órgano en Portocolom. Pero, aunque sus reuniones se convirtieron pronto en cita obligada de las damas palmesanas, no encontró a nadie con quien intimar. Se aburría. Los días eran demasiado largos, y don Francisco pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa. Cuando no estaba en Portocolom, se eternizaba en sus reuniones, o arreglando los asuntos que les habían llevado a Mallorca.

La inminente desamortización de las tierras, y la parcelación que se cernía sobre ellas, obligaron al marqués a vender sus propiedades en la isla antes de que el Gobierno se las expropiara. Pero, por el mismo motivo, para evitar la expropiación, y poder vender a mejor precio, antes debían incrementar la productividad de sus latifundios. La misión de don Francisco consistía en convertir en tierras de labor lo que hasta entonces habían sido fincas de recreo y cotos de caza. Para ello, contrató a decenas de peones que prepararon la tierra y plantaron viñas, almendros, higueras y algarrobos. Cuando los campos fueron productivos, los puso a la venta. Él mismo los parceló, ordenó que los rodearan de cipreses para protegerlos de la tramontana, y los fue vendiendo a pequeños propietarios hasta liquidar todas las posesiones que la familia tenía en la isla.

Ocho años después de su llegada, sólo les quedaba el palacio. La vida de Lucía y de Lola no había cambiado apenas. Lola seguía buscando calas, cada vez más alejadas de Portocolom, y recibiendo al amante casi todas las tardes. Se había comprado un faetón con capota, tirado por un solo caballo, que aprendió a conducir para poder recorrer la costa de norte a sur y de sur a norte, sin necesidad de un cochero. Todas las mañanas salía de excursión por aquellas calas rocosas acompañada de su criada, que ocupaba el asiento descubierto de atrás.

En el tiempo que permaneció en la isla, viajó a la capital poco más de una docena de veces, la mitad para ir a la misa del gallo, y la otra mitad, para asistir a los estrenos teatrales que iniciaban las temporadas de verano. En todas las ocasiones se cruzó con el amante y con la esposa, y simuló no conocerles. Cuando coincidían en la misa, don Francisco solía hacerle un gesto al salir de la catedral, en un momento en que Lucía parecía distraída. En el teatro, él se ausentaba del palco en el descanso de la función y se situaba junto a ella hasta que sonaba la campanilla de aviso del segundo acto. En la confusión de la vuelta a la sala, siempre se rozaban las manos. Después se miraban, él desde el palco y ella desde la platea, aprovechando el interés de la esposa por la representación. A la salida, cuando esperaban sus capas en el guardarropa, volvían a rozarse. Les excitaba aquel juego. Exponerse a los ojos de los otros procurando que no les descubrieran, ocultándose al mismo tiempo que mostrándose. Controlando el deseo.

No sabían que Lucía intentaba no mirarles, que disimulaba su humillación para que nadie se diera cuenta del dolor que le causaban aquellos encuentros. El mismo dolor que había sentido ocho años atrás, en el puerto de Palma, cuando acudió a esperar a su marido, un día después de su llegada a la isla con su hija.

Don Francisco desembarcó antes que la Pícara Lola, seguramente para evitar que les vieran juntos. Pero no esperaron el tiempo suficiente como para no coincidir en la pasarela.

La misma mujer que había salido llorando de la catedral de Toledo, después de haberse encontrado con don Francisco y con la marquesa, salía del barco unos pasos detrás de él. Al principio, a Lucía le extrañó que

desembarcaran por separado, no parecía lógico, estaba claro que se conocían, y que por fuerza habían tenido que verse a bordo. Pero cuando la amante pasó por delante de ellos sin mediar una sola palabra, comprendió que se conocían mucho más de lo que hubiera querido descubrir.

Su esposo tenía una amante, como casi todos los esposos de la clase social a la que pertenecían. No era una tragedia, no estaba fuera de lo habitual, ni ella debía sentirse despreciada. En realidad, era más un signo de distinción que una bajeza. Y sin embargo, tenía ganas de llorar.

Le hubiera gritado que no tenía derecho, que no podía tratarlas así a ninguna de las dos, que se volvía a Toledo. Pero no pudo, sabía que su padre no la apoyaría, ni él, ni nadie, porque así no se hacían las cosas, porque tendría que aceptarlo, y guardar las apariencias con la misma entereza con que las habían guardado muchas mujeres antes que ella. Debía aceptar que la vida no era como ella había imaginado, y aprender a vivir como todas las demás, resignada y sumisa, consintiendo una situación que parecía un derecho para ellos, y un pecado si las infieles hubieran sido ellas.

Aquel día, Mani también se dio cuenta de quién se apeaba del barco. También había visto a aquella mujer en la catedral de Toledo, y también la reconoció en la pasarela.

Cuando llegaron a casa, la ayudó a desvestirse y a meterse en el baño deshecha en lágrimas.

—Tranquila, pequeña. Es cosa de hombres. Te acostumbrarás.

14

Y se acostumbró.

Lucía compartió a su marido intentando que él no supiera que ella sabía. Ocho años.

Su padre murió de un ataque al corazón al poco tiempo de que ellos llegasen a Mallorca. El único que seguía considerándola como ella estaba acostumbrada, como a la niña de sus ojos. Unos días después de recibir la noticia de su muerte, llegó al palacete un telegrama de su albacea requiriendo su presencia y la de su marido en Toledo, con objeto de firmar el testamento. Ella habría deseado rezar ante la tumba de su padre, pero los asuntos de su esposo no le permitían viajar para firmar la autorización para que ella heredase, por lo que envió un poder que autorizaba al marqués de Sotoñal a firmar aceptando la herencia en su nombre.

Nunca había discutido con él, y tampoco lo hizo por aquel motivo, pero cuando lloraba por las noches no sólo pensaba en su padre, sino en todos los sueños que se quedaron con él en el Cerro del Emperador.

Desde que llegaron a Palma de Mallorca, cada vez que don Francisco se retrasaba en sus lecciones de órgano en Portocolom, ella cerraba con llave la puerta de sus habitaciones, y no las abría hasta el día siguiente.

Lola pasó a formar parte de su vida como ella formaba parte de la de Lola. Se asumían y se toleraban, pero las dos guardaban en lo más profundo la necesidad de sentirse únicas, insustituibles, suficientes.

Don Francisco nunca supo que su mujer se arañaba por dentro cada vez que descubría el olor de Lola en su ropa. No podía imaginarlo. Él se sentía seguro. Las quería a las dos, pero cada una tenía su sitio asignado. Un mundo distinto en el que reinaba cada una de ellas. Dos mundos estables

que no interferían entre sí, dos mundos que podría haber mantenido toda la vida.

Una vez liquidadas las propiedades de Mallorca, el marqués le ofreció a don Francisco un puesto de directivo en sus oficinas de Alejandría, y el cargo de cónsul para Asuntos Comerciales que el cónsul general acababa de crear en aquella ciudad. Don Francisco aceptó el ofrecimiento sin plantearse siquiera que alguna de sus dos mujeres podría decirle que no. Y tenía razón, ni Lucía ni Lola le pusieron impedimentos para trasladarse a Alejandría. La otra alternativa sería volver a Toledo, donde el futuro marqués podría ayudar a su padre en la gestión de sus negocios desde la casa matriz, pero esta perspectiva no le agradaba a nadie. A Lucía, porque le humillaba la idea de que la ciudad entera conociese la existencia de la amante mucho antes que ella, probablemente incluso antes de su matrimonio; no hubiera soportado la mirada de las damas de la alta sociedad toledana. A Lola, porque su querido Francisco aceptó todas las condiciones que le puso para que le siguiera hasta el norte de África: un coche más grande, más criadas, la renovación de su vestuario y una casa a su nombre en un barrio elegante de la ciudad. Después de todo, eran ya dieciséis años los que les unían, y los últimos ocho se los había entregado por completo, no se merecía menos.

La idea de volver tampoco le agradaba a don Francisco. Después de aquella vida en Mallorca, con total autonomía, no quería volver a soportar las presiones maternas en Toledo, y veía en el Consulado, y en el puesto en las empresas de su padre, una oportunidad de desarrollo personal, un reto que le gustaría asumir.

Don Francisco prometió a Lola la casa y el coche, y le propuso un negocio inmobiliario para invertir la pequeña fortuna que obtendría con la venta del palacete de Portocolom. Le compraría dos pisos en la bahía de Palma y uno en el centro de la ciudad, que podría alquilar por una buena renta en cuanto la operación se hubiera realizado.

Lola viajaría desde Palma a Barcelona y de allí a Alejandría, sola, pero un séquito de maletas y de criados, que el amante se encargaría de contratar antes de abandonar la isla, le haría más agradable el viaje.

Don Francisco haría el mismo recorrido, con su esposa y sus hijas, una semana antes que ella, pero cuando Lola llegase a Alejandría, él la estaría esperando en el puerto para ayudarla a instalarse.

15

El cumpleaños de Munda se celebró en el palacio de los futuros marqueses de Sotoñal con una fiesta de despedida. Al día siguiente, embarcaban rumbo a Barcelona. La niña cumplía ocho años. Ese mismo día, su padre había despedido a la institutriz después de entregarle un pasaje para Valencia y una indemnización que le permitiría vivir unos meses hasta que encontrara un nuevo trabajo. Jamás admitiría en su casa a nadie que infundiera miedo en sus hijas, y ella lo había hecho desde que la contrataron en Toledo. Don Francisco no lo supo hasta que Munda apareció aquella mañana en su alcoba, empapada en sudor.

—¡He soñado con los malos!

—¿Con qué malos, vida mía? ¡Ven que te lleve a tu cuarto!

—Con los que se comen a los niños.

—Nadie se come a los niños. ¡Qué barbaridad! ¿Quién te ha contado semejante tontería?

—La señorita dice que los malos se comen a los niños. Que una vez, unos señores muy malos invitaron a su enemigo a comer, y luego le enseñaron la pierna de su hijo, y le faltaba un trozo. He soñado que me dolía la pierna, y que tú te comías mi trozo.

—Eso es una pamplina. Nadie hace esas cosas. Anda, duérmete, corazón, y no vuelvas a pensar en eso.

—Pero ¿me puedo acostar en el lado derecho? Sobre el izquierdo no puedo dormir. La señorita dice que es el lado del demonio.

—La señorita no sabe lo que dice. Tú pórtate bien. Escucha siempre la voz de tu conciencia, y ama al prójimo como si fueras tú misma. Así

conocerás a Dios algún día. Eso es lo que tenía que haberte enseñado tu señorita.

Al día siguiente, Munda volvió al dormitorio de su padre antes de que él se hubiera levantado. Don Francisco la oyó trastear entre sus cosas durante un rato, hasta que de repente, se acercó corriendo a la cabecera de la cama con una escuadra en las manos.

—¡Mira, papá! Un triángulo igual que el que adoran los malos que se comen a los niños.

16

La familia aprovechó la escala en Barcelona para conocer la ciudad condal. Lucía quería llevar a las niñas a las instalaciones permanentes de baños de mar que habían proliferado en la playa de Mar Velia, en la Barceloneta. Todo el mundo hablaba en Palma de sus fiestas náuticas, de las excursiones marítimas y del Club Catalán de Regatas.

Aunque Lucía no se encontraba muy bien, no paró de moverse de acá para allá en los siete días que duró la visita. Los baños de mar; el Ensanche, construido hacía sólo algunos años, tras el derribo de las murallas borbónicas que protegían la antigua ciudadela; el Barrio Gótico; el puerto; Las Ramblas; el Gran Teatro del Liceo…

Lucía embarcó hacia Alejandría tan agotada que apenas pudo abandonar un par de veces el camarote en todo el trayecto.

En el vapor viajaba una dama a la que saludaron efusivamente el capitán y el contramaestre, nada más embarcar. Durante la travesía también la saludaron algunos pasajeros, casi todos comerciantes que viajaban con regularidad por la ruta Barcelona-Alejandría-Barcelona. Todos se dirigían a ella con mucho respeto, pero, al mismo tiempo, se adivinaba en sus gestos cierta admiración, y en algunos, verdadero cariño. La dama respondía al nombre de señorita Inés, siempre iba vestida de blanco, con faldas y blusas de encajes bordados, muselinas y lazos de organdí que adornaban su cintura y sus sombreros. No llegaría a los cuarenta años. Después de comer, solía sentarse en una hamaca de cubierta con un libro en las manos, y se dedicaba las tardes a leer. Aquella imagen le recordaba a don Francisco una base, extraída de los libros de su padre, que solía repetir cuando era niño: *Lee y aprovecha, ve e imita, reflexiona y trabaja, ocúpate siempre en el bien de*

tus hermanos y trabajarás para ti mismo. Él también repetía con frecuencia a sus hijas aquella frase, aunque todavía las niñas no alcanzaban la edad suficiente como para entenderla.

Don Francisco no se acercó a saludar a la señorita en todo el trayecto, nadie les había presentado, pero cuando llegaron al puerto de Alejandría, descubrió enseguida que compartían amistades comunes.

En el muelle les esperaba una nutrida representación de la colonia europea, casi todos españoles que saludaron a la dama de blanco antes de acercarse a él. Entre ellos se encontraba el cónsul general de su delegación diplomática, el responsable de que él se encontrara allí, un amigo de su padre desde que ambos estudiaban Derecho en la Universidad de Salamanca. Hacía tiempo que no se veían, pero se reconocieron en cuanto se tuvieron delante el uno al otro.

El cónsul general se acercó a recibirle con la señorita Inés cogida del brazo.

—¡Así que han compartido ustedes viaje! Supongo que les habrán presentado. Don Francisco se quitó el sombrero y se inclinó hacia delante.

—No he tenido ese placer. Francisco de Asís Camp de la Cruz y Suárez de la Alameda. A sus pies, señora.

La señorita Inés le extendió la mano, pero antes de que don Francisco pudiera inclinarse para el besamanos, ella se la estrechó con fuerza, al modo de los hombres.

—Encantada, caballero. Yo sólo soy Inés, y no soy señora, si a usted no le importa.

—¡Naturalmente, señorita Inés, cómo me iba a importar!

—Pues, de nuevo si no le importa, tampoco señorita, sólo Inés.

17

Toda la ciudad de Alejandría conocía a la dama de blanco. Sus fiestas eran las más renombradas, su cocina la más exquisita, sus criados los más discretos, y ella la más misteriosa. A veces desaparecía dos o tres meses, y luego volvía como si no se hubiera ausentado.

No tenía fijado un día de visitas. Excepto los primeros y terceros jueves de cada mes, en los que nadie sabría dónde encontrarla, su casa era siempre un entrar y salir de invitados. Españoles, egipcios, franceses, ingleses, griegos, saudíes… Todos eran bien recibidos.

Los rumores decían que un príncipe cairota la había conocido en la Exposición Universal de París, hacía casi veinte años, y que aquellos jueves desaparecía para encontrarse con él en la bocana del puerto oriental. El príncipe llegaba en una embarcación diferente cada día para no ser reconocido, y ella le esperaba en un pequeño barco de vapor que él le había regalado. La señorita Inés nunca desmintió aquellos rumores, tampoco los confirmó, pero lo cierto era que jamás hablaba de sus excursiones en el vaporcito, en el que cualquiera que se acercara al puerto oriental podría verla embarcarse jueves sí y jueves no, con rumbo desconocido.

Los rumores también aseguraban que en aquel vaporcito habían huido más de uno y más de dos nacionalistas que se oponían a que el gobernador, impuesto por los europeos, permitiera que las finanzas egipcias fueran controladas por los franceses y los ingleses.

Vivía en la antigua plaza de los Cónsules, en el único palacete que había sobrevivido al bombardeo con que la escuadra inglesa castigó a la ciudad el año anterior, inicio de la invasión y ocupación británica de Egipto. Las oficinas de don Francisco se situaban en la misma plaza, en un edificio

neoclásico que su padre había ordenado construir, después de comprar el solar de uno de los consulados destruidos por el bombardeo. Asimismo, el Consulado General de España ocupaba otro solar reconstruido de la plaza de los Cónsules, llamada así porque en aquel lugar se concentraba una parte importante de aquellas misiones diplomáticas, que, por otro lado, habían proliferado en la ciudad desde la apertura del Canal de Suez.

Desde que existía el canal, Alejandría se había convertido en un enclave estratégico, donde se canalizaban los circuitos comerciales que enlazaban el Mediterráneo con el mar Rojo y con el océano Índico. Y todos luchaban por su trozo del pastel. Nadie quería desaprovechar las enormes posibilidades que ofrecía el control de aquellas rutas. El marqués tampoco, por lo que había establecido en la ciudad una importante delegación de sus empresas exportadoras de aceite para el alumbrado, maderas, resinas y todo tipo de utensilios de mesa que enviaba a varios países asiáticos.

Los británicos ya ocupaban el país cuando llegó don Francisco. Habían impuesto una fórmula de administración, el llamado condominio angloegipcio, que respetaba, en teoría, la autonomía egipcia. Pero algunos grupos independentistas reclamaban el autogobierno desde la clandestinidad.

Desde los balcones de su despacho, el futuro marqués podía ver con toda claridad tres entradas del palacete de la señorita Inés: la principal, una de las de servicio y la de carruajes. La primera se situaba frente al edificio de oficinas de su empresa, y las otras dos en la fachada lateral. Todas perfectamente visibles desde su despacho.

A él nunca se le hubiera ocurrido controlar quién entraba o salía del palacete, pero un par de días después de su llegada, se entretuvo ordenando algunos asuntos hasta muy tarde, y observó movimientos extraños en las tres puertas. Nada más anochecer, la señorita Inés recibía a un hombre embozado en una capa, en la puerta principal del palacete. Acto seguido, otros dos hombres, en esta ocasión vestidos con chilaba, entraban por la puerta de servicio. A los pocos minutos, por la puerta de carruajes salía un landó en el que pudo ver fugazmente a la dueña de la casa, acompañada por los tres visitantes.

Al día siguiente, los periódicos hablaban de dos presos independentistas fugados de la cárcel. Se encontraba él leyendo esa noticia, minutos después de llegar a su despacho, cuando su asistente personal le comunicó que tenía una visita.

La señorita Inés ni siquiera esperó a que la invitaran a pasar, entró en el despacho detrás del asistente y se sentó en un sillón delante de la ventana.

Decidida y segura, vestida de blanco, con una sombrilla en la mano y un bolso limosnera del mismo color, consciente de la admiración que provocaba a su paso.

Don Francisco le tendió la mano a la manera de los hombres, tal y como ella se la había tendido en el puerto.

—Buenos días, señorita Inés, ¿a qué debo el honor de su visita?

Ella se quitó el guante de la mano derecha y aceptó la que él le tendía.

—Sólo Inés, por favor.

Don Francisco observó que llevaba un pañuelo con unas iniciales bordadas. Detrás de cada letra podían verse tres puntos colocados en forma de escuadra.

La señorita se secó la frente con el pañuelo, tocándose ligeramente con pequeños golpes.

—Confío en que será usted una persona discreta, señor marqués.

—Así es. Aunque todavía no soy marqués.

—Anoche usted no vio nada. Unos amigos me visitaron a deshora, pero nadie tiene por qué saberlo.

—Descuide usted, sé perfectamente cómo guardar un secreto. Para mí también es una obligación la solidaridad entre los hombres.

—Parece usted un buen hombre.

—Gracias, aunque intento ser mejor.

—¿Quiere decir que procura ir más allá?

La señorita Inés recalcó el final de la pregunta. *Ir más allá* sonó como si la frase formara parte de un ritual.

Don Francisco le contestó de la misma manera, recalcando el final de una frase que no parecía tener mucho sentido.

—Así es. Procuro siempre *ir más allá*. Aunque también trabajo para *reunir lo que está disperso*.

Ella volvió a ponerse los guantes, se levantó y se dirigió hacia la puerta de salida.

—Le agradezco su prudencia.

—Y yo su confianza. A sus pies.

Esa misma tarde, una doncella pidió ver personalmente a don Francisco para entregarle en mano una tarjeta:

Estimado don Francisco:

Estaría encantada si Vd. y su familia me acompañaran mañana a comer. Les espero a la una. Además de practicar la solidaridad, para mí también es una obligación atender al viajero.

Suya afectísima,

I:.

Una hora más tarde, don Francisco le envió un ramo de rosas blancas con otra tarjeta:

Estimada amiga:

Acepto con mucho gusto la invitación con que Vd. me honra, en la seguridad de que mañana pasaremos de la prudencia que deben guardar los conocidos a la sinceridad que debe caracterizar a los hermanos.

Siempre a sus pies,

F:. de A:. C:. de la C:. y S:. de la A:.

Al día siguiente, la familia al completo acudía al palacete a la una en punto. Cuando don Francisco y la señorita Inés se estrecharon la mano, cada uno presionó suavemente la muñeca del otro con el dedo índice.

La tercera filipiniana nació siete meses después del desembarco de la familia en Alejandría. El parto se retrasó tanto que los médicos pensaron que tendrían que sacarla del vientre de su madre.

Casi diez meses, hasta que decidió llegar a este mundo.

Nunca sería tan hermosa como su hermana mayor, ni tan curiosa como Munda, ni tan alta, ni tan zalamera. Ni llamaría la atención por su forma de bailar, o de tocar el piano, o de contar historias. Sus padres no la querrían más que a sus hermanas, ni las criadas la tratarían de una forma diferente. Y tampoco perpetuaría el apellido. Pero ella sería especial, y jamás pasaría desapercibida. Inés Camp de la Cruz y Castellanos. La ahijada de la señorita Inés. La más tierna, la más generosa, la más discreta, la más valiente de las tres filipinianas.

18

Mientras sus hijas crecían, Lucía caía en una tristeza cada día más profunda, de la que don Francisco se confesaba incapaz de rescatarla. Al principio, lo achacó a la muerte de su padre, y después al parto de la pequeña Inés. Había sido tan difícil que los desgarros parecían no curarse nunca y el dolor se hacía insoportable. Cuando por fin se repuso, tras casi siete meses sin moverse apenas de la cama, tenía tanto miedo de que pudieran abrirse las heridas, que era incapaz de cumplir con sus deberes de casada.

Lloraba cada vez que don Francisco se presentaba en su dormitorio, y también cuando se iba. Deseaba las caricias de su esposo, pero el miedo se había hecho costumbre, y cualquier roce, por mucho cuidado que él pusiera en cada tentativa, acababa transformado en un grito.

Don Francisco insistió hasta que comprendió que las heridas de su esposa no se curarían nunca, y dejó de buscarla en el dormitorio. Ella respiraba aliviada cuando le escuchaba pasar de largo por delante de su puerta, pero echaba de menos la ternura con la que él solía iniciar sus encuentros.

A veces, Lucía le esperaba en su propio dormitorio, metida en su cama, desnuda bajo el camisón que nunca se había atrevido a quitarse, pero cuando él deslizaba sus manos por encima de la tela, y recorría su cuerpo, buscando la forma de sentirla sin hacerle daño, ella se tensaba de tal forma que no le quedaba otro remedio que retirarse, y ella salía corriendo hacia sus habitaciones.

Después llegaron los celos.

Lucía había tolerado con resignación la existencia de la Pícara Lola, pero cuando don Francisco comenzó a ausentarse los primeros y terceros jueves de cada mes, la idea de que estaba buscando fuera lo que ella no podía darle dentro comenzó a volverla loca. Podía soportar la existencia de una amante, estaba dentro de los límites que su orgullo podía permitir, pero aceptar que su marido necesitaba dos mujeres, para calmar lo que ella le negaba, atentaba contra su dignidad, y no estaba dispuesta a tolerarlo.

—Si crees que me engañas, es que todavía no me conoces. ¡Qué tonta fui en consentir que le pusieras su nombre a mi hija!

—Pero, Lucía, ¿qué estás diciendo?

—¿Te atreves a negarlo?

—Así es. Rotundamente.

Ella lloraba, y después, una vez que se calmaba, permitía que el marido la abrazase y la llenase de besos.

Pero los celos son alimañas que no sueltan con facilidad a su presa. Siempre vuelven. Y ella los atraía.

Le olía las ropas cuando volvía de la oficina. Lloraba cuando él estaba, y cuando no estaba. Vigilaba la calle desde el balcón, para ver si venía con alguien, aunque el carruaje siempre entrara por la puerta de cocheras y no pudiera saber si llegaba solo o acompañado. Se levantaba de madrugada y se acercaba a sus habitaciones, para tratar de sorprenderle con alguna de las sirvientas. Le mandaba recados a todas horas al despacho, y si no los contestaba, le acusaba de haber pasado la tarde con cualquiera de sus queridas. Le gritaba, le maldecía, le decía que le odiaba, que le quería, que le perdonaba si le prometía que no volvería a pasar…

Y comenzó a aborrecer todo aquello que pudiera robarle el tiempo y el amor de su esposo. Los negocios, el Consulado, las tertulias, la amante, la señorita Inés, incluso las niñas, sobre todo a Munda, la única persona capaz de conseguir de su padre cualquier cosa que se proponía.

Sólo Mani podía acercarse a ella sin que rompiera a llorar.

—¡Ay, Mani! ¿Qué me pasa? Me levanto llorando y me acuesto llorando. No quiero vivir así.

—Ten paciencia, criatura, ya verás cómo te pones buena, sólo tienes que quererlo. Son males de parturienta que se te han agarrado ahí dentro.

Pero no se curó, se fue encerrando en sí misma cada día más, apagándose poco a poco. Hasta que empezó a toser y el médico le recomendó reposo en un clima de montaña.

Don Francisco quiso volver a Toledo. Envió un telegrama a su padre, para que gestionara el ingreso de su esposa en un sanatorio situado en la sierra de Madrid, y organizó el viaje de vuelta de toda la familia.

Pero Lucía se había entregado a la tuberculosis como a una liberación. Tenía treinta y cuatro años. Cuando murió, Inés ya había cumplido los tres. En España todavía se guardaba luto oficial por el Rey, mientras la Reina viuda juraba la constitución como regente.

Alfonso XII había sido enterrado un mes antes que Lucía, víctima de la misma enfermedad, la misma que se había llevado a la reina Mercedes unos años antes, con sólo dieciocho años. Al Rey le faltaban tres días para cumplir veintiocho.

19

Toda la colonia europea esperaba a don Francisco en la puerta de la iglesia donde se celebraría el funeral *corpore insepulto*. Las mujeres de negro, los hombres de frac y pajarita del mismo color. La señorita Inés sustituyó sus sombreros de lazo por un velo blanco, y sus faldas y blusas de muselina por un sencillo vestido de algodón abotonado hasta el cuello, sin bordados y sin bodoques, pero blanco también. A su lado, varias mujeres árabes se cubrían la cabeza con un velo similar. Hasta esa mañana, don Francisco no había reparado en el motivo por el que Inés vestía de ese color.

Lola siguió el ritual desde media distancia, frente al templo, sentada en la berlina que le había comprado el amante. Desde allí vio cómo llegaba la carroza fúnebre, tirada por seis caballos blancos empenachados, y seguida por una caravana de carruajes con ventanillas de cristal. Él llegaba en la primera berlina, con sus tres hijas y con la criada negra, Mani, que no se separó de las jóvenes en ningún momento. Cuando se detuvo la comitiva, él se bajó de su coche y esperó delante de la carroza a que sus allegados sacaran el féretro y lo portaran a hombros. Después abrió la puerta de su berlina y ayudó a bajar a sus hijas y a la criada.

Todos ellos se colocaron detrás de la caja, seguidos por los ocupantes de los otros carruajes, mientras los deudos que esperaban en la puerta del templo se apartaban a derecha e izquierda para dejarlos pasar.

Don Francisco y sus hijas llegaron a la iglesia con la mirada fija en el ataúd. De negro riguroso y la cabeza cubierta, erguidos, intentando que la pena no les obligase a arrastrar los pies. Las hijas con traje y capelina de terciopelo, las tres iguales. Sobre sus cabezas, unas capotas del mismo

tejido, envueltas en blondas que les caían sobre las espaldas. La criada con vestido de paño y velo corto. Y el amante, de frac y sombrero de copa.

Al terminar la ceremonia, la familia salió a la puerta del templo y recibió las condolencias una por una.

A Lola le hubiera gustado acercarse hasta él. Haber podido consolar aquellos ojos tan tristes, aquella boca que apretaba los labios intentando controlar el dolor, aquellos pies que parecían pesarle tanto. Pero no era su sitio. No lo era.

Los hombres se dirigieron al cementerio, y las mujeres al domicilio de la difunta para rezar el rosario. Lola no pudo acudir a ninguno de los dos lugares. Se marchó a su casa y esperó.

Él ni siquiera la había mirado cuando pasó por delante de su coche al llegar a la iglesia. No era oportuno. Ni tampoco cuando salió, flanqueado por sus hijas y por la criada. No era el momento. Ni fue a verla cuando volvió después de enterrar a su esposa, ni en los días que siguieron, ni en las semanas. No era decente. No.

Desde que su mujer cayó enferma, apenas se habían visto. Fueron meses difíciles, en los que Lola tuvo que olvidarse de aquella regla que le había impuesto cuando aceptó trasladarse a Madrid porque él se casaba.

Hablar de Lucía le calmaba la angustia. Y con Lola se desahogaba. Llevaban juntos más de dieciocho años y no había sentimiento que pudiera ocultarle.

Aunque después no hizo falta, cuando su esposa enfermó y pensó en trasladarse a Toledo con toda la familia, Lola no le puso condiciones para volver. Él supuso que ella preferiría vivir en Madrid, y ya había encargado la compra de un piso a su nombre en la calle Bailén, en el mismo edificio donde había vivido de alquiler cuando aceptó salir de Toledo.

Lola sabía adaptarse. Le había seguido de acá para allá desde el día en que le puso el primer piso. Y le seguiría toda la vida. Era fuerte, y estaba segura. Sabía que su amor hacia ella no había cambiado a pesar del tiempo. Ni su pasión. La quería más cada año que pasaba, y ella respondía a su amor con la misma intensidad. Nunca le dio un problema. Nunca le pidió cuentas. Ni le exigió que vivieran de otra manera a la que habían vivido.

Pero aquellos meses de la enfermedad de Lucía fueron duros, no sólo por la enfermedad, sino porque esta llegaba precedida de un tiempo en el que su casa se había convertido en una locura. Su esposa apenas salía de sus habitaciones, y cuando lo hacía sólo era para vigilarle y perder la razón. Su hija Mariana se peleaba constantemente con la institutriz, y le exigía a su padre que la despidiera en cada desencuentro. Y la pequeña Inés tenía una salud tan frágil que don Francisco temía casi tanto por ella como por su madre.

Sólo le salvaban del caos las zalamerías de Munda. Era la única capaz de ver el sol en los días grises. Desde niña supo demostrar que para ser feliz es preciso saber hasta dónde estamos dispuestos a serlo. Hasta dónde somos capaces. Soportaba los celos de su hermana mayor porque sabía que lo único que le pasaba a Mariana era que necesitaba más cariño del que tenía. Munda dejaba que se lo diesen y, cuando se enfadaba con ella por algún motivo, la besaba, a pesar de su resistencia, hasta que conseguía una sonrisa a la fuerza. Después, Munda se acurrucaba en los brazos de su padre, le daba besitos en el cuello y le hacía sonreír. Y él sonreía sin obligación, sólo porque le gustaba.

Adoraba a su padre, porque le leía libros antes de irse a la cama y le contaba historias sobre castillos y caballeros, y sobre reinas que llevaban su nombre. Y, sobre todo, porque antes de quedarse dormida, le daba sus abrazos y los de Lucía. Munda sabía que su madre no podía dárselos, y no se los reclamaba, aunque a veces Mariana se colase en sus habitaciones, para volver presumiendo ante Munda porque a ella sí se los daba.

El día en que cumplió los ocho años, Munda creyó que el regalo de sus padres consistió en un viaje en barco, y que toda la familia se trasladó a Alejandría gracias a ella. La tierra de Cleopatra, donde amó a Marco Antonio y tuvo un hijo con Julio César, la ciudad que fundó Alejandro, donde nació su hermana Inés, a la que Munda llamaba con frecuencia Alejandra para hacerla sentir como una emperatriz.

Le fascinaban los nombres de las heroínas que habían sobresalido en la historia como los hombres. Y por encima de cualquiera de ellos, le fascinaba el suyo, ¡Esclaramunda! De vez en cuando, le pedía a su padre

que le contase la historia de aquella mujer cátara que defendió la libertad de las mujeres y su equiparación con los hombres.

—Papá, cuéntame otra vez lo de la rueca.

Y su padre le contaba cómo los cruzados quemaron las fortificaciones donde se escondían los cátaros a principios del siglo XIII; en realidad, ciudadelas que defendían territorios muy deseados por el rey de Francia.

—Dice la leyenda que en una de las ciudades saqueadas, alguien le preguntó al cabecilla de los cruzados cómo distinguiría al hereje del que no lo era, y que él respondió: «Matadlos a todos, y que Dios distinga a los suyos».

Munda se veía a sí misma entre aquellos cátaros perseguidos por el Papa, defendiendo sus ideas en las reuniones que se convocaban en los castillos del sur de Francia. Como aquella Esclaramunda, hermana del conde de Foix, tía de la reina de Mallorca, quien se enfrentó a los enviados de Inocencio III con tanta vehemencia que uno de sus oponentes la mandó callar, temiendo que convenciera al resto de los asistentes a la reunión.

—¡Señora, vuelva a su rueca! ¡Cállese! ¡Usted no tiene la palabra en esta asamblea!

Pero Esclaramunda no podía callar, y mucho menos volver a las tareas a las que se reducían las actividades de las damas. Ya no. Ya había probado las mieles de la libertad y de la igualdad; la poesía; el gusto por la vida; la tolerancia; las sociedades comunales, donde los burgueses, comerciantes y artesanos participaban del poder político, bajo el amparo y el consentimiento de la nobleza; las Cortes del Amor, donde las mujeres ejercían como jueces. Ya no. Los cátaros se lo habían enseñado.

Mientras su padre le contaba aquellas historias, Munda soñaba con mujeres ataviadas con sombreros en forma de cono, terminados en un tul.

Pasó su infancia imaginándose a sí misma en aquellas ciudadelas amuralladas, paseando con otras mujeres que sentían como ella la necesidad de poder hablar en las reuniones de los hombres, y escondiendo el Santo Grial de las manos que nunca se ganaron el privilegio de tocarlo.

Cuando su madre murió, apenas lloró delante de su padre, él la necesitaba sin lágrimas, entera, para poder abrazarse a ella y controlarse

como exigía su condición. Los hombres no lloran, y mucho menos si son nobles. El marqués de Sotoñal no podía rebajarse a expresar su dolor como si se tratara de un plebeyo. No lo hizo, pero Munda se acercaba todas las noches a la puerta de su dormitorio y escuchaba el llanto que había contenido durante el día.

Tampoco lloró delante de sus hermanas. Mariana sólo necesitaba una leve alusión al nombre de Lucía para deshacerse en lágrimas. Munda la consolaba como si ella fuera la única que había perdido a su madre, como si tuviera que comparar su dolor con el que padecían los otros, y en la comparación fuese la que más sufría, la que más la echaba de menos, la que más la necesitaba. No sabía que el dolor no es cuantificable. Mariana necesitaba pensar que su madre la quería por encima de cualquier otra persona, y que su pena también superaba a la de los otros. Al fin y al cabo, era la única que recibía sus besos.

Alejandra, sin embargo, prácticamente no se enteró de lo que había ocurrido. Ni siquiera se dio cuenta de lo que pasaba el día del entierro. Vestidita de luto, como una mujer, con su capota y su encaje de blonda cayéndole sobre los hombros. Parecía una muñeca. Munda no la soltó de su mano desde que salieron de casa detrás de la carroza, hasta que volvieron después del funeral. La pobrecita nunca preguntó por su madre, se había acostumbrado a no verla más que unos minutos al día, cuando su tata la llevaba a su cuarto para darle las buenas noches, casi siempre desde la puerta.

Era demasiado pequeña para asistir a aquel tipo de ceremonias, pero su padre quería a todas sus hijas a su lado en el funeral, y Alejandra se portó como una señorita.

Munda tampoco lloró delante de ella. La miraba con los ojos tan abiertos.

En los dos años que duró el luto, apenas salieron de casa. La señorita Inés las visitaba al menos una vez a la semana, cada martes por la tarde, mientras su padre se encontraba en casa de Lola. Les llevaba pastelitos de miel y de almendras, que preparaban especialmente para ella en una tienda de la medina, y merendaba con ellas en el jardín. Algunos domingos las

recogía en un carruaje tirado por dos caballos que conducía ella misma, y las acompañaba a los oficios religiosos.

Cuando pudieron volver a salir, una vez terminado el periodo de duelo, su padre buscó un colegio católico para señoritas, donde pudieran completar la formación que hasta ese momento habían recibido de parte de una institutriz. Para entonces, Munda ya tenía trece años, Mariana casi dieciséis, y la pequeña Inés, o Alejandra, como terminarían muchos por llamarla, había cumplido los cinco.

En numerosas ocasiones, la señorita Inés las esperaba a la salida del colegio para invitarlas a pasear en su barco de vapor, unas veces en compañía de su padre y otras sin él, pero siempre con su beneplácito. Aquellas excursiones se convirtieron en una de las salidas más deseadas de Munda, que comenzó a estrechar la relación con la señorita al margen de sus hermanas. A menudo la llevaba a pasear por los alrededores de Alejandría, le enseñaba los monumentos históricos de la ciudad, y la acompañaba en sus compras por las tiendas del zoco.

Las otras salidas que apasionaban a Munda correspondían con las escasas ocasiones en que su padre las dejaba visitarle en el Consulado. No había nada sobre la Tierra que la atrajera más. Recorría los despachos y las dependencias del cónsul como si ella misma pudiera llegar algún día a ocupar un cargo semejante. Conocía el nombre de todos los empleados y de todos los puestos que ostentaban en la legación. Ellos la saludaban con tanto cariño que Munda se sentía como si, de algún modo, todos pertenecieran a una pequeña familia en la que ella se encontraba incluida.

20

Para su dieciséis cumpleaños, Mariana organizó una fiesta a la que invitó a los jóvenes de las mejores familias de la colonia europea. No se trataba de una puesta de largo, pero casi podría decirse que se convirtió en un baile de debutantes.

En las invitaciones, se rogaba a todas las jóvenes solteras que acudieran vestidas de blanco. Los hombres, de frac, por supuesto, y las mujeres casadas, de negro. Mariana lo llamó «el baile del ajedrez», fue ella la que redactó las invitaciones y la que organizó los preparativos.

Todas las alfombras de la planta baja se retiraron para dejar a la vista el suelo de baldosas blancas y negras que daba sentido a su puesta en escena; los espejos y las lámparas se limpiaron hasta el último brillo; las cristalerías de Bohemia y los cubiertos de plata salieron de los cajones y de los armarios; los manteles de hilo de Holanda, las vajillas francesas, los jarrones, los muebles, los mármoles, la colección de cajas de música de su madre, los adornos, los dorados, todo tenía que estar preparado para el momento en que ella apareciese con su vestido blanco sobre una de las baldosas negras.

Y sucedió tal y como ella había previsto. La fiesta, incluida su bajada triunfal por las escaleras, se desarrolló exactamente como esperaba. Todos los invitados acudieron. Todos vestidos con la etiqueta que ella había exigido. El protocolo exacto, la música adecuada, la bebida justa, las camareras y los mozos de comedor perfectamente uniformados al estilo español, la cena bien servida, el jardín, la noche, el baile. Sólo un detalle perturbó aquella velada que se acercaba a la perfección hasta casi rozarla. El asistente personal del agregado militar del Consulado, un joven

subteniente de muy buena familia, con una prometedora carrera militar en ciernes, en el que Mariana había puesto los ojos desde el primer día en que acompañó a su padre a su despacho de cónsul, parecía rondar a Munda. Su hermana sólo tenía catorce años, pero muchas mujeres se comprometían a su edad, e incluso algunas se casaban. Mariana no soportaría que el subteniente, Ricardo Guzmán del Torno, el mejor partido al que podía optar una joven casadera en aquellas tierras, se encaprichara de su hermana, la única soltera de aquel baile que carecía del menor interés en buscar marido. No. No lo consentiría.

Su estrategia resultó simple y eficaz: le pidió a su padre que bailara con Munda el primer baile y que la animara a bailar los siguientes con todos los jóvenes que se lo propusieran. Y ella, y sus hermosos ojos azules, se encargaron de engatusar al galán el resto de la noche. Dos meses después, el subteniente Guzmán del Torno le estaba pidiendo permiso a su padre para cortejarla.

Durante casi dos años, Mariana y Ricardo cumplieron con el ritual del compromiso paso por paso. Primero las visitas del pretendiente al palacete, después los paseos por el jardín, bajo la vigilancia de la institutriz, seguidamente algún que otro encuentro furtivo y algún beso en el que únicamente se rozaban los labios, y por último, el traslado de las respectivas familias a Alejandría para la pedida de mano y los preparativos para el enlace. Los padres de don Francisco, sus tíos y primos, y los amigos más íntimos viajaron desde Toledo para asistir a la boda. La familia del novio llegó desde el norte de la provincia de Cáceres, donde no se hablaba de otra cosa desde que se comunicó la noticia. Mariana no podía ser más feliz. El centro del mundo se había desplazado hacia su persona.

21

—Papá, quiero ser masona.

—¿Qué estás diciendo? ¡Qué sabrás tú de la masonería!

—Que busca la perfección del ser humano, la igualdad, la fraternidad y la libertad. Que tratan de hacer de un buen hombre un hombre mejor. Y que se llaman los Hijos de la Viuda en homenaje al que construyó el Templo de Salomón, que era hijo de una viuda de la tribu de Neptalí. Él dividió a sus obreros en aprendices, compañeros y maestros, como los masones.

—¿Y cómo sabes esas cosas?

—Me gusta leer. Tú mismo me lo has enseñado: *Lee y aprovecha, ve e imita, reflexiona y trabaja, ocúpate siempre en el bien de tus hermanos y trabajarás para ti mismo*.

—Las mujeres no pueden ser masonas. No son libres y no saben guardar un secreto.

—Yo sí.

Munda tenía dieciséis años. Su hermana mayor acababa de abandonar la casa familiar para casarse con el subteniente. Mariana deseaba el matrimonio como el regalo más maravilloso que podía darle la vida, y así vivió el día de su boda, como el principio de una felicidad que parecía garantizada sólo con la celebración de aquella ceremonia. Munda, sin embargo, quería ingresar en la universidad para estudiar leyes, aunque tuviera que ir acompañada de la Guardia Civil, como había ocurrido con las primeras mujeres españolas que se atrevieron a matricularse en la facultad de Derecho.

—Pero ¿no querías ser abogado?

—No es incompatible, quiero ser masona y abogado.

—¿Y quién te ha hablado a ti de la masonería?

—No querrás que rompa mi secreto.

—Entonces ¿por qué me lo cuentas?

—Porque quiero que sepas que yo sé el tuyo.

No volvieron a hablar de ese tema. Don Francisco siguió con sus negocios y con sus obligaciones en el Consulado, y Munda con las lecturas que encontraba en la biblioteca familiar. Mariana los visitaba a menudo, casi siempre protestando porque no terminaba de quedarse embarazada. Y la pequeña Alejandra continuó creciendo como siempre, delicada de salud.

Desde que Mariana contrajo matrimonio, los encuentros con la señorita Inés se fueron haciendo cada vez más frecuentes. Don Francisco se sentía más unido a ella cada día. Inés le invitaba a sus tertulias, le pedía que la llevara al teatro, que la acompañara a las tiendas de la medina, donde le gustaba regatear con los vendedores, y le invitaba a tomar el té y a fumar en pipas de agua en su casa, en un salón decorado al estilo árabe que había ordenado construir en el jardín de su palacete al modo de los cafetines del zoco, donde ella, por ser mujer, tenía prohibida la entrada. A veces le llevaba al puerto oriental, a contemplar desde su barco la fortaleza del sultán Qaitbey, en el extremo del malecón de La Comiche. La misma que admiraría don Francisco en la víspera de su viaje a las islas Filipinas.

La fortaleza había sido semidestruida por los cañones británicos, pero todavía podían verse los torreones interiores y la mezquita, que habían quedado al descubierto por la caída de las torres exteriores en el bombardeo.

Él la acompañaba siempre que se lo pedía. Se fue dejando querer, y ella terminó por buscarle casi a diario, como si no fuera su intención seducirle.

Durante años estuvieron así, manteniendo una amistad que se fue transformando en otra cosa, sin que don Francisco apenas percibiese que, poco a poco, se estaba dejando atrapar por ella.

22

—Eres el único hombre que nunca me ha preguntado por qué voy siempre de blanco.

—No me hace falta. Lo sé. Estás de luto.

—¿Y no te interesa saber quién merece mi luto tantos años?

—Sólo si a ti te interesa que me interese.

Inés se echó a reír y no contestó. Acababa de cumplir los cuarenta años, cinco menos que los que tenía don Francisco, aunque su voz y su risa seguían pareciendo las de una jovencita. Habían salido a navegar, y se encontraban en un salón que servía de antesala a los camarotes y al cuarto de calderas. Él le hablaba con una media sonrisa, se atusaba el bigote y la miraba. Y ella bajaba cada vez más el tono de voz, como si susurrara con todo su cuerpo.

—¿Hay algo que te apasione sobre cualquier otra cosa?

—Me apasionas tú, pero no me atrevo a pedirte que te cases conmigo, no sé si debo.

—Deberías, si quisieras saber mi respuesta.

—Supongo que no sería el primero, y que los has rechazado a todos, al menos hasta ahora.

—Y yo supongo que nunca dejarías por mí a la mujer que se pasea por Alejandría en una berlina. Inés volvió a reírse, se levantó y se dirigió a la escalinata que subía a cubierta. Pero él la detuvo sujetándola de un brazo, y se acercó a su oído.

—Así que no me contestas.

—No me has preguntado nada.

—¿Quieres casarte conmigo?

Ella se giró muy despacio, hasta que su boca rozó la de él. Le cogió la mano y lo empujó suavemente hacia uno de los camarotes. Antes de cerrar la puerta, descolgó un interfono que comunicaba con el puente de mando.

—¡Capitán! ¡Hacia la bocana! ¡A todo vapor!

Don Francisco podría haberle dicho a la señorita Inés que también sentía pasión por la música. Dominaba ya bastante bien el órgano, e incluso había comenzado a componer algunas piezas que no se atrevía a enseñarle a nadie, excepto a Lola.

Los domingos por la mañana dirigía el coro del colegio católico donde estudiaban sus hijas pequeñas; a cambio, las monjas le permitían tocar el órgano de su iglesia siempre que él lo desease. Practicaba todos los martes después de comer. Ensayaba dos o tres horas, hasta que sonaba la campana de salida de sus hijas, y regresaba con ellas a casa para enseñarles piano y violín. Después acudía a casa de Lola, donde ella le esperaba como siempre, con los brazos abiertos y la resignación de no haber podido traspasar nunca el umbral de las mantenidas.

A Munda le entusiasmaba bailar con su padre mientras sus hermanas practicaban valses vieneses, pero no le gustaba tocar, no se sentía dotada. Le suponía un martirio enfrentarse a cada partitura. Su hermana pequeña podría convertirse en una virtuosa del violín, pero le avergonzaba la postura con que debía sujetar la caja con la mandíbula, porque pensaba que la afeaba aún más de lo que ella se sentía. Tocaba con una sensibilidad que no dejaba a nadie indiferente, pero le costó años de ensayo atreverse a ponerse delante de otro auditorio que no estuviera compuesto por sus hermanas y su padre.

Mariana les acompañaba casi todos los martes. A ella le encantaba tocar el piano y cantar en las fiestas, que se organizaban casi a diario en las casas de la colonia europea. Lo hacía muy bien, aunque le daba a las piezas un ritmo demasiado marcado, demasiado medido, casi mecánico, como si la música saliera exclusivamente de las teclas, y no de ella misma. Fue la primera en darse cuenta de que don Francisco se ausentaba con demasiada frecuencia. Sus reuniones los primeros y terceros jueves de cada mes se habían convertido en una institución, no faltó ni siquiera mientras guardó el

luto de su esposa. Pero desde que la señorita Inés empezó a invitarlos a navegar, los jueves alternos se convirtieron en todos los jueves y, muy pronto, empezó a faltar los martes a la clase de música de sus hijas. En lugar de esperarlas, después de practicar en el órgano del colegio se marchaba sin decir adónde iba.

Munda respiraba aliviada cada martes que Mani acudía a recogerlas al colegio con el cochero, ese día no se tocaba el piano. Alejandra se alegraba de poder ensayar el violín sin que nadie la corrigiera. Y Mariana protestaba porque la señorita Inés había llegado antes que ella a casa de su padre, y se lo había llevado a navegar.

—No me gusta nada esa mujer. Es presumida y arrogante. ¿Os habéis dado cuenta de cómo mira a nuestro padre?

Munda se reía y la intentaba sacar a bailar al compás de la música de Alejandra.

—¿Te imaginas que se enamoran y se casan? ¡Oh, sería maravilloso! ¡Papá otra vez feliz!

—No seas ridícula. Papá no puede enamorarse de una mujer tan mayor. Además, ni siquiera creo que sea de nuestra clase. Es bastante vulgar.

—Pues yo creo que es muy elegante. ¡Y preciosa!

—¿Y tú qué vas a creer? Si pareces su doble.

—¡No es verdad! Lo que pasa es que tú lo miras todo con unos ojos muy simples. No parezco su doble.

No lo parecía, pero hacía meses que Munda vestía siempre de blanco.

En una ocasión, la modista envió más de una docena de vestidos al palacete familiar. De media mañana, de tarde, de etiqueta, de media etiqueta, de cóctel, incluso chilabas que comenzó a utilizar en casa en los días de mucho calor. Todos blancos. Su padre le tomó el pelo y le sugirió que adornara los vestidos con algún detalle de color, pero ella se negó, a pesar de que su padre insistió varias veces.

—¿Es que quieres parecer una novicia?

—La señorita Inés también viste de blanco y no parece una novicia. Y a ti te gusta, no lo niegues.

—Ella parece la madre superiora.

Mariana y Alejandra le rieron la gracia, pero Munda simuló enfadarse y le dio la espalda.

—¿Preferirías verme siempre vestida de negro? Él se levantó y la abrazó.

—¡Anda, corazón, no te enfades! Claro que no quiero verte siempre de negro. De blanco estás preciosa.

Y lo estaba. A él le emocionaba verla así, intentando imitar al enigma. Pero no era posible. El enigma es innato, como lo era en su madre. Y cuando no lo es, se adquiere después de vivir muchas vidas, o de haber podido controlar muchas más, como Inés controlaba la suya.

Desde que regresaron de la bocana, no había vuelto a verla. Hacía ya casi tres meses, y se moría de ganas. Pero no estaba dispuesto a dar un solo paso. No se rebajaría ante ella, no después de lo que le había dicho en el camarote, tendidos todavía el uno junto al otro, susurrando, como si de ella dependiera que pudiera volver a empezar aquella tarde, en la que había conseguido que él subiera a los cielos y bajara a los infiernos.

—Cuando quieras volver, no tienes más que pedirlo.

—Muy bien, pues lo pediré todos los días. Pero todavía no me has contestado. ¿Te casarás conmigo?

—No puedo casarme con un hombre que ya está casado.

—Hace muchos años que soy viudo.

—Estás casado, aunque no haya papeles que lo digan. Pero te traeré a la bocana siempre que me lo pidas. Eso sí, has de pedirlo cada vez, y el día que no pueda traerte, has de entenderlo. Además, aceptarás que nuestra relación sea discreta, pero nunca secreta.

—¿Quieres decir que estarías dispuesta a ser mi amante?

—No. Quiero decir que estaría dispuesta a que tú fueras el mío.

No volvió a saber de ella. Las dos semanas siguientes las pasó asomándose a los balcones de su oficina para ver si la veía entrar o salir, pero sólo vio el ajetreo diario de siempre.

Por las mañanas la buscaba a través de los balcones y de las ventanas, aprovechando el momento en que las criadas oreaban la casa. Pero no la vio. Por las tardes, reprimía el impulso de acercarse a la tertulia, tras el

reguero de gente que entraba y salía por aquellas puertas, siempre abiertas de par en par.

Durante más de quince días luchó contra el deseo de pedirle que le llevara a la bocana. Pero no estaba dispuesto a humillarse delante de una mujer. No son ellas las que deben llevar la iniciativa. Jamás consentiría que una mujer marcara las reglas.

Al cabo de tres semanas, la casa se cerró. No se percibía un solo movimiento. Todas las persianas echadas, los toldos recogidos, las contraventanas y las puertas cerradas. Cualquiera diría que el palacete había sido cerrado para siempre.

Se volvía loco pensando dónde estaría, y con quién. El porqué, lo conocía. Se trataba de un reto, no volvería hasta que él no aceptara sus condiciones. Pero no las aceptaría nunca. Nunca. ¿Cómo aceptar que la relación con una mujer estuviera en manos de ella? ¿Cómo aceptar que alguien que no ha nacido libre limitara su propia libertad? Las mujeres no tienen capacidad para controlarse por sí solas, y son incapaces de conservar el secreto. Cómo iba ella a ser capaz de ser discreta en una relación que por naturaleza debería ocultarse.

Pero el recuerdo del camarote se colaba en su mente como una obsesión.

Tenía que volver a verla. Aquella última excursión en barco le había robado el entendimiento. Ni siquiera se reconocía a sí mismo. Siempre inquieto, siempre pendiente del timbre de la puerta. No comía, no dormía, no se concentraba en los temas del trabajo, ni en los del Consulado, ni disfrutaba con nada que no fuera el recuerdo de aquella tarde en el vaporcito.

Pensó que acabaría olvidándose, e intentó llenar las horas con las cosas que antes le habían apasionado: la música, Lola, sus hijas.

Pero cuanto más tiempo pasaba, más viva se le presentaba su imagen en la bocana del puerto, cualquiera que fuera el momento del día o de la noche.

No podía seguir así. Él era un hombre libre, que pretendía, como otros hombres libres, intentar alcanzar la libertad de todos los hombres de la Tierra. No podía seguir encadenado a aquella tarde. La única manera de

liberarse de ella sería averiguar dónde estaba, y si volvería. Tenía que hablar con ella, tenía que decirle que dejara de atormentarle así, que viviera su vida como siempre lo había hecho, y le dejara a él vivir la suya, porque nunca, ¡nunca!, volvería a subir en aquel barco.

En varias ocasiones se detuvo ante su palacete, pero pasó de largo después de unos segundos. Hasta que una mañana, cumplido el tercer mes desde su desaparición, se acercó a la puerta principal y llamó.

Nadie le abrió, ni se escuchó ruido alguno en el interior de la casa, pero al día siguiente, a primera hora de la mañana, don Francisco recibió en su oficina un ramo de rosas blancas con una nota:

Te espero en el puerto oriental dentro de media hora.
Querido. No te retrases.

Y no se retrasó.

23

Lola supo que algo pasaba mucho antes de que los viera entrar en una tienda de alfombras del zoco. Iban cogidos del brazo. Aquella tarde se confirmó lo que sospechaba desde hacía tiempo. Ella se dirigía hacia la misma tienda en la que acababan de entrar. Tenía que ver las alfombras y los muebles que había encargado el amante para el piso que le había puesto a su nombre en Madrid, que continuaba vacío desde el día en que lo compró, cuando estuvieron a punto de volver a España para que se recuperara su esposa de la tuberculosis.

Días antes de aquel encuentro en la tienda de alfombras, don Francisco había recibido un telegrama desde Toledo. El marqués no andaba bien de salud, y sería conveniente que la familia regresara a España para que don Francisco se hiciera cargo de los asuntos más urgentes de las empresas de su padre, al menos durante un par de meses o tres, hasta que el marqués estuviera en condiciones de retomar su trabajo. El amante se dispuso a organizado todo para volver por una temporada. Renunciaría a su cargo de cónsul, elegiría un sustituto para su puesto en las oficinas de Alejandría y ordenaría que acondicionaran su casa de Toledo, para instalarse allí con sus dos hijas pequeñas. Mariana no podía acompañarles, a su marido acababan de ascenderle al grado de teniente y no podía dejar su puesto en el Consulado. Además, no le convenía viajar, por fin había conseguido quedarse embarazada y los médicos le habían desaconsejado un viaje tan largo. Inés tampoco les acompañaría, pero le prometió que iría a visitarlos a Toledo siempre que pudiera. Lola sí, Lola se quedaría en Madrid, en el piso que el amante le había comprado en la calle Bailen, pero había que acondicionarlo. Don Francisco eligió los muebles, las alfombras, las

lámparas, los cortinajes y el ajuar, pero antes de enviar las compras a España por valija diplomática, le propuso a Lola que se acercara a las tiendas del zoco por si quería añadir algo. Y eso era lo que se disponía a hacer, iba a encargar unas lámparas que había visto en una tienda de alfombras, cuando la tierra pareció abrirse debajo de ella.

El sol todavía no había empezado a ponerse. Hacía calor, la humedad se concentraba debajo de los toldos, y provocaba una sensación térmica muy superior a la temperatura que se registraba en realidad. Desde la torre de la mezquita más grande de la ciudad, consagrada al patrón de los marineros y pescadores de Alejandría, el imán llamaba a la oración de la tarde. En ese momento que cuando la descubrió con don Francisco.

Había oído hablar de «la dama de blanco», y en más de una ocasión se había cruzado con ella. Lola llevaba en Alejandría una vida social muy activa, parecida a la que vivió en Madrid antes de su traslado a Portocolom. Pero, aunque no la hubiera llevado, habría sido imposible no haber oído hablar de ella, todo el mundo la conocía. Sin embargo, también conocían sus amores con el futuro marqués, y nadie se hubiera atrevido a decirle lo que ella misma descubrió cuando se dirigía a la tienda.

Aquella mujer se colgaba del brazo de su amante como si le perteneciera.

No quiso montar un escándalo. Se marchó a su casa y le envió al amante una nota en la que le pedía que la visitara esa misma noche, cuando regresara del despacho, fuese la hora que fuese.

Don Francisco llegó a casa de Lola poco después de las diez. Antes de que se quitara el gabán, ella se abrazó a su espalda.

—Gracias por venir tan deprisa.

—¿Qué pasa? Me has asustado.

—Nada, es que tengo que pedirte una cosa.

—Lo que tú quieras, corazón.

—Me gustaría que nos casáramos.

—Pero… Sabes que no puede ser.

—Pues entonces, si no te importa, no voy a Madrid.

Era la primera vez que Lola olvidaba las reglas. Jamás se le había ocurrido pedirle matrimonio. Ella sabía que no era esposa para él, lo entendió en Toledo, incluso antes de decirle que se casaba con Lucía. Asumió su papel de amante sin pedirle otra cosa a cambio que una buena vida, llena de lujos y de caprichos que él le proporcionaba con el mayor de los orgullos, y de una cada vez más creciente libertad que le concedía a regañadientes. Pero eran felices así, ella con sus casas a su nombre, sus coches de caballo, sus joyas, sus vestidos, sus criados y sus fiestas. El con la amante más hermosa que le había podido tocar en suerte. Y los dos, cada uno con el otro.

Hacía tiempo que ya no le esperaba vestida con el peinador y las medias de seda. Pero él seguía acudiendo todos los martes a visitarla, y ella seguía llevándoselo a la alcoba en cuanto se cerraba la puerta detrás de él. Le entregaba tanto amor, tanta locura, que parecía imposible que nadie pudiera renunciar, por propia voluntad, a aquel desbordamiento. Hacía veinticinco años que su pasión no había cambiado. Sus cuerpos sí, sus cuerpos se fueron acercando el uno al otro, descubriéndose, acoplándose, mimetizándose, liberándose hasta del último resquicio de pudor que pudiera resistírseles.

Pero llegaron las tardes en la bocana del puerto, y Lola debió de darse cuenta de que algo había cambiado. Él seguía entregándose con el mismo apasionamiento, con la misma necesidad, y seguía buscándola como si no hubiera otra mujer en el mundo. Su relación con Inés no afectaba a la de Lola, pero ella le conocía como nadie, y debió de notar algún detalle. Alguna caricia que antes no le daba, algún rincón en el que antes no se entretenía, alguna palabra diferente.

Don Francisco pensó que aquella petición no podía ser más que una estrategia. Seguramente, alguien le había contado su asunto con Inés. No sería de extrañar que los hubieran visto subir a solas en el vaporcito. Es más, ella misma podría haberles visto pasear del brazo. Tal y como le había exigido Inés, ellos no se exhibían, pero tampoco se escondían.

Estaba claro, Lola sabía algo, aunque jamás se rebajaría a decírselo. Y no lo hizo. Nunca le había exigido nada sobre lo que antes no hubieran

llegado a un pacto, y no empezaría ahora, aunque su forma de hacerle ver que no consentiría que le robaran el puesto fuera la pretensión de ocupar uno que no podía corresponderle. No pudo veinticinco años atrás, y no podría nunca. Lola también lo sabía.

24

El marqués de Sotoñal murió antes de que su hijo pudiera organizar el traslado de la familia a Toledo. Nada más recibir el telegrama con la noticia, el nuevo marqués se embarcó en el primer buque que salía hacia Europa, rumbo a Nápoles, donde trasbordaría con destino a Valencia, después tomaría el primer tren que saliera hacia Madrid, y desde allí, otro a Toledo. Casi tres semanas de viaje. La familia se quedó en Alejandría.

Su intención era poner en orden todos los asuntos relacionados con la herencia y regresar lo antes posible. Ni siquiera esperaría el periodo de cortesía para rehabilitar el título, quería estar en casa antes de que Mariana saliera de cuentas. Sólo hacía dos meses que sabía que iba a ser abuelo, y no quería perderse el nacimiento de su primer nieto.

Y así lo hizo, nombró un Consejo de Administración y un director general que controlara todos los negocios que habían pasado a su nombre, recogió en Madrid la Real Carta de Sucesión, firmada por la reina regente, y volvió a Alejandría antes de que la familia de los marqueses de Sotoñal pudiera presentarle sus respetos como nuevo jefe de la casa; antes de que su madre terminara de protestar porque así no se hacían las cosas; antes de que le ajustaran al dedo meñique el sello que le distinguía como el nuevo marqués, un anillo de ágata con el escudo grabado, que no pudo ver por última vez en la mano de su padre. Siempre le había gustado aquel anillo, se lo pidió muchas veces a su padre para llevarlo en algún acontecimiento social, pero él se negaba a prestárselo y bromeaba con el día en que él mismo se lo pondría en el dedo a su hijo.

—Te lo prometo, cuando sepa que me estoy yendo al otro mundo, te llamaré y te lo pondré. Pero mientras yo sea el marqués de Sotoñal, este

anillo no se separará de mí, como no se separó de mi padre, ni de mi abuelo, que en paz descansen.

Cuando volvió a Alejandría, Mariana estaba a punto de cumplir su noveno mes de embarazo. El niño que algún día heredaría el título al que él acababa de acceder se disponía a venir a este mundo. Y esta vez sí, esta vez tenía que ser un varón, para llevar el mismo nombre que llevó su abuelo, y su bisabuelo, y el padre de su bisabuelo, como buen marqués de Sotoñal. Era la única tradición asociada al marquesado que podría conservarse. El apellido no. El apellido Camp de la Cruz se iría perdiendo, relegado en el hijo de Mariana al segundo puesto, en sus hijos al tercero, después al quinto o al sexto, hasta llegar a alejarse tanto que, en pocas generaciones, los herederos del marquesado ni siquiera sabrían la procedencia de su linaje.

El apellido Camp de la Cruz se perdería sin remedio, pero, al menos, el nombre de Francisco de Asís podría mantenerse como el de todos los marqueses, tal y como venía sucediendo desde hacía más de cuatro generaciones.

Pero esta vez tampoco fue un varón.

Aunque sí se llamaría como él, Francisca de Asís, y, en el caso de que nunca tuviera un hermano, algún día se convertiría en la marquesa de Sotoñal. María Francisca de Asís Mariana Lucía Inés Guzmán del Torno y Camp de la Cruz. La primera Hija del teniente don Ricardo Guzmán del Torno. La segunda en la línea de sucesión del marquesado. La cuarta filipiniana.

Ese mismo día, en España, una bomba anarquista estallaba en el Liceo de Barcelona y se cobraba la vida de veinte espectadores. El atentado se realizaba en venganza por la ejecución de otro anarquista, el autor del intento de magnicidio contra el capitán general de Cataluña, don Arsenio Martínez Campos, cometido a su vez como venganza por la ejecución de otros anarquistas, dos periodistas acusados de haber tomado parte en una revuelta de campesinos en Jerez de la Frontera.

Unos meses antes, en la casa de Cánovas, entonces presidente del Consejo de Ministros, otra bomba anarquista estallaba en las manos del que se disponía a atentar contra la vida del mandatario.

El rosario de atentados había comenzado unos años atrás. Los fusilamientos de sus autores y las venganzas de sus correligionarios a través de nuevos atentados habían acabado ya con casi medio centenar de vidas.

Y en medio de toda esa agitación, el partido liberal de Práxedes Mateo Sagasta, nutrido de comerciantes y de industriales, y el Conservador de Antonio Cánovas, de aristócratas y terratenientes, se alternaban en el poder, procurando mantener los privilegios de las clases a las que representaban, en un país que todavía no se había subido al tren de la revolución industrial, y donde el setenta por ciento de sus dieciocho millones de habitantes eran analfabetos.

25

—¿Por qué no le habrá puesto también mi nombre?

Mani le cepillaba el pelo como lo había hecho siempre con su madre. Tenía la misma melena negra.

—¡Ay, niña Munda! Es que el tuyo es requetelargo. Cuando tú naciste, yo ni me lo pude aprender.

¡Esclaramunda! Pero ¡si más parece un tratado de guerra!

—Será un tratado de paz. Para las guerras no hay tratados, Mani, se declaran y ya está.

—¡Y tú qué sabrás! ¡Esas son cosas de hombres!

—Pues claro que lo sé. Estoy estudiando los libros de leyes de la biblioteca. Y leo el periódico de papá todos los días. No hay que ser hombre para saber cosas. Por ejemplo, ¿sabías que en Cuba hay una guerra?

—¿Y eso es lo que tú sabes? Para eso no hace falta estudiar. Yo también lo sé. Hace veinticinco años que salí de allá, pero no te pienses que no sé lo que pasa en mi tierra. Me fui cuando empezaron a pelearse, y todavía no se han arreglado.

—Sí, pero mira, consiguieron que se aboliera la esclavitud, y ahora han conseguido que se proclame la igualdad entre negros y blancos. Eso sí, entre hombres y mujeres todavía no. Pero tú, como negra, ya tienes los mismos derechos que yo como blanca, aunque ninguna tengamos los mismos que los hombres. Ya puedes ir a donde quieras y cuando quieras. La reina María Cristina ha firmado el decreto. Ya puedes elegir.

—¿Y adónde querría ir yo, criatura? Además, eso lo elegí antes de salir de allá. Y para que lo sepas, salí libre sin necesidad de que ninguna reina dijera nada. Tu abuelo liberó a todos sus esclavos antes de volver a Toledo.

—Pero ¿cómo? ¿No volvió huyendo de la revolución?

—¡No, señora! Volvió para buscar apoyos para una Cuba libre.

—¿Entonces?

—Entonces nada. A tu abuelo no le gustaban los esclavos, y a tu madre tampoco.

Munda había cumplido diecisiete años. Desde que le dijo a su padre que quería ser masona, se preparaba a conciencia para el día en que pudiera ingresar en una hermandad. Sabía que en Alejandría había una logia mixta, donde hombres y mujeres poseían los mismos derechos y obligaciones, y practicaban idéntico rito. Su sueño era iniciarse de la mano de la señorita Inés.

Aunque era consciente de que hasta que no se convirtiera en una mujer más o menos madura no podría ser admitida. Hacía tiempo que fantaseaba con su ceremonia de iniciación, uno de los grandes acontecimientos a los que aspiraba en la vida. Munda soñaba con el momento en que se abriera para ella la Cámara de Meditaciones, y pudiera participar por primera vez en una tenida. Se veía a sí misma contestando el cuestionario que demostraría a los hermanos y hermanas que estaba preparada para iniciarse como aprendiz. Más de una vez había soñado que llegaba a las puertas del templo junto a la señorita Inés, con los ojos vendados. Lo había imaginado tantas veces que cuando llegara el momento, y la señorita llamara a la puerta para que les abriera el Hermano Guardián de la Observancia, ella pensaría que continuaba dormida. Imaginaba el interior del templo, con su suelo ajedrezado y el techo pintado de estrellas. Y la voz del Primer Celador, después de escuchar los golpes de la señorita, dirigiéndose al Venerable Maestro de la Obediencia.

—Hermano, llaman profanamente a la puerta del templo.

—Ved quién es.

Y el Hermano Guardián le preguntaría por qué turbaba la tranquilidad de la logia a deshora. Y ella contestaría que era una mujer libre que quería iniciarse en los secretos de la masonería.

Tendría que volver a llamar, y cuando por fin fuera admitida, la señorita Inés la entregaría.

—Ahí os la entrego, ya no respondo de ella.

Y después de los primeros pasos del ceremonial, de golpes de martillo y de imposición de vestiduras, vendrían los discursos. Primero el del Maestro, y después el suyo, su «testamento». Defendería la capacidad de las mujeres para guardar el secreto de la masonería, y para buscar el fin último de los hermanos masones y masonas, la perfección y la libertad, y también para buscar el fin más inmediato, el perfeccionamiento y la liberación, dada la dificultad de alcanzar los anteriores. Diría que las mujeres tienen la misma capacidad que los hombres para intentar alcanzar estos fines, por mucho que algunos hermanos pensaran que ni su temperamento ni su organismo les permitirían establecer discusiones filosóficas. Rebatiría las teorías que decían que la incultura de la mujer y su naturaleza histérica la obligan a ser voluble e impresionable, y a dejarse llevar siempre por la emoción y no por el raciocinio, incapaz de cualquier reflexión y espíritu crítico. No sería difícil convencerlos de sus postulados, después de todo, en aquella hermandad ya se admitía a las mujeres. Todavía no sabía que su «testamento» acabaría convertido en humo, envuelto en llamas en la punta de una espada. Aunque de haberlo sabido, Munda no habría interpretado aquel símbolo como muestra de que su hermandad entendía sus palabras como un artificio más de la vanidad humana, sino como la constatación de que sus compañeros de logia guardarían el secreto de sus palabras para siempre.

Munda fantaseaba también con su nombre simbólico, el que elegiría para identificarse en su logia. Probablemente sería el de Cleopatra, en honor a aquella mujer que había conseguido gobernar un imperio, y que prefirió la muerte antes que caer cautiva en las manos de Octavio, su mayor enemigo. O quizás el de Lilith, la primera mujer de Adán que, según una leyenda hebrea, prefirió volver a la nada antes que someterse a la voluntad exclusiva del marido. O también podría ser el de Hipatia, la única mujer que dirigió la Biblioteca de Alejandría. Matemática, filósofa, astróloga y maestra, sufrió el tormento hasta la muerte, acusada de brujería por aquellos que no pudieron admitir que la capacidad de crear conocimiento científico no se limitaba sólo a los hombres.

Munda había soñado muchas noches que oficiaba una ceremonia de iniciación como Gran Maestra de un Gran Oriente, y que acompañaba a su padre en algún taller, vestidos los dos con el faldellín, el mandil, el collarín, la clámide y los guantes. Pero no se lo había contado a nadie, ni siquiera a la señorita Inés, que había intentado disuadirla en varias ocasiones de su aspiración de iniciarse.

—Eres muy joven para pensar en esas cosas. Tú piensa en elegir un buen marido. Te irá mejor.

—¿Y tú por qué no te has casado?

—¿Quién te dice que no me he casado?

—Yo suponía…

—Nunca supongas sin una base sólida que pueda sostener tu suposición. Es mejor razonar que suponer. Es más, yo te aconsejaría que nunca supusieras. ¡Deduce! Utiliza la fuerza de la lógica. Por ejemplo, todas las mujeres casadas llevan anillo, ¿llevo yo anillo?

—Sí, llevas varios.

—Luego he podido estar casada. Está claro que ahora no lo estoy, porque si fuera así conocerías a mi esposo. Podría estar separada, pero eso no sería muy habitual. ¿Qué nos queda?

—¿Viuda?

—¿Llevo luto? ¿De qué color?

—Sí, desde hace años. Luto blanco.

—Luego puedo ser una viuda que guarda el luto por un marido árabe.

—Pero nadie guarda luto tanto tiempo.

—¿Y si se me hubieran muerto varios maridos, tantos como anillos llevo en mis dedos?

—¿Uno detrás de otro?

—O todos a la vez. Hay maridos que nunca pudieron llevar al altar a sus mujeres.

—¿Por qué?

—¡Mira! Por allí viene tu padre. Parece contento. ¡Dejemos de hablar de maridos, los hombres me producen una pereza infinita! ¡Y tú deja de pensar en masones! No tienes edad.

El marqués llegaba con la sonrisa más abierta que Inés le había visto nunca. Hacía meses que se veían a diario. Cuando ella no le esperaba en su casa, le mandaba un propio con el recado de que se encontrarían en el puerto oriental, el propio siempre volvía con el mismo recado de vuelta.

—Dile que allí estaré.

A don Francisco no le agradaba este sistema de comunicarse, no se fiaba de la discreción de aquellos jóvenes que llegaban a conocer los secretos de una casa y de otra, por muy inocentes que fueran los recados que transmitían. Él prefería enviar una nota, pero no se atrevió a contradecir a la amante, que había adoptado aquella costumbre desde que empezaron a verse, una costumbre muy extendida en Extremadura, de donde ella era originaria. De manera que respondía a los recados con el propio cuando lo enviaba Inés, pero cuando partía de él la iniciativa, cuando quería volver al vaporcito, le mandaba un ramo de rosas blancas con una nota:

Hoy quiero verte en la bocana.

Y la amante le enviaba otro ramo con otra nota:

A las cinco en el puerto oriental. No tardes.

A veces la encontraba sola en el puerto, y otras, acompañada por un montón de amigos a los que también había invitado a navegar. En aquellas ocasiones él comprendía que esa tarde no sería de su agrado la excursión, al menos no sería como él había imaginado.

Inés administraba los encuentros procurando mantenerle siempre con la misma ansiedad. Hoy sí, hoy no. Ella tenía la llave.

Aquella tarde había decidido que llevaría a navegar a toda la familia, incluida la pequeña María Francisca. Le había enviado el propio al Consulado, con el encargo de decirle que se dirigía a su casa para recoger a sus hijas, y que se encontrarían allí con él a las cinco en punto.

Todas las mujeres de la casa esperaban al marqués para salir hacia el puerto. Mientras don Francisco llegaba, Inés y Munda charlaban bajo la marquesina del porche. Alejandra y Mariana jugaban con la pequeña María Francisca en el jardín, y Mani se encargaba de preparar los cestos de la merienda que tomarían en el barco.

Cuando don Francisco apareció, mucho antes de la hora prevista, Inés se sorprendió a sí misma con un ligero malestar. Su amante no podía ocultar una alegría que, por alguna razón que no sabría explicar, intuía que amenazaba el equilibrio de aquella relación en la que ella marcaba los ritmos. No podía achacar su intuición únicamente a que parecía sonreír con todo su cuerpo, sino más bien al gesto con el que se presentó ante ella con una carta en la mano. La blandía como si acabaran de concederle un premio al que jamás se hubiera atrevido a aspirar, como si no existiera ninguna otra cosa sobre la Tierra que pudiera hacerle más feliz. Como si fuera a cambiarle la vida.

Y realmente era así. Don Francisco enseñaba su carta como el mejor trofeo del mundo, como el mayor logro que jamás hubiera deseado. Como el ofrecimiento más sorprendente que podrían hacerle nunca, algo en lo que ni siquiera se había atrevido a soñar, un regalo, un honor al que no podía negarse.

—¡Me ofrecen el puesto de organista en la catedral de Manila! Inés inclinó la cabeza para que su amante le besara la mejilla.

—¿Cómo de organista?

—¡De organista! ¿No es maravilloso? Nos iremos todos a vivir a Manila.

—¿Estás loco? Filipinas es un polvorín que acabará estallando como estalló Cuba.

—No exageres, en Cuba hay una guerra declarada, y en Filipinas se han abortado todos los intentos de insurrección.

—En Filipinas se fusila a los sacerdotes nativos por protestar contra los privilegios que acaparan los frailes peninsulares. ¿Lo llamas a eso abortar una insurrección? ¿O dirías más bien que se trata del germen de un levantamiento?

—Pero ¡bueno, Inés, no seas tan alarmista! ¡Eso sólo ha pasado una vez! Y hace más de veinte años.

—¡Exactamente! Hace más de veinte años que se está creando el caldo de cultivo que les llevará al desastre. ¿Sabes quién es Rizal? ¿Sabes por qué lo han deportado a la isla de Mindanao?

—¡Naturalmente que lo sé! Pero a él lo han deportado por escribir novelas prohibidas por la censura.

—¡No, señor! ¡No lo han deportado por eso! Rizal lleva diez años en lucha contra los abusos de la Administración, pidiendo reformas sociales y educativas. Por eso lo han deportado. Por eso le han acusado de agitador y de propagandista. ¿Quieres llevar a tus hijas a un hervidero de conflictos?

¿Estás seguro de lo que haces?

Don Francisco la miró como un niño mira al adulto cuando sabe que no podrá obtener varias cosas a la vez.

—Así es. Y también quiero llevarte a ti. Vendrás, ¿verdad?

Su mirada reflejaba la angustia de los que tendrán que elegir. Una sola opción, entre dos sueños posibles.

—Dime que vendrás conmigo, por favor, Inés.

Su hija Munda le había quitado la carta de la mano nada más llegar, y corría gritando por toda la casa.

—¡Alejandra! ¡Mani! ¡Mariana! ¡Mirad! ¡Venid! ¡Nos vamos a vivir a las Filipinas! Mariana se acercó al porche con María Francisca en los brazos.

—¡Cómo que a Filipinas! ¿Quién se va a Filipinas? Alejandra corría detrás de su hermana mayor.

—Pues yo no puedo irme, mañana me examino de violín en el Conservatorio.

Y Maní corría detrás de las dos, con un cesto de la merienda cargado en cada brazo.

—Pero ¿qué locura es esta? ¿De qué habláis?

26

—Yo te adoro, pero no eres hombre para mí, y tú lo sabes.

—No, no lo sé. No sé de qué estás hablando.

—De que soy una mujer libre que no quiere dejar de serlo. Y tú me pides ataduras.

—Yo te pido que compartas conmigo la ilusión de mi vida, y que me dejes amarte hasta que seamos viejecitos, en Filipinas o en cualquier otra parte.

—Y yo no quiero pensar en cuando sea viejecita, ni creo que el amor dure tanto, no soy tan ingenua. Además, nunca me metería en aquella ratonera. Acabaréis por tener que salir huyendo de allí.

—No te entiendo, Inés. No comprendo por qué no quieres casarte conmigo. ¿No nos queremos lo suficiente?

—Si quieres ir casado a Manila, pídeselo a Lola, ya verás como te dice que sí. Deberías haberlo hecho hace tiempo.

—¡Eso es imposible! Ella no puede.

—Pues lo siento, pero yo tampoco. Y no sólo porque creo que vais a correr un peligro más que seguro, sino porque no puedo casarme. ¿Nunca te has preguntado por qué voy de luto?

—¿Qué tiene que ver eso?

—Mucho, porque un día cometí la estupidez de decir que sí, y acabé en la iglesia vestida de novia. Fui feliz con mi marido desde los dieciséis hasta los veinticinco años. Tuve cuatro hijos y una vida maravillosa. Pero al pobre hombre se le olvidó poner en el testamento que, en caso de sobrevivirle, yo podría volver a casarme. ¡Ya ves! ¡Qué menudencia! ¡No me dio permiso para volver a casarme si me quedaba viuda! Y se murió.

Pero a los veintiocho años volví a encontrar la posibilidad de ser feliz. Un príncipe de El Cairo que también me habría querido toda la vida, si el cáncer se lo hubiera permitido. Me casé con él sin saber que mis suegros reclamarían la herencia de mi esposo y la custodia de mis hijos. Se ampararon en el pequeño detalle de que yo no era libre para casarme, mi marido no me lo consentía desde el otro mundo. Y ahora llevo luto por todos ellos, por los hijos que me quitó la vida, y por los maridos que me quitó la muerte.

—¿Y no crees que te mereces otra oportunidad, y que ha llegado la hora de que rehagas tu vida al lado de un hombre que te quiere tanto o más de lo que te quisieron los otros? Ya es hora de que seas feliz.

—No, Francisco, nunca más volveré a cifrar mi felicidad en el amor de un hombre. No te ofendas, pero yo encuentro la felicidad en cada mañana que abro los ojos. Y hace muchos años que los abro sola en mi cama.

Aquel día no fueron a la embocadura del puerto, y ya no irían nunca más. Durante más de un mes, discutieron casi a diario, él pretendiendo convencerla para que aceptara ser la nueva marquesa de Sotoñal, y ella negándose e insistiendo en que se lo pidiera a su amante.

—Lola estaría encantada. No la defraudes, hace mucho tiempo que te está esperando.

Y era verdad, Lola estaría encantada, pero él no podía pedírselo. No podía ser. Por mucho que él la quisiera. Y la quería. Pero nadie admitiría a una mantenida convertida en esposa. Una cupletista nunca podría ser la marquesa de Sotoñal, por mucho que hubiera compartido sus sueños con él, por mucho que ella hubiera aceptado la propuesta que Inés no aceptaba, y le hubiera acompañado en su sueño de ser organista, desde que empezó sus lecciones en Portocolom.

Ni siquiera en los peores momentos él había dejado de tocar, y Lola no había dejado de aplaudirle. Muchas veces acudía, oculta entre los padres de las niñas, a la misa del colegio donde él practicaba. Después le decía en qué movimiento había fallado, o en cuál otro había estado mejor. Él se dejaba aconsejar y corregía los fallos a conciencia, sin dejar una partitura hasta que no obtenía su visto bueno. Aquel tándem musical, que podrían haber

contratado todos los teatros de España, permanecía compenetrado y activo después de veintiséis años. Lola lo disfrutaba tanto que cualquiera diría que aún esperaba el momento en que pudieran marcharse de gira los dos juntos, formando compañía. Habrían triunfado si él se hubiera decidido, era un gran músico, pero no quiso arriesgar, o no supo, prefirió aceptar la vida tal y como le venía, sin intervenir directamente en las decisiones que le fueron marcando el camino. Y ella le siguió a todas partes, enamorada desde la primera sonrisa hasta la última lágrima. A pesar del engaño. A pesar de que ella sabía. A pesar de las horas que le esperó en los últimos meses. A pesar de que cada vez que sus cuerpos se buscaban, ella sentía que se acercaba el final, un final que ninguno de los dos había querido, pero que inició su cuenta atrás hacía ya más de un año, en aquella tienda de alfombras del zoco.

—Estoy cansada, Francisco —le había dicho—. Ya tengo cuarenta y dos años. No es edad para ir correteando detrás de nadie.

Y él no se lo había creído.

—No puedo creer que todo termine aquí. Tiene que haber alguna forma de convencerte.

—Si no puedo ir a Filipinas como casada, volveré a España como viuda, me instalaré en una casita pintada de azul, y plantaré una palmera en el jardín.

Hacía veintiséis años que le amaba, pero, después de que le dijera que no le acompañaría a Manila, nunca más volvería a besarla.

27

Don Francisco preparó el traslado al archipiélago filipino dividido entre la emoción del cambio y la tristeza de la separación. Ni Lola ni Inés querían acompañarle. Lo había imaginado de otra manera, le dolía separarse de ellas, pero no renunciaría al viaje aunque tuviera que sacrificarlas a las dos. El puesto de organista en una catedral no podía rechazarse, ni siquiera el de una catedral situada al otro lado del mundo, en una ciudad ultramarina donde nadie podía garantizarle que no estallaría un conflicto de un día para otro.

El anterior organista había muerto de repente, y el obispo necesitaba cubrir el puesto con urgencia, con vistas a las primeras comuniones organizadas para el mes de María. El arcediano de la catedral había oído hablar de don Francisco a través del colegio de sus hijas. Las monjas de la congregación también tenían convento en Manila y a la madre superiora la acababan de trasladar allí cuando murió el organista. Fue ella la que dio su nombre. Y enseguida le escribieron con la propuesta.

El viaje hasta Manila duraba entre veinte y treinta días, dependía del número de barcos que estuvieran haciendo cola en el canal de Suez para poder cruzarlo. A veces había que esperar hasta una semana para empezar a atravesar los ciento sesenta y tres kilómetros que unían Europa con Asia desde hacía sólo unos años.

Don Francisco debía estar en Manila el día 14 de mayo, la carta la había recibido a principios de marzo, y durante todo ese mes estuvo ocupado organizando el traslado a la isla de Luzón de toda su familia, incluida Mariana, que no quería separarse de ellos y le suplicó a su padre que consiguiera para su esposo un puesto en el distrito de Filipinas.

El marqués quería llegar a Manila el 1 de mayo a más tardar, de manera que pudiera tener al menos un par de semanas para practicar con el nuevo órgano, antes de su estreno en las ceremonias de las primeras comuniones.

Para estar seguro de que llegarían a tiempo, quería viajar en el primer barco que partiera hacia Manila en el mes de abril.

Uno de sus empleados en Manila se encargó de alquilar y acondicionar un palacete cercano a la catedral. Don Francisco le enviaba telegramas con regularidad, indicándole cómo debían hacerse las cosas. Quería un palacete vacío, con posibilidad de comprarlo si en el plazo de un año todavía se encontraban en Filipinas. Debían limpiar y pintar tanto el interior como las fachadas y las medianías con otras fincas, si las hubiera. Además, debía buscarle criados y criadas filipinos que sustituyeran a los que no le acompañarían en esta nueva aventura. Algunos trabajaban con ellos desde la casa de Toledo, y habían decidido seguirles otra vez, como hicieron cuando se trasladaron a Mallorca y a Alejandría, pero otros eran egipcios que habían contratado al llegar, algunos ni siquiera dormían en la casa, y don Francisco no les dio a ninguno de ellos la oportunidad de acompañarles. No sería práctico.

El día anterior a la marcha, Munda cumplía dieciocho años. Seguía vistiendo de blanco, y sin interés alguno por el matrimonio, a pesar de que Mani, desde hacía ya un tiempo, procuraba inculcarle la necesidad de convertirse en una mujer casada.

—A ver si encuentras marido en esas tierras, niña. Como sigas así, te quedas para vestir santos. Mañana son dieciocho. ¿No te parece que ya es tiempo? A tu edad hay pocas señoritas que no sean ya señoras.

—¡Yo no quiero marido! ¡No me hace ninguna falta!

—¿Y eso qué tiene que ver, niña? Con falta o sin falta, el arroz tiene que cocerse en su tiempo.

—¡Oh, déjame de maridos! ¡Hablemos de otra cosa! ¿Te das cuenta, Mani? Siempre nos cambiamos el día de mi cumpleaños. ¿A que no puede ser casualidad?

—¡Claro que no! Eso quiere decir que los espíritus blancos te rondan. La pena es que sólo haya pasado dos veces. Pero si te pasa otra vez, usa ese

día para decidir cosas importantes.

Munda sacudió el polvo que dejaban ver los rayos que traspasaban los cristales, e hizo el gesto de guardar unas motas en la mano. Según le había contado Mani cuando era pequeña, aquellas partículas representaban a los duendes que protegían la casa. Los espíritus blancos.

—¿Ah, sí? Pues mira, todavía estoy a tiempo de hacerlo. Mañana voy a tomar una decisión importante. Le diré a mi padre que me quedo con la señorita Inés.

—Pero ¡qué estás diciendo, criatura! ¿Cómo que te quedas con la señorita Inés?

—Quiero ser masona, Mani, lo quiero de verdad. Lo supe hace diez años, cuando descubrí que mi padre lo era. Aquí hay una logia mixta, tengo una oportunidad, y en Filipinas no sé si la podré tener.

—¡Calla! ¡Calla! Esas cosas son secretas, alma de cántaro. Además, tu padre no es masón.

—¡Sí lo es! Y mis abuelos también lo eran.

—Tú lo has dicho, lo eran. A tu padre y a tu abuelo los botaron hace muchos años. Antes de que muriera tu pobre madre, que en paz descanse. Tu padre ahora es un «durmiente». Ya no es masón.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¡Niña! Los criados sabemos mucho más de lo que algunos quisieran. Tu abuelo escribió muchas cosas que no le gustaron al gran maestro de su logia, y tampoco a otros maestros. A él no le gustaba tanto secreto y tanto esconderse y lo dijo por escrito. Por eso lo botaron.

—¿Entonces?

—¡Entonces, nada! Tu padre le apoyó, y los botaron a los dos.

—Pero eso no puede ser. Él va todos los jueves a las tenidas.

—Él sale de casa todos los jueves. Pero no quieras saber adónde, no te gustaría. Y no me lo preguntes a mí. Esta boca mía habló de más.

—¡¿Cómo?! ¡No creas que puedes hacerme esto! ¡Ahora no puedes callarte! ¿Adónde va mi padre los jueves?

—¿Estás loca? ¿O es que quieres que tu padre me bote de la casa para siempre? ¿No querrás verme en la calle y sin llavín?

—¡Habla, Mani! ¡Te lo digo muy en serio! ¡O hablas o te lo preguntaré delante de él! Y Mani habló.

La Pícara Lola. El duelo de miradas con la marquesa en la catedral de Toledo. El puerto de Mallorca. Las misas del gallo en la catedral de Palma. Los estrenos de teatro. El roce de manos mientras esperaban los abrigos. El traslado a Alejandría. La señorita Inés. Los celos. La muerte de su madre. Las excursiones en el barco de vapor…

Munda vio cómo se hacía pedazos el pedestal donde había colocado a su padre. Cada palabra de Mani era un golpe de martillo contra aquella peana de la que no hubiera querido bajarlo nunca. No era posible. ¡El no! Munda detestaba la costumbre que permitía a los hombres engañar a sus mujeres. No podía comprender la permisividad con que se toleraba el adulterio cuando procedía de un hombre, en contraste con el escándalo y el peligro de cárcel cuando procedía de una mujer. Sabía que muchos de los amigos de su padre mantenían aquella doble moral. Pero él no. Él no podía. Él era masón, aunque ahora sólo fuera un durmiente, pero ¡lo era! Y debía luchar por los principios que defendían los buenos masones, el amor fraternal, el consuelo y la verdad. La verdad en la propia vida, para poder aspirar a la verdad en toda la humanidad. La lealtad a los principios y a las personas. ¡No era posible!

¡No!

Como tampoco era posible que hubiera mantenido una relación con la señorita Inés. Una relación paralela a la de la amante que le seguía desde Toledo. ¡No podía ser! La señorita Inés no lo habría consentido, a ella los hombres le daban pereza. Además, también era masona, y no habría permitido que su padre la alternara con otra amante, como si se tratase de un traje de su guardarropa o el objeto de una colección. ¡No!

28

El *Isla de Luzón* no solía hacer escalas en el puerto de Alejandría, pero aquella era una ocasión especial, el cónsul y su familia se trasladaban a la isla que daba nombre al buque, y don Francisco había utilizado todas sus influencias para que el vapor repostara combustible en las carboneras del puerto alejandrino, en lugar de hacerlo en las de Port Said, como era habitual.

Los muelles, como siempre, eran un ir y venir de equipajes, de pescadores y de pasajeros. Entre ellos, con ciertas dificultades para abrirse paso entre la multitud, caminaba el cónsul, junto a su familia y a los amigos que habían ido a despedirles. Aquella noche, don Francisco y sus hijas se habían alojado en un hotel, ya que todas sus pertenencias se encontraban en el buque desde el día anterior. La excitación apenas les había dejado dormir, y en sus caras se acusaba el cansancio.

La primera en subir a bordo fue Munda, completamente vestida de negro, excepto los guantes y los zapatos, cuyo color púrpura hacía juego con la cinta adamascada de una limosnera, y que resaltaban sobre el negro del vestido, del sombrero, de la sombrilla y de una capelina que apenas le cubría media espalda. Todo el atuendo era de su madre. Ahora que ya no vestiría de blanco, había recuperado los vestidos de Lucía del baúl donde Mani los guardaba.

No se despidió de la señorita Inés. Le dio dos besos en las mejillas, sí, pero no se despidió de ella, al menos no como habría hecho si hubiera querido despedirse realmente. Aquella mujer había dejado de pertenecer a la clase de personas a las que admiraba. Ni siquiera pensaba que fuera digna

de ser considerada como masona. Estaba claro que su ejemplo no era el que debía enarbolarse para defender el ingreso de las mujeres en las logias.

No bastaba con iniciarse en los ritos de los Hijos de la Viuda para ser un buen masón, su propio padre se lo había demostrado.

A Munda no le gustaba la gente que desmentía con sus acciones lo que pretendía defender con sus palabras. Nunca podría perdonarla. Había trabajado con ella en el aprendizaje de los fundamentos más sublimes del hombre, pero estaba claro que sólo había sido una forma de acercarse a su padre. La había engañado. Había jugado con ella a la filosofía y el humanismo, mientras se entretenía con don Francisco en otros juegos que los arrastraban a los dos por el barro. A él tampoco podría perdonárselo. Su engaño era aún mayor, porque duraba toda la vida, y porque también afectaba a su madre. No los perdonaría. No.

Tenía razón Mani, habría preferido no saber. Habría sido mejor seguir viéndolos como antes, como dos personas sabias, honestas y respetables. Pero ya no era posible. No había vuelta atrás. Mani había hablado, y ahora, en aquel muelle, Munda sólo podía ver a un hombre y a una mujer. Sin atributos, sin apellidos, como cualquier otro hombre y cualquier otra mujer capaces de caer en la más vulgar de las traiciones. Dos infames. Dos amantes delante de la pasarela de un barco. Dos torpes que ni siquiera parecían saber cómo despedirse.

Llevaban varios minutos sin hablarse, él les había pedido a Alejandra y a Mariana que se adelantaran con la niña y con Mani. Detrás de ellas, embarcó el teniente don Ricardo Guzmán del Torno, que vestía su uniforme de gala como si se dispusiera a participar en un desfile.

Don Francisco se quedó en el muelle con la señorita Inés. Parecía perdido. Se atusaba el bigote y miraba para todos lados, daba la impresión de que esperase a alguien que no terminaba de llegar. Al cabo de unos minutos la señorita Inés se colgó de su brazo y subió con él a la cubierta superior del barco, donde se situaban los camarotes de primera clase.

Las sirenas ya habían sonado dos veces. Apenas quedaba tiempo para las despedidas. Pero Inés subió a bordo como si el barco tuviera la

obligación de esperar a que ella se despidiera de su amante antes de levar anclas.

Sin embargo, no subía al buque para decirle adiós, ni siquiera para confesarle que no podría olvidarle, que no había podido quererle más de lo que le quiso, pero que tampoco le quiso menos de lo que pudo. No subió para desearle suerte por última vez. Ni para decirle que si algún día se arrepentía de su aventura asiática, ella seguiría allí, esperando para llevarle a la bocana siempre que se lo pidiera. Tampoco subió para buscar el último abrazo, aquel que se queda para siempre en el recuerdo, como si no hubiera habido ningún otro. No, no subió por ninguna de esas razones, lo hizo para mostrarle, señalando con el dedo índice hacia el edificio de Capitanía del puerto, el lugar donde se había detenido una berlina.

Don Francisco miró hacia el carruaje e intentó disimular su tristeza. En la ventanilla podía verse un pañuelo blanco que parecía decir adiós, un pañuelo en el que podían adivinarse muchas lágrimas, las que Lola había llorado, idénticas a las que a él le gustaría llorar. La berlina permanecía inmóvil en el último muelle, junto a Capitanía, muy cerca del lugar donde él había recogido a su Pícara Lola hacía diez años, una semana después de instalarse con su familia en Alejandría.

En los veintiséis años que llevaban juntos, ella nunca le había dicho que no. Aceptó el segundo puesto cuando comprendió que el primero jamás podría ser para ella, incluso se sentía orgullosa de aquel papel, en el que él la había colocado como la más hermosa, la más deseada, la más consentida. Pero la entrada en escena de la dama de blanco lo había vuelto todo del revés. Don Francisco la había humillado, y por más vueltas que ella le daba, no encontraba otra solución: humillada sí, pero esposa; de lo contrario, tomaría las riendas de su vida.

A Lola ya sólo le servía un futuro en el que ella pudiera tomar las decisiones. Un futuro suyo, en el que el nombre de Lola no llevara a su lado otra cosa que un apellido. Estaba decidida a empezar a vivir de otra manera, más tranquila, sin sobresaltos, sin esperas, sin deseos que no pueden realizarse. Dejaría de ser la amante del marqués en el mismo instante en que zarpara el barco. Jamás podría aspirar a ser la marquesa de Sotoñal, ni la

señora de ningún otro, pero volvería a tener su nombre completo, como antes de que naciera la Pícara Lola. No encontró más alternativas. No podía ceder. Si no iba a Filipinas como una mujer casada, volvería a España simulando una viudez que le daría el respeto que nunca había tenido. Viuda y rica. La mayoría de las mujeres que conocía no podían aspirar a tanto.

Había enviado un telegrama a sus padres con instrucciones para que le compraran un palacete en Puerto de Vega, un pueblecito de Asturias donde su abuelo había sido pescador, y donde ella les había comprado, hacía ya muchos años, una casita para protegerlos de los dimes y diretes de Toledo.

No podía dar marcha atrás, y no se arrepentía de lo que había vivido, pero podía empezar otra vez, aun a costa de perder al único hombre al que había amado desde que tenía recuerdos, con el que había compartido casi dos tercios de su vida. Al que había sentido siempre suyo, más suyo que de nadie, hasta que llegó la señorita Inés.

Desde su berlina podía verlos a los dos. Ella se colgaba de su brazo con el mismo descaro de aquel día en que entraron en la tienda de alfombras. La dama de blanco extendía su brazo en dirección a la entrada del puerto. Y Munda los miraba.

La joven había seguido la dirección de la mano al mismo tiempo que lo hizo su padre. El marqués trataba de sonreír, rodeado por sus hijas, su yerno, su nieta y la criada de toda la vida. La dama de blanco permaneció con el brazo extendido durante unos momentos, hasta que su amante le dijo algo al oído señalando con la barbilla hacia el edificio de Capitanía. Don Francisco se dio cuenta de que su hija también había visto la berlina. Quiso rodearla con su brazo, pero ella se zafó de él, y ni siquiera intentó disimular que no quería que la tocase. Toda vestida de negro. Como si llorase una pérdida. Parecía cansada. Don Francisco intentó de nuevo pasarle la mano por encima del hombro, pero ella volvió a resistirse, agachándose para evitar la mano de él.

Las chimeneas del barco comenzaron a lanzar un vapor blanco y espeso, al mismo tiempo que las sirenas avisaban a los visitantes de que debían bajar a tierra. Los viajeros comenzaron a sacar sus pañuelos y a blandidos

en el aire. En el muelle, los que se quedaban comenzaban a levantar la cabeza, intentando no perder de vista a los que se iban.

Munda se apoyó en la borda y se dedicó a observar lo que sucedía a su alrededor. Contemplaba la escena como si se tratara de una obra de teatro en la que no tomaba parte. El carruaje, su padre, sus hermanas, la señorita Inés, su cuñado vestido de gala, su sobrina en el cochecito.

No faltaba nadie en aquella representación.

Los actores principales parecían derrotados, como si el aire húmedo y caliente los aplastara contra el suelo. La sensación de que algo terminaba se imponía sobre la emoción de un viaje que debería suponer también el comienzo de un sueño.

El rostro del marqués permanecía inmóvil. Munda no hubiera podido volver a rechazarle si hubiese intentado ponerle la mano en el hombro otra vez. Nunca lo había visto tan abatido, ni siquiera tras la muerte de su madre, cuando él intentaba disimular su tristeza detrás de una pose de serenidad y de resignación cristiana que le abandonaba cuando se retiraba por las noches a sus habitaciones.

Sus hermanas, sin embargo, parecían felices. Alejandra, abrazada a Mani, saludaba con un pañuelo a la multitud que se había congregado en el muelle para despedirlos. Mariana sujetaba con una mano el carricoche de la pequeña María Francisca, y con la otra se cogía del brazo de su esposo como si lo estuviera exhibiendo, orgullosa de su uniforme casi tanto como del hombre que lo vestía. Él también parecía feliz. Don Francisco le había conseguido un destino en la Capitanía General de Manila, y se incorporaba a la nueva plaza con muchas posibilidades de ascenso a capitán.

La sirena volvió a sonar. Era el último aviso para que los visitantes abandonaran el barco. Don Francisco acompañó a la señorita Inés hasta el borde de la pasarela y caminó con ella unos pasos. Después se detuvo y permitió que ella continuara sola hasta el muelle.

No se dieron el último abrazo, ni tan siquiera un besamanos que les hubiera obligado a situarse frente a frente. Ella no se volvió para intercambiar la última mirada, y él no dijo nada que la obligara a girarse para buscarla. Nadie les escuchó una queja. Pero el marqués la miraba

alejarse, con unos ojos tan tristes que Munda no tuvo otro remedio que sentir compasión por ellos. El futuro que podría haber sido.

Delante del edificio de Capitanía del puerto, en línea recta con su padre y con la señorita Inés, permanecía quieta la berlina. El pasado. Munda también lo compadeció.

29

Desde la embocadura del puerto se podía divisar la media luna del malecón de La Comiche, perfectamente dibujada. A un lado del puerto oriental, la fortaleza de Qaitbey, de un blanco cegador; al otro, el faro, solemne, hierático, testigo mudo de tantas idas y venidas, al final de la línea divisoria que delimitaba los dos puertos, el oriental y el occidental. Más allá, continuando la línea de la costa, el minarete del Palacio de Montazah, donde Munda había conversado en numerosas ocasiones con la señorita Inés, mientras paseaban por sus jardines o se bañaban en su playa privada. Aquella edificación, mitad bizantina, mitad renacentista, les había abierto sus puertas gracias a los lazos familiares que, según decían algunos, habían unido hacía tiempo a la señorita Inés con un noble cairota.

Alejandría se alejaba muy despacio. La cuna de Cleopatra; la ciudad de Alejandro, donde se había construido la mayor biblioteca del mundo, que enviaba emisarios a cualquier rincón conocido para buscar libros de todas las culturas; la mayor copista de la Antigüedad, que requisaba los libros que transportaban los barcos, para copiarlos para su biblioteca, antes de devolverlos a sus dueños; la más cosmopolita; la más mundana; la más ardiente.

Munda no se había movido desde que el buque soltó las amarras. Ni su padre tampoco. Los dos permanecían de pie, con la mirada fija en el perfil de aquella ciudad donde habían vivido durante una década exacta, entre dos cumpleaños de Munda que nunca podría olvidar; la ciudad donde se quedaba el cuerpo sin vida de su madre; donde habían nacido su hermana pequeña y su sobrina María Francisca; donde habían sido felices.

Como sonido de fondo, se escuchaban las canciones de un batallón de Cazadores, una compañía de soldados que se encontraba en la segunda cubierta del buque, cuando el barco hizo su escala en Alejandría.

Ni el padre ni la hija se dijeron nada hasta que el vapor salió a mar abierta. Ni siquiera parecían viajar juntos.

Cuando los edificios empezaron a desdibujarse entre las arenas de la costa, el marqués miró a Munda de arriba abajo, y le puso la mano en el hombro.

—Cada día me recuerdas más a tu madre. ¿Desde cuándo no te vistes de blanco?

Ella no le miró. Inclinó el hombro hasta que él retiró la mano, se recogió el polisón de la falda y se encaminó hacia el pasillo de los camarotes.

—Voy a buscar a Mani.

—¿Estás bien?

Munda se marchó sin haberle contestado. Parecía una dama. Hermosa y alta, como lo había sido Lucía. Hasta ese momento, don Francisco no había advertido que ya era una mujer. Había crecido de un día para otro, tanto, que parecía que había dejado de ser una niña en sólo un instante, sin que nadie se hubiera dado cuenta.

Y la madurez la había cambiado.

Era como si, al convertirse en adulta, por fin hubiese heredado el enigma de su madre. Aquellos ojos negros, aquella piel cetrina de la que siempre renegaba su querida esposa. Aquel porte. Alta, recta, majestuosa. Aquellos labios. Aquellas manos que lo enamoraron veintitrés años atrás. Dedos finos, diligentes, capaces de encontrar la espina de una morera en medio de la confusión. Aquella forma de arrastrar las palabras. Aquella manera de querer y no querer, de estar y no estar, de esconderse, y de volver a salir.

La quiso más de lo que nunca fue consciente, más de lo que le pudo demostrar, más de lo que nunca quiso a nadie. La quiso hasta el último día de su vida, cuando le cerró los ojos más tristes que había visto.

Y ahora se marchaba, lejos de la ciudad donde él la enterró, arrastrado por un sueño que no compartieron. Después de tantos años.

A veces el dolor nos invade porque sí. Porque necesita del llanto.

30

—Tu padre me ha preguntado que por qué no le hablas. Eso no está bien, niña Munda. Deberías hablarle. Él no sabe por qué te enfadaste.

—Yo tampoco sé por qué engañó a mi madre durante toda su vida.

—Quiere que subas a cenar. Hoy también cenará toda la familia con el capitán del barco.

—Dile que sigo muy mareada.

—Pero, niña, ya son cinco días encerrada. ¿Es que no piensas salir hasta que no lleguemos a las Filipinas?

—No.

—¿Y qué harás cuando lleguemos? ¿Encerrarte en un cuarto para siempre?

Desde su camarote, Munda podía escuchar las canciones que el Batallón de Cazadores entonaba desde la mañana a la noche. Todos eran soldados de reemplazo que no habían podido pagar los seis mil reales que les habrían librado del servicio militar en ultramar. Apenas habían salido de su pueblo hasta que los llamaron a filas. Embarcaron en Barcelona hacía quince días, pero procedían de todas las provincias españolas: Palencia, Cáceres, Badajoz, Sevilla, Albacete, Cuenca, Teruel, Burgos, Guadalajara, incluso había un recluta que procedía de Puerto Rico. Campesinos que habían cambiado los aperos de labranza por el máuser y la bayoneta.

Desde que salieron de Alejandría, no habían dejado de cantar. Munda reconocía alguna jota extremeña o aragonesa, algún fandango y alguna sevillana, pero otros ritmos los escuchaba por primera vez.

Entre canción y canción, podían oírse los suspiros que se escapaban de aquellos hombres. La nostalgia. La incertidumbre de una vuelta que nadie

podía asegurarles. La rabia. La injusticia que se ceba siempre con el pobre. La impotencia. Las ganas de volver. La tristeza.

A Munda le hubiera gustado unirse a los Cazadores, y cantar con la misma añoranza. A ella no la habían arrancado de su tierra para empuñar un fusil, pero se sentía como si también le hubieran robado algo, como si Alejandría se hubiera quedado con una parte de ella misma que ya no podría recuperar, como si aquel barco la estuviera alejando poco a poco de sí misma, y tuviera que construirse otra vez.

—¡Mundita, hija! Tienes a nuestro padre preocupadísimo. Dice que si sigues así, tendrá que venir con el médico para que él diga lo que tienes. No es normal tanto mareo, querida. ¡Mírame a mí! Seguramente vuelvo a estar embarazada. ¡Y ya ves! ¡Como una rosa!

—¡Bueno, Mariana, no presumas tanto! Acuérdate de que anoche tuvo que atenderte el médico en la cena. ¿Sabes, Munda? Papá le habla mucho de ti a ese médico, yo creo que le gusta para ti.

—¡No digas tonterías, Inesita, hija, ¿no te has dado cuenta de que es un mestizo?! Nuestro padre no se rebajaría nunca a emparentar con esa gente.

—¿Qué gente? Pues a mí me parece muy guapo. Cuando se ríe se le levanta el bigote como a papá, y parece que le brillan los ojos. Yo creo que a ti también te gustaría, Munda.

—Pues no voy a tener la oportunidad de averiguarlo, porque no pienso subir al comedor.

—¿Y cuándo piensas subir, querida? ¿No crees que ya has asustado bastante a nuestro padre?

—¡Niña Munda! Dice tu padre que si hoy no subes a cenar, bajará él con el médico. ¡Por cierto! Esta mañana le preguntó el doctor a Alejandra que cómo estás, y que si sigues indispuesta. Ella dice que parece que el médico tiene ganas de conocerte.

—Alejandra tiene mucha imaginación.

—Pues no sé por qué, niña. Una señorita que no sale nunca del camarote es un tremendo misterio. Y la curiosidad le pica a todo el mundo. He oído decir que estudió para médico en Madrid, y que ahora va a

Mindanao a ver a un amigo suyo oculista, que dicen que lo han deportado allá.

—¿Deportado? ¿Por qué?

—Dicen que le acusan de masón, y de haber escrito libros prohibidos.

—¿El doctor Rizal?

—Sí, creo que dijo ese nombre. Pero se lo puedes preguntar tú hoy en la cena. Así te enteras mejor. ¿Y de qué conoces tú a ese doctor?

—La señorita Inés me habló de él. ¿Y dices que ese médico es amigo de Rizal? ¿Y tú por qué lo sabes?

—Sube a cenar hoy, y se lo preguntas tú misma. A veces cena en la mesa de tu padre.

—No pienso ir a ninguna parte. Y dile a mi padre que no se le ocurra venir a mi camarote, porque no le voy a abrir. ¡Y tú no seas tan lista! No creas que porque me digas que ese médico es masón voy a salir a conocerle.

Hacía una semana que habían zarpado del puerto de Alejandría. Afortunadamente, en la entrada del canal de Suez no encontraron más que un par de barcos esperando sus turnos de paso, y apenas tuvieron que hacer cola unas horas para empezar a atravesarlo.

Mientras permanecían fondeados, guardando su turno, los pasajeros de primera se entretenían lanzando monedas desde la borda. Un grupo de niños egipcios intentaba recogerlas antes de que se perdieran en las profundidades. Munda observaba desde su camarote cómo se lanzaban los niños a por las monedas, y escuchaba la algarabía de los pasajeros cuando conseguían rescatarlas. La joven sintió lástima por todos ellos. Por los pasajeros, porque utilizaban la miseria de los otros como un divertimento, y por los niños, porque la mayoría de las monedas se las tragaba el agua.

El calor era asfixiante, tanto, que nada más comenzar la singladura entre el Mediterráneo y el mar Rojo, los carboneros españoles tuvieron que ser reemplazados por hombres egipcios, acostumbrados a soportar las temperaturas extremas que se alcanzaban en la sala de máquinas por aquellas latitudes.

Dos días tardaron en cruzar. Cuando por fin salieron al mar Rojo, el barco amarró en el puerto que daba nombre al canal, Suez, en una nueva

escala para reponer combustible. La última vez fue en Alejandría, y los motores ya habían convertido en vapor casi todo el carbón que repostaron allí.

En el puerto de Suez, los carboneros españoles volvieron a ocupar su puesto en la sala de máquinas. Todavía tendrían que detenerse a repostar un par de veces antes de llegar a Manila. La última en Singapur, pero aún faltaba una semana.

Munda continuaba en su camarote, escuchando los cantos de los Cazadores y mirando por el ojo de buey. En aquellos siete días había aprendido mucho. Intentó recordar las conversaciones que había mantenido con la señorita Inés y trasladarlas a una libreta, como si se tratara de un texto masónico, una «plancha» que podrían utilizar otras mujeres, profanas como ella, para acercarse a la luz y a los grandes principios de la hermandad. Se veía a sí misma, una vez iniciada como Gran Maestra de una Gran Logia, leyendo estas «planchas de arquitectura» desde la tribuna del Hermano Orador, una de las Tres Grandes Luces de la Masonería.

Aquellas conversaciones con la señorita Inés siempre comenzaban con una pregunta. Casi todas relacionadas con las cinco puntas de la estrella que simboliza la perfección del maestro: la fuerza, la belleza, la sabiduría, la virtud y la caridad. En sus paseos con la señorita Inés, hablaban de la razón, de la fraternidad, de la igualdad y de la libertad, los valores a los que debe aspirar el ser humano. La señorita parecía saber todas las respuestas, pero trataba de confundir a Munda siempre que le era posible, y la obligaba a disentir por el mero placer de discutir, de utilizar argumentos en pro y en contra de sus tesis. Así comprendió lo difícil que resultaba pretender acercarse a la verdad. Al final llegaban a las conclusiones a las que su maestra se había propuesto que llegasen, y siempre terminaban riéndose a carcajadas de las trampas que le había ido colocando en el camino, y planteando otra vez la misma pregunta por la que habían empezado.

Le gustaban tanto aquellos paseos.

—¡Munda, abre la puerta!

—¿Qué pasa, Alejandra, por qué gritas así?

—¡Corre! ¡Corre! A papá le pasa algo.

Desde el camarote contiguo al de Munda, Mani escuchó los gritos de Alejandra y se precipitó hacia el corredor para comprobar qué sucedía, pero no le dio tiempo de preguntar nada: cuando ella salió, las dos hermanas corrían hacia el comedor de oficiales y ya habían ganado más de la mitad del pasillo que conducía a la cubierta superior. Munda había salido del camarote tal y como se encontraba en ese momento, con una de las chilabas que solía utilizar en los días en que apretaba el calor, unas babuchas blancas, el pelo recogido en una trenza semideshecha, que le llegaba hasta la mitad de la espalda, y una pluma goteando tinta en la mano. Mani cogió una toquilla y corrió tras ellas.

Cuando la criada llegó al comedor de oficiales, Munda lloraba sobre el pecho de su padre. Don Francisco yacía en un sofá, rodeado por los invitados que momentos antes se disponían a sentarse a la mesa.

El capitán del barco, Mariana y su marido, el contramaestre, el primer oficial de carga y el médico se apartaron cuando Mani se acercó para echarle a Munda la toquilla sobre los hombros. Arrodillada junto a su padre, la chilaba le marcaba las curvas de los muslos y de la cadera, y dejaba sus pies al descubierto.

El marqués parecía inconsciente, pero sonrió cuando sintió el peso de Munda sobre él. Pálido, y casi sin fuerzas para hablar, le acarició la cabeza y le sacó la trenza medio deshecha de debajo de la toquilla.

—Te pareces cada día más a tu madre, corazón.

Munda se abrazó a él y rompió a llorar. Llevaba más de una semana sin dirigirle la palabra. Mucho tiempo, teniendo en cuenta que hasta que Mani no le abrió los ojos acerca de sus aventuras amorosas, solían hablar todas las noches antes de irse a dormir. Pero poco, si lo que contaba era el daño que ella había experimentado con aquel descubrimiento. Todavía no podía perdonarle, pero le aterraba pensar que podría morirse sin que hubieran resuelto sus problemas. Es más, le horrorizaba pensar que aquella muerte añadiría un agravio más a los que ya pesaban sobre él. No podía dejarlas solas en aquel barco. No podía. Munda lloraba contra el pecho de su padre intentando ordenar sus contradicciones. Le amaba, pero le había defraudado tanto que no soportaba la idea de quererle. Tampoco podía acostumbrarse al

desprecio con el que trataba de castigarle, ni la compasión que le causaba la posición en la que él mismo se había situado, persiguiendo un sueño que le obligó a dejar en Alejandría la mitad de su vida. Un sueño que por fin tenía a su alcance.

No podía morirse antes de llegar a Manila. Por mucho desprecio que se mereciera, por mucho que la hubiera defraudado, no se merecía morir antes de conseguir lo que se había propuesto. Tenía que vivir, no sólo porque no podía dejarlas a ellas solas, sino porque tenía que tocar el órgano de una catedral.

Munda hubiera querido decirle a su padre que tenía que ser fuerte, que todavía tendrían que hablar de muchas cosas, que le dejase tiempo para poder perdonarle. Pero antes de que pudiera decirle nada, sintió una ligera presión en los hombros, unas manos fuertes que la obligaban a levantarse y a retirarse de allí.

—No se preocupe, señorita. Sólo ha sido un síncope. Pero hay que dejarle espacio, necesita un poco de aire.

Munda se giró y se acurrucó en aquellos brazos sin pensarlo. Lloró sin dejarse llevar, sin grandes aspavientos, reconfortada por la calidez que desprendía aquel hombre que olía a tabaco de pipa. Un hombre no demasiado alto, pero fuerte, elegante, joven, mucho más de lo que ella imaginó cuando Alejandra y Mani le hablaban de él. Un hombre distinto a todos los que había conocido hasta entonces, dulce, tranquilo, con la mirada achinada y la sonrisa abierta.

Se separó de él cuando comprendió que hubiera querido seguir abrazándole hasta que no quedase otro remedio. Aquella respiración, aquel olor a tabaco, aquel calor que le subía desde no sabía dónde, aquellos brazos que intentaban tranquilizarla, seguros y firmes.

Todavía no podía imaginar hasta qué punto desearía volver a sentirle de ese modo. No podía imaginar que aquel abrazo se quedaría en su memoria como un mito, un recuerdo donde intentarían reflejarse el resto de los abrazos que viviría desde entonces.

—¿Está usted bien, señorita?

—Sí, sí. Muchas gracias. ¿Y mi padre? ¿Qué ha pasado?

—Un simple desvanecimiento debido al calor. No se preocupe. Se recuperará enseguida.

—Gracias, doctor.

—Ha sido un placer.

Munda regresó al camarote. Pero no para seguir escribiendo sus «planchas» masónicas: regresó para recogerse el pelo en un moño, del que dejó escapar un mechón que colocó sobre el hombro izquierdo. Se puso el traje bordado de azabache de su madre, sus zapatos y sus guantes de color púrpura, se colgó la limosnera con la cinta adamascada y subió al comedor de oficiales.

Excepto su padre, que todavía continuaba tumbado en el sofá, todos los hombres que estaban en el comedor se levantaron cuando la vieron entrar. Mariana y Alejandra reprimieron un grito de admiración, y la miraron como si la vieran por primera vez.

Su belleza no era perfecta, podría haber tenido los labios más finos, o la nariz menos respingona, o la frente menos despejada. Pero aquellos ojos serían capaces de detenerse en cualquiera de los hombres que continuaban de pie, y conseguir que ninguno de ellos volviera a pensar en otra cosa que en cruzarse de nuevo con semejante oscuridad.

No dejó que se inclinaran para un besamanos, antes de que iniciaran el saludo extendió el brazo a la manera de los hombres y estrechó la mano de cada uno sin dejar de mirarles. Cuando llegó el turno del médico, le presionó ligeramente la muñeca con el dedo índice.

—Me llamo Esclaramunda, pero todos me llaman Munda.

—Encantado, señorita Esclaramunda. Yo me llamo Manuel, Manuel Rubio. Espero que se encuentre mejor. —Mucho mejor, gracias.

—A sus pies.

31

—¡Ay, Mani! ¡Qué emocionante! ¡Es masón! ¡Me apretó la muñeca con el dedo! ¡Podrá ayudarme a encontrar alguna logia mixta en Manila! ¡Estoy segura! Podré iniciarme.

—Pero si va a Mindanao.

—Sí, pero después irá a Manila. Tiene a toda su familia en Luzón. Vuelve a su tierra para quedarse y trabajar allí como médico.

—Huy, huy, huy… Me parece a mí que te ha gustado.

—¡Bueno! ¡No sé! Aunque es guapo. ¡Es muy guapo! Tiene cara de niño grande. No parece que tenga treinta y tantos años. Su padre es criollo, y su madre tagala.

—Entonces qué, ¿te gusta o no te gusta?

—¡Ay! ¡No sé! Mani. Espero que no. Además, no me ha mirado ni una sola vez como a mí me gustaría.

—No sufras, te mirará.

Pero no la miró. Munda subió a cubierta todas las mañanas a primera hora, y todas las tardes después de la puesta de sol. Su padre, sus hermanas y su cuñado solían reunirse en una zona reservada para los pasajeros de primera, donde habían colocado unas hamacas en las que se recostaban cuando la temperatura bajaba unos grados y les permitía permanecer al aire libre. Los hombres a un lado, y las mujeres a otro.

Desde que el marqués sufrió el desvanecimiento, Munda había vuelto a dirigirle la palabra sin mostrarle demasiado afecto, eso sí, no se sentía capaz de perdonarle todavía, pero mantuvo con él desde entonces una relación parecida a la que mantenía con Mariana o con su cuñado, educada y distante, casi fría, pero sin huirle como había hecho desde que embarcaron,

y participando en las actividades en las que solía reunirse la familia, entre otras, aquellas salidas a cubierta.

De vez en cuando, el médico pasaba junto al grupo. Siempre saludaba cortésmente a todos. Inclinaba la cabeza dirigiéndose al corrillo de las mujeres, y se tocaba el sombrero para dar los buenos días o las buenas tardes a los hombres. Pero lo hacía de una forma general, sin detenerse a mirar a ninguno de los que estaban saludando, ni a conversar con ellos. El ala del sombrero le tapaba prácticamente la cara.

Ella suspiraba para que le dirigiera al menos una palabra, aunque fuera sólo una, con la que poder forzarle una sonrisa. Desde que la abrazó, Munda esperó cada mañana y cada tarde en la cubierta, y deseó cada día que llegara la hora de la comida y de la cena, pero el médico casi nunca compartía mesa con los demás viajeros, ni con los oficiales de a bordo. Probablemente le llevasen la comida a su camarote, como a otros pasajeros de primera que se refugiaban del calor.

En las pocas ocasiones en que volvió a encontrárselo en cubierta, se mostró educado como siempre, la saludó como a todos los demás, pero no volvió a mirarla a los ojos ni a preguntarle cómo se encontraba. Munda buscaba en su comportamiento cualquier detalle que mostrase el más mínimo interés en su persona, sin embargo nunca lo encontró. Hubiera preferido que al menos tratara de esquivarla, sería una forma de entender que aquel abrazo no le había impresionado sólo a ella. Pero ni siquiera parecía que la huyera, si acaso parecía que trataba de ocultarse del resto de las personas que viajaban en el buque; a ella, sencillamente, la ignoraba.

Llegaron a Singapur con un día de antelación sobre lo previsto. Desde allí, el capitán confirmaría a la Capitanía General de Manila la fecha aproximada de llegada. Si tenían suerte, y no encontraban mar gruesa o algún tifón esperándoles en el mar de la China, arribarían a la capital de la isla de Luzón en nueve jornadas.

Singapur era cabeza de estación del cable submarino de telégrafos, la única forma de comunicación que existía entre los barcos que se encontraban en ruta y las autoridades portuarias a las que debían informar, y recibir información, a lo largo de la travesía. También podían comunicarse a

través del código de banderas y del fanal de señales de luces, pero para ello era preciso que el navío se avistase desde el puerto. Mientras el buque se encontraba en alta mar, no había modo de saber lo que pasaba en tierra, y viceversa. Por este motivo, aprovechaban las escalas de carboneo para utilizar las estaciones telegráficas distribuidas a lo largo del itinerario. De esta forma podían enviar y recibir telegramas en distintas escalas del trayecto. Port Said y Singapur eran las estaciones más utilizadas. En esta última, la escala duraba veinticuatro horas, y se permitía a los viajeros bajar a tierra, e incluso a algunos utilizar también el telégrafo.

Don Francisco había dado órdenes a su contacto en Manila para que permaneciera atento a un telegrama que él le enviaría desde Singapur, donde le avisaría del día de la llegada.

El empleado debía recogerles en el puerto para llevarles a la casa que se encargó de alquilar en Intramuros. Además, debía organizar las tareas de los criados nativos para que todo estuviera listo cuando llegase la familia y la servidumbre que les acompañaba.

El marqués no quería sorpresas. Aunque la vivienda no podría adquirir el aspecto que él deseaba mientras no llegaran los muebles que viajaban con él, su empleado tenía instrucciones para que los recién llegados pudieran instalarse al menos por un par de noches cómodamente, hasta que la casa tomara el aire que le habría dado Lucía con sus cosas. Era la primera vez que su esposa no intervendría en la decoración de la casa, pero Mariana y su marido habían decidido vivir de momento con el resto de la familia, y ella podría reproducir en Manila cada rincón de los palacetes de Palma y de Alejandría con los ojos cerrados. A pesar de lo diferentes que habían sido siempre, en eso sí se parecía a su madre, le daba tanta importancia a las cosas de la casa que cualquiera diría que su felicidad se cifraba en el hecho de poseer cada uno de los objetos que había ido atesorando, más que en la posibilidad de disfrutarlos.

Don Francisco esperaba en la antesala de la Oficina de Telégrafos para enviar su telegrama, cuando escuchó unas voces, entre las que distinguió la del capitán del *Isla de Luzón y* la del comandante del Batallón de

Cazadores. Parecía una discusión en la que los dos hombres alzaban el tono a medida que avanzaba.

—Este no es un asunto militar, comandante Ribó. A usted no le compete.

—Se trata de un delito de traición a la Corona, cometido por un súbdito español nacido en Ultramar al que le van a formar un consejo de guerra. Naturalmente que me compete.

—Será lo que sea, pero en mi barco mando yo, y usted no va a detener a nadie hasta que no me confirmen la identidad del sospechoso.

—Pero ¿no está más que claro que se trata del médico? Es el único criollo que llevamos a bordo. Usted mismo lo ha dicho.

—El único que usted sepa. Hasta que no tenga la debida confirmación de Capitanía, con el nombre y los dos apellidos del sospechoso, nadie se mueve de aquí.

Don Francisco regresó al barco sin poner el telegrama. Antes de que el capitán y el comandante del Batallón de Cazadores regresaran a bordo, el doctor Rubio estaba desembarcando. Fue la única vez que miró a Munda como ella había esperado, la única mirada que le hizo un nudo en el estómago, la única con la que sintió ese vértigo que no puede describirse. Esa contracción de los sentidos en la que el corazón cambia de ritmo, y se acelera, y se impone. Ese palpitar sin control. Ese deseo.

Munda le sonrió, y él le devolvió la sonrisa. Permanecieron unos instantes absorbidos el uno en el otro; después, él se quitó el sombrero para saludarla y bajó la pasarela. De vez en cuando, se giraba para comprobar que ella continuaba asomada a la borda, y volvía a sonreírle. Munda no sabía aún que su viaje en el *Isla de Luzón* había terminado.

32

—¿O sea que es un traidor?

—No, Alejandra, no es lo mismo que digan que es un traidor, a que sea realmente un traidor.

—Y tú no crees que lo sea. ¿Verdad, Munda?

—No. Yo no lo creo. Lo único que ha hecho es escribir en un periódico que no tiene permiso para publicarse, pero eso no significa traicionar a nadie. El sólo defiende sus ideas, nada más.

—¿Y ya no volveremos a verle?

—Claro que sí, cariño. Lo veremos pronto. Ya verás cómo se arregla este malentendido.

—A lo mejor llega antes que nosotros a Manila y va a recogerte al puerto con una calesa. ¿Te lo imaginas?

—Eso sería estupendo, claro que sí.

Pero Munda sabía que no era posible. Conocía la historia de José Rizal a través de la señorita Inés, y se parecía demasiado a la del doctor Rubio. Los dos pertenecían a la burguesía mestiza manilense, y dentro de ella, a una clase social que todos conocían por el nombre de «los ilustrados». Hombres jóvenes que comenzaron sus estudios en la Universidad de Santo Tomás, en Manila, la primera universidad del continente asiático, y que después viajaron a las universidades de la metrópoli para terminar sus carreras. Allí se convirtieron en un grupo cohesionado, que empezó a sentir Filipinas como parte de su identidad.

Al igual que los primeros independentistas cubanos, la mayoría de los ilustrados comenzaron sus reivindicaciones como hombres leales a la Corona, ciudadanos españoles que defendían el derecho de Filipinas a ser

considerada como una provincia más del reino, con representación en las Cortes. Pero, poco a poco, debido al desamparo que sentían por parte de la metrópoli, se fueron transformando en secesionistas convencidos que reclamaban la independencia de las islas, los llamados «filibusteros». Muchos de ellos terminaron perseguidos por las autoridades como enemigos de España y encarcelados, fusilados o deportados, como el doctor Rizal y, ahora, el doctor Rubio. Los dos habían participado en la difusión de un periódico en el que defendían pacíficamente sus ideas. Por este motivo, pasaron a formar parte de un grupo al que las autoridades españolas llamaron «propagandistas». Ese era el mayor delito de Manuel, haber defendido la identidad filipina públicamente.

El médico no podría esperarla en el puerto en una calesa como soñaba su hermana. Probablemente, ni siquiera podría volver a Manila. Pero Munda no estaba dispuesta a perderle. Tenía que hacer algo. Después de la conversación con Alejandra, le pidió a su padre que la recibiera en su camerino para hablar de él.

—¿Qué podemos hacer, papá?

—Nada, corazón, nada más de lo que ya hemos hecho.

—Pero tú tienes contactos. Tú puedes hablar con Gobernación de Manila, y pedirles que quiten la denuncia.

—Hay una orden de busca y captura que viene desde Madrid, en Manila no pueden hacer nada.

—Pues entonces escribe a Madrid. Allí también tienes amigos. No podemos quedarnos de brazos cruzados. No me falles en esto, papá.

Hubiera querido decirle no me falles en esto *también*, pero no quería tener dos frentes abiertos. No quería darle a su padre la posibilidad de hablar sobre algo de lo que no estaba dispuesta, y necesitaba su alianza para poder recuperar a Manuel.

—No puedo pedirles a mis amigos que intercedan en una denuncia por traición a la Corona. Sería demasiado comprometido, para ellos y para mí. Entiéndelo, Munda, hay límites que no pueden cruzarse.

—Entonces, infórmate de dónde puedo encontrar a algún miembro de la Liga Filipina que no tenga orden de busca y captura. Sólo te pediré eso,

después ya sabré yo lo que tengo que hacer.

La Liga Filipina era una asociación, fundada por Rizal, que las autoridades consideraban como el germen del movimiento independentista filipino. Aunque no era una logia masónica, muchos la tenían como tal. Antes de salir de Alejandría, Munda ya pensaba ponerse en contacto con alguno de sus miembros, muchos de ellos masones como el propio Rizal, quienes podrían ayudarla a encontrar una logia mixta en Manila, en caso de que la hubiera. La señorita Inés le había dicho que le proporcionaría un contacto antes de despedirse, pero Munda no le dio ocasión.

Don Francisco palideció cuando escuchó a su hija hablar de la Liga. En aquellos momentos, estaba considerada como una asociación delictiva con fines subversivos. Uno de sus miembros fundadores había creado una sociedad secreta de tintes violentos, el Katipunan, que defendía la revolución y la lucha armada.

—Pero, Munda, ¡por Dios santo! ¡Te prohíbo terminantemente que te inmiscuyas en asuntos de esta naturaleza! Podría costarte muy caro. ¿No te das cuenta de los peligros que entraña? Además, estas cosas no son propias de mujeres.

—¡Papá! Con tu ayuda o sin ella, voy a encontrar al doctor Rubio. Y por favor, no me vengas con prohibiciones, y no vuelvas a decirme lo que es propio o no de las mujeres. No me interesa.

Munda no permitió que su padre añadiera nada más a la conversación. Salió del camarote y se dirigió al suyo con la intención de acostarse. Una vez en la litera, empezó a temblar y a sudar.

Las paredes le daban vueltas. Necesitaba que el barco se parase. O que navegara más deprisa, para llegar cuanto antes a Manila y poder buscar a los amigos del doctor Rubio. O mejor, necesitaba volver al momento en que el médico sonreía para ella levantando el sombrero, y decirle que esperase, y correr hacia la pasarela para cogerse de su brazo, y desembarcar con él.

—¡Ay, niña Munda! Pero ¡si parece que tienes calentura!

—¡Tengo que encontrarle, Mani!

—¡Y cómo lo vas a encontrar tú! ¡Lo que tienes que hacer es olvidarlo! Ese hombre sólo te traerá cosas malas. Con razón no quería mirarte. Ahora

ya estáis enganchados. Lo que no sé es para qué ha tenido que embaucarte precisamente ahora, cuando se iba.

Mani le cambió la cataplasma que le había colocado en la frente hacía un momento.

—¡Santo Dios, niña! ¡Anda! No pienses más en él. Mira que siempre has dicho que a ti los hombres no te interesan. ¿Y ahora qué? La que estás liando por una sonrisa.

La criada estaba a punto de ayudarla a cambiarse de chilaba, cuando se abrió la puerta del camarote después de haberse escuchado unos pequeños golpes.

—¡Mundita, hija, aquí hay un cabo primero que dice que tiene algo para ti y que te lo tiene que entregar en mano!

—Gracias, Mariana, dile que pase.

—Pero, querida, ¡cómo va a pasar a tu camarote un simple cabo primero! ¿Acaso te has vuelto loca, Mundita?

—Es que no me encuentro bien.

—¡Vamos! No seas quejica, si sólo va a ser un momento. Ha dicho que es muy urgente. Ya le he dicho yo que espere un poquito.

Munda no quiso discutir, Mani la ayudó a ponerse una falda y una blusa, mientras Mariana entretenía al soldado contándole historias de su marido. Cuando Munda salió al corredor, el cabo se cuadró y le hizo el saludo militar. Se habían visto varias veces, él tocaba la guitarra en la cubierta de popa cuando el Batallón de Cazadores cantaba. Munda siempre les saludaba con una inclinación de cabeza y una sonrisa. En la hora de la siesta, Alejandra solía tocar con él una vieja sonata para guitarra y violín, bajo la dirección de su padre. Parecía que se habían hecho grandes amigos. A menudo bromeaban con la idea de tocar juntos un concierto, acompañados por una orquesta filarmónica.

Mariana se adelantó en tomar la palabra.

—Descanse, cabo, mi hermana no mantiene relación alguna con el cuerpo, no hay motivos para hacerle el saludo.

El cabo bajó la mano, buscó en el bolsillo de la camisa y sacó un sobre cerrado. No llevaba destinatario ni remitente, pero Munda sospechó

enseguida que la enviaba el comandante del Batallón. No había dejado de cortejarla desde que la conoció en cubierta, una mañana después de cruzar el canal de Suez. Aquella noche, el capitán organizaba un baile para celebrar que arribarían al día siguiente al puerto de Manila, y el comandante ya le había insinuado en el almuerzo que le haría un gran honor asistiendo con él.

—Gracias, cabo.

—A sus órdenes, señorita. Estaré en cubierta esperando la nota de respuesta.

—No hace falta que espere. Por favor, dígale al comandante Ribó que nos veremos esta noche en el baile.

Munda dejó el sobre en la mesita de noche y se tendió en su litera sin abrirlo. Su hermana se moría de ganas de leer su contenido, pero no se atrevió a cogerlo.

—Pero mira que eres desabrida, Mundita, hija. ¿No hubiera sido mejor abrir la nota? Ahora el comandante le preguntará a este muchacho cómo ha sido tu reacción, y no podrá decirle nada. Y este sí que es un buen partido para ti. No el médico mestizo, que ha resultado ser un traidor.

—Mariana, no me encuentro muy bien. Me gustaría aprovechar un ratito para dormir. ¿Te importa?

—Claro que no, querida. Duerme un poco. Esta noche tienes que estar radiante.

33

Munda eligió para la ocasión otro de los ternos de su madre: una falda de gasa estampada en tonos verdes y turquesas, rematada en la cintura con un lazo que le caía sobre el polisón; una blusa de seda verde aguamarina, cuyo escote de volantes le dejaba los hombros al aire; y un chal de la misma gasa que la falda. El pelo le caía suelto sobre los hombros, recogido a los lados con pasadores de divinas y brillantes.

La cubierta de proa se había transformado en una fiesta repleta de farolillos de colores y de velas encendidas. El Batallón de Cazadores entonaba polcas, mazurcas y rigodones, que los pasajeros agradecían con aplausos y vítores. Excepto el personal de guardia, todo el barco disfrutaba de la última noche a bordo.

El comandante Ribó esperaba apartado de la multitud, consultando a cada minuto su reloj de bolsillo. Se había vestido de paisano, con un traje de chaqueta blanco. Cuando Munda apareció, se guardó la leontina en el chaleco, se acercó a ella y le ofreció su brazo.

—Está usted muy elegante, señorita Munda, le agradezco la deferencia que ha tenido conmigo.

—Gracias, comandante, para mí es un placer.

Sin embargo, no era verdad, el placer hubiera sido acudir al baile con Manuel, y colgarse de su brazo como Mariana se colgaba del de su marido. Orgullosa. Segura. Presumiendo. Pero ella acudía al baile con el hombre que hubiera apresado al doctor, nueve días atrás, si su padre no le hubiera dado la voz de alarma.

—¿Y adónde lo destinan a usted, comandante?

—A un pueblecito costero al noreste de Manila. Cerca de Baler. En la costa del Pacífico. Allí hay muchos insurrectos. No es la primera vez que tengo ese destino.

—¿Y se irá de inmediato?

—Prácticamente.

—¿Por cuánto tiempo?

—Lo que dure el reemplazo de mis Cazadores. Después nos sustituirá otro destacamento. ¿Por qué lo pregunta?

—Simple curiosidad.

El comandante Ribó la llevó hasta una pista de baile que habían improvisado los marineros en la cubierta de proa, y se inclinó en una reverencia.

—¿Me haría usted el honor, señorita?

Munda bailó con él hasta la medianoche. Intentó sonsacarle detalles de la acusación que pesaba sobre el doctor Rubio, pero no averiguó nada que no supieran todos los que viajaban en el barco. Lo mismo que escuchó su padre en la antesala del telegrafista.

Después de unas cuantas piezas, el comandante la dejó un momento para ir a buscar unas bebidas. Mientras esperaba, Munda se entretenía mirando las llamas de las velas. No hacía un minuto desde que se había quedado sola cuando escuchó una voz a su espalda.

—¡Señorita! ¿Habrá contestación a la carta? Munda no supo qué contestar.

—¿Cómo?

—Mañana, cuando lleguemos a Manila, estaré pendiente de usted. Si quiere que envíe su respuesta, hágame una señal con el abanico antes de desembarcar y la esperaré al final de la pasarela.

No escuchó nada más, se marchó cuando sus hermanas se acercaban hacia ella, antes de que el comandante regresara con la copa de vino.

—¿Qué quería el cabo ahora?

—Nada. Me preguntaba si estoy mejor. Pero no me encuentro muy bien. Creo que tengo fiebre. Por favor, decidle al comandante que me voy a la cama.

34

Mi muy admirada Esclaramunda:

El azar ha querido que encontrara a este soldado en un cafetín de Singapur. Puede usted confiar en él, podría decirse que es de mi familia. Tiene órdenes de no entregarle esta carta hasta la víspera de la llegada del barco a Manila. No quiero que corra usted más riesgos del que me atreveré a pedirle al final de estas líneas.

Sé por la señorita Inés que busca la forma de ingresar en el Oriente de Manila. No se lo aconsejo. La situación es complicada en estos momentos, y las actividades de algunas logias empiezan a dirigirse hacia caminos violentos y peligrosos. Mejor espere a que las cosas se calmen, y decida después.

Mi intención era reunirme con usted en cuanto tocáramos puerto, para aconsejarla sobre la logia con la que debería contactar. Pero permítame insistir en que ahora no es el momento.

Lamento en lo más profundo que nuestros caminos se hayan bifurcado tan bruscamente. Ojalá el destino nos diera la oportunidad de encontrarnos de nuevo. Mientras tanto, confío en que pueda usted hacerme el favor que me atrevo a pedirle a continuación.

Mi madre vive en Manila, en la calle Legazpi esquina con la calle Real. Se llama Lía Punang. Por favor, entréguele esta misma carta el día siguiente de su llegada, y dígale que estoy bien. No me da tiempo a escribir otra para ella. Hágalo a la mañana siguiente de la llegada del barco a Manila, pero no vaya antes de las doce de la mañana, suele estar en la iglesia de los Agustinos hasta esa hora, y no la encontraría. Tampoco vaya

después de las tres de la tarde, a esa hora duerme la siesta, y luego acude al rosario de los Jesuitas, tampoco la encontraría en casa.

Por favor, si decide entregar esta carta, atienda mis instrucciones al pie de la letra, y procure que no la vea nadie, no conviene que la relacionen conmigo.

Ojalá algún día pudiera agradecerle personalmente lo que para mí es un inmenso favor. Suyo afectísimo,

El hijo de Lía Punang.

Munda leyó la carta varias veces. ¡Así que el médico conocía a la señorita Inés! Debía de ser el contacto que no llegó a darle cuando embarcaron en Alejandría. Y ella le había encargado que la ayudase en Manila a buscar una logia. Claro, que ninguno de ellos podía saber que Munda salió de Alejandría con el firme propósito de olvidar a la señorita.

No entendía por qué el médico no le pidió al cabo primero el favor de entregarle la carta a su madre. Probablemente, el batallón permanecería en Manila al menos una semana, antes de salir hacia Baler, y no sería de extrañar que les dieran unas horas libres nada más atracar el barco, e incluso en los días siguientes, antes de iniciar su marcha al noreste de la isla. Siendo de la familia, a nadie le extrañaría que el cabo acudiera a visitar a la madre del médico en uno de esos permisos.

También podría haberle escrito a don Francisco, después de todo, fue él quien le puso sobre aviso de la orden de detención. Hubiera sido más lógico que le pidiera a él el favor, en lugar de pedírselo a ella.

Tampoco entendía por qué no firmaba la carta con su nombre. No se trataba de una cuestión de seguridad, puesto que daba el nombre y la dirección de su madre. Aunque quisiera ocultar al remitente de la carta, se estaba delatando a sí mismo diciendo que era el hijo de la señora Punang.

Por muchas vueltas que le daba, Munda no encontraba explicaciones, nada le parecía lógico, a menos que sólo fuera una excusa, y que el médico sintiera por ella lo mismo que ella sentía por él.

La llamaba Esclaramunda. Nadie la había llamado así en toda su vida. Su verdadero nombre sólo para él. Quizá no mostró tanta indiferencia

mientras estuvo a bordo. «Mi muy admirada Esclaramunda». Quizás ella también se quedó en sus pensamientos, quizás él también guardara en su memoria aquel abrazo que ella nunca olvidaría, quizás aquella respiración, impregnada de tabaco de pipa, no fuera sólo una respiración, sino el mismo aturdimiento que ella sintió cuando la rodeó con sus brazos. «Mi intención era reunirme con usted». ¡Oh, si hubiera sido posible! Si el destino les hubiera permitido entretenerse en aquellos juegos, los mismos a los que ella se negaba antes de conocerle, pero a veces la vida se complica en lo más simple. «Mi muy admirada Esclaramunda». ¡Qué bien sonaban aquellas palabras! ¡Qué hermoso hubiera sido oírlas en su boca! «Lamento en lo más profundo que nuestros caminos se hayan bifurcado». Nadie que no lo lamenta de verdad apelaría a lo más hondo para lamentarse de una pérdida. Pero él lo sentía como ella, en el fondo de su alma. «Ojalá el destino nos diera la oportunidad de encontrarnos de nuevo». ¡Ojalá! ¡Ojalá el destino tuviera compasión y volviera a dejar que escuchara aquella respiración!

Estimado hijo de doña Lía Punang:

Acuso recibo de su carta, y le informo de que será entregada a su madre en los términos precisos que usted indica en la misma. Ni antes de las doce de la mañana, ni después de las tres de la tarde.

Muchas gracias por sus consejos acerca del Oriente de Manila. Los tendré en cuenta cuando llegue el momento de mi iniciación. Desconocía que usted fuera la persona con quien debía reunirme a mi llegada a las islas, pero estoy segura de que, de algún modo, conseguiré entrar en contacto con la hermandad. Aunque seguiré su consejo y esperaré a que las cosas se calmen.

En cuanto al destino, no se preocupe, encontraré la forma de doblegarlo.

Suya afectísima, Esclaramunda.

Munda leyó su carta y la tiró al suelo después de arrugarla. El último párrafo sonaba a ansiedad, y no quería darle esa impresión. Cogió otra

cuartilla, mojó nuevamente la pluma en el tintero y la escribió de nuevo. Reprodujo cada párrafo tal como lo había redactado en principio. Todos menos el último, que no lo escribió. Aunque se prometió a sí misma que, si el destino se empeñaba en separarla de Manuel, ella haría todo lo posible para que la vida no lo tuviese en cuenta.

Acto seguido copió la carta del doctor Rubio en otra cuartilla. Todavía tenía que leer su contenido muchas veces, después de que le hubiera entregado el original a su madre.

35

Las principales iglesias de Manila comenzaron a repicar sus campanas cuando el barco inició las maniobras de aproximación a la dársena. El verde de la costa se desparramaba por todas partes, como si no hubiera un solo palmo de tierra en el que no brotara una abundante vegetación. La bahía era de un azul intenso. El viento, húmedo y caliente, parecía golpear la insignia del buque en lugar de ondearla, daba la impresión de que el aire era tan pesado que, en uno de aquellos palmoteos, la bandera se separaría de su mástil. Olía a selva y a mar.

Cuando entraron en la bahía, el cañonero que guardaba el litoral lanzó una salva de saludo al *Isla de Luzón*. Los soldados de uno y otro buque gritaban vivas a España, Filipinas y Cuba española. Las sirenas de los vaporcitos y de los lanchones entoldados, que se dirigían a faenar a los caladeros de marisco, también saludaban la llegada del barco entre bengalas y gritos de bienvenida a los «castilas», sobrenombre con el que llamaban los indígenas a los españoles de la Península.

Todos los pasajeros se asomaron a la borda. El río Pasig dividía la ciudad en dos mitades: a la derecha, Intramuros, la seguridad de unas murallas que se abrían a las cinco de la mañana y se cerraban a las once de la noche, donde vivía gran parte de los españoles venidos de la metrópoli, y de la burguesía criolla. Las grandes familias del azúcar, la Trasatlántica, el tabaco y el comercio. A la izquierda, el barrio de Binondo, el más mestizo, donde podían encontrarse toda clase de cruces entre las distintas razas que convivían en Filipinas desde hacía siglos: el criollo, el chino, el musulmán y el «indio», el nativo filipino, el último en el escalafón de las clases sociales del archipiélago, al que muchos peninsulares llamaban «negrito».

Los soldados del Batallón de Cazadores formaron en cubierta de proa mientras el barco atracaba. Al frente, el comandante Ribó, en posición de firmes desde que iniciaron las maniobras de arribo hasta que el barco quedó anclado en el muelle, momento en que dio la orden de romper filas.

Los soldados se desperdigaron por cubierta para recoger sus petates y se dispusieron a bajar la pasarela cada cual por su lado. Munda los observaba desde la cubierta superior, donde se concentraban los pasajeros de primera clase asomados a la borda. Cuando su padre se adelantó para encabezar el desembarco de la familia, Munda observó que el cabo que le había entregado la carta la miraba desde el final del puente. Ella acarició el bolso donde llevaba guardado su sobre y simuló que se quitaba el sol con el abanico, colocándoselo delante de la cara. Después miró al soldado, sacó la carta del bolso con disimulo y se la guardó en la faltriquera. Detrás de ella caminaba su hermana pequeña, que se había dado cuenta de toda la operación. Antes de llegar a la pasarela, Alejandra se colocó junto a su hermana y le habló en voz baja.

—La carta no era del comandante, ¿verdad?

—¿Me guardarás el secreto?

—¡Estaba segura! ¡No podía irse así! ¡Tenía que despedirse de ti! ¡Lo sabía!

—¡Chist! ¡Calla! Que no se entere nadie. Sitúate detrás de mí cuando lleguemos al final de la pasarela.

No fue difícil entregarle la carta al cabo, protegida en la retaguardia por la falda de su hermana. En el momento en que el sobre cambiaba de manos, volvió a sentir un vacío en el estómago que se extendía por todo su cuerpo como una onda expansiva. Miró a los ojos del cabo como si le estuviera entregando algo más que unas cuantas líneas escritas. Como si el lenguaje que usó al escribirlas no hubiera sido el que aprendió cuando estudiaba leyes en la biblioteca de su padre, el más aséptico, el más frío, el más distante posible. Como si no hubiera medido cada palabra, ni meditado cada frase, o no hubiera quitado el último párrafo.

El cabo pareció entender su mirada.

—Volverá a verle, señorita, no se preocupe.

Lo dijo en un tono de voz tan tenue que casi no pudo escucharlo. Aunque no habría hecho falta que hablase, todo su cuerpo le decía que volvería. Pero aquella frase casi inaudible demostraba que no se equivocaba. Ella había entrado en la mente de Manuel como él había entrado en la suya. Y ya nadie podría separarlos.

Alejandra se abrazó al cabo para despedirse.

—¿Nos veremos antes de que te vayas a Baler?

—¡Claro que sí, pequeña! Recuerda que tenemos pendiente un concierto.

36

Manila los recibió con su algarabía de capital costera. Aquella ciudad, que debía su nombre al *nilad*, una flor acuática que crecía en toda la bahía, se despertaba siempre temprano. *May nilad*, «donde hay *nilad*», empezaba a engalanarse a las cinco de la mañana, al abrirse las puertas de Intramuros. Cuando el *Isla de Luzón* terminó de desembarcar a sus pasajeros, los carromatos tirados por carabaos llevaban ya repartiendo sus mercancías más de cuatro horas. Chocolate para el desayuno de los señores; agua de coco para el baño de las señoras; infusión fría de corteza *de gogo*, para que se lavaran el pelo unos y otras; pimienta de Java y Sumatra; arroz, tasajo, azúcar de caña, ajos, guayabos, mango, almizcle; *y langylang*, el aceite para los masajes, capaz de curar la depresión con sus efluvios; telas, sombreros, y toda clase de productos, que vendían directamente casa por casa, o que se encargaban de transportar a las tiendas más exóticas de la ciudad, las de los chinos. Allí se podían encontrar las mejores sedas de Oriente y el mejor algodón de la India; porcelanas, piedras preciosas, mantones de Iloco, alfombras persas, y la famosa tela de piña, entre la organza y la seda, tan vaporosa, que muchas mujeres se entretenían en bordarla con sus propios cabellos como recuerdo para sus prometidos.

La calle de Santa Clara, donde había alquilado el palacete el empleado de don Francisco, se encontraba situada muy cerca del puerto.

El marqués no le puso el telegrama desde Singapur con las últimas órdenes, pero Lucio Luzón, que así se llamaba el empleado, les esperaba en el muelle con tres calesas con cochero, para trasladar a la familia, y una carretela de ocho ocupantes, que conduciría el propio Lucio Luzón, para los criados que les acompañaban: aparte del asistente personal de don

Francisco, un mayordomo, tres doncellas, una para cada una de las hijas del marqués, una niñera para María Francisca, una cocinera, un despensero y Mani, que desde que murió su niña Lucía se dedicaba casi exclusivamente a los cuidados de Munda.

El resto del personal de servicio, un jardinero, un cochero, dos criadas para la limpieza de la casa, un mozo de comedor, una ayudante de cocina, una lavandera y una costurera, lo había contratado Lucio Luzón cuando el marqués le encargó los preparativos para la llegada de la familia a Manila. Todos esperaban uniformados en el palacete. Hombres y mujeres vestidos por igual, con pijamas filipinos de color blanco.

Después de intercambiar unas palabras con su empleado, el marqués subió a la primera calesa con su hija pequeña. Su intención era volver al puerto con su asistente personal, una vez dejara a su familia instalada, para controlar personalmente el traslado de sus muebles.

Mariana, la pequeña María Francisca y el teniente Guzmán del Torno ocuparon el segundo coche, y Munda subió al tercero. Detrás de ella, la carretela de los criados.

La comitiva se dirigió a la puerta principal de la muralla, denominada de Magallanes o de Isabel II, dependiendo de quién estuviese en cada momento en el poder. No era la más cercana a la nueva residencia de la familia, pero don Francisco ordenó que les condujeran hacia el palacete de la calle de Santa Clara dando un rodeo, con objeto de tener un primer contacto con la ciudad, aunque sólo fuera desde los coches.

May nilad, «donde hay nilad».

Por todos lados se veían carruajes conducidos por criados uniformados de librea o por señores trajeados que ostentaban joyas bien visibles: alfileres de corbata, gemelos, anillos o cualquier otro adorno donde se pudiera incrustar un diamante. Debía de haber llovido la noche anterior, porque las calles se veían como lodazales, marcadas por los cascos de los caballos y por las ruedas de los coches. Bajo las arcadas en las que se cimentaban los edificios, pavimentadas con adoquines de granito, caminaba una gran variedad de tipos de personas, todas ellas exóticas a los ojos de los recién llegados, ataviadas con llamativas telas de colores. Las rayas y las flores se

combinaban tanto para una falda de mujer como para el pantalón o la camisa de un caballero, algunos de los cuales se vestían también con faldas largas y remataban su atuendo con sombreros de copa, bombines o canotiers. Algunas mujeres caminaban descalzas, con faldas que les llegaban por la pantorrilla, y portaban sobre sus cabezas cestos, cántaros o enormes bandejas de mimbre repletas de cocos. Todas adornaban sus faldas, cortas o largas, con una especie de sobrefalda ajustada, que terminaba a la altura de la rodilla y se cruzaba hacia atrás al modo de los delantales. El colorido era fascinante. Las iglesias se levantaban en cada esquina, junto a enormes palmeras, naranjos y guayabos. Munda miraba aquel espectáculo con los ojos muy abiertos, intentando guardar en la retina la mayor cantidad de imágenes posible. Cuando la comitiva pasó por la calle Real, creyó ver al doctor Rubio apoyado en una columna. Vestía pantalones de rayas verdes y moradas, y una camisa de rayas azules, salpicada de flores verdes y blancas. Sobre la cabeza, un *salakot*, un sombrero típico filipino, ancho y chato, terminado en pico, que se tocó con la mano derecha cuando la tercera calesa pasó frente a él. No estaba segura, pero Munda observó que aquel hombre le sonreía. Fue sólo un instante, pero hubiera jurado que se trataba de él. Llevaba una pipa en la mano. Al cruzarse con ella, bajó la cabeza y comenzó a caminar bajo los soportales de las casas, en la misma dirección que la comitiva. Cuando llegó al cruce de las calles Real y Magallanes, cambió de rumbo para torcer a la derecha, pero antes de doblar la esquina, se giró hacia ella y le volvió a sonreír. O eso le había parecido.

37

El palacete del marqués de Sotoñal se convirtió en pocos minutos en un auténtico gallinero. Los criados que había contratado Lucio Luzón no podían entenderse con los que acompañaban a la familia desde Alejandría; al igual que la mayoría de los habitantes de las islas, aquellos tagalos no sabían hablar español. La cultura de la metrópoli nunca fue su cultura. El empleado filipino intentaba ejercer como traductor de unos y de otros, pero todos hablaban al mismo tiempo, y la comunicación resultaba imposible.

En el piso superior, Mariana protestaba ante su padre y su marido sobre las condiciones en las que se había realizado la mudanza. No era lógico que los muebles de la casa permaneciesen todavía en el barco y que la familia pretendiera instalarse, aunque fuera por un solo día, en la nueva residencia, ni siquiera en el caso de que Lucio Luzón hubiera podido improvisar una solución para la primera noche. Ella y su marido tenían reservadas las habitaciones del ala derecha del palacio: dos dormitorios con sus respectivos gabinetes, un despacho para don Ricardo, dos baños, un saloncito, una habitación para María Francisca y su niñera, otra para el que estaba en camino y para el ama de cría que contratarían antes de que naciera, y un baño común para las dos. Alejandra, Munda y don Francisco se quedarían con el ala izquierda, donde podían habilitarse también un par de dormitorios para invitados. En la zona noble de la planta baja, la biblioteca, el comedor familiar, dos salones comunicados por un arco, una sala de estar, un despacho con antesala, un comedor para treinta comensales y un salón de baile al que se accedía directamente desde un distribuidor donde se encontraban las escaleras. En la zona de servicio, la cocina, las despensas, el comedor de los criados, el cuarto de la plancha, las cocheras y

las caballerizas. Y en el sótano, la carbonera, la bodega y los dormitorios del servicio.

El palacete se encontraba rodeado por un jardín en tres de sus fachadas, la principal y las dos laterales. La fachada posterior, donde se situaban las puertas de cocheras, la de la carbonera, y la de servicio, daba directamente a una calle paralela a la de Santa Clara.

Excepto los dormitorios del sótano, en los que había suficientes camas y armarios para toda la servidumbre, las demás dependencias de la vivienda se encontraban completamente vacías, a la espera de los muebles almacenados en el barco.

Los criados españoles pretendían ejercer sus privilegios como servicio estable de la familia, e intentaban desalojar a los indígenas de las habitaciones que habían ocupado desde que Lucio Luzón los contrató, las que daban a la fachada lateral del palacete, más grandes y mejor iluminadas, ya que disponían de ventanucos, al contrario que las que habían dejado libres los tagalos, que compartían tabique medianero con las bodegas y con la carbonera.

El mayordomo intentaba imponer su autoridad, como primer escalafón en la jerarquía del servicio, cuando se escuchó un grito de terror que procedía de la escalera principal.

Los criados invadieron el salón distribuidor desde el que se accedía a las dos alas del palacete. Mani, Alejandra y Munda se asomaron al rellano; allí se encontraban don Francisco y su yerno, Ricardo Guzmán del Torno, que contemplaban alternativamente el horror de Mariana y la barandilla de la escalera.

Cuando descubrieron el motivo de tanto alboroto, los criados españoles lanzaron un grito al unísono y los fílipinos sonrieron entre sí como si los visitantes se estuvieran asustando con una simpleza.

Tranquilamente, deslizándose como si aquel fuera su espacio natural, una serpiente se arrastraba por el pasamano en dirección al piso superior.

Mariana no dejaba de gritar y de limpiarse la palma de la mano derecha. Sus hermanas se sumaron al grito de los criados españoles, y el marqués y el marido a la sonrisa de los filipinos.

Y entre los gritos de unos y las sonrisas de los otros, Lucio Luzón se acercó a la serpiente, la cogió, se la echó sobre los hombros e intentó calmar a Mariana, mientras una sonrisa de alivio se apoderaba de todos.

—¡No se preocupe, señorita, no muerde! Es un buen remedio para ratas y ratones. Esta casa ha estado mucho tiempo sin habitar. Pero si usted lo prefiere, no volverá a salir de mi cuarto.

Mariana miró a Lucio Luzón sin abandonar el gesto de repugnancia con el que se limpiaba la mano.

—¿Es tuyo ese animal?

El tagalo respondió inclinando la cabeza. Mariana recompuso su gesto, miró uno por uno al resto de los nuevos criados, hasta que no quedó una sombra de sonrisa en ninguno de ellos, se volvió hacia Lucio Luzón y le clavó sus ojos azules.

—¡Fuera de mi casa! No quiero volver a veros por aquí a ninguno de los dos.

El empleado miró al marqués en busca de apoyo. Pero don Francisco levantó los hombros y corroboró la decisión de su hija.

—¡Lo siento! Pásese mañana por la oficina o por Gobernación y liquidaremos cuentas.

Minutos después, el tagalo salió por la puerta de servicio con su serpiente al hombro. El jardinero, el cochero y la costurera se solidarizaron con él y abandonaron también el palacete.

Al cabo de una hora, la familia se había instalado en el mejor hotel de Manila.

A las doce de la mañana del día siguiente, Munda y Alejandra se disponían a salir del hotel, camino de la calle Real esquina con Legazpi, acompañadas de Mani. El marqués se encontraba en el *Isla de Luzón*, controlando la descarga de los muebles, y Mariana y su marido en el palacio de la calle de Santa Clara, ordenando dónde y cómo colocar cada caja que llegaba del puerto, y seleccionando a los indígenas que sustituirían a los sirvientes que se habían marchado con Lucio Luzón, que no paraban de llegar al palacete recomendados por los que se quedaron.

Cuando Munda estaba a punto de poner el pie en la calle, delante de su hermana Alejandra, el comandante Ribó las abordó como si las hubiera estado esperando.

—¡Vaya! Me alegro de que ya esté mejor, señorita Munda. Ayer no pude despedirme de usted. Y, francamente, me quedé preocupado ante su precipitada marcha del baile.

—Ya estoy bien. Gracias por preocuparse, comandante, sólo fue un mareo.

El comandante saludó a las dos jóvenes con un besamanos, pero se entretuvo en la de Alejandra con la intención de gastarle una broma.

—¿Y se puede saber adónde se dirigen estas dos preciosidades, justo a la hora del ángelus, cuando toda Manila se paraliza?

Munda miró a través de la puerta abierta y se sobrecogió. Efectivamente, las calles parecían haberse paralizado. Eran las doce en punto. Las campanas de la ciudad repicaban la hora del ángelus, todos los carruajes se habían detenido y los viandantes se habían parado en el lugar donde se encontraban en ese momento, daba igual que fuera bajo los soportales, conduciendo una calesa o cruzando una calle, todos rezaban con la cabeza inclinada.

Cuando las campanas dejaron su repique, Alejandra se colocó el sombrero que llevaba en la mano y se dirigió al comandante.

—Vamos a dar una vuelta por Manila. Mi padre está en el puerto, por si quiere usted ir allí a saludarle. Seguro que ayer tampoco pudo despedirse de él.

—Efectivamente, tampoco pude, tenía que atender el desembarco de mi tropa. Pero ya me despediré de él en otro momento. No nos vamos a la zona de Baler hasta dentro de tres días. Mientras tanto, ¿me permiten que las acompañe? Hace un día precioso para pasear.

Munda acarició la carta de su faltriquera. No encontró ninguna excusa para decirle que no al comandante y, dadas las circunstancias, aunque la encontrase, no sería conveniente dirigirse a la casa de la señora Punang, el comandante podría seguirlas. Sin embargo aquel encuentro, que en

principio le ocasionó un profundo malestar, le sirvió para conocer algunas costumbres de Manila que le vendrían muy bien en adelante.

En aquella ciudad, ningún peninsular que pudiera presumir del más mínimo abolengo se movía a pie. Todos iban en calesa. El comandante había alquilado una de cuatro plazas, que esperaba sus órdenes en la puerta del hotel.

—Por favor, suban al coche, llamarían ustedes mucho la atención si pasearan por estas calles a pie. No es propio de su categoría. Eso sólo lo hacen los indios. En Manila siempre hay demasiado polvo o demasiado barro.

El comandante Ribó les enseñó algunos de los lugares más emblemáticos de la ciudad. La catedral, la iglesia de San Ignacio y el convento de los Jesuitas, la plaza Mayor, la plaza de España, el puente sobre el río Pasig, el parque de la Luneta y el fuerte de Santiago, uno de los enclaves más importantes del cinturón amurallado.

Regresaron al hotel al cabo de hora y media. Todavía tendrían tiempo de acudir a casa de la señora Punang antes de la hora de la comida, pero no disponían de coche propio, ya que los de la familia se encontraban aún en el barco, y en caso de que lo alquilaran, el cochero podría delatarles. No era seguro. Habían quedado con don Francisco y con Mariana en el comedor del hotel a las tres en punto. Después de comer, todo Manila se echaba la siesta. Otra de las cosas que había aprendido en el paseo con el comandante. No podría moverse de la habitación. Además, las instrucciones de Manuel decían claramente que no entregara la carta más tarde de las tres. Tendrían que dejarlo para el día siguiente.

Munda subió a su habitación con su hermana pequeña. Una vez allí, las dos se asomaron al balcón para comprobar que el comandante se hubiera marchado.

—¡Uf! ¡Menos mal! ¡Qué pesado! ¡Creí que no se iría nunca!

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Cuándo entregarás la carta?

—Necesitamos un plan. ¿Me guardarás el secreto?

—¡Claro! ¡Te lo juro!

—Mañana entregaremos la carta. Hoy sólo iremos a buscar unos disfraces.

Al cabo de unos minutos, se dirigieron a una tienda situada en la acera de enfrente. Un bazar chino donde a nadie le extrañó que compraran, entre *salakots*, batas de seda, abanicos de carey, y otros recuerdos de la isla de Luzón, dos pijamas filipinos de rayas combinadas con flores.

38

De la fachada principal de la casa situada en la calle Real esquina con Legazpi colgaban dos enormes cuadros que representaban a los dueños de la vivienda. En uno de ellos, aparecía un criollo vestido de frac, sombrero de copa y bastón, ofreciéndole el brazo a una tagala vestida con el traje típico de las mujeres filipinas, el María Clara, de mangas abombadas que terminaban en el antebrazo.

La mujer impresionaba por su belleza. Delicada como la perla de Oriente que prestaba su nombre a la ciudad. Morena, cálida, con los ojos risueños y misteriosos. Se parecía a Manuel.

En la otra pintura, la mujer llevaba un vestido europeo con falda de polisón, y el criollo vestía falda tagala, camisa de rayas y bombín. También se parecía a Manuel. De todos los balcones de la casa colgaban banderas españolas y filipinas, en todas las españolas resaltaba un crespón negro sobre el color amarillo.

Hasta la altura del primer piso, la fachada de la calle Real combinaba la piedra con la mampostería encalada. Un portón de grandes proporciones daba entrada a la vivienda, pero se encontraba cerrado, al igual que la puerta de carruajes, que se situaba en medio de la fachada lateral, la que daba a la calle Legazpi. Lo único que permanecía abierto, como signo de que allí había alguien, era una puerta de reducido tamaño que formaba parte del propio portón, de una madera sólida y antigua, ribeteado de clavos enormes. La parte superior de la fachada se adornaba de grandes balconadas de madera pintadas de verde.

Munda y Alejandra habían caminado hasta allí desde el hotel. Una junto a la otra, vestidas con sus pijamas filipinos, peinadas con dos trenzas que

les caían sobre el pecho y ocultas las caras con el sombrero de paja. Cuando tocaron el timbre y preguntaron por la señora Punang, Munda estaba temblando.

Les abrió una tagala que las condujo a un patio central, al que se accedía directamente desde el zaguán de la casa. El patio, que servía como distribuidor de las dependencias de la planta baja, se encontraba cubierto por un tragaluz. De una de sus esquinas, salían las escaleras de piedra que conducían a la galería donde se encontraban las habitaciones del piso superior. Las puertas, las barandillas y los cercos de las ventanas estaban pintados de verde, al igual que la madera de la fachada.

La señora Punang salió a recibirlas al patio y las condujo a un saloncito de la planta baja, decorado con muebles chinos y grandes jarrones de porcelana oriental. Parecía que las estaba esperando.

—¡Señorita Esclaramunda! ¡Cuánto me alegro de verla! ¡Ha sido usted muy valiente!

—No lo crea, señora Punang. En mi vida he pasado tanto miedo como hoy.

—¿Y tú, pequeña? ¿Tienes miedo?

—No, señora. Mi hermana lo acapara todo para ella.

Y era verdad. Munda temblaba como una hoja cuando se vistió el pijama. Temblaba cuando se peinó las trenzas. Cuando se dirigían calle Real arriba, camino de la esquina con Legazpi, y cuando hablaba con doña Lía. Pero su miedo no se debía al hecho de haber salido disfrazadas del hotel sin permiso de su padre, a él no le temía. Tampoco temía que las descubrieran, o que las delataran sus andares de europeas, o que alguien pudiera reconocerlas y poner sobre aviso a la Guardia Civil de que tenían contactos con la madre de Manuel. No. Su temor no procedía de fuera. Le salía de dentro, del hueco del estómago, que parecía contraerse cada vez que pensaba en él; de la necesidad de verle; de la incertidumbre; de la carta que acariciaba en las manos; de aquella letra de la que ahora tendría que desprenderse; de su olor a tabaco de pipa; y de su respiración.

Doña Lía le pidió que se sentase a su lado y le cogió las manos.

—No tengas miedo. Las mujeres como tú siempre consiguen vencer. Mi hijo me ha hablado mucho de ti, Esclaramunda. Ayer te esperó durante horas, pero al final tuvo que marcharse. Me encargó que te dijera que se alegraba de que hubieras sido prudente. ¡Hiciste bien, hija mía, en tiempos revueltos el corazón no puede mandar!

—¿Me vio ayer?

—Sí, en la puerta del hotel. Me dejó un paquete para ti, pero está claro que no hace ninguna falta que te lo lleves, entendiste el mensaje antes de que él te lo hubiera enviado.

La señora Punang cogió un paquete de una mesita situada junto a su butaca y se lo entregó a Munda. Se trataba de una caja de bambú, en cuyo interior encontró un pijama filipino como el que llevaba puesto Manuel cuando siguió a la calesa. Munda lo acarició y sonrió mirándose su propio pijama. Doña Lía también sonrió.

—Es la mejor forma de moverse a pie sin que se fijen en ti. Pero mi hijo no contaba con que tú eres una chica muy lista.

Aunque nadie la había avisado, al cabo de unos minutos apareció una doncella con una bandeja preparada con el servicio de té. Todas las piezas del juego estaban elaboradas con cortezas de coco engarzadas en plata. Munda admiró aquel trabajo mientras la señora Punang volvía a colocar la caja de bambú sobre la mesita de donde la había cogido.

—Está claro que esto ya no te hace falta. ¿Té?

—Sí, por favor. Solo. Es precioso el juego. Parece muy antiguo, ¿verdad?

—Me lo regaló mi esposo el día de nuestra boda. Id adoraba todo lo que tuviera el sabor de las islas Filipinas.

—¿Hace mucho tiempo que murió?

—Mi esposo no murió. Lo mataron por defender a los *gomburza*.

—¿*Los gomburza*?

—Los seguidores de Mariano Gómez, José Apolonio Burgos y Jacinto Zamora. Los ajusticiaron públicamente con garrote vil, acusados de traición. Pero sólo eran tres curas que protestaron cuando las parroquias gobernadas por sacerdotes filipinos fueron traspasadas a frailes españoles.

Mi esposo los defendió, y también acabó en el patíbulo. Y ahora persiguen a mi hijo por escribir en un periódico. Sólo por eso, porque no les gustan las ideas que defiende.

La señora Punang miró a Alejandra y se disculpó.

—¡Oh! Lo siento, pequeña. No quería asustarte. Hablemos mejor de otra cosa.

Detrás de ella había un bargueño de madera lacada, con marquetería de marfil. Un mueble de estilo chino repleto de cajones, que se abría en forma de escritorio. Cuando Munda le entregó la carta de Manuel, doña Lía abrió uno de los cajones con una llave que sacó del bolsillo de su falda y la guardó.

No permanecieron allí más de media hora. La señora Punang les habló de las Filipinas. De sus más de siete mil cien islas. Descubiertas por Magallanes hacía poco más de trescientos años, y sometidas a los dictados de las órdenes religiosas desde que Legazpi las conquistara unos años después del descubrimiento.

Doña Lía seguía pareciendo tan joven y tan hermosa como la mujer del cuadro de la fachada, aún más, porque el artista no había podido captar, en toda su magnitud, la sonrisa y el misterio de aquellos ojos. Pero lo que más les impresionó de ella a Munda y a Alejandra fue la dulzura y la cercanía con que las trataba.

Se despidieron con el abrazo más tierno que recibían desde que tenían recuerdos, el que les hubiera dado su madre si la enfermedad se lo hubiera permitido. Doña Lía las acompañó hasta la puerta y les colocó los *salakots*, arqueándolos ligeramente hacia delante.

—Así nadie os verá la cara. Pueden estar vigilando la casa, por si mi hijo viniera.

Cuando ya estaba en la puerta de salida, Munda se volvió hacia ella y la saludó con una reverencia.

—¿Puedo pedirle algo?

—Por supuesto.

—Si no le importa. Me gustaría llevarme el paquete.

Mani las esperaba en el hotel con los nervios a punto de partirle en dos el corazón.

—¡Virgen de la Caridad del Cobre! ¡Tremendo susto me disteis, niñas! El comandante Ribó y el cabo primero vinieron por dos veces a despedirse. Se van mañana temprano. Y Mariana no deja de mandar recados para que vayáis al palacio. Ya han colocado los muebles.

—¡Ay, Mani! Manuel estuvo ayer esperándome en casa de su madre, por eso me pidió a mí que llevara la carta. ¡Si la vieras! Es la persona más maravillosa del mundo.

—Eso mismo decías de la señorita Inés, y mira ahora. ¡Venga! ¡Espabilad! ¿O queréis que Mariana se enfade más de lo que ya debe de estar?

—¡No, Mani! Munda tiene razón. La señora Punang tiene algo especial. Parece de porcelana oscura. ¡Y es tan cariñosa! Me gustaría que fuera mi madre. Pero, bueno, algún día será como la madre de Munda, ¿verdad? Y entonces también será como mi madre, ¿no?

—¡Anda! ¡Quítate esos pingos y ponte un vestido decente! ¡Apúrate! ¡Y tú! ¡No le metas más pájaros en la cabeza a esta criatura! ¡Y, por lo que más quieras, no te la vuelvas a llevar a estas correrías, sólo tiene doce años, por Dios bendito!

Pero sí se la llevó. Durante más de seis meses, Alejandra y Munda utilizaron su disfraz al menos una vez por semana, camino de la casa de doña Lía. Cada vez que cruzaban el umbral de la casona, Munda imaginaba que olía a tabaco de pipa. Pero Manuel no volvió a esperarla en su casa nunca más. A veces, le enviaba recados a través de doña Lía, diciéndole que tuviera paciencia, que volverían a verse muy pronto, y que escuchara a su madre. De vez en cuando, la señora Punang le entregaba una carta. Las primeras llevaban el mismo encabezamiento que la que le entregó el cabo primero, «Mi muy admirada Esclaramunda», pero poco a poco fue modificando el tratamiento hacia fórmulas más comprometidas. «Mi muy estimada Esclaramunda», «Mi muy querida Esclaramunda», «Mi Esclaramunda», «Esclaramunda mía», «¡Esclaramunda!». Ella le contestaba

dirigiéndose a él con fórmulas parecidas, hasta que llegó al «Querido queridísimo» y ya nunca le trató de otra manera.

Guardaba todas sus cartas en la caja de bambú, junto al pijama de rayas. Se las sabía de memoria. Todas las noches las leía y las iba dejando sobre la cama, una detrás de otra, todas extendidas. Incluso guardaba copia de las que ella le contestaba, en previsión de que él no pudiera hacerlo. Algún día se las regalaría en recuerdo de aquella separación.

Durante más de seis meses esperó volver a sentir aquel aroma a tabaco de pipa que lo identificaba sólo a él. Hasta que un día en que se dirigía sola a ver a doña Lía, oculta bajo el sombrero filipino, le invadió la sensación de que Manuel se había detenido a su lado. Quiso girarse, pero antes de que hubiera iniciado el menor movimiento, sintió cómo una mano se apoyaba en su hombro y la empujaba a cruzar la calle.

—No me mires. Sigue andando hasta el cruce de Real con Magallanes y párate allí.

Al llegar al cruce, aquella mano en el hombro se deslizó hasta su nuca y le presionó el cuello.

—Nunca te he dicho cuánto me gusta tu nombre, ¡Esclaramunda! Nos veremos muy pronto. Manuel giró hacia la derecha y ella siguió calle arriba, sin rumbo, absorta, saboreando su nombre en la boca de él, intentando controlar el fuego que se había encendido en su nuca y empezaba a extenderse por todo su cuerpo.

Al cabo de dos semanas, en la misma esquina, mientras se preparaba para cruzar, volvió a sentir aquel olor a madera dulce y a especias, y una mano volvió a presionarle la nuca y a guiarla hacia la calle Real. Subieron calle arriba y giraron en Magallanes, sin mirarse, sin hablar, sintiendo cada uno el roce de la piel del otro. Al llegar a la primera casa, después de doblar la esquina, él la empujó hacia el zaguán y cerró el portón. Ella se giró antes de que la luz de la calle se apagara por completo. No hubo palabras, ni caricias, ni abrazos donde acurrucarse. Sólo una mano que le rodeaba la barbilla, y un beso largo, muy largo, en el que Munda se refugiaría a partir de ese momento, cuando se le hiciera insoportable el deseo de volver a verle.

Después, otra vez el silencio. La soledad. Los días interminables. Las idas y venidas de casa de doña Lía. Las semanas. Los meses. La espera.

Su padre no llegó a enterarse de sus salidas con el disfraz. Hacía tiempo que no mantenían una conversación que no fuera intrascendente. Don francisco había intentado muchas veces averiguar el motivo de su cambio de actitud para con él, pero Munda no estaba dispuesta a darle ese respiro. No había pretendido castigarle con la retirada de su afecto, eso no podía controlarlo, su castigo consistía en que no supiera la razón por la que se lo había retirado.

La última vez que hablaron a solas fue para liberarle del encargo que le había hecho en el barco con respecto a Manuel, después de recibir su carta de manos del cabo primero.

—Papá, ya no hace falta que busques a nadie de la Liga Filipina. Ya sé dónde está el doctor Rubio.

—¿Cómo lo sabes?

—Eso no importa. Está en la isla de Mindanao con el doctor Rizal. Negoció con las autoridades de Madrid que si se deportaba voluntariamente, retirarían la orden de busca y captura. Y así lo ha hecho. No te preocupes de nada. Volverá en unos meses, cuando haya demostrado que no tiene nada que ver con el Katipunan.

Ella no quiso contarle más, todavía no se sentía cómoda hablando con él, y él no volvió a preguntarle. Sólo coincidían a la hora de las comidas. Él salía de casa a primera hora de la mañana en dirección a la Gobernación General junto a su yerno, al que habían asignado un puesto en el cuerpo de vigilancia de Capitanía. Después de su trabajo en el censo de los indios residentes en Manila, el marqués se dirigía a la catedral, donde practicaba con el órgano el resto de la mañana. Dedicaba las tardes a controlar las delegaciones de las empresas de exportación, en las que sus colaboradores se encargaban de la mayor parte del trabajo. Cuando regresaba al palacete, Mariana le esperaba con María Francisca para dar un paseo por el parque antes de la cena. A veces les acompañaban Alejandra y Mani en otra calesa, paseaban hasta el parque de la Luneta y después se dirigían hacia el río Pasig, a la zona donde las señoritas bien de Manila se bañaban

acompañadas de sus criadas. Mariana lo consideraba una ordinariez, y nunca consintió en ponerse un traje de baño, ni siquiera cuando era pequeña y su madre la llevó a la playa de la Barceloneta, antes de embarcar para Alejandría, pero permitía que la niñera se bañara con María Francisca para que su padre se animara. La niña disfrutaba del agua y el abuelo sonreía. Su nieta era la única persona que le hacía feliz desde que llegaron al archipiélago, ella y el nuevo niño que esperaba Mariana, que también conseguía rescatarlo de aquella especie de melancolía en la que parecía consumirse. Mariana lo achacaba al desmayo que sufrió en el barco. Desde entonces, no volvió a ser el mismo. Su hermana Munda no se mostraba con él tan zalamera como antes, pero lo atribuía a que se había convertido en una mujer y, probablemente, ya no lo consideraba oportuno. La pequeña Inés, o Alejandra, nombre por el que ella se resistía a llamarla, tampoco le daba demasiado cariño. Seguía tan tímida y retraída como siempre, nunca se acercaba a nadie a menos que se lo pidieran, y ahora él no podía pedírselo. Desde hacía algún tiempo, Inés parecía la sombra de Munda. Apenas las veían. Desde que Munda se encerró en su camarote del *Isla de Luzón*, nada más embarcar en el puerto de Alejandría, Mariana tenía a su padre casi exclusivamente para ella. Nunca supo el motivo del enfado, ni cómo resolvieron el conflicto, si es que lo hicieron, pero el hecho era que ya no estaban tan unidos como antes. Ahora era ella quien se encargaba de cuidarle, sobre todo a raíz del síncope del barco. Desde que llegaron a Manila, controlaba sus comidas, le acompañaba en sus paseos después de la siesta, le ayudaba a preparar las partituras que debía tocar en el órgano de la catedral, e incluso acudía con él a los ensayos algunas mañanas. Mariana lo cuidaba como si se tratara de un enfermo, pero, en lugar de mejorar, el marqués adelgazaba y empalidecía a medida que pasaban los meses. Se le veía abatido, triste, sin fuerzas ni ganas de moverse, arrastrando los pies como el que arrastra la pena. Conservaba prácticamente todo el pelo, pero se le había cubierto de canas, sobre todo en el bigote y en la perilla. Enjuto, distraído, ausente, enredado en no se sabía qué pensamientos, Mariana era incapaz de sacarlo de su estado, a menos que le hablara de los niños. Ella

sabía cuánto había anhelado su padre tener un varón, e intentaba animarle con la idea de que el que estaba en camino les traería esa alegría.

—¡Ya verás, papá, por fin tendrás a tu marquesito! —¿Tú crees?

—Pues claro, y le llamaremos Francisco de Asís, y llevará tu anillo cuando sea mayor. ¿Serás su padrino, verdad? —Claro que sí, pequeña. Así será.

Y así fue, nació varón Francisco de Asís Guzmán del Torno y Camp de la Cruz, el futuro marqués de Sotoñal. Le bautizaron cuatro días después de nacer.

Aunque no era habitual que las madres asistieran a la ceremonia, debido a que todavía se encontraban convalecientes del parto, Mariana no quiso perderse la cara de su padre cuando su primer heredero varón recibiera su nombre en la pila.

El acontecimiento que tanto había esperado don Francisco tuvo lugar en la catedral, entre los cánticos del coro y el llanto de emoción de la madre del recién nacido. Sin música de órgano, porque mientras el obispo derramaba el agua bautismal sobre la cabeza del recién nacido, la mano derecha de su abuelo sujetaba una vela, y la izquierda, un borde del faldón de cristianar que habían utilizado todos los marqueses desde hacía cuatro generaciones.

La madrina, Inés Camp de la Cruz y Castellanos, sujetaba en sus brazos al bebé como si se tratase de un ángel, una criatura que llevaba otra vez la alegría a una familia en la que, sin saber el porqué ni el cuándo, se había producido una fractura, un quiebro que tampoco podía entender, pero que había transformado a su padre en aquella persona tan triste que llegó a Manila.

Don Francisco pareció resucitar durante un tiempo. Él mismo se había encargado de buscar una nodriza que alimentara a su nieto. Una mujer recién parida, rebosante de leche de la tierra, cuyos calostros protegerían a su nieto de las enfermedades del trópico. Antes de contratarla, quiso conocer la salud de sus padres, la de su marido, las propiedades de la leche, las cualidades morales e intelectuales de la candidata y el lugar de nacimiento de todos ellos. Una vez encontró a la persona que reunía las

características que él buscaba, le asignó a la elegida una cantidad de tres mil pesos pagaderos en fracciones mensuales de doscientos cincuenta, cantidad suficiente para alimentar a toda su familia durante el tiempo en que tuviera que vivir en el palacio, al menos un año, prorrogable por la misma cantidad si los médicos aconsejaban no destetar al niño cuando alcanzara esa edad. El marqués se encargaría también de proporcionarle al niño de la nodriza toda la leche de búfala que necesitase durante el periodo en que no estuviera con su madre. Teniendo en cuenta que la paga de un soldado en Ultramar no llegaba a los cuarenta pesos mensuales, la nodriza que daría de mamar al futuro marqués podría considerarse una mujer afortunada. Al menos, eso era lo que pretendía don Francisco. Una mujer que cuidaría de su nieto como si se tratase de un tesoro.

39

La señora Punang no le había contado que pertenecía a la Liga Filipina. Munda lo intuía, pero no se atrevía a preguntárselo. Sin embargo, confiaba en que algún día ella misma le ofrecería su ayuda para ingresar en la sociedad. Hacía un par de meses que acudía sin Alejandra a sus encuentros con doña Lía, necesitaba avanzar en aquella relación y la presencia de su hermana pequeña lo dificultaba. Necesitaba hablar del padre de Manuel, conocer los pormenores de su ejecución, hablar de la Liga, de los principios en que se basó Rizal para fundarla y de las conexiones que existían entre ella y las logias masónicas. Dudaba si todavía deseaba iniciarse en una hermandad, o prefería ingresar en la Liga, cuyos fines, más concretos y tangibles que los de los Hijos de la Viuda, podían obtenerse en un plazo mucho más corto que los que perseguían los hermanos masones. Frente a conceptos abstractos como libertad, fraternidad e igualdad, la Liga le ofrecía un objetivo tangible: la conversión de las islas Filipinas en una provincia española y su representación en las Cortes. No parecía que pidieran demasiado: los mismos privilegios que los peninsulares, acabar con los abusos cometidos por los frailes y con su intromisión en los asuntos del Estado, el fin de las deportaciones injustas, libertad de prensa, de expresión y de asamblea, y promover la enseñanza superior para los filipinos. Es decir, libertades sociales y políticas con las que Munda estaba completamente de acuerdo, y que no tendrían por qué ser difíciles de obtener.

Otra de las razones por las que ya no deseaba que la acompañase su hermana a casa de doña Lía era su esperanza de que Manuel volviera a establecer contacto con ella. En las dos ocasiones en que lo había

conseguido se dirigía sola hacia la calle Real. Si Manuel volviera a dar señales de vida, lo más lógico sería pensar que se produjera cuando Alejandra no se encontrara presente.

En la mañana de la víspera de la Inmaculada, la fiesta más importante que se celebraba en todas las islas, una voz desconocida la asaltó en la misma esquina donde Manuel le había puesto la mano en el hombro hacía casi tres meses, una voz ronca que pasó junto a ella sin detenerse.

—Hoy no vaya a ver a doña Lía, señorita.

Munda regresó a su casa sin saber qué pensar. Como siempre que salía disfrazada, entró al palacete por la puerta de cocheras, donde Mani la esperaba para llevarla al cuarto de la plancha para ayudarla a vestirse. En aquella ocasión, la criada estaba más nerviosa que de costumbre.

—¡Menos mal que volviste ya! ¡Apúrate, niña! ¡Ponte rápido la falda, y ven que te peine como Dios manda!

Mani le deshizo las trenzas, la peinó y le colocó unas horquillas para sujetarle un moño.

—Tu padre no fue hoy a ensayar a la catedral, salió temprano a la Gobernación, como siempre, pero volvió enseguida. No ha parado de preguntar por ti.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No lo sé. Te espera en la biblioteca. Yo lo entretuve todo lo que pude. Primero le dije que todavía dormías, y luego que te estabas bañando. ¡Corre, niña, no le hagas esperar más!

La puerta de la biblioteca se encontraba abierta, pero Munda dio unos golpes antes de entrar. Le esperaba toda la familia. Alejandra y Mariana se encontraban sentadas en un sofá, y su cuñado y su padre de pie, frente a ellas.

—¿Me has llamado?

—Así es. Siéntate.

Munda se acomodó al lado de sus hermanas.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene esta reunión?

—Los indios han atacado al batallón del comandante Ribó cerca de Baler. En Gobernación han recibido órdenes de buscar insurrectos en

Manila. Parece ser que el Katipunan tiene aquí apoyos importantes. Se teme una insurrección general.

Mariana se revolvió en su asiento.

—¡Dios mío! ¿Estamos en peligro?

—¡No, claro que no! Manila está muy tranquila. Pero no quiero que salgáis del palacio hasta nueva orden.

—¿Y Ricardo? ¿Tendrá que ir a la guerra?

—¿Qué guerra, mujer? Yo no he hablado nada de guerra. Ricardo seguirá donde siempre, como mando intermedio en el cuerpo de seguridad de Capitanía.

Desde que su padre empezó a hablar, Munda no dejó de pensar en doña Lía. Temía por ella. Pero no podía decirle nada a su padre. Al mismo tiempo, sus pensamientos volaban hacia el comandante Ribó y sus hombres. Su padre no había contado nada todavía sobre el resultado del enfrentamiento.

—¿Ha habido bajas en el ataque?

—Tres muertos y una docena de heridos. El comandante Ribó ha perdido un ojo. Está en el hospital de Santiago, pero le darán el alta en unas horas.

—¿Sabes quiénes son los muertos?

—Todos son suboficiales.

Alejandra se levantó del sofá y miró a su padre.

—¿Es uno de ellos el cabo primero?

Él no contestó, se limitó a bajar la cabeza y a extender los brazos para atraer a su hija. Alejandra no dejaba de mirarle a los ojos.

—¡No! ¡Di que no, papá! ¡Di que no!

Don Francisco le acarició la cara e intentó abrazarla, pero ella no dejaba de llorar y de pedirle que dijera que no.

—¡Di que no, papá! ¡Di que no!

—Sé que le querías mucho, corazón, pero ahora tienes que ser generosa y alegrarte por él. Piensa que estará en el cielo, tocando su guitarra.

40

Una semana después, para calmar los ánimos de su hermana pequeña, y con la excusa de presentar al futuro marqués de Sotoñal a sus amistades, Mariana organizó una fiesta a la que invitó a las mejores familias de Manila, a los frailes más importantes y a las autoridades castrenses. Para esa fecha, el marqués había conseguido que se instalara la luz eléctrica en todo el palacete de Santa Clara, incluida la fachada y las farolas del jardín. Sólo hacía un par de años que la electricidad había llegado a Manila, y todavía no se disfrutaba más que en los centros oficiales, algunos conventos y una pequeña parte de las mansiones coloniales.

El palacio estaba completamente iluminado cuando comenzaron a llegar los carruajes. A medida que iban bajando de los coches, los invitados se maravillaban del aspecto que había adquirido el inmueble y, en lugar de entrar directamente, permanecían en el jardín admirando el espectáculo. Munda pensó en aprovechar aquel tumulto para salir por la puerta de cocheras con su traje de tagala. Resultaría muy fácil pasar desapercibida entre los cocheros y entre los curiosos que se agolpaban en las inmediaciones del palacete, extasiados por el prodigio que estaban contemplando.

Mani la ayudó a vestirse en el cuarto de la plancha.

—¡Ay, niña Munda! ¡Esto no me gusta nada! ¡Ya sabes lo que dijo tu padre el otro día, no deberías salir!

—No te preocupes, volveré enseguida, sólo quiero saber si le ha pasado algo a doña Lía. Espérame aquí con el vestido para la fiesta. Antes de que te hayas dado cuenta, estoy de vuelta. Ya lo verás.

Munda salió del palacete en dirección a la calle Real. Era la primera vez que salía sola tan tarde. Todavía no había anochecido completamente, pero hacía rato que se había puesto el sol. El corazón le latía con tanta fuerza que podía sentir la sangre en las sienes.

Antes de llegar al cruce de siempre, le asaltó la misma voz ronca de la semana anterior.

—¡Sígame, señorita Esclaramunda!

Anduvieron por las calles de Intramuros sin un rumbo que pareciera determinado, entrando y saliendo por callejuelas por las que ella no había transitado nunca. De vez en cuando, el guía la dejaba pasar unos metros por delante de él, y después la adelantaba y aligeraba el paso. Cuando pareció que estaba completamente seguro de que nadie les seguía, volvieron a la calle Real esquina con Magallanes y se colocó a su lado.

—¡Entre en la primera casa de la derecha y póngase esto!

El tagalo le entregó una cesta en cuyo interior había un pijama azul, idéntico al que él llevaba puesto.

—Deje su pijama en la cesta y cuélguela de un clavo que hay detrás de la puerta, más tarde lo recogerá.

Munda le obedeció. Entró en el zaguán de la casa y allí mismo se cambió de pijama. Sobre el suelo encontró una barra de madera de aproximadamente medio metro de longitud. En uno de sus extremos colgaba una olla de barro repleta de agua, que se tapaba con un medidor de madera del tamaño de la boca de la olla; en el otro extremo colgaba otro medidor de madera en forma de tubo alargado, bastante más grande que el anterior, de un diámetro similar al de la boca de la olla.

El guía le esperaba con un artilugio idéntico sobre el hombro, la olla hacia la espalda y el medidor, que ejercía de contrapeso, hacia delante. Para compensar la carga, que tendía a inclinarse hacia atrás por el peso de la olla, sujetaba la barra con el antebrazo. Munda se colocó su artilugio de la misma forma.

El falso aguador se dirigió hacia la muralla, camino del barrio de Binondo. Munda le seguía unos pasos más atrás. Después de unos cuantos cruces de calles, otro aguador se colocó al lado del primero, caminaron

unos metros uno junto a otro, hasta que el primero desapareció doblando una esquina. Al segundo le sustituyó otro más al cabo de unos minutos, y a este, una tagala que llevaba un cesto de frutas sobre la cabeza. Estaba oscureciendo. Al llegar a la altura del puente que atravesaba el río Pasig, la tagala comenzó a hablarle animadamente mientras caminaba a su lado. Munda fingió que entendía y afirmaba y negaba con la cabeza como si estuviera siguiendo una conversación. Cuando comenzaron a cruzar el puente, el corazón le dio un vuelco. Al otro lado del río, sujetando sobre el hombro derecho una barra parecida a la suya, pudo distinguir a un hombre con un pijama de rayas verdes y moradas. Sólo podía verle la espalda, encorvada bajo el peso de la olla como si se tratara de un viejo, avanzando muy despacio hacia la calle principal de Binondo, pero estaba segura de que se trataba de Manuel.

Cuando la tagala llegó a la altura del viejo, giró a la derecha y le cedió el puesto. Munda caminó tras él hasta las afueras del barrio mestizo. Su corazón cada vez palpitaba más fuerte. Al cabo de media hora, entraron en una casa con corral, una gallera donde se permitían apuestas clandestinas. Manuel abrió la puerta y le cedió el paso antes de entrar. Después dejó sobre el suelo su artilugio de aguador y ayudó a Munda a desprenderse del suyo. La barra le había dejado una marca en el hombro y en el antebrazo con el que ejercía el contrapeso. Manuel le frotó los músculos entumecidos y la besó en los labios.

—Has sido muy valiente.

Munda no respondió, se limitó a mirarlo, inmóvil, buscando en sus ojos el momento en que los suyos pudieran echarse a llorar. Manuel la miró y la deseó al mismo tiempo. Tenía la misma expresión que el día en que se conocieron en el barco. Aquellos ojos expectantes, hondos, negros como la soledad de los que no quieren estar solos. Los mismos ojos que lloraban de miedo en el *Isla de Luzón*, cuando su padre perdió el sentido. La misma boca carnosa, las mismas manos, el mismo cuerpo que se adivinaba debajo de la chilaba, los mismos dedos que no soltaron la pluma manchada de tinta. La misma melena que volvió transformada en un moño al comedor de oficiales, con aquel mechón que le caía sobre el hombro, provocador,

insolente, esperando que alguien lo llevara a la espalda para liberar el lunar que se asomaba debajo, sólo de vez en cuando.

Manuel la contempló como si quisiera abarcarla, como si pudiera guardársela y quedársela para siempre. Viéndola así, sudando, agotada tras el esfuerzo de haber caminado bajo el peso de los cántaros, sintió con más fuerza que nunca que la había querido desde mucho antes de lo que podía imaginar. Antes de conocerla. Antes de que le hablaran de ella. Antes de saber que superaba las expectativas que se había creado, cuando oyó decir que una de las hijas del marqués nunca salía de su camarote. Antes de embarcar. Antes de saber siquiera que embarcaría. Antes de negarse a quererla, de no mirarla, de controlar cada movimiento de su cuerpo para no acudir a las llamadas de atención que ella no sabía disimular en cubierta, de no saludarla cada mañana y cada tarde con un besamanos, despacio, muy despacio, acariciando sus dedos.

—No he debido meterte en esto. No es justo. Pero necesitaba volver a verte. ¡Esclaramunda!

Y Munda sentía cómo se aceleraba su pulso y le subía un calor a la cara que le llegaba desde no sabía dónde.

—Lo que no sería justo es que no lo hubieras hecho. Yo también necesitaba verte.

Se dejaron arrastrar hasta los montones de paja que el gallero tenía preparados para esparcir sobre el ring después de cada pelea. Se arrancaron los pijamas. Extendieron una manta sobre la paja limpia y se besaron cada palmo de la piel. Se mordieron. Se mimaron. Se impregnaron del olor de cada uno, del sabor que desprendían, de todas sus humedades, de las carcajadas y de los gritos que no pudieron sofocar. Se miraron despacio, se recorrieron centímetro a centímetro, sin importarles el hoy ni el mañana. Sin tiempo. Sin pensamientos. Sin reparar en otra cosa que en cada uno de los cinco sentidos que compartían el uno con el otro. Y se dijeron en susurros todo lo que no se habían atrevido en sus cartas.

Munda se abrazó a doña Lía como el día en que se conocieron, buscando en ella los brazos de su madre. Era la primera vez que se veían desde hacía meses.

—Me alegro de verte, pequeña.

—¡Ay, señora Punang! ¡Tenía tanto miedo por usted! Pensé que no volvería a verla.

—Yo sí que tengo miedo por ti, pequeña. No quiero que vuelvas a arriesgarte por las calles de Manila. Ya no son seguras. Cualquier día te descubre la Guardia Civil y tenemos un disgusto.

La gallera constaba de dos edificios y de un corral enorme. Desde el corral, se entraba directamente a las cuadras y a una especie de patio porticado al que daban las dos edificaciones. En una de ellas se situaba el ring para las peleas de gallos y las dependencias de la servidumbre; en la otra, la vivienda de los señores de la casa.

—¡Ven! Te voy a enseñar la gallera. Era de mi familia, pero nadie lo sabe. Cuando nos obligaron a cambiar nuestros apellidos por otros que entendieran los españoles, dejamos esta finca a nombre de mi madre, Lía Punang, y nosotros pasamos a llamarnos Sampaguitas, como la flor preferida del pueblo tagalo. Las sampaguitas huelen a jazmín, y simbolizan la pureza y la fidelidad. En esta finca seguimos siendo fieles a nuestras raíces. Aquí todos me conocen como Lía Punang, mi abuela tagala, de quien mi madre heredó su nombre. Las dos se llamaban Amalia, pero los indígenas tenemos la costumbre de acortar nuestros nombres y dejar sólo las últimas sílabas. Mi esposo era criollo, ya lo sabes. Para todos los demás soy María Sampaguita, la señora de Rubio, y como él era doctor, yo también soy la doctora. Cuando vienen malos tiempos me vengo a mi tierra, y me escondo en esta finca y en mi nombre tagalo.

Doña Lía le enseñó la gallera y les acompañó después hasta la puerta del patio porticado.

—¡Manuel, tienes que irte ya! Te echarán de menos en Mindanao si llegas demasiado tarde. Yo me ocuparé de Esclaramunda. A ella también la echarán de menos si tarda en volver.

Manuel besó la mano de su madre y le ofreció el brazo a Munda para salir al patio. Una vez allí, se escondieron detrás de una columna y volvió a abrazarla y a besarle la nuca.

—¡Esclaramunda! ¡Cómo me gusta tu nombre! Clara y Munda, el mundo entero y la claridad más deslumbradora.

—¡Llévame contigo!

—Te quiero demasiado para hacerte un daño así. Ten paciencia, nos veremos muy pronto. Hay una mujer embarazada a la que tendré que visitar dentro de poco. Por esta zona no hay médicos, los peninsulares no se atreven a venir por aquí, y los pocos criollos que consiguen terminar la carrera de Medicina suelen quedarse en la península, o montan sus consultas en Manila. Los indígenas y los mestizos necesitan médicos, por eso cruzo a Luzón cada vez que me avisan. Aunque no pueda verte, sé de ti mucho más de lo que imaginas. Vengo con frecuencia para atender a mis pacientes.

—Entonces déjame que vaya contigo, yo te ayudaré. Me enseñaron primeros auxilios en el colegio de Alejandría.

Manuel se echó a reír y le rodeó la cara con las dos manos.

—Nada me gustaría más, ¡Esclaramunda! Pero es muy peligroso. Sólo tengo permiso para ejercer en Mindanao. Si me cogen en Luzón, significará la cárcel, para mí y para todos los que me ayuden. Me buscan por propagandista. Por nada del mundo quisiera verte entre rejas.

Manuel abrió la cancela y se dispuso a salir al corral, pero antes se volvió hacia Munda y le dio un beso en la frente. Ella le sujetó por la pechera, le besó en los labios y deseó que el tiempo pudiera detenerse, igual que se había detenido en los montones de paja. Manuel no dejaba de mirarla.

—No me busques ni me escribas, ni vuelvas a ir a mi casa: es muy peligroso, los guardias civiles ven filibusteros por todas partes. Espera a que vuelva a ponerme en contacto contigo, ¡Esclaramunda! Nos veremos muy pronto. Pensaré en ti cada segundo del día.

Munda permaneció abrazada a los barrotes de la puerta hasta que su silueta desapareció entre la vegetación del camino que se adentraba en la selva.

En dos ocasiones giró la cabeza para dedicarle una sonrisa, la misma que le dedicó desde la pasarela del barco en Singapur; la misma con que le

recibió en Manila, cuando ella iba sola en una calesa, camino del palacio vacío de la calle de Santa Clara; la misma que ella recordaba todas las noches, desde la primera vez que sintió esas cosquillas que le subían desde el estómago.

Doña Lía salió al corral cuando Manuel desapareció. Munda volvió a abrazarse a ella como se hubiera abrazado a su madre. La señora Punang la dejó llorar durante unos minutos y después le secó las lágrimas, para conducirla hacia el interior de la gallera.

—¡Ven conmigo, pequeña! Tengo que vestirte para una fiesta. Los invitados estarán llegando todavía. Ya sabes la fama que tenemos los filipinos, somos lentos y nos hacemos esperar. Tu familia estará ocupada recibiéndolos a todos, aún no se habrá preguntado dónde estás. Tenemos que darnos prisa.

41

Mariana, su cuñado, su padre y Alejandra apenas la reconocieron cuando la vieron entrar en el salón de baile. Llevaba un traje de mestiza confeccionado en tela de piña. El cuello, también de piña, simulaba una toquilla que formaba picos por delante y por detrás. Los bordados que adornaban el vestido, en hilo de seda y de plata, representaban objetos característicos del pueblo filipino. Un cocotero con un manojo de cocos, una choza de ñipa, mariposas, pavos reales, orquídeas, sampaguitas, rosetones y un montón de bodoques diseminados por todo el tejido. Las mangas parecían alas de mariposa replegadas, bordadas con el mismo hilo de seda.

Una sobrefalda negra de encaje, a la que llamaban napis, se ajustaba al cuerpo desde la cintura hasta las rodillas. De la parte trasera del vestido surgía una cola que partía de la cintura y se arrastraba más de medio metro por el suelo, toda ella bordada de sampaguitas, la flor que predominaba en todos los bordados.

En la mano derecha, un enorme abanico de plumas de marabú, y como calzado, unas chinelas blancas bordadas en plata.

Llevaba el pelo recogido en una trenza que le caía desde la nuca hasta la mitad de la espalda, y una sonrisa, a caballo entre la plenitud y el misterio, de la que ninguno de los asistentes a aquel baile podía sospechar su procedencia.

El comandante Ribó la esperaba desde hacía más de una hora. Un parche negro le tapaba el ojo derecho.

—¡Señorita Munda! Siempre sorprendiéndonos a todos. Es usted como una aparición. Como una diosa.

Créame si le digo que no tiene rival, vaya donde vaya y como vaya. Munda se echó a reír.

—¡Vaya, vaya!

—Lo siento, quiero decir que… Mariana le interrumpió desde lejos.

—¡Mundita, hija! ¿Dónde te habías metido? ¿Y qué es lo que llevas puesto, por el amor de Dios?

¡Si pareces una criada negrita disfrazada para el día de su boda!

En el salón se hizo el silencio de repente, muchas de las mujeres que habían acudido a la fiesta, casi todas criollas o indígenas casadas con criollos, vestían trajes de mestiza similares al que llevaba Munda.

En un instante, todas las miradas se dirigieron a Mariana, que intentó corregir su torpeza en el mismo momento en que terminaba de cometerla.

—Lo siento, quería decir que a ella no le pegan esos vestidos. Es demasiado alta y desgarbada.

¿No les parece? A ustedes, sin embargo, les quedan maravillosamente. La tela se obtiene de la planta de la piña, ¿verdad? Es preciosa.

Pero el daño no podía repararse. Algunas tagalas se dirigían ya hacia la puerta de salida cuando, en medio del silencio, se escuchó un quejido que procedía de las escaleras.

—¡El niño, señora!

La nodriza emitía un sonido casi inaudible, un gemido que parecía costarle salir de la garganta.

—¡No sé cómo ha podido tragárselo!

Bajaba con el bebé en los brazos, susurrando, como si nadie más que ella tuviera que escuchar lo que decía.

—No me di cuenta de que no lo tenía prendido. No sé cómo pudo ser. Se lo ha tragado. Mariana corrió hacia las escaleras.

—¿Qué se ha tragado mi hijo? ¿Qué dices?

Cuando llegó hasta la nodriza, pudo ver la cara del niño, amoratada e inmóvil.

—¡Mi hijo!

Los gritos se oyeron en todo el palacio.

—¿Qué le has hecho a mi hijo?

No fue una pregunta, ni una acusación. Fue un alarido, un aullido, un dolor insoportable.

—¡Mi niño!

Todos los invitados a la fiesta pudieron sentir aquella angustia. Aquel abismo al que Mariana se acercaba sin remedio. Aquella desesperación. Aquel vacío.

—¿Qué le pasa a mi niño?

La nodriza seguía con el bebé en los brazos. Ausente, mirando a la nada, susurrando para sus adentros.

—El alfiler.

Cuando el marqués le quitó al niño de los brazos, la madre se abalanzó sobre ella y comenzó a golpearla con los puños cerrados.

La nodriza no se movía. Permanecía de pie en las escaleras, recibiendo los golpes de Mariana y repitiendo una y otra vez la misma frase.

—Se lo ha tragado, se lo ha tragado.

Mariana la golpeaba sobre los volantes de una blusa abierta, una pechera que debería cerrarse con un alfiler negro que la propia Mariana le había prestado minutos antes de la fiesta, para que lo luciera cuando bajara las escaleras con el futuro marqués en los brazos.

—¿Qué alfiler? ¿Qué alfiler?

En ese mismo momento, en España, la emperatriz de Austria-Hungría, Elisabeth de Wittelsbach, a la que todo el mundo conocía como Sissí, se admiraba de la palmera de ocho brazos que en Elche habían bautizado con su nombre. Un hermoso ejemplar situado en un jardín al que llamaban el Huerto del Cura.

La visita de la esposa de Francisco José, aprovechando un amarre forzoso de su buque en el puerto de Alicante, y los triunfos de Guerrita de Córdoba, Lagartijo y Frascuelo, en las plazas de la Maestranza y de Vista Alegre, en Bilbao, serían los acontecimientos más señalados por todos los periódicos nacionales.

Mientras tanto, en Cuba, donde nunca habían llegado a cerrarse las heridas de la guerra que había empezado hacía casi tres décadas, se fundaba el Club de la Estrella Solitaria y se fraguaba una nueva insurrección.

El llamado Grito de Baire, en recuerdo del lugar del primer levantamiento contra la Corona, se extendería por todas las provincias en menos de un año.

El Gobierno español, seguro de que dominaría la situación, nunca pensó que los cubanos alzados en armas podrían ganar la batalla por la independencia. Pero el grito de José Martí, al que todos llamarían después el padre de la patria cubana, se escuchaba por toda la isla: «Los derechos no se piden, se toman».

42

El entierro de Francisco de Asís Guzmán del Torno y Camp de la Cruz se celebró tres días después de su muerte. Durante esos tres días, Mariana encargó para él las tres misas que dio cada sacerdote de Manila y ofreció en cada una de ellas cincuenta pesos para que los fieles rezaran por su alma. Por si esto fuera poco, compró la bula de difuntos, y un rosario de indulgencias que intercederían por él ante el Santísimo.

Al sepelio asistieron los amigos peninsulares de la familia, los frailes de la catedral, los militares de graduación y algunos criollos. Buena parte de las señoras tagalas que escucharon las palabras de Mariana en la fiesta sobre el traje de mestiza no acudieron al palacio a darle el pésame.

El mismo día de la muerte, la Guardia Civil se llevó a la nodriza al fuerte de Santiago, la fortaleza situada en uno de los extremos de la muralla. A pesar de que la familia no quiso presentar cargos contra ella, las autoridades insistieron en abrirle diligencias, puesto que, según su parecer, podía tratarse de un complot katipunero y masón para asustar a los peninsulares que vivían en las islas. Las fuerzas del orden no podían consentir que un crimen de aquellas dimensiones se resolviera sin un escarmiento ejemplarizante.

Las declaraciones del comandante Ribó sobre el extraño comportamiento de la india, que no soltó una sola lágrima mientras bajaba las escaleras con la víctima en los brazos, serían determinantes para condenar meses después al ama de cría, que hasta el momento de su detención nunca había oído hablar de la masonería ni del Katipunan.

Tras el funeral, los hombres acompañaron al padre y al abuelo al cementerio, y las mujeres acudieron al palacete de Santa Clara para rezar el

rosario. Alejandra no dejaba de llorar. Mariana dormía bajo los efectos de un sedante y Munda recibía a las visitas, que se iban sentando en el salón formando corrillos en los que, entre padrenuestros y avemarías, comentaban la desgracia que le había tocado en suerte a aquella pobre madre. En uno de los corrillos, Munda pudo escuchar a un grupo de damas peninsulares que susurraban tapándose la boca.

—Dicen que hoy han fusilado a trece en la Luneta. Mi marido ha estado allí toda la mañana. Uno de ellos era un millonario, y otro un cabo. Indios los dos, ¡claro está!

—¡Dios mío! ¿Hasta dónde tendremos que llegar para que se entere el Gobierno de que tiene que enviarnos más tropas? Todos los días hay ejecuciones, y estos indios no aprenden.

—Mi marido dice que en Madrid se empeñan en arreglarlo todo a base de diplomacia. Pero esta gente no conoce lo que es eso. Lo ven como síntoma de debilidad y de inferioridad. ¡Mano dura, es lo que hace falta!

—¡Desde luego! Aquí si no es a base de palos, no hay manera. ¿Sabes lo que me dijo el otro día el mozo de comedor? Que mi marido no le quería porque no le pegaba bastante.

—¡Pues que le pegue más! O mándamelo a mi casa. Seguro que mi marido le compensaba la falta de cariño.

Sus risitas ahogadas se escucharon en todo el salón.

—¿No sabes cómo llaman él y sus amigotes a los fusilamientos? ¡Toros! Y dicen que ojalá hubiera toros todos los días. Cada vez que cae uno se hartan de decir «¡Viva España!», para que el muerto se lo cuente a Satanás. ¿Tú te crees? ¡Este marido mío es un caso!

Munda se marchó a la biblioteca y rompió a llorar.

43

A pesar de la muerte del pequeño Francisco, Mariana se esforzó en aparentar que no había ocurrido nada. Después de unos días encerrada en su cuarto, redobló sus actividades como si de ella dependiera el control absoluto de todo. El palacio, sus hermanas, su hija, su marido y, sobre todo, su padre, al que se afanaba en proteger para que no recayera en el abatimiento que vivió antes de que el niño naciera.

El luto aconsejaba recogimiento y prudencia en sus salidas del palacio, pero ella seguía acompañando a su padre a la catedral, ayudándole en los ensayos y animándole para que continuaran con sus paseos por el parque. De vez en cuando, contraviniendo todas las normas del periodo de duelo, incluso se atrevía a tocar al piano alguna melodía de las que llegaban desde España, alejadas por completo de las partituras que ensayaba con su padre para la liturgia de los oficios religiosos.

Todos esperaban el momento en que sus nervios se rompieran. Pero no estalló. Continuó como si la vida no le hubiera quitado una razón para vivir. Se centró en las obligaciones que ella misma se creó y simuló que nada había pasado. Eso sí, desde que despertó al día siguiente del entierro, después de haber llorado todo lo que se permitió a sí misma, ordenó a la niñera de María Francisca que, estuviese donde ella estuviese, su hija debía estar siempre a su lado. Desde entonces, la criada y la niña la seguían a todas partes. María Francisca estaba a punto de cumplir los dos años.

Durante el periodo de luto, Alejandra y Munda pasaban la mayor parte del tiempo con su padre. El comandante Ribó les visitaba con frecuencia, y a menudo intentaba quedarse a solas con Munda, bajo la mirada complacida de Mariana y del marqués, pero ella siempre encontraba un pretexto para

volver al grupo, o para que les acompañara Alejandra. El luto no les permitía salir a la calle excepto para pasear y para asistir a los oficios religiosos, y menos aún les permitía acudir a los bailes que se organizaban en otros palacetes, de manera que Munda no necesitaba buscar excusas cada vez que el comandante la invitaba. En una de esas visitas, llevaba en la mano dos entradas para asistir al estreno de una zarzuela que acababa de llegar de Madrid.

—¡Señorita Munda! ¡No sabe lo que me ha costado conseguir estas entradas! Y no estoy dispuesto a ir al teatro si no es con usted. Sería una pena que se desperdiciasen. ¿No le parece?

—¡Absolutamente, comandante! Pero me temo que no será posible. Comprenda que estoy de luto. No podré aceptar su invitación hasta dentro de dos años.

—Yo la esperaría a usted dos vidas, si fuera preciso.

—¡Por lo que más quiera, comandante! No debería usted mirar tan lejos.

—Hasta el infinito miraría yo, si supiera que tenía alguna probabilidad con usted. ¿Sería muy imprudente por mi parte si le pidiera que me permita que la espere?

—Lo siento, comandante, no me gustaría parecer descortés, pero me temo que su espera no daría los frutos que usted desea.

—¡Entonces déjeme que la visite! ¡No volveré a invitarla! Sólo le pido que acepte mis visitas hasta que pueda aceptar mis invitaciones.

El comandante le pisó un pie con disimulo, pero Munda se retiró de su lado con un respingo, y no ocultó su malestar por el atrevimiento.

—Puede usted seguir visitando a mi familia siempre que lo desee, pero le ruego que no insista en sus pretensiones conmigo, estaremos más cómodos los dos. Si me lo permite, estoy muy cansada, voy a retirarme.

Después de aquel día, el comandante Ribó no volvió al palacete de Santa Clara. Algunos domingos coincidían en la misa de la catedral o en los paseos por el parque de la Luneta. Al principio se acercaba, pero ante la indiferencia de Munda, acabó por saludar con una inclinación de cabeza cuando pasaba a su lado, y seguía su camino como si nunca hubiera querido intimar con ella.

44

Pasaron unos meses antes de que Munda volviera a tener noticias de Manuel o de la señora Punang. Se acercaba la Semana Santa, en las iglesias se arreglaban los pasos de las cofradías y se confeccionaban las cruces de los penitentes, que inundarían las calles. El Domingo de Ramos, el gobernador general de las islas ejercería la facultad de conceder el perdón a uno de los presos de la fortaleza de Santiago, emulando así la puesta en libertad de Barrabás por parte de Pilatos. El viernes anterior, don Francisco había anunciado en la cena la noticia que toda la familia esperaba desde la muerte del pequeño Francisco. El juicio de la nodriza había terminado.

—La han condenado a la pena capital.

Mariana no hizo ningún comentario, continuó con su sopa como si no hubiera escuchado nada. Su marido la miró, dirigió después una mirada huidiza al resto de la familia e imitó a su mujer. Munda miró a su padre como si le estuviera pidiendo socorro, pero el marqués optó por imitar también a su hija mayor y continuó con su sopa. Alejandra se echó a llorar.

—¿Y qué vamos a hacer?

Nadie contestó. Desde el fondo del comedor, un criado tagalo tiraba de una cuerda que se unía a una plancha rectangular suspendida del techo, una panca. El armazón, del mismo largo que la mesa, terminaba en un volante de machos de la misma tela fuerte de algodón con que se forraba la plancha, una tela de dril. El único sonido que se escuchaba en el comedor era el que producía el engranaje de la panca, que abanicaba a los comensales con su movimiento de izquierda a derecha. Munda miró a su padre y repitió la pregunta de Alejandra.

—¡Papá! ¿Qué vamos a hacer? Tendrás que hablar con el gobernador general.

En ese momento, Mariana soltó la cuchara y clavó sus ojos azules en los de su padre.

—¡No vamos a hacer nada, papá!

Munda se levantó de la mesa y volvió a dirigirse a don Francisco.

—Pero ¡se cometerá una injusticia! Tienes que pedirle al gobernador que la indulte el Domingo de Ramos.

Mariana también se levantó de la mesa. No gritó, pero su voz sonaba tan dura que Munda comprendió que su padre no haría nada sin su consentimiento.

—Nadie hablará con nadie.

—Pero, por favor, Mariana, ¡no podemos consentir que la maten! ¡Fue un accidente!

—¿Sabes tú más que un tribunal militar?

—Pero, Mariana, ¡tú sabes que fue un accidente!

—¡No! Yo no lo sé. ¿Cómo lo sabes tú? Munda volvió a mirar a su padre.

—¡Papá!

Pero no había nada que hacer, don Francisco continuaba en silencio, como si estuviera conforme en que Mariana llevara el peso de la conversación.

Munda se retiró de la mesa y se dirigió hacia la puerta de salida, no podía creer lo que estaba sucediendo. Antes de abandonar el comedor, se volvió hacia su padre.

—¡No es así como nos educaste! ¿Te acuerdas? «Escucha siempre la voz de tu conciencia, y ama al prójimo como si fueras tú mismo. Así conocerás a Dios algún día». Don Francisco se levantó de la mesa y le hizo un gesto al criado para que saliera del comedor.

—¡Munda! ¡Por favor, vuelve a la mesa!

Pero Munda se marchó. Alejandra se levantó también, y corrió detrás de su hermana. El llanto apenas le permitía hablar.

—Una condena a muerte no debería ser consuelo para ningún cristiano. Y mucho menos cuando el condenado es inocente.

Munda se había encerrado en la biblioteca, junto a los libros masones en los que se hablaba de la búsqueda de la igualdad, la fraternidad y la justicia. Lloró por ella, porque no sabía ya dónde buscar esos principios en los que había creído firmemente durante tantos años, pero también lloró por su padre.

¿Dónde se había quedado el hombre que ella admiró? ¿Qué había pasado con aquellas enseñanzas que la guiaron desde que era pequeña, aquella seguridad en la que se refugiaba en los momentos difíciles? ¿Dónde estaba el que la calmaba cuando tenía miedo? El que la abrazaba. El que la enseñaba a bailar. ¿Dónde?

Cuando su hermana entró en la biblioteca, Munda se abrazó a ella como si nadie más en la casa pudiera comprenderla.

Las dos lloraron con un desconsuelo al que ninguna encontraba salida. Mientras más lloraba la una, más lloraba la otra. Hasta que al cabo de un rato, Alejandra se apartó de los brazos de Munda y se secó las lágrimas.

—Ya no podemos llorar más. Así no conseguiremos nada. Piensa en algo que podamos hacer. Yo te ayudaré.

Munda se levantó y se arregló la falda.

—Todavía hay una esperanza. ¿Quieres venir conmigo?

—¿Adónde?

—A ver al comandante Ribó.

—¿No sería mejor el gobernador general?

—Le extrañaría que fuéramos a verlo sin nuestro padre. A nosotras no nos tendría en cuenta. Pero si convencemos a Ribó para que retire su testimonio, o por lo menos para que lo cambie, quizá podamos conseguir que se revise el juicio.

—¡Vamos!

Alejandra parecía distinta desde hacía algún tiempo; todavía era una niña, pero en los últimos meses había conocido tanto sufrimiento, que cualquiera diría que se había convertido de pronto en una mujer. La desaparición de Manuel, la muerte del cabo, la de su sobrino, el arresto de

la nodriza… Alejandra había llorado más en los últimos meses que en los casi catorce años que había vivido hasta entonces.

Estaba a punto de alcanzar a su hermana en estatura y, aunque apenas se parecían, no podían negar su parentesco. Los ademanes, el color de la piel, que por mucho que se lavara con agua de coco no había manera de blanquear, la mata de pelo negro, las manos huesudas. Pero sobre todo, la determinación: al igual que su hermana, ella nunca se rendía hasta que no conseguía sus propósitos.

Cuando llegaron a la Comandancia, se encontraron con la sorpresa de que su cuñado les esperaba en la puerta.

—¡Escuchad! Iré con vosotras a ver al gobernador general. Ya le he pedido audiencia. Mañana por la mañana nos recibirá en Gobernación. Pero, eso sí, por lo que más queráis, mi mujer no debe enterarse nunca de esto. ¿Sabréis guardar el secreto?

Munda se cogió de su brazo.

—¡Claro que sí! Gracias, Ricardo.

—Era mi hijo, pero un muerto no resucita a otro. No quiero este despropósito sobre mi conciencia.

—¿Vienes también a ver al comandante?

—No, eso lo dejo para vosotras. En mí sólo vería a un subordinado, débil y sin honor. No beneficiaría en nada a la nodriza.

Ricardo se dirigió a la calesa en la que había llegado desde el palacio de Santa Clara.

—Os veré mañana a las ocho en punto en la puerta de cocheras. Tendré la berlina enganchada para cuando bajéis. Procurad que no os vea nadie.

—Allí estaremos, gracias otra vez.

Munda y Alejandra se despidieron de él con un beso y se dirigieron a la garita de guardia para solicitar que avisaran al comandante Ribó, a quien esperaron en el patio de armas, un recinto porticado presidido por una bandera y una enorme cruz de piedra en el centro.

El comandante se acercó a ellas con una sonrisa. Siempre llevaba su uniforme impecable, blanco, impoluto, planchado, como si acabara de salir de la lavandería.

—¡Vaya, vaya! Las señoritas Camp de la Cruz. ¡Cuánto honor! ¿Y a qué debo esta maravillosa e inesperada visita?

Para sorpresa de Munda, fue Alejandra la primera en hablar.

—¡Señor! Hemos venido a pedir que se haga justicia.

—¿Justicia? ¡Querida Alejandra! ¿Y a qué viene esa palabra tan grande en una boca tan pequeña? Las niñas no deberían acudir a conceptos tan altos. Eres demasiado joven, querida.

—No soy joven para pedir un favor.

—¿Favor? ¿O justicia?

—Las dos cosas, si usted nos lo permite.

—¡Bien! Pide entonces.

El comandante sonrió a Munda. Probablemente, él ya conocía el motivo de la visita de las jóvenes, pero las dejó hablar. Munda tomó la palabra cuando su hermana le hizo un gesto para que continuara con la conversación.

—Verá, comandante, sabemos que han condenado a la nodriza de nuestro sobrino. Y nos preguntamos si sería posible que usted retirara su declaración.

—¡Vaya! ¡No sabía que le interesaran los independentistas!

—Ella no es independentista. Creemos que es inocente.

—¡Esto sí que es una sorpresa! Sobre todo, teniendo en cuenta que ha confesado. Yo mismo estaba presente cuando se inculpó.

—Pero eso no es posible, ¡fue un accidente!

—No es eso lo que ha dictaminado el tribunal. Ni lo que ella admitió en el interrogatorio.

—Pero, comandante, ni siquiera era suyo el alfiler. Se lo había colocado mi hermana en la pechera. Era un imperdible muy antiguo, nunca cerró bien del todo.

—¡Ya ve! No siempre se sabe de dónde vendrá el enemigo, ni qué armas utilizará en su ataque.

Usted no conoce a estos chatos, señorita Munda. No me extrañaría nada que lo hubiera hecho por rencor. Tenga en cuenta que mientras ella daba su leche a un niño blanco, su propio hijo tenía que ser alimentado con leche de

búfala. Es una buena leche, desde luego, pero también es una lástima, si se piensa bien. Dejó a su hijo recién parido en una choza, para irse a un palacio a cuidar de otro. ¡Una lástima, sí!

—¡Por favor, comandante, si usted cambiara su declaración…!

—Sería inútil, querida, la filibustera salió esta mañana temprano para el parque de la Luneta.

45

Los tagalos reverenciaban a un personaje legendario al que llamaban Bernardo Carpio, un rey cuyo nombre tomaron prestado de un héroe medieval español, Bernardo del Carpio, al que se atribuye la derrota de los franceses en Roncesvalles. La leyenda tagala decía que Bernardo Carpio era tan fuerte que fue capaz de partir una montaña para hacer un paso por el que salvaría a la población. En el corte de la montaña de Montalbán, al norte de Manila, aún se veían marcadas las manos del gigante. Pero el Rey acabó prisionero y encadenado en una cueva donde se había situado su palacio hacía tiempo, la cueva de San Mateo, también llamada la cueva de Bernardo Carpio. Allí acudían los indígenas con frecuencia en peregrinación. La leyenda decía que cada cien años, el héroe tagalo rompía una de sus cadenas, y cada vez que lo hacía se producía un terremoto. Ya tenía las manos y el pie izquierdo sin cadenas. Cuando se liberara por completo, liberaría a su pueblo de la opresión.

El día del Viernes Santo, Munda recibió una nota en la que Lía Punang la citaba en la cueva de San Mateo. Un coche la recogería a primera hora de la mañana en el cruce de siempre, y la devolvería a última hora de la noche, antes de que se cerraran las murallas de Intramuros. La nota especificaba que se vistiera a la moda española y que llevara encima su cédula de identidad.

Munda le ordenó a Mani que, a todos los efectos, dijera que se encontraba indispuesta y que no saldría de su habitación en todo el día. Excepto su hermana pequeña, que le serviría de coartada, por nada del mundo podía Mani consentir que nadie entrara en el cuarto. Cada vez que preguntaran por ella, Alejandra les diría a su padre y a Mariana que acababa

de subir a verla y estaba dormida. La criada debía llevarle una bandeja con el desayuno, la comida y la cena, para que nadie sospechara de su ausencia.

Salió por la puerta de cocheras a primera hora de la mañana y se dirigió al cruce, donde la esperaba una berlina con los cristales de las ventanillas tapados con cortinones. Vestía de luto riguroso. Al salir de Intramuros, el carruaje se encaminó hacia la montaña de Montalbán, siguiendo el curso del Pasig.

A medida que avanzaban río arriba, la selva se hacía más espesa. Poco a poco, fueron dejando atrás los cañaverales, los bosquecillos de bambú, las chozas pintadas de blanco y azul, con sus techos de ñipa y de palma trenzada, las huertas, los campos de cultivo y los bancales escalonados sembrados de arroz.

Una hora después de salir del palacete, se encontraban en plena montaña. Rodeados de helechos, orquídeas salvajes, narcisos y enormes cascadas. De vez en cuando podían ver algún carabao salvaje y algún que otro mono volador, una de las comidas más exquisitas que se le podía ofrecer a un tagalo.

En algunas aldeas, el carruaje pasó por delante de parejas de la Guardia Civil, que, apostadas en los cruces, detenían a los transeúntes para pedirles la documentación.

Casi dos horas después de salir de Manila, llegaron a una hacienda cercana a la cueva de San Mateo. Allí le esperaba uno de los tagalos que le había llevado al barrio de Binondo unos meses atrás.

El indígena la acompañó hasta el patio de la casa, un edificio de piedra con grandes balconadas de madera en el piso superior, muy similar a la casa de Manila de la señora Punang. En el patio, doña Lía la esperaba dentro de otra berlina, que comenzó a moverse cuando Munda se acomodó en el asiento de enfrente y el criado cerró la portezuela.

—¡Mi querida Esclaramunda! ¡Qué alegría de verte!

Pero Munda no podía contestarle con la misma alegría. Aquellas palabras de doña Lía tenía que haberlas pronunciado Manuel.

Desde que salió de Manila había soñado en que aquel viaje tuviera una sola finalidad. No pensó en otra cosa durante todo el trayecto.

Desde el encuentro en la gallera, no habían vuelto a verse ni había tenido noticias suyas. Le había imaginado en cada esquina, en cada pijama de rayas y flores que se cruzó por la calle en los últimos cinco meses, en cada aguador. Pero no había dado señales de vida. Y cuando el tagalo abrió la portezuela del coche, la imagen de la señora Punang chocó contra su retina como si se tratara de una traición.

—¿Ha venido Manuel?

—No. Pero no te preocupes. Nos espera en la cueva de Bernardo Carpio. ¿Te gustaría asistir a una tenida del Katipunan?

A Munda se le abrieron los ojos como lunas.

—¡Claro!

—¡Pues vamos allá!

El interior de la cueva se encontraba iluminado por antorchas y por lucernas de carburo que colgaban de la pared. Hacía frío. El contraste de temperatura con la sensación térmica exterior debía de superar los diez grados. Doña Lía le había advertido que no hablara con nadie hasta que no terminase la ceremonia, ni siquiera con Manuel, en caso de que lo encontraran allí. Al Jefe Supremo del Katipunan no le gustaban los peninsulares, él sólo hablaba tagalo, no había sitio para el español en su revolución, igual que no había habido sitio para los tagalos en la cultura de los españoles. En más de trescientos años de colonización, ni siquiera les habían enseñado su lengua, la forma más sencilla en la que los dos pueblos podrían haberse encontrado. Pero ahora ya era tarde, ahora la patria tagala reclamaba sus raíces, y en ellas no había una sola sílaba de la lengua de los colonizadores.

Únicamente había consentido que Munda presenciara una ceremonia de iniciación porque se lo había pedido doña Lía, por respeto a ella, y por la amistad que le había unido con su esposo, muerto por defender los mismos principios que defendía la muy soberana y venerable Sociedad de los Hijos del Pueblo. Es más, por primera vez había tolerado otra excepción: Munda no sólo presenciaría la ceremonia iniciática, sino que acompañaría al candidato en cada uno de los pasos del ritual.

El caso era sumamente excepcional. Si se hubiera tratado de una logia masónica regular, jamás hubiera podido darse, nunca se le habría permitido a un profano presenciar una tenida, y mucho menos en un rito de iniciación. El único caso posible sería la presencia de la mujer de un aspirante en las llamadas «tenidas blancas», pero también eran muy excepcionales. Sin embargo, el Katipunan no era una logia masónica, aunque algunos de sus miembros hubieran pertenecido a sus filas y hubieran tomado como base de sus ritos los de sus admirados masones.

A Munda le hubiera gustado preguntarle muchas cosas a doña Lía. ¿Por qué unirse al Katipunan?

¿Era ella masona? Si era así, ¿dónde se había iniciado? ¿Cuándo? Pero no preguntó, cumplió su promesa y guardó silencio.

Cuando llegaron ante el Hermano Mayor, que ejercería como maestro de ceremonias, les vendaron los ojos y las condujeron por unas galerías hasta un lugar no muy alejado de la cueva. Hasta el momento en que les quitaron las vendas, Munda no supo que el candidato no era otro que la propia doña Lía. Doña María Sampaguita, viuda de Rubio, de nombre simbólico Lía Punang.

Se encontraban en una habitación apenas iluminada por una vela, en una de cuyas paredes había una puerta presidida por un letrero que Munda no comprendía. Doña Lía le tendió la mano y leyó para ella.

—«Si tienes fuerza y valor, pasa. Si es la curiosidad lo que te ha traído aquí, vete».

Munda se agarró con fuerza a la mano de doña Lía y traspasaron la puerta. Tres pasos cada una que iniciaron con el pie izquierdo. En medio de la habitación, sobre una mesa, encontraron un machete, una calavera, un revólver y una lista de preguntas escritas en tagalo, que la candidata tradujo para Munda en voz alta.

—¿En qué condiciones se encontraba el pueblo filipino cuando entraron los españoles? ¿En qué situación se encuentra ahora? ¿Qué le espera en el futuro?

Durante unos minutos, el silencio fue absoluto. Munda miraba los objetos de la mesa con la respiración contenida. Hasta ese momento, el

ritual no difería demasiado de los rituales masónicos. Cada paso que habían dado podría figurar en el ceremonial de cualquier rito iniciático de una logia, excepto por una cosa: aquella pistola encima de la mesa la desconcertaba, en ninguno de los ritos sobre los que ella había leído aparecía una pistola. Al cabo de unos minutos, el maestro de ceremonias entró en la habitación vestido con una túnica de colores y se dirigió a la candidata.

—Si no eres valiente, debes dejarlo aquí.

Doña Lía no dijo nada, únicamente movió la cabeza en un gesto afirmativo para que el Hermano Mayor continuara.

Volvieron a vendarles los ojos y las condujeron hacia otra habitación. Una vez allí, Munda escuchó las voces del maestro de ceremonias y de doña Lía.

—¿Estás dispuesta a consagrar la vida a la noble causa del Katipunan?

—Lo estoy.

—¿Lucharás por la libertad, la igualdad, la integridad, el honor y la defensa de los oprimidos?

—Lucharé.

—¿Sacrificarás tu propia vida si la patria tagala la necesita?

—La sacrificaré.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

Durante unos instantes, no se escuchó más que el roce contra el suelo de las vestiduras del maestro, que se movía de un lado a otro de la habitación sin decir nada. Munda continuaba con los ojos vendados y en silencio. Al cabo de unos segundos, escuchó más roces de túnicas, como si otras personas las estuvieran rodeando, formando un círculo alrededor de la habitación. Olía a vela encendida. Cuando cesó el sonido de los movimientos, Munda volvió a escuchar al Hermano Mayor.

—¡Extiende el brazo, apunta hacia delante y dispara!

Enseguida supo que ella actuaba de blanco, pero no se movió. Confiaba en doña Lía como habría confiado en su madre si hubiera estado en su lugar. No dispararía.

Sin embargo, a Munda no le dio tiempo de terminar su razonamiento a favor de la candidata: en el mismo instante en que estaba pensando que jamás haría nada que pudiera dañarla, el sonido del revólver rompió el silencio de la habitación.

Contra todos los argumentos que ella habría encontrado para justificar su negativa, doña Lía había disparado.

El mundo desapareció en una fracción de segundo, mucho menos que un instante, una milésima del tiempo que se tarda en tener conciencia del miedo. Munda se desplomó sobre el suelo antes de que el eco del chasquido desapareciese. El maestro de ceremonias le quitó la venda de los ojos a la señora Punang y le hizo un gesto para que se acercara a la joven. Nadie se movía. A su alrededor, una docena de personas vestidas con túnicas de colores sujetaban velones que proyectaban sombras deformes sobre la pared. Además de crucifijos y escapularios, todos llevaban sus *anting* colgados del cuello, talismanes y medallas de la Virgen de Antipolo que les servían de amuletos. El único sonido que podía escucharse era el del crepitar de las velas. En el centro de la sala, un tapiz ajedrezado de nueve por ocho casillas, los setenta y dos nombres de Dios.

Doña Lía le quitó la venda de los ojos y la llamó.

—¡Munda! ¡Despierta!

Pero Munda acababa de bajar a los infiernos, y no era capaz de remontar. Le ardía la boca. Sólo veía llamaradas a su alrededor. El cañón de una pistola no dejaba de expulsar fogonazos y de apuntarle directamente a la cabeza. La voz de doña Lía le llegaba desde lejos.

—¡Pequeña! ¡Vamos, despierta!

Cuando recobró el conocimiento, sus ojos estaban mojados, y su mano sujetaba la de la señora Punang como si esta fuera a salvarla de caer por un precipicio. Doña Lía la acarició.

—¡No estaba cargada! ¡No podía estarlo! Me pidieron que jurase un compromiso para luchar por la libertad y por el honor del pueblo tagalo. No era lógico que ese disparo pudiese mancillar la palabra que acababa de entregarles.

Después del juramento de sangre, la recién iniciada ofreció a sus hermanos katipuneros una fiesta en su casa. Manuel debería haber asistido tanto a la ceremonia de iniciación como a la fiesta, le esperaron hasta bien entrada la tarde, pero las horas pasaban y no daba señales de vida. La señora Punang no hacía otra cosa que mirar su reloj de cadena, una maquinaria alemana que había pertenecido a su esposo. Muy pronto se haría de noche. Había que devolver a Munda a Manila antes de que cerraran las murallas de Intramuros. Pero antes, decidió enviar a un criado a la cueva de Bernardo Carpio en busca de noticias.

El criado regresó al cabo de media hora.

—¡Señora! La Guardia Civil tiene la cueva vigilada. Dicen que el Jefe Supremo del Katipunan estuvo allí esta mañana, y que escribió en la pared «¡Viva la independencia filipina!». Nadie ha podido entrar en la cueva desde hace horas.

—¿Y mi hijo?

—Los caminos también están vigilados. No creo que haya podido ni siquiera acercarse.

46

En su viaje de vuelta, Munda intentó que no se le saltaran las lágrimas. Seguía trastornada por el incidente de la pistola, y la tristeza por no haber visto a Manuel se mezclaba con la impresión que le habían causado los últimos acontecimientos.

Admiraba el razonamiento de la señora Punang, tan rápido y tan lógico, pero continuaba alterada por el disparo, y no terminaba de entender por qué el Katipunan obligaba a sus aspirantes a cometer ese tipo de acciones. Ella nunca hubiera disparado, por mucho que intuyera que el arma estaba descargada. No. Ella no habría confiado. No sólo porque las armas las carga el diablo, sino porque no consideraba necesario un acto de confianza tan extremo. Él mismo se invalidaba. Le extrañaría que alguna logia masónica aceptara rituales de esa naturaleza, donde la confianza se sustituye por una agresividad que dista mucho de acercarse a la sabiduría, a la justicia, la igualdad, la libertad o la fraternidad.

Munda sentía unas ganas tremendas de gritar.

No eran así las tenidas que ella había imaginado, y no había visto a Manuel. La decepción se iba acrecentando a medida que se alejaban de la hacienda. Otra vez la espera y la incertidumbre.

Hacía horas que había oscurecido, el cochero arreaba a los caballos de la berlina como no había hecho en el viaje de ida, tenían el tiempo justo para llegar antes de que se cerraran las puertas de Intramuros. En la mitad del camino, Munda escuchó cómo les gritaba a los animales, y acto seguido sintió que aminoraban el paso y se detenían. Le pareció que el corazón se le paraba. Intuyó la presencia de Manuel como si hubiera viajado durante todo el camino en el pescante. No podía ser de otra forma. No la dejaría marchar

sin haberla visto, aunque fuera sólo unos minutos. Tenía que saber que se había desmayado en la ceremonia iniciática de su madre. Era imposible que regresara a Mindanao sin comprobar que se encontraba bien.

Cuando el carruaje se detuvo por completo, ella ya se había colocado el vestido y compuesto el peinado. Pero no se trataba de Manuel. En su lugar, una pareja de la Guardia Civil y un indígena vestido con un pijama blanco se acercaban al coche mascando algo que después escupían al suelo.

Uno de los guardias alumbró al cochero con una lucerna, mientras el otro, unos pasos más atrás, sujetaba un fusil en posición de alerta. El que llevaba el farol le pidió la documentación al cochero al mismo tiempo que le entregaba la lámpara al tagalo.

—¡Salvoconducto!

El cochero llevaba el papel en la mano. Como si lo hubiera preparado antes de parar el carruaje. Cuando el guardia terminó de leerlo, se acercó al otro número sin dejar de guardarse las espaldas y se lo enseñó. Este hizo un signo de afirmación con la cabeza y señaló a la berlina.

—¡Bájese despacio y abra la puerta del coche! ¡Las manos a la vista! ¡Que yo las vea!

Los tres hombres se acercaron a la puerta en silencio. El que llevaba el fusil, aunque se mantenía a distancia con el arma dispuesta, no parecía mostrar el menor síntoma de preocupación. Munda no se movió. No sabía si la paralizaba el miedo o la decepción otra vez. Cuando los tres hombres llegaron a la altura de la ventanilla, a Munda le pareció reconocer al indígena que sujetaba el farol. Estaba segura de que le había visto en alguna parte, pero no podía recordar dónde. Aquel hombre la miraba como si se estuviera haciendo la misma pregunta.

Al abrir la puerta de la berlina, el cochero la miró y le hizo un gesto con el que le decía que todo estaba controlado.

Pero las cosas se tuercen cuando menos deberían torcerse. Nadie puede atar todos los cabos con la certeza de que uno no se rompa. Munda no estaría tranquila hasta que no llegaran al palacete de Santa Clara.

El guardia civil se asomó al interior y le pidió su documentación. Cuando le entregó la cédula, el guardia leyó su nombre en voz alta.

—Esclaramunda Camp de la Cruz y Castellanos.

—Así es.

—Está usted muy lejos de su casa, señorita Camp de la Cruz.

—¡Eso me temo! Y he de volver antes de que cierren las puertas de la muralla. Si no le importa, me gustaría continuar el viaje cuanto antes. Está todo en orden, ¿verdad?

En ese momento, la cabeza del tagalo asomó por la puerta del carruaje y le iluminó la cara con la lucerna.

—¡Me alegro de volver a saludarla, señorita Camp de la Cruz! ¡Siempre es un placer!

Pero Munda seguía sin recordarle. La lámpara de carburo la cegó por un momento, apenas podía abrir los ojos. El tagalo retiró el candil, se quitó el *salakoty* se iluminó a sí mismo.

—¡Lucio Luzón, para servirle! ¿Me recuerda usted?

Munda no lo recordaba. Hacía casi dos años desde que Lucio Luzón les recogió en el puerto a su llegada a Manila. Su hermana lo había echado del palacete de Santa Clara tras el incidente con la serpiente. No lo había vuelto a ver desde entonces.

—¡No importa, señorita Camp de la Cruz! La próxima vez sí me reconocerá.

En el mismo momento en que el carruaje atravesó la puerta principal de Intramuros, se escuchó el cañonazo que avisaba del cierre de la muralla. Eran las once en punto. Munda respiró aliviada, habría sido terrible que no hubieran podido entrar en la ciudad. El conductor también debía de estar preocupado porque, desde el encontronazo con la Guardia Civil, excepto en un cruce, en que se detuvieron para ceder el paso a unas carretas tiradas por bueyes de agua, el resto del camino arreó a la caballería como no lo había hecho hasta entonces. Llegó a alcanzar tal velocidad que en ocasiones parecía que la berlina iba a volcarse. Munda lo agradeció, a pesar de los sobresaltos y de las magulladuras que le estaba ocasionando el traqueteo, de otra manera no habrían conseguido llegar a tiempo.

Para no llamar la atención, nada más pisar la ronda de la muralla, el cochero igualó el paso al de los demás carruajes que circulaban por

Intramuros. Las puertas de la mayoría de las casas permanecían abiertas aún; en algunas, los hombres y las mujeres tomaban el fresco sentados en los poyetes que se adosaban a izquierda y a derecha de las fachadas, ellos a un lado y ellas a otro.

La tranquilidad de la ciudad contrastaba con la tensión de aquel día tan extraño.

El carruaje se encaminó hacia el centro, pero en lugar de dirigirse hacia el palacio de Santa Clara, enfiló hacia la calle Real. Cuando estuvo a la altura de la calle de Magallanes, Munda volvió a sentir la presencia de Manuel.

El carruaje giró a la derecha y se dispuso a entrar en la vivienda de la esquina. Un criado tagalo abrió la puerta de carruajes, que conducía hasta un patio empedrado que se encontraba completamente a oscuras. Parecía que les hubieran estado esperando, porque ni siquiera tuvieron que detenerse para llamar al portón.

Unos segundos después, el cochero abrió la portezuela de la berlina y se sentó junto a Munda. Ella le quitó el *salakot* y le acarició la cara.

—¿Así que eras tú?

—No siempre. Me cambié con el auténtico cochero en el cruce de los bueyes.

—¿Estás bien? ¿Estuviste en la cueva?

—No pude llegar. Había muchos civiles. Pero ¿y tú? ¿Estás bien? ¿Te has recuperado?

—Estoy perfectamente. No te preocupes.

Manuel la abrazó y la besó. Pero no lo hizo como la última vez, no había tiempo para entretenerse.

—¡Escucha! Tienes que volver a tu casa enseguida. Te llevará el cochero ahora mismo. Pero antes quiero hacerte una pregunta. Rizal ha solicitado permiso para cumplir su destierro en Cuba y ejercer allí la medicina. Es otra forma de confinamiento, pero allí será un hombre libre. Yo también podría pedirlo, pero antes de hacerlo he de preguntarte algo, Esclaramunda. Necesito saber si tú vendrías conmigo.

—¿A Cuba?

—Sí, a Cuba.

—Allí nació mi madre.

—¿Y te gustaría que nacieran tus hijos?

—¿Me estás pidiendo en matrimonio?

—¡Sí, Esclaramunda!

—Me gustaría muchísimo que mis hijos nacieran en Cuba. ¿Cuántos tendremos? ¿Tres?

—Tres. Y otros tres si eso es lo que quieres. Pero ahora tienes que irte. Espera a tener noticias mías. Y estate preparada siempre para un viaje largo. Este verano, nos casamos en La Habana. Aunque siento decirte que no le podré pedir la mano a tu padre como es debido.

Munda le acarició la cara con el dorso de la mano.

—Querido. Esta mano es mía. Nadie más que yo tiene derecho a dártela.

47

A las doce de la noche, Mani y Alejandra entraron en su cuarto muy sobresaltadas. Sólo hacía unos minutos que Munda se había metido en la cama, pero estaba tan cansada por la intensidad de aquel día, que se durmió sin apenas darse cuenta, saboreando la propuesta de matrimonio de Manuel.

—¡Despierta, niña! ¡Tienes que vestirte!

—¿Qué pasa?

—El comandante Ribó está abajo. Quiere hablar contigo y con tu padre.

Alejandra llevaba puesta una blusa de nipis, una tela casi transparente que se tejía con fibra de una planta tropical. Las mangas y el cuello imitaban el estilo del María Clara. La falda era del mismo tejido, casi transparente, pero daba varias vueltas a la cintura de la joven, de manera que el color amarillento de la tela se intensificaba en la falda hasta volverse tostado y opaco. A Munda le impresionó verla así. Parecía una indígena.

—Pero ¡qué guapa estás! ¿De dónde has sacado esta ropa?

—Me la ha comprado Mariana. Dice que ya está bien de luto, y que ahora que están las cosas revueltas, tenemos que demostrar que los Camp de la Cruz también sabemos integrarnos.

—Pero ¡si no hace ni seis meses que murió el pequeño Francisco! ¿Qué le está pasando a nuestra hermana?

—No lo sé. Ella también se ha aliviado el luto esta tarde, ha dicho que no quiere ver más ropas negras en esta casa. Le ha quitado las cintas negras a las mangas de las chaquetas de papá, y ha ordenado que le cambien las de los sombreros por unas de rayas. Te están esperando en la biblioteca.

¿Ha ido todo bien?

—Muy bien. Después te cuento.

Desde que llegaron a Manila, su padre siempre vestía de blanco, como casi todos los hombres europeos que vivían en la isla. En lugar de sombreros de copa y de bombines, había adoptado la costumbre del jipijapa, un sombrero de paja que habían puesto de moda los criollos de La Habana, mucho más llevadero que los de fieltro para los calores del trópico.

Munda se vistió sus ropas negras y se dispuso a bajar a la entreplanta del palacio.

—¡Pues yo no pienso quitarme el luto!

En la biblioteca, le esperaban el comandante Ribó, el marqués y Mariana, vestida de alivio de luto, con una falda y una blusa de flores blancas y moradas. Su marido no se encontraba en la casa, hacía guardia en la Capitanía y no volvería hasta la mañana siguiente. Fue Mariana la primera en hablar en cuanto Munda entró en la habitación.

—¡Mundita, hija, buenas noches! ¿Te encuentras mejor?

Antes de que ella pudiera contestar, su hermana se había acercado, le había tocado la frente con los labios y la había cogido de la mano para arrastrarla hacia el sofá del que acababa de levantarse.

—¡Oh, ya veo que sí! ¡Menuda diferencia! ¡Si esta tarde estabas ardiendo! Pero, ven, cariño, siéntate, no vayas a marearte. Todavía pareces muy débil.

Después de ayudar a Munda a sentarse, Mariana se dirigió al comandante Ribó y le habló como si le estuviera reprendiendo, exagerando las formas para que no hubiera dudas de que trataba de ser cariñosa.

—¿Lo ve, mi querido comandante? No sé a qué venía tanto empeño en que tenía que verla personalmente. Ya le he dicho que mi hermana no ha salido de casa en todo el día. ¡Si no puede moverse la pobre! Era imposible que estuviera al otro lado de Intramuros a estas horas.

Munda los miró a todos, uno por uno. Su padre parecía asustado, se tocaba el bigote como siempre que intentaba disimular el nerviosismo. Mariana mentía con la misma naturalidad con que decía la verdad, nadie pondría en duda que ella misma la había estado cuidando de la mañana a la tarde. El comandante miraba a la enferma como si conociera su secreto,

pero también como si estuviera dispuesto a pasarlo por alto, a cambio de un precio que él mismo tendría que fijar.

Munda intentó no dejarse impresionar por ninguno de los tres.

—Pero ¿de qué estás hablando, Mariana? ¿Qué pasa aquí? ¿A qué viene esto?

El comandante Ribó no dejó que Mariana continuara con su farsa, hizo un gesto con la mano como si la estuviera mandando callar y tomó la palabra.

—Señorita Munda, está claro que usted no podía estar hace dos horas en las cercanías de la cueva de Bernardo Carpio. No le habría dado tiempo de volver antes del cierre de la muralla. A menos que el cochero hubiera puesto en peligro su vida. ¡Claro está! O sea que tendremos que dar por cierto que no era usted la que algunos aseguran haber visto en Montalbán esta tarde. Y el que diga lo contrario miente. ¡Eso sí!, no sabemos con qué propósito. Pero me siento en la obligación de advertirle sobre una cosa: tenga cuidado con las amistades que elige, podría caer en malas compañías.

Munda miró a su padre. El marqués se había sentado a su lado y no dejaba de acariciarse el bigote y la perilla. Cuando el comandante se disponía a continuar con su discurso, él le interrumpió.

—¡Comandante Ribó! Superviso personalmente las amistades de mis hijas. Todas ellas pertenecientes a los círculos más exquisitos de esta ciudad. No creo que sea necesario recordarle que el gobernador general se encuentra entre ellas.

—¡Por supuesto que no, señor marqués, faltaría más! Y me atrevo a suponer que incluso respondería usted ante él. En caso de que hiciera falta, ¡claro está!

—¡Así es! Supone usted muy bien. Aunque no creo que haga falta responder de nada. Yo mismo hablaré con él sobre este incidente. No tiene usted por qué preocuparse.

Don Francisco se levantó y tiró del cordón que comunicaba con la campañilla de la cocina. Antes de que el mayordomo abriera la puerta de la biblioteca, él ya se había acercado al comandante y le había mostrado la salida con un ademán de la mano.

—¡Puede usted marcharse tranquilo! ¡Buenas noches!

El comandante se cuadró y taconeó con un saludo militar. Después inclinó la cabeza dirigiéndose a Mariana y a Munda, y las miró con su único ojo.

—¡Señoras!

Ya en la puerta, se giró hacia don Francisco y volvió a taconear y a inclinar la cabeza.

—Supongo que no soy quién para recordarle que la patria y el honor son valores demasiado altos para tomarlos a la ligera. Es mejor no jugar con ellos.

El marqués le miró fijamente, sin dejar de mostrarle la puerta de salida con la mano.

—Tiene razón, comandante, usted no es quién. ¡Buenas noches!

Cuando el mayordomo cerró la puerta, después de que saliera el comandante, el marqués suspiró e hizo un gesto de desagrado.

—¡Cretino!

Después se volvió hacia Munda. Ella le habría abrazado en ese momento, le habría dado las gracias por haberla cubierto delante del comandante y le habría contado su intención de casarse con Manuel. Estaba segura de que, en otra época, su padre la hubiese entendido y se habría entusiasmado con ella. Pero justo cuando se estaba levantando del sofá para ir a su encuentro, Mariana se interpuso entre ambos.

—¿Te das cuenta del peligro en que nos has puesto a todos? Sin contar con el que te has buscado tú solita, ¡Dios sabe a santo de qué! ¿Se puede saber dónde estabas?

Munda no respondió. Mariana nunca podría entenderla, sería inútil ni siquiera buscar un resquicio por donde intentar atraerla hacia su mundo. Pero su padre era distinto, él podría darle fuerzas, aun sin saber para qué las necesitaba, sin preguntas, sólo con una mirada, la que Munda le había negado desde que salieron de Alejandría.

La joven se acercó a su padre sin atender a los reproches de Mariana, sin decirle nada, y sin esperar que él lo dijera. Se acurrucó en su hombro,

como cuando era pequeña, y él le cubrió la cabeza con las manos y la apretó contra su pecho.

—No te preocupes, corazón, todo se arreglará.

Unos instantes después, Alejandra llamó con los nudillos a la puerta y entró en la biblioteca. Aunque no eran horas de que la pequeña María Francisca estuviera levantada, la llevaba cogida de la mano.

Cuando las recién llegadas vieron aquel abrazo entre Munda y el marqués, corrieron hacia ellos y se hicieron un hueco junto a Munda. La pequeña María Francisca gimoteaba mientras su abuelo las abarcaba a las tres.

—¡Abuelo! No me gusta ese pirata. ¡Es malo!

—A mí tampoco me gusta, vida mía, esperemos que no tengamos que verlo por aquí nunca más. Sólo Mariana permaneció al margen de aquella piña, que se apretaba contra don Francisco como si él pudiera protegerlas de cualquier peligro. Mariana los miraba esperando que se deshiciera aquel gesto que volvía a separarla de su padre.

La primera filipiniana. La más hermosa, la más fría, la más sensata, la que ocultaba el dolor de la pérdida detrás de una mirada azul que siempre parecía situarla a una distancia imposible de alcanzar.

El marqués alargó la mano para atraerla hacia el grupo, pero, aunque no le faltaban deseos de acercarse, Mariana no se unió al abrazo. No podía. Se lo impedía una parálisis que le afectaba desde niña. Guardaba sus sentimientos demasiado al fondo de su alma, y todavía no había encontrado a nadie que bucease hasta encontrarlos.

Ella miraba la escena incapaz de modificarla, con la terrible sensación de que sus hermanas y su hija le volvían a robar el amor de su padre. Sólo hubiese hecho falta un par de pasos hacia delante, pero no se movió.

Y sin embargo, a pesar de que no atendió a su llamada, el marqués la sentía allí, abrazada a las otras tres mujeres que daban razón a su vida. Las cuatro juntas, las cuatro diferentes, las cuatro necesarias. Las cuatro filipinianas.

Había oído por primera vez aquella palabra en Gobernación General, cuando el responsable de los archivos le pidió que le acompañase a la

filipiniana, él le miró con un gesto de extrañeza, y el archivero se apresuró a responderle antes de que pudiera formular ninguna pregunta.

—Llamamos así a los archivos donde guardamos cosas de Filipinas. Hay un poco de todo. Libros, vestidos, grabados, pinturas, artilugios… ¡Cosas exóticas!

Y ahora, cuando sentía cómo sus hijas se aferraban a él como si pudiese protegerlas contra cualquier adversidad, recordó aquella palabra que parecía un gentilicio, pero que representaba un espacio en el que se conservaban objetos tan especiales que habían tenido que inventar una palabra para poder expresar su significado.

Hasta ese momento, don Francisco no había tomado conciencia de la magnitud del vacío que le asfixiaba desde que embarcó en el *Isla de Luzón*. Un vacío que no había sido capaz de llenar más que con dolor y cansancio, pero que debería haber llenado con aquellas criaturas que arrastró consigo hacia Filipinas. Sus cuatro filipinianas. Las que siempre guardarían para él cosas hermosas y únicas. Y por primera vez en su vida las sintió como un bloque, como la fuerza a la que él también debería aferrarse para superar la soledad que le aplastaba desde que abandonó Alejandría.

Aquella ciudad se quedó con sus afectos, con las personas en las que él solía mirarse. Allí se quedaron Lucía y Lola, las dos mujeres que amó con toda la fuerza de su juventud, las que caminaron con él de un lado para otro, las que crecieron mientras él crecía, las que le amaron sin preguntas y consiguieron que se sintiera el hombre más afortunado de la Tierra.

No soportaba la idea de que Lucía hubiera muerto tan triste. No lo había pensado hasta entonces, pero la única imagen que le venía a la mente cuando pensaba en ella la mostraba llorando.

En Alejandría se quedó también Inés, la que podría haberle compensado de la pérdida de sus otras dos mujeres. La que le había enseñado a disfrutar de la espera como el preámbulo de un regalo al que se accede sin derechos. La firmeza, la seguridad del que sabe que el otro no tiene más salida que la que conduce a sus brazos.

Y también se quedó el afecto de Munda, la única persona que conseguía mostrarle el sol en los días grises, la que le consolaba tras la muerte de su

esposa y le daba fuerzas para que no se le cayeran las lágrimas.

No había caído en la cuenta hasta ese momento, pero perdió a su hija al mismo tiempo que perdió a Lola y a Inés, esa era su pesadilla. Y lo peor de todo, lo que más daño le había causado, era que la había perdido sin conocer la razón.

48

Una semana después, el comandante Ribó envió una nota al palacio de la calle de Santa Clara, en la que rogaba a la señorita doña Esclaramunda Camp de la Cruz y Castellanos que se personara en Comandancia General antes de las diez de la mañana. La nota no iba dirigida a Esclaramunda, no era mayor de edad, sino a su tutor y representante legal, señor don Francisco de Asís Camp de la Cruz y Suárez de la Alameda, marqués de Sotoñal.

Al llegar a la Comandancia, don Francisco se acercó al oído de Munda y le señaló a un tagalo que caminaba unos pasos detrás del comandante.

—¡Mira quién viene con él!

Munda se colgó del brazo derecho de su padre y contuvo la respiración. Era el mismo tagalo que acompañaba a los guardias civiles que detuvieron su carruaje la semana anterior, cuando volvía de la montaña de Montalbán.

—¡Dios mío!

Don Francisco colocó su mano sobre la de su hija, y volvió a susurrarle al oído.

—¿Sabe algo Lucio Luzón que no debería saber? —Sí.

—Está bien, ahora déjame a mí. Pero cuando volvamos a casa, tienes que contarme muchas cosas.

El comandante se dirigió hacia ellos con una sonrisa forzada. No esperó a situarse a su altura para saludarles, sino que les habló a gritos desde una distancia en la que se aseguraba de que todos los presentes en el patio pudieran oírle.

—¡Buenos días, señor y señorita Camp de la Cruz! Les agradezco que hayan venido.

Ni Munda ni su padre contestaron, esperaron a que el comandante llegara hasta ellos y permanecieron en silencio. Don Francisco se había puesto uno de sus chaqués de verano, elegante y sobrio, hecho a medida. Hacía tiempo que no se vestía de ese modo, pero quiso mantener las distancias con el comandante llevando unas prendas que él jamás podría comprarse. Cuando se encontraron frente a frente, le saludó quitándose el sombrero de copa.

—¿Y bien? ¿Cuál es el motivo de la citación?

—¡Oh, no, por favor! No se trata de una citación. Confío en no haberles incomodado. Únicamente quería preguntarle a la señorita si conoce el barrio de Binondo. Allí hay una gallera donde se celebran importantes peleas de gallos, y quería saber si le apetecería asistir conmigo un día de estos. Eso era todo. Son clandestinas, ¡desde luego! Pero a veces hacemos la vista gorda, y nosotros mismos apostamos alguna que otra vez.

—Mi hija nunca ha estado en Binondo. Y no le interesan las peleas de gallos.

—¡Ya lo suponía! ¡Por cierto! ¿Se acuerdan de Lucio Luzón? Él sí les recuerda a ustedes.

El tagalo, que se mantenía un paso atrás del comandante, se inclinó en señal de saludo, pero no hizo ningún comentario, tan sólo miró a Munda con una sonrisa que a ella le pareció una amenaza.

El comandante se alejó de ellos hacia el otro lado del patio, como si el encuentro hubiera sido casual, y se despidió de la misma manera en que les había recibido, a voz en grito.

—¡Que ustedes sigan bien! ¡Espero verles pronto otra vez por aquí, señor y señorita Camp de la Cruz!

Don Francisco alquiló un carruaje para que Munda regresara al palacete de Santa Clara, y él se dirigió en el suyo directamente al edificio de Gobernación. Allí obtuvo la promesa firme del gobernador de mantener al comandante lejos de sus hijas y de su casa.

A su regreso al palacio, le pidió a Munda que le acompañara a la biblioteca.

—Va siendo hora de que me cuentes qué está pasando, ¿no crees?

—¡Papá! Necesito que me concedas la emancipación. No puedo contarte nada, pero necesito ser libre para tomar decisiones.

—¿Qué decisiones? Nunca os he impedido tomar decisiones libremente.

—Lo sé, pero esta vez lo necesito por escrito, papá. Necesito tu licencia para moverme por el país.

—Eso es imposible. Sólo tienes veintiún años.

—Mariana tenía dieciocho cuando se la entregaste a Ricardo en matrimonio.

—Conoces las leyes, Munda, ninguna mujer menor de veinticinco años puede salir de la casa paterna, a no ser que sea para casarse.

—Y a no ser que tenga la licencia de su padre. Te estoy pidiendo esa licencia, papá.

—Dime qué quieres hacer con ella.

Munda miró a su padre con todo el amor que le había negado desde que Mani le abrió los ojos, la noche antes de salir hacia las islas Filipinas. Había dejado de ser aquel hombre con aspecto de poeta que ella tanto admiró, pero sus ojos continuaban siendo los mismos, igual de fuertes, igual de intensos.

—Voy a casarme con Manuel. Nos iremos a Cuba si se lo permiten las autoridades.

—¿Qué Manuel?

—El doctor Rubio, papá.

—¡Santo Dios!

Don Francisco se abrazó a su hija. ¡Qué lejos había estado de ella! ¡Cómo había podido ausentarse así de su vida! Aquella niña que acudía a su cuarto para huir de los miedos nocturnos, y que le confesó que algún día sería masona, mantenía una relación de la que él desconocía absolutamente todo.

—Necesitarás algo más que mi licencia para esa boda, corazón, el doctor Rubio es un fugitivo, esta misma mañana he visto en Gobernación una orden de busca y captura contra él, me extrañaría mucho que le permitieran viajar a ninguna parte.

—¡No puede ser! ¡Estuve con él la semana pasada! Me dijo que el doctor Rizal había solicitado su traslado a Cuba, y que prácticamente se lo habían concedido, sólo faltan algunos formalismos burocráticos. Manuel también lo va a pedir. ¿Por qué no se lo van a conceder?

—Porque han detenido a su madre, acusada de pertenecer al Katipunan. Parece ser que daba cobijo a los independentistas en una de sus haciendas, cerca de la cueva de Bernardo Carpio.

—¡Doña Lía en prisión!

—¡Así es! Y van a utilizarla como cebo para detener al doctor. Están haciendo correr el rumor de que la dejarán libre si él se entrega.

—¡Papá! ¡Por lo que más quieras, tienes que ayudarlos! Conozco a doña Lía, nunca haría daño a nadie, y Manuel tampoco.

—Son del Katipunan, Munda, tú no debes mezclarte en estos asuntos.

—Ya estoy mezclada, papá. Te lo ruego, ayúdales. Ellos sólo piden los mismos derechos que tenemos nosotros.

—Pero utilizan las armas, Munda, no puedo aprobarlo.

—Ellos no. La señora Lía y Manuel no. ¡Papá! ¡Libertad, fraternidad e igualdad! ¿No te suena de algo? Por favor, papá, te lo ruego.

—Pero, Munda, estamos hablando de personas que defienden la lucha armada.

—¡Ellos no, papá! Por favor. ¡Solidaridad! Hacer de un hombre bueno un hombre mejor. ¡Eso es lo que ellos buscan! Y justicia para su pueblo. Tener los mismos derechos que nosotros. ¡Por favor, papá! ¡Son hermanos de rito!

—No, Munda. Los masones no nos metemos en política.

—Tú y yo sabemos que eso no es cierto, papá. ¿Quieres que te haga un recuento? Prim, Napoleón, Washington, Simón Bolívar, José Martí…

—¡Está bien, está bien, no sigas! Hablaré con el gobernador. Les ayudaré en lo que pueda. Pero no te prometo nada. Este asunto no me gusta, ya lo sabes.

—¿Y arreglarás las cosas para que pueda visitar a doña Lía?

—¡Eso sería una imprudencia, Munda! Ahora lo más importante es avisar al doctor Rubio para que no se acerque a Manila. Aunque se

entregue, no liberarán a su madre. ¿Sabrás cómo avisarle?

—Creo que sí. Aunque me extrañaría que no estuviera al corriente de todo, y que no tuviera ya la intención de entregarse.

Munda recordó la actitud de su padre cuando condenaron a la nodriza del pequeño Francisco. Y no se resistió a preguntar.

—¡Papá! ¿Por qué no hiciste nada por el ama de cría? ¿Por qué ahora sí y antes no? Aquello fue muy injusto.

—¡Así es! Y yo testifiqué a su favor en el juicio y en la Comandancia. Pero cuando tú me pediste que intercediera por ella, yo ya sabía lo que había pasado esa mañana en el parque de la Luneta.

Al día siguiente, a pesar de las promesas del gobernador de que el comandante dejaría de acosarlos, este volvió a enviar una nota al palacio de la calle de Santa Clara. En ella volvía a requerir la presencia de Munda y de su padre en la Comandancia aquella misma mañana.

Nada más llegar, el comandante los condujo a una habitación cuyo mobiliario consistía tan sólo en una mesa de madera tosca y tres sillas. Dos de ellas se situaban en uno de los lados de la mesa, de espaldas a la puerta por la que habían entrado, y la otra, al otro lado, delante de otra puerta en cuya parte superior se abría un ventanuco por el que entraba algo de luz, pero que apenas alumbraba la habitación. El comandante les pidió a Munda y a su padre que se sentaran en las dos sillas que había de espaldas a la puerta, y él ocupó la otra. Después sacó una carta del bolsillo de su chaqueta y la extendió sobre la mesa sin soltarla de su mano.

—¿Reconoce esta carta, señorita Esclaramunda?

Munda miró horrorizada la carta de Manuel en las manos del comandante Ribó. El oficial nunca la había llamado Esclaramunda hasta ese momento.

—¿De dónde la ha sacado?

—«Mi muy admirada Esclaramunda», usted no ha venido aquí para hacer preguntas. ¿Reconoce la carta?

—Sería absurdo decir que no la reconozco, ¿no le parece?

El comandante dio un golpe en la mesa y se inclinó hasta casi rozar la cara de Munda con la suya. En ningún momento soltó la carta de Manuel.

—¡Señorita Munda! Más le valdría ser directa en sus contestaciones. ¡No estamos en un salón de baile! ¡Esto no es un juego!

Munda quiso responderle, pero el marqués se levantó de su silla, dando también un golpe en la mesa, y le gritó:

—¡Desde luego que no es un juego, comandante Ribó! Y si lo fuera, nosotros no estaríamos dispuestos a jugarlo. ¡Si tiene alguna acusación, hágala! ¡Si no es así, no tenemos nada más que decir! Y se lo advierto, no vuelva a molestarnos.

El comandante se levantó muy despacio, rodeó la mesa y sujetó la silla de Munda para que se levantara. Cuando Munda estuvo de pie, les señaló la puerta por la que habían entrado.

—No hay acusaciones.

Después metió la carta en el sobre y se la guardó en el bolsillo.

—De momento.

Antes de abandonar la habitación, don Francisco se giró y le habló en el mismo tono que él había utilizado, controlando la ira.

—Ninguna carta de amor podría servirle a usted para acusar a nadie.

—No se confunda, señor marqués, las cartas de amor no están escritas en clave.

Munda le miró directamente a su único ojo. El miedo no le dejaba pensar con claridad, pero no estaba dispuesta a que el militar se lo notara.

—Todo lo contrario, comandante, usted sí que se equivoca. ¿Acaso no ha escrito ninguna?

—Ninguna en la que pusiera sobre aviso a los rebeldes y a los conspiradores. No le quepa a usted la menor duda, «Mi muy admirada Esclaramunda».

—¡Eso no es cierto! ¡Sólo es una carta!

—Una carta, sí, que usted ha entregado a un miembro del Katipunan, de parte de un fugitivo de la justicia. Sabiéndolo o sin saberlo, ha actuado usted como correo de la insurgencia. Y eso puede costarle muy caro.

Don Francisco se puso el sombrero de copa y se dispuso a salir, pero antes se acercó al oído del comandante y bajó la voz.

—Si le hace daño a mi hija, juro que le destruiré para siempre. Sólo tengo que mover un dedo.

¡No lo olvide!

Salieron de la Comandancia sin hablarse. Don Francisco ayudó a su hija a subir a su berlina y le pidió al cochero que la llevase al palacete. Detrás de ellos había salido Lucio Luzón, en una calesa que se detuvo detrás del carruaje de Munda. El marqués besó a su hija en la frente a través de la ventanilla.

—No salgas de casa por ningún motivo. Ese hombre vigilará cada paso que des a partir de ahora. Me voy a la catedral para hablar con el arcediano. El tiene mucha influencia con el obispo, nos ayudarán a librarnos de esta pesadilla.

Munda le cogió la mano y le devolvió el beso.

—¡Gracias, papá!

Don Francisco contempló cómo se alejaba la berlina de su hija, y después se dirigió caminando hacia la catedral. El cargo de arcediano lo ocupaba un dominico con el que había trabado una gran amistad. Ambos hombres se habían entendido muy bien desde el día en que don Francisco se incorporó como organista en la basílica.

Comenzaron hablando sobre las piezas que tocaría en la misa del domingo siguiente, y sobre las dificultades del arcediano para encontrar un buen sacristán entre los frailes indígenas, todos le parecían vagos y sin ningún interés por aprender. Pero, poco a poco, la conversación fue derivando hacia temas más relacionados con los que preocupaban a don Francisco.

Antes de haberle explicado el motivo de su visita, el arcediano ya le previno sobre los malos tiempos que se avecinaban para todos. Incluso le aconsejó que abandonaran Manila lo antes posible.

—Llegará un día en que hasta nosotros tengamos que irnos. Los indios dicen que estamos en una frailocracia. ¡Figúrese usted! ¡Frailocracia! Dicen que en Filipinas gobiernan los frailes. ¡Qué barbaridad! Pero eso dicen, que gobernamos los frailes y los funcionarios. Los castilas, como ellos llaman a los blancos. No me extrañaría nada que arremetieran contra nosotros el día

menos pensado. El otro día, en Binondo, ya hubo un conato de secuestro de un agustino. Deberían ustedes irse. Si por mí fuera, yo también me iría, créame. ¡Vaya usted a saber de lo que no llegamos a enterarnos! Aquí están pasando cosas muy fuertes. Yo que usted, me iría, se lo digo de verdad.

—Pero yo no puedo marcharme así. No puedo dejar otra vez la catedral sin organista. De todos modos, si me lo permite, no era ese el motivo de mi visita.

—¡Usted dirá!

—Necesito su ayuda, padre. Tengo un pequeño problema, que puede convertirse en algo serio si no lo atajamos.

—Pues habrá que atajarlo. Dígame qué puedo hacer por usted.

—Necesito que hable con el obispo. El comandante Ribó está acosando a mi familia. Pretendió a mi hija Munda hace unos meses y ella lo rechazó, y ahora no deja de inventar patrañas sobre ella.

—¡Pierda cuidado, señor marqués, el obispo llamará a capítulo a ese pecador! No es de buen cristiano actuar bajo el dictado del despecho. ¿Podemos hacer algo más por usted?

—De momento, me valdrá sólo con eso. El gobernador me ha prometido que pedirá el traslado de Ribó a la Península, pero no sabemos cuánto tiempo podría tardar, y qué cosas puede seguir inventando contra mi hija mientras tanto.

—Pero ¿no es mutilado de guerra? ¿No debería haberse ido ya con los heridos de su batallón? Tengo entendido que hace poco salió un barco hacia España cargado de soldados enfermos.

—Así es, pero el comandante solicitó mantenerse en Manila en labores de investigación. Parece ser que su lesión no le impide continuar en la carrera militar, y que ayuda a la Guardia Civil en los casos de insurgencia.

—Está bien, don Francisco, déjelo en mis manos. Hablaré esta misma tarde con el obispo. Y no se preocupe por su hija, no consentiremos que se viertan falsos testimonios sobre ella.

49

No soportaba la inactividad. Lucio Luzón vigilaba el palacio desde una de sus esquinas, donde podía controlar la puerta de carruajes y la de la verja del jardín que daba a la entrada principal. No podía moverse, pero tenía que hacer algo para avisar a Manuel antes de que cometiera una locura. Estaba segura de que no consentiría que su madre permaneciera en prisión un minuto más de lo que él pudiera evitar. Si existía alguna posibilidad, por mínima que fuera, de que liberasen a doña Lía a cambio de que se entregara, él se entregaría.

No sabía cómo ayudar a Manuel, pero después de dar vueltas y más vueltas de un lado a otro de la casa, llegó a la conclusión de que algo se podía hacer, algo para lo que necesitaba la ayuda de Mani y de Alejandra. Un encargo que ellas podrían hacerle sin levantar sospechas.

Su hermana no puso impedimento alguno para llevar a cabo su plan, pero Mani veía enemigos detrás de su sombra.

—¿Tú te has vuelto loca, niña? ¡Hasta aquí nos trajo el río! ¿O es que quieres que ahora persigan también a tu hermana? ¿No te basta con lo que el comandante hace contigo? ¿Y qué pretendes, que me vista yo también como una india?

—No hace falta que os disfracéis. ¿No vais algunas mañanas a dar un paseo en la calesa? Pues os desviáis un poquito del camino y pasáis por allí. Ni siquiera tenéis que parar, sólo comprobáis si las casas están cerradas o abiertas. Después, veré yo qué se puede hacer.

—No hay problema, nosotras lo haremos. ¡Mani, no te preocupes, no hay peligro! Ya he ido otras veces.

Además, a nosotras no nos sigue nadie, y aunque nos siguieran, ¿qué hay de extraño en que nos demos un paseo por Manila antes de comer?

—¡Pues claro! ¡Por favor, Mani! ¡Alejandra no puede ir sola! Es muy importante. Hay que avisarle de que es una trampa.

—¡Está bien! ¡Está bien! Pero que conste que voy contra mi voluntad.

Mani y Alejandra subieron a uno de los coches descubiertos de la familia y se dirigieron a la calle Real esquina con Legazpi, después pasarían por la esquina con Magallanes. Si alguna de las dos casas continuaba abierta, Munda podría enviarle a Manuel un recado. Lucio Luzón observó cómo se alejaban de la casa, pero no hizo intención de seguirlas.

Munda las despidió con la mano desde la ventana de su dormitorio y se encaminó después hacia el ala derecha del palacete. Necesitaba ver a Ricardo, quizás él pudiera conseguirle permiso para visitar a doña Lía en los calabozos de la Comandancia, pero antes de llegar a su despacho Mariana la interceptó. Desde la visita del comandante Ribó al palacio, hacía más de una semana, apenas se habían dirigido la palabra. Ni siquiera habían coincidido en el comedor. Desde aquella noche, Mariana pedía todas las comidas para ella y para María Francisca en su gabinete, y sólo salía de sus habitaciones para llevar a la niña a su paseo diario por el parque de la Luneta.

Cuando Mariana observó que Munda se dirigía al despacho de su marido, se colocó delante de la puerta y le cortó el paso.

—¿Adónde vas?

—Necesito ver a Ricardo. ¿Está en casa?

—No. Pero si estuviera, yo no permitiría que lo involucraras también a él en tus correrías. No pretenderás tener a toda la familia pendiente de ti. Ya me parece demasiado que hayas conseguido que papá ande de acá para allá como una peonza. Por cierto, ¿se puede saber qué os traéis entre manos?

—De lo que no quieras saber, no preguntes, Mariana.

—¿Es que no le has hecho suficiente daño? ¿No te basta con lo que ha sufrido ya? ¿Y con lo que le queda por sufrir todavía?

—¡Déjame, Mariana! No tengo tiempo ahora para tus tonterías.

—¿Tonterías? ¿Acaso no te acuerdas del estado en que lo dejaste cuando te permitiste el lujo de retirarle la palabra? Y ahora, ¿para qué se la devuelves? ¿Para qué te saque de los líos en los que te metes tú solita? ¿Crees que si yo no le hubiera cuidado mientras tú le dabas la espalda, ahora podría andar detrás de ti como hace?

—No sabes de lo que hablas, Mariana. ¡No sabes nada!

—Hablo de que eres una egoísta, querida. Y de que nuestro padre no está en condiciones de andar de un lado a otro de Manila, para arreglar lo que tú estropeas. ¡Tú sí que no sabes nada! Pero se vive mejor así, ¿verdad? ¡Es mucho más fácil! A mí también me gustaría no saberlo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que te gustaría no saber? ¿Le pasa algo a papá?

Mariana se recogió su falda de polisón y se dispuso a bajar a la planta principal. Munda la siguió escaleras abajo. Confiaba en que aquellas palabras sólo fueran una treta más de las muchas de las que se servía su hermana para molestarla desde que eran pequeñas, pero le asustó la expresión que descubrió en sus ojos, muy diferente a la que solía utilizar cuando sólo deseaba hacerle daño. Munda la sujetó del brazo a mitad de las escaleras y la detuvo.

—¿Está enfermo?

—Tú misma lo has dicho hace un momento, no preguntes sobre algo de lo que no quieras saber. Y tú llevas casi dos años sin querer saber nada de él.

Su padre estaba enfermo y ella ni siquiera lo sabía. ¿Cómo había podido dejar que ocurriera?

¿Cómo había consentido que pasara el tiempo, mientras la distancia entre ellos aumentaba? ¿Hasta dónde había llevado su castigo? ¿Tuvo razón en condenarle sin haberle escuchado siquiera? Quizá debería haber hablado con él, antes de consentir que el dolor transformara su relación en vacío, el mismo vacío que su padre llenó con tristeza y agotamiento, y quizás incluso con aquella enfermedad que ocultaba sin que Munda entendiera el porqué, el mismo vacío que ella había llenado de indiferencia.

Durante más de dos horas, lloró encerrada en su cuarto, tendida sobre la colcha, pensando a la vez en su padre y en Manuel, deseando que no fuera verdad lo que Mariana acababa de insinuarle, y deseando que Alejandra y Mani volvieran con la noticia de que podrían ayudar a Manuel a ponerse a salvo.

No reparó en que se había quedado dormida hasta que llamaron a la puerta. Munda descorrió el cerrojo, segura de que Alejandra y Mani le traían las noticias que esperaba, pero, al abrir, se encontró con el tagalo que solía esperarla en la esquina de la calle Real con Magallanes. Su voz ronca la sacó del aturdimiento.

—Señorita Esclaramunda, la esperan en el cuarto de la plancha.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—El señorito Manuel la espera.

No quiso correr. Él le había dicho que estuviese preparada para salir hacia La Habana en cualquier momento. Aquella tarde debería ser la primera de otras muchas, camino de la tierra donde nacerían sus hijos.

Bajó las escaleras intentando saborear las últimas gotas de esperanza. Pero Munda sabía que aquellos planes ya se habían desmoronado, que la espera y la incertidumbre, presentes en su relación con Manuel desde que esta empezó, no terminarían nunca.

El tagalo la acompañó hasta el cuarto de la plancha. Al entrar, Munda vio un artilugio de aguador sobre la mesa.

No se giró. Cuando escuchó que el cerrojo de la puerta se cerraba detrás de ella, cerró los ojos y esperó.

Manuel le besó la nuca y se abrazó a su espalda.

Munda no podía evitar el presentimiento que arrastraba desde que apresaron a doña Lía. No quería volverse hacia él, no quería escuchar lo que había ido a decirle, no quería mirarle.

Pero él la cogió por los hombros, la giró y le rodeó la cara con las manos.

—¡Mi querida Esclaramunda!

—¡Por favor, no permitas que nos separen otra vez!

—Yo siempre te llevo en mi corazón, nada ni nadie conseguiría separarme de ti.

—Yo también te llevo en mi corazón, pero no se trata de eso, Manuel. Por lo que más quieras, no les sigas el juego, sería un sacrificio inútil.

—No temas, confía en mí. Nuestros hijos nacerán en Cuba.

Munda se abrazó a Manuel con la misma desesperación con que le abrazó en el *Isla de Luzón*. Con la misma ansiedad con que se abrazaron después en cada uno de sus encuentros. Con la inevitable sensación de que aquel era el último. Con la misma desazón, pero con más angustia. Con toda la angustia.

—Tengo que irme, Esclaramunda.

—Pero no puedes dejarme así. ¿Qué voy a hacer yo ahora?

Manuel se inclinó para recoger su artilugio de aguador, se lo colocó en el hombro y la besó en la frente.

—Déjate guiar por los acontecimientos. Confía en tu instinto, y ten presente que todo, absolutamente todo lo que pase de ahora en adelante, sólo tendrá sentido si confías en mí.

Munda estaba a punto de contestarle cuando se escucharon unos golpes en la puerta. Le hubiera gustado decirle que no le pidiese una confianza así, tan ciega, como la que había guiado a su madre a disparar contra ella en su ceremonia de iniciación al Katipunan, no era esa la clase de confianza en la que había aprendido a vivir.

Pero los golpes insistían.

—¡Niña Munda! ¡Abre!

Munda abrió, y Mani y Alejandra entraron en el cuarto y cerraron la puerta tras de sí. El médico saludó a Mani con una inclinación de cabeza, y a Alejandra le extendió la mano que tenía libre.

—Ha crecido usted mucho, señorita Inés, ¿o debo llamarla señorita Alejandra? Apenas si parece la misma niña que viajaba en el *Isla de Luzón*. Está preciosa.

—Gracias, Manuel, me gustan mis dos nombres, elige tú. Pero no tenemos tiempo para cumplidos. Tienes que irte ya. El comandante Ribó viene hacia aquí.

Manuel besó de nuevo la frente de Munda, se ajustó el artilugio de aguador y se dispuso a salir, pero antes, Alejandra se acercó a él y le besó en la mejilla.

—Ten mucho cuidado. La casa de tu madre está vigilada, no vayas por allí. La otra está libre.

—Gracias, pequeña, lo tendré en cuenta.

El tagalo de voz ronca, que esperaba en el pasillo desde que condujo a Munda hasta el cuarto de la plancha, guio al médico hacia la salida de carruajes. Antes de llegar a la puerta, cogió un cántaro de barro de una cantarera y se lo extendió al doctor. Manuel se colocó en el quicio de la puerta, vació en el cántaro el contenido de su olla, esperó a que el tagalo le diera unas monedas y se marchó.

Lo último que Munda vio de él fue su espalda, encorvada bajo la barra de aguador. Le hubiera gustado que se girase para mirarla, quizás aquella podría ser la última vez, pero no lo hizo y, en el fondo, Munda lo agradeció, no quería que la viera llorando.

No sabía lo que le deparaba el destino, ni los acontecimientos de los que hablaba Manuel, pero, por mucho que confiase en él, por mucho que se dejara guiar, no podía evitar imaginarse la figura de la nodriza caminando entre dos guardias civiles hacia el parque de la Luneta.

El miedo puede convertirse, en sí mismo, en la peor pesadilla.

El tagalo de voz ronca, el que la había interceptado por dos veces cuando se dirigía a casa de doña Lía, y la acompañó hasta el barrio de Binondo el día de la fiesta de Mariana, no siguió a Manuel cuando salió del palacete, sino que cruzó la puerta hacia el interior de la vivienda y se dirigió a la cocina.

Munda no salía de su asombro, miró a Mani y se tapó la boca para hablar en susurros.

—¿Qué significa esto?

—¿Qué cosa?

—¿Quién es ese hombre? ¿Por qué se ha metido en nuestra cocina?

—¿Y dónde quieres que se meta? Es uno de los mozos de las cocheras. Aunque no me preguntes cuál ni cómo se llama, estos indios son todos

iguales. ¿Por qué?

Munda no sabía qué contestar.

—¿Cómo puedes decir eso, Mani?

—Porque es así, y si no, ¿por qué no lo reconociste tú? Has tenido que verlo muchas veces antes que hoy. No sólo trabaja en las cocheras, también ayuda al jardinero cuando hay que cortar los setos.

Munda sintió una punzada en el estómago. Le hubiera gustado no tener que admitirlo, pero en aquel momento se dio cuenta de que era el mismo que abría la puerta cada vez que llegaba un carruaje. Nunca se había fijado. Por segunda vez, desde que llegaron a Filipinas, no reconocía a una persona después de haberla visto varias veces. La primera fue con Lucio Luzón, el criado de la serpiente, y ahora con el tagalo de la voz ronca. ¡Trabajaba en la casa! Con razón podía encontrarla siempre en el mismo lugar: no se trataba de que la esperase allí, ¡la seguía desde el palacete!

50

El comandante Ribó no llegó a entrar en el palacio de la calle de Santa Clara. Se encontró con el marqués de Sotoñal cuando se disponía a tocar la campanilla situada en la verja del jardín, frente a la puerta principal de la vivienda.

Todavía no había comido, tenía hambre, lo que solía provocarle un acceso de ira que apenas sabía controlar. Pero al salir de la Comandancia, en lugar de dirigirse a la fonda donde acostumbraba a comer, decidió caminar hasta la calle de Santa Clara para entrevistarse nuevamente con Munda. La visita de la mañana no le había dejado satisfecho.

Antes de tocar la campanilla, don Francisco se colocó delante de él y metió el brazo a través de la verja para abrir el cerrojo, pero no le saludó. También había llegado caminando. El comandante tuvo que apartarse para abrirle paso.

—¡Buenas tardes, don Francisco! Precisamente venía a verles.

—¿Con qué motivo?

—Unos flecos en la conversación de esta mañana que me gustaría aclarar. Si no tiene inconveniente.

—¿Trae usted una orden?

—Pues no.

—Pues entonces sí tengo inconveniente.

El marqués abrió la puerta de la cancela y la cerró tras él.

Desde el lado exterior de la verja, el comandante sintió como si el vacío le golpeara el estómago. Debería haber comido antes de realizar la visita, le desagradaba aquella sensación de debilidad que, en cierto modo, le hacía vulnerable ante los otros. Lo mejor habría sido dirigirse directamente a

comer a la fonda, dormir una buena siesta y ocuparse de aquel asunto cuando su cuerpo no se empeñara en traicionarle. Después de todo, sólo se trataba de una excusa para volver a ver Munda, para sentir su nerviosismo, mal disimulado entre fórmulas de cortesía que la hacían parecer culpable incluso cuando no tenía motivos. Aquella visita ni siquiera resultaba imprescindible, él ya tenía entre rejas lo que perseguía desde hacía tiempo. Además, el gobernador le había rogado que dejara al margen de la investigación a la familia Camp de la Cruz. Y pensaba hacerlo, pero el desplante del marqués, unido al vacío de su estómago, le provocaron un deseo de venganza que no pudo sujetar.

—Como usted desee, señor marqués. Pero le habría gustado saber que hay un testigo que sitúa a su hija Munda cerca de la cueva de Bernardo Carpio el Viernes Santo, en una tenida del Katipunan.

Don Francisco no se giró, pero al comandante no le hizo falta verle la cara para descubrir que su frase había causado el efecto deseado. Tuvo que hacer un esfuerzo evidente para no detenerse. Su espalda se enderezó, la mano derecha apretó el bastón contra la grama y la izquierda sujetó el sombrero, a punto de caer por un movimiento extraño que no pudo controlar, sus pies dudaron entre seguir o no seguir.

El comandante continuó en la verja hasta que vio cómo Munda salía al jardín y sujetaba a su padre. Ella los miró a los dos, primero a don Francisco, que se abandonó en sus brazos como un caído en la batalla, y después a él, que le devolvió la mirada sin atreverse a desplegar sus plumas de vencedor.

Le dolía el estómago y las manos comenzaban a sudarle, no quería que Munda le descubriera así. Se dio media vuelta y dejó que la joven volviera a ocuparse del enfermo.

Ella le vio alejarse, pero no percibió en él el triunfo que le hubiese gustado exhibir, ni las batallas ganadas, tan sólo vio a un hombre que se alejaba del palacio como si escondiera la mano después de haber lanzado un cuchillo.

El rostro del marqués parecía de cera, la sangre había huido de sus capilares. Las manos agarrotadas, los ojos perdidos. Tosía, pero apretaba los

labios tratando de controlar unos espasmos que le obligaban a encorvarse.

En el piso superior, asomada a la barandilla del distribuidor del que partían las dos alas del palacete, Alejandra gritaba:

—¡Papá! ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Al escuchar los gritos de su hermana menor, Mariana salió de sus habitaciones y corrió hacia ella. Cuando vio a su padre en el suelo, con la cabeza entre los brazos de Munda, se precipitó escaleras abajo.

—¡Traed al médico! ¡Rápido! ¡Que alguien vaya a buscarlo a su casa! ¡Corred!

El asistente personal corrió a buscar al médico de la familia, que pasaba consulta a unas manzanas del palacete. En menos de media hora, don Francisco reposaba en su cama, y el doctor tranquilizaba a sus hijas restándole importancia al episodio.

—Sólo ha sido un susto. No hay que preocuparse. Buenos calditos de gallina y de calabaza, un poquito de reposo y a olvidarse cuanto antes del día de hoy.

—¿Está usted seguro, doctor? ¿No le receta alguna medicina?

—No hace falta, señorita Mariana. No se preocupe, se pondrá mejor. Pero ahora sería conveniente que le dejaran descansar.

Munda y Alejandra, cada una a un lado de la cabecera, intentaban mantenerse en calma. No lloraban, pero no podían disimular su preocupación. Munda no soltaba la mano de su padre.

—¿Qué pasa, papá?

Don Francisco sonrió, apenas podía mantener los ojos abiertos, y su voz era casi inaudible.

—No pasa nada, pequeña. Una indigestión.

Se quedó dormido mientras hablaba. No tenía demasiada fiebre, pero sudaba tanto que apenas le cambiaban la funda de la almohada ya había que ponerle otra seca.

El doctor le tomó el pulso mientras Alejandra le secaba la frente y le colocaba una toalla de algodón en la nuca. Se le saltaban las lágrimas.

—¿Cómo está, doctor?

—¡Bien, bien! No te preocupes.

—No parece que esté bien, no tiene por qué engañarme. Preferiría saber lo que pasa. Mariana rodeó a su hermana por los hombros y la apartó de la cabecera de su padre.

—Pero ¡qué va a pasar, mujer! Ya has oído al médico. Sólo necesita descanso. Será un resfriado. Pero tenemos que dejarle dormir. Aquí no hacemos nada ya. ¿Verdad, doctor?

—Efectivamente. Dormirá por lo menos un par de horas.

—¿Lo ves? ¡Anda! ¡Baja al comedor, que ya debe de estar la mesa preparada! ¡Son más de las tres! ¡Mundita, querida, acompáñala tú, que yo voy enseguida! Y pasad primero a recoger a María Francisca, por favor, ella tampoco ha comido aún.

Munda continuó sujetando la mano de su padre y miró al doctor, que acababa de ponerle a don Francisco unas gotas en los labios.

—¿Qué tiene? ¿Es grave?

—Se pondrá mejor. Pero tiene razón su hermana, ahora debemos irnos. Es muy importante que descanse.

Alejandra y Munda salieron del dormitorio y se dirigieron hacia el gabinete de su hermana para recoger a la niña. Mientras tanto, Mariana acompañó al doctor hasta la puerta principal del palacete y volvió a insistir sobre la medicación.

—¿No sería mejor que tomara algún calmante? No ha dejado de toser desde que le visitamos la semana pasada.

Mariana y el doctor ya se conocían. Ella misma había llevado a su padre al consultorio en varias ocasiones, alarmada por su delgadez y por una tos que arrastraba desde hacía tiempo. El doctor podría haber ido a verle al palacete, pero don Francisco prefirió visitarle en su consulta para no alarmar a Munda y a la pequeña Inés, como don Francisco seguiría llamando toda su vida a la pequeña Alejandra. En realidad, si hubiera sido por su gusto, el marqués ni siquiera habría acudido a la consulta, sólo tenía un poco de fiebre y unos golpes de tos que no terminaban de curarse. Lo más probable sería que se tratase de un catarro, pero Mariana se empeñó y quiso tranquilizarla. Ya había sufrido suficiente con la muerte de su hijo, no quería que sufriera también por él. Desde que el niño murió, se comportaba

de una forma extraña. Su carácter absorbente, propenso a los celos y a la competitividad, se había agravado, sobre todo para con su hija y para con él. Al marqués no le importaba, no había nadie más que reclamara su atención, y a Munda y a Inés parecía no afectarles, pero la relación de Mariana con su hija rondaba lo enfermizo. Por un lado, no consentía que la niña se apartara de ella más que en las horas de sueño, y por otro, nunca la cogía en brazos ni la besaba, pero se encendía si descubría a su tata haciéndole arrumacos. La niña estaba a punto de cumplir los tres años. Había heredado la belleza rubia de su madre, de ojos azules y piel de porcelana. Y sin embargo, se parecía a su abuela Lucía. A pesar de las diferencias físicas, y de que nunca se conocieron, sorprendía descubrir en ella sus gestos y su forma de moverse. A Mariana no le agradaba, no porque su hija se pareciera a su madre, sino porque aquellos gestos también la hacían parecida a su hermana Munda. Y eso era lo último que ella quisiera.

Su hijo, en cambio, no tenía rasgo alguno de la familia Camp de la Cruz. Incluso de recién nacido, era idéntico a su padre. Los mismos ojos castaños que Ricardo, la misma boca, las mismas manos.

Mariana sólo había permitido que la nodriza lo cogiese para darle de mamar, el resto del tiempo siempre lo tuvo ella en brazos. Abrió los ojos tres días después de nacer, en la víspera del bautizo. Apenas lloró cuando el obispo le derramó el agua sobre la cabeza, pero miró a su abuelo como si realmente le estuviera viendo.

Su padre se sentía tan orgulloso de ella. ¡Por fin un heredero que llevaría su nombre!

No debería haberse encariñado tan pronto con él. Los niños mueren. Todo el mundo lo sabe. No se les debería querer hasta que no crecieran. Hasta que no se tuviera la certeza de que llegarían a ser hombres. Pero ya no tenía remedio, fue tanta la alegría, cuando le dijo la comadrona que había sido un varón, que no pensó que debería haberse controlado. Y ahora ya era tarde.

Desde que el niño murió no había vuelto a entrar en su cuarto. Era mejor así. Huir de su recuerdo todo lo que estuviera en su mano. Y cada vez que su carita inmóvil le venía a la mente, se ocupaba en alguna actividad de

las muchas que implicaba el gobierno de la casa. Sin embargo, no podía controlar que no apareciera en sus sueños cada noche.

Debería existir alguna forma de que las madres no quisieran a los niños hasta no saber que se harían mayores.

Mariana acompañó al doctor hasta la puerta principal. Salieron al jardín y se encaminó con él hacia la cancela, tratando de convencerle de que debería recetarle algún medicamento que le aliviara la tos.

El doctor sacó un pequeño frasco del bolsillo de su gabán y se lo entregó antes de llegar a las rejas.

—Dele unas gotas esta noche. Pero tenga mucho cuidado, es láudano, no conviene que se acostumbre. Es la única medicina que puedo administrarle; esto, calditos y muchas horas de descanso, todas las que pueda usted sujetarle en la cama.

Mariana cogió el frasco y se lo apretó entre las manos. Cuando regresaba hacia el palacete, encontró el sombrero y el bastón de su padre. Nadie los había recogido aún. Aquel sombrero todavía conservaba la cinta negra por el pequeño Francisco de Asís, el único al que Mariana había dejado la cinta. Don Francisco lo usaba únicamente cuando iba a la catedral, solía decir que quería que los frailes supieran que se comportaba como un buen católico y que guardaba el luto como era debido. Según el marqués, en aquellas tierras había que tener mucho cuidado con las apariencias relacionadas con el culto. Los frailes no sólo controlaban la vida de los parroquianos alquilándoles sus tierras y cobrándoles el canon de los terrenos, sino que controlaban también la muerte a través del miedo al purgatorio. Hasta tal punto era así, que algunos feligreses llevaban un registro por escrito, donde apuntaban el número de años de penitencia que ganaban o perdían con sus actos. Diez años de indulgencia por cada letra de «Bendita sea tu pureza» y de «Señor mío Jesucristo»; una plenaria por cada comunión; veinte días en el fuego de las ánimas por cada gota de agua bendita derramada inútilmente; sesenta por cada letra de cualquier palabra que pudiese herir los oídos del Señor; cuarenta por cada hilo desperdiciado al bordar las casullas; treinta por cada botón mal cosido; y así, una larga

lista de ofensas y desagravios, que algunos fieles contabilizaban en el debe y el haber de sus libretas con sus particulares asientos.

El marqués había visto en la catedral algunos de estos «libros de contabilidad». En más de una ocasión, presenció cómo se defendían los fieles de la acusación de masón o de filibustero, y cómo le enseñaban al confesor sus libros de cuentas. Cada comunión, cada rosario, cada jaculatoria, cada acto de contrición, apuntados al detalle.

La acusación de pertenecer a la masonería podía llegar en cualquier momento y por cualquier motivo: haber celebrado el día de San Juan con más pompa que otra fiesta, tocar música de Haydn o de Mozart, especialmente si la pieza elegida era un fragmento de *La flauta mágica*, leer libros de Oscar Wilde, Victor Hugo o Rubén Darío, la G como inicial del nombre, o de la calle, o del apellido, o del nombre de los hijos, tener una acacia en el jardín, o una escalera de siete peldaños o de un múltiplo de este número, o cualquier relación con el número tres, por muy forzada que esta fuese: tres hijos, tres piedras a la entrada de la casa, tres macetas, tres cuadros, tres sillas en el recibidor.

Hacía tiempo que la masonería no se consideraba una actividad prohibida en España, pero en Filipinas, debido al origen masónico de los primeros katipuneros, las autoridades coloniales no se mostraban dispuestas a distinguir entre las dos sociedades secretas. Para ellos, ser masón equivalía a ser katipunero, y el Katipunan se había declarado enemigo de la Corona. Cualquier katipunero era, por lo tanto, un traidor.

Este fue el motivo por el que se horrorizó cuando el comandante acusó a Munda de haber asistido a una tenida del Katipunan.

Daba igual si el testigo de Ribó era falso: de seguir adelante con aquella acusación, podía significar una condena a muerte.

Ni siquiera había reconocido al comandante cuando le vio rondando por el exterior del palacete, pensó que se trataba del pretendiente de alguna de las sirvientas, y pasó a su lado agradeciendo que no se tratase de una visita. En aquel momento, no tenía fuerzas para entablar una conversación, necesitaba un diván donde poder reponerse de la caminata desde la catedral.

Debería haber alquilado una calesa, pero pensó que le vendría bien el paseo. No reparó en que la humedad comenzaba a cargar la tarde de nubes negras.

Sus pulmones se estaban cerrando cuando consiguió llegar a la calle de Santa Clara. Abrió la puerta de la verja sin haber reconocido todavía al comandante. Entonces fue cuando le habló. Se dirigió a él con esa altivez que caracteriza a los que se creen inferiores. En otras circunstancias le habría invitado a pasar, pero no podía respirar, necesitaba llegar cuanto antes al ambiente seco de la casa, la tos empezaba a presionarle el pecho. La visión se hacía borrosa, y las piernas apenas le respondían. Se le nubló la vista cuando escuchó a Ribó hablar detrás de él sobre su hija.

No podía recordar cómo había llegado desde la verja a la casa. Munda salió a recibirle. ¿O fue Mariana? Hubo gritos. La pequeña Inés le miraba desde el corredor donde terminaban las escaleras. Se parecía cada vez más a Munda, las dos habían heredado la sonrisa de su madre. Una sonrisa blanca que contrastaba con el moreno de la piel.

No se encontraba bien, alguien le había tendido en el suelo y le sujetaba la cabeza. Las voces desaparecieron para dar paso a un pitido que se hacía cada vez más agudo. Hasta que de pronto llegó el silencio. El silencio y la oscuridad. Y aquel fuego que le abrasaba los párpados. Mariana se acercó a su oído y le dijo que no se preocupara, que siguiera durmiendo, que todo estaba bien. Pero él necesitaba abrir los ojos. Debía levantarse para proteger a Munda de la inquina del comandante Ribó. Ella también estaba a su lado. Le cogía la mano y le preguntaba qué pasaba. Se le notaban los nervios en el temblor de la mano. La pequeña Inés le secaba la frente. También temblaba. Él quiso tranquilizarlas, pero el doctor le puso en los labios una sustancia dulzona y no pudo resistir el sueño.

51

Cuando Mariana llegó al comedor, sus hermanas se levantaron de la mesa y se abalanzaron hacia ella

—¿Qué ha dicho el médico?

—¿Cómo está? ¿Es grave?

—¡Tranquilas, no os preocupéis! Se pondrá mejor.

Munda trató de mostrarse calmada, pero sus nervios la superaban. Las dos personas a las que más quería en la vida se encontraban en peligro, y ella no podía hacer nada por ninguna de las dos.

—¿Cómo que se pondrá mejor? ¿No va a curarse?

—Mundita, hija, ¿no quedamos en que no preguntarías lo que no quisieras saber?

—Por favor, Mariana, déjate de tonterías. ¿Qué le pasa?

—Te lo dirá él cuando crea que te lo tiene que decir. Yo, desde luego, no pienso seguir hablando de este asunto.

Alejandra se puso delante de Mariana y la miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Tenemos derecho a saber qué le pasa a nuestro padre. Mariana, por favor, no seas cruel.

—¿Así que tú también, Inesita? Estaba claro que algún día tendría que enfrentarme a las dos. Munda levantó la voz por primera vez.

—Pero ¿se puede saber de qué hablas? Sólo queremos saber qué le pasa a papá.

Mariana le dio la mano a su hija y se dispuso a salir del comedor. Pero antes, se giró hacia sus hermanas. Tenía los ojos más azules que nunca.

—Tendréis que esperar hasta que os lo diga él. Yo no tengo su permiso para contarlo.

Las horas pasaban en el palacete de la calle de Santa Clara como si toda la arena del desierto tuviera que atravesar el mismo cuello de un reloj. Munda intentó en varias ocasiones hablar con don Francisco, pero no se despertó hasta bien entrada la noche, y Mariana no se separaba de su cama.

En su cuarto, Munda intentaba permanecer despierta. Pensaba en su padre, enfermo desde no sabía cuándo y, sin embargo, preocupado por ella como cuando era una niña. Y también pensaba en Manuel y en la señora Punang, envueltos en una telaraña de la que sería difícil liberarse.

Estaba amaneciendo cuando escuchó unos golpes en la puerta del gabinete. Había llorado tanto que apenas conseguía despegar los párpados.

—¡Señorita Esclaramunda!

Munda reconoció enseguida la voz ronca del tagalo. Entreabrió la puerta y, después de comprobar que nadie más le había visto, le tiró de una manga y le hizo pasar a su gabinete.

—¿Ha pasado algo? ¿Qué sabes de Manuel y de la señora Punang?

—¡Tengo un recado!

—¿Están bien?

—No se preocupe, señorita, los dos están bien, pero convendría que fuera usted a la Comandancia. Si lo desea, yo podría acompañarla. Tendré enganchado uno de los coches para cuando usted pueda salir.

Antes de que nadie de la familia se levantase, los dos emprendían camino a la Comandancia en una berlina. No quería llorar, pero le brotaban las lágrimas sin que ella pudiera detenerlas. No podía creer que Manuel estuviera preso. No podía ser verdad. Durante todo el trayecto, en lo único que podía pensar era en la nodriza, y en los comentarios que escuchó en los corrillos del salón el día que enterraron al pequeño Francisco.

El parque de la Luneta, los fusiles, los gritos de «Viva España», los toros, las vendas negras tapando los ojos de los condenados a muerte.

Al llegar a la puerta de la Comandancia, se secó la cara y se retocó las mejillas con polvos de harina. Manuel no podía verla así.

El comandante la saludó llevándose la mano derecha a la sien, en un saludo militar que apenas llegó a terminar.

—¡Señorita Camp de la Cruz! ¡Mucho ha madrugado hoy! Me alegro de verla otra vez por aquí.

¿No la acompaña el señor marqués?

—Mi padre está enfermo.

—¡Vaya! ¡Cuánto lo siento! Confío en que no sea nada grave. Usted tampoco parece encontrarse bien.

—¿Están aquí la señora Punang y su hijo?

—Aquí están. ¿Ha venido a verlos?

—Así es, ¿puedo?

—Naturalmente.

El comandante la llevó al mismo cuartito donde se produjo el interrogatorio la semana anterior. La puerta que tenía un ventanuco se encontraba entornada.

—¡Sígame!

Atravesaron la habitación rodeando la mesa donde Ribó había extendido la carta de Manuel. Munda contuvo la respiración cuando traspasó la puerta del ventanuco.

El comandante no dejaba de mirarla con su único ojo, como si tratase de descubrir una reacción diferente a la que debía esperarse. Ella recordó las palabras de Manuel. Debía guiarse por su instinto y seguir los acontecimientos.

Los detenidos se encontraban sentados en dos sillas, esposados con las manos a la espalda. Los dos mostraban signos de haber sido golpeados. Detrás había dos guardias civiles con sus máuser al hombro, y frente a ellos, una única silla.

Munda hizo un ademán de acercarse a los detenidos, pero el comandante la sujetó y le señaló la silla vacía.

—Está prohibido el contacto físico. Puede hablar desde aquí.

Pero no habló. Se sentó intentando buscar las palabras, rogándole a su instinto que le mostrara el siguiente paso. Pero antes de que lo encontrara,

el detenido miró al comandante y la señaló a ella con la barbilla. Le sangraban los labios y las cejas.

—Ni mi madre ni yo conocemos a esta señorita. Se han equivocado de persona. El comandante sonrió.

—No esperaba menos de usted, señor Punang.

Lo dijo sin dejar de mirarla. Munda sentía la presión de aquel ojo como si un ejército entero la observase. Se levantó, salió del cuarto y se dirigió lo más deprisa que pudo hasta el patio de armas.

—¡Dios mío!

El comandante Ribó la siguió. Continuaba sonriendo, como si acabase de alcanzar una victoria.

—Lo ha hecho usted muy bien, Esclaramunda. Ha estado a punto de hacerme creer que no les conoce. Pero me temo que ha disimulado más de lo necesario y, francamente, no la considero a usted tan inexpresiva.

Munda no le contestó. Salió de la Comandancia y se dirigió hacia el carruaje, donde la esperaba el tagalo con las bridas en la mano. Llevaba la cara descompuesta.

—¡Deprisa! ¡Vámonos!

Cuando llegaron al palacete, Munda pidió al criado que la siguiera y le llevó hasta el cuarto de la plancha. No podía respirar.

—¡No son ellos!

Estaba temblando. El tagalo le acercó una silla y la ayudó a sentarse.

—Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes? ¿Dónde está Manuel?

—Está a salvo, no se preocupe. La espera en Mindanao. Está todo arreglado para que se reúna con él inmediatamente.

—¿Y por qué habéis hecho que fuera a la Comandancia?

—Había que demostrarle a Ribó que no tenía que seguir buscando al autor de la carta. Ahora dejará en paz a los detenidos.

—¡Eso es imposible! Ribó y Manuel viajaron juntos en el *Isla de Luzón*. El comandante le reconocería en cuanto le viese. No ha podido confundirle con el detenido.

—No, señorita Esclaramunda, el doctor Rubio nunca se dejó ver por el comandante. Él siempre salía a cubierta cuando Ribó estaba con sus hombres al otro lado del barco, y nunca comió en el camarote de oficiales. El comandante sólo tenía que ver que usted trataba de fingir que no le conocía para saber que había apresado al doctor.

—¿Qué quieres decir? ¿De quién ha sido la idea de utilizarme así? ¿A qué viene todo esto?

—No se enfade, señorita, piénselo bien: ¿habría sabido fingir que fingía no conocerles? Munda se levantó indignada.

—¡No lo sé! Pero dile a Manuel que así no se hacen las cosas conmigo. ¡No soy una marioneta! Y dile también que no pienso ir a Mindanao.

Antes de salir, Munda miró al criado como si hubiese caído en la cuenta de algo en ese instante.

—¿Los detenidos también se llaman Punang?

El tagalo sujetó la puerta para dejarla pasar. No se mostró extrañado por la pregunta. Al contrario, más bien se diría que la esperara.

—También.

—¿Son familia de Lía Punang?

—Son hermanos.

—¿Y tú? ¿Eres hermano también?

—Permítame que no le conteste a esa pregunta, señorita Esclaramunda.

Salieron del cuarto de la plancha por separado, él hacia las cocheras y ella hacia las habitaciones de su padre, donde encontró a Mariana administrándole las gotas que le había recetado el doctor.

El mundo le pareció un lugar frío y sin sentido.

52

—¿Sabe mi padre que deberíamos irnos a Toledo? Allí el clima es más benigno. Incluso podíamos pensar en ingresarlo en alguna clínica de la sierra de Madrid. A mi madre también estuvimos a punto de llevarla. Nos dijeron los médicos que era la única solución para su mal. El aire de la montaña podría mejorarla, incluso curarla, ¿no es así?

—Por supuesto, ya lo he hablado con su padre, pero no desea someterlas a ustedes a otro traslado.

—¡Qué tontería! Tampoco son tantos. Debería usted hablar con Mariana, doctor. Estoy segura de que mi padre aceptaría el traslado si se lo propusiera ella.

—No se preocupe, señorita Munda, su hermana ya sabe que su padre necesita aire seco. Aunque quizá debería hablarle usted también. Entre las dos sería más fácil convencerle.

Munda había acudido a la consulta del médico con la determinación de no salir de allí hasta que no supiera el alcance de la enfermedad de don Francisco. Había pasado una semana desde que el marqués se desmayó en el jardín, y ni él ni Mariana querían confesarle su dolencia. Sabía que el doctor tampoco le desvelaría el diagnóstico, pero sólo necesitaba conocer el tratamiento para confirmar sus temores. Aquella tos era idéntica a la de su madre. Como la fiebre, el sudor y la falta de apetito.

Aún recordaba el llanto de Mani cuando salía de su habitación con las bandejas intactas. Adelgazó tanto que casi costaba reconocerla. Munda sólo tenía once años, pero la imagen de su madre continuaba tan viva como el último día en que la vio. Demacrada, sudorosa, con las ojeras devorándole las mejillas y aquella tos seca que ahora ahogaba a su padre.

No sabía nada de Manuel. No podía creer la falta de confianza que le había demostrado.

El tagalo intentó en varias ocasiones comunicarse con ella, pero ella no deseaba hablar, sólo trataba de encontrar la razón de aquella farsa. Había muchos cabos de los que deseaba tirar, pero aún no podía pensar fríamente, y al mismo tiempo no quería dejar que Manuel tomase la iniciativa. Ni cartas, ni emisarios, ni citas inesperadas. Ella misma buscaría las respuestas a las preguntas que se hacía. Tampoco acudiría a su padre, no se encontraba en condiciones de pensar más que en recuperar la salud. La última semana no había hecho otra cosa que acompañarle. Casi no se había separado de él. Mariana y Alejandra se turnaban para salir con María Francisca y su tata al jardín, pero ella permaneció junto a la cabecera de su cama hasta que don Francisco pudo levantarse.

Poco a poco, el enfermo consiguió pasar de la cama al sillón, de ahí a la mecedora del porche, y del porche a dar pequeños paseos, que incluso le permitieron subir a un carruaje para llegar hasta el parque de la Luneta.

Munda aprovechaba las ausencias de Mariana y de Alejandra para conversar con él como cuando era pequeña. En una semana hablaron más que en los últimos dieciocho meses. Excepto la visita a los detenidos, apenas les quedó nada por contarse. Munda le habló de Manuel, de la casa de la calle Real esquina con Legazpi, de su disfraz de tagala, de la gallera y de la ceremonia de iniciación de doña Lía. El marqués se llevó las manos a la cabeza cuando hubo terminado.

—¡Santo cielo, Munda! Has corrido un grave peligro. Todos los katipuneros son blanco de la Guardia Civil. ¿Conseguiste advertir al doctor Rubio para que no se entregase?

—No te preocupes por eso. Todo está resuelto.

—Este asunto no me gusta, hija, deberías alejarte cuanto antes. El Katipunan defiende la lucha armada y no creo que tú quieras eso. ¿No es así?

—¡Claro que no, papá!

—Volveré a hablar con el arcediano y con el gobernador para que trasladen al comandante. Y si el doctor Rubio ya no corre peligro, deberías

olvidarte de él. No te conviene.

—No te preocupes, el comandante Ribó no nos molestará más, y de Manuel ya me he olvidado.

—¿Estás segura?

—Me equivoqué con él. Ni siquiera merece la pena que hablemos de ello. Estoy completamente segura.

—¿Y la carta de emancipación?

—Ya no la necesito, papá.

El marqués volvió a preguntarle si estaba segura, y ella volvió a responder afirmativamente, pero no era cierto, no podía estarlo hasta no averiguar por qué la había utilizado Manuel y, sobre todo, desde cuándo.

En una de las ocasiones en que su padre salió de casa para dar un paseo por la Luneta con Mariana y María Francisca, tal y como acostumbraban hacer antes de caer él enfermo, Munda se dirigió nuevamente a la Comandancia. Necesitaba saber cómo llegó la carta de Manuel a las manos del comandante Ribó y, a ser posible, volver a ver a los detenidos.

Antes de salir del palacete, Mani quiso detenerla.

—¡Ay, niña Munda! ¡Tú estás loca! ¿Otra vez te meterás en la cueva de los lobos? ¿Y qué piensas hacer allí? ¿Crees que el comandante te dirá lo que los otros no te dijeron?

—Ya no sé qué pensar, Mani. Creo que Manuel y el criado son hermanos de logia. Es curioso, ¿no? Yo siempre defendiendo la capacidad de las mujeres para guardar secretos, y ni siquiera ellos han confiado en mí. Al menos Manuel podría haberlo hecho.

Munda se dirigió a la Comandancia en la calesa, pero no salió por la puerta de carruajes, no quería que el mozo de la voz ronca conociese sus movimientos. Ordenó al mayordomo que preparasen un coche y que la recogieran en la puerta de la verja del jardín. Mientras tanto, Mani se encargó de entretener al tagalo.

Hacía días que Lucio Luzón ya no la vigilaba. Desde que apresaron a la señora Punang, parecía que las sospechas habían dejado de recaer sobre ella.

Y sin embargo, a pesar de que no había nadie a la vista, Munda no podía evitar la sensación de que alguien la seguía. Tan sólo se trataba de un presentimiento, pero decidió tomar precauciones y, en lugar de dirigirse directamente a la Comandancia, le pidió al cochero que la llevara a la catedral. Una vez allí, bajó del carruaje y se metió en el templo por una de las puertas laterales. Después de rezar durante unos instantes, atravesó el crucero, hizo una genuflexión ante el sagrario y salió por la puerta principal, donde alquiló una berlina.

El comandante Ribó parecía de buen humor aquella tarde. Algunos soldados limpiaban sus armas en el patio y otros jugaban a las cartas. Todavía podían distinguirse en el ambiente los olores del *sinigang* que habían comido al mediodía, una sopa acidulada con frutas del tamarindo que al comandante siempre le subía los ánimos. No hacía demasiado calor. A pesar de que se encontraban a mediados de mayo, se estaba adelantando la temporada de lluvias, lo que suavizaba el ambiente tórrido de los meses anteriores.

El comandante la saludó con más amabilidad de lo habitual, como si volviera a considerarse el amigo con el que la familia compartió mesa en el comedor de oficiales del *Isla de Luzón*.

—¡Señorita Munda! ¡Me alegro mucho de verla! ¿Cómo sigue su padre?

—Está mejor, gracias. ¿Puedo ver a los detenidos?

—¡Vaya! Pensé que lo sabría por su cuñado. La señora Punang y su hijo ya no se encuentran aquí.

—¿Dónde entonces?

—Mucho me temo que no podré darle esa información. Es confidencial.

Munda sintió que alguien se movía a su espalda. No se giró, pero supuso que se trataba de Lucio Luzón. Lo había visto caminar hacia ella cuando entró en el patio del cuartel.

El comandante levantó la barbilla e hizo un gesto con la mano para que el tagalo se retirase. Después miró a Munda con cierto aire de condescendencia.

—¡No se preocupe! Lucio ya no la molestará más. Ahora sé todo lo que tenía que saber. Pero le aconsejo que tenga cuidado. Ya se lo dije en una ocasión, debería elegir mejor a sus amistades. ¿Se le ofrece alguna otra cosa?

Munda negó con la cabeza.

—Entonces permítame que la acompañe a la salida.

El comandante le señaló con la mano la puerta por la que había entrado a la Comandancia y se colocó a su lado. Su sonrisa recuperó el rictus ácido de los últimos tiempos.

—Permítame también que le dé un consejo, señorita Munda. Es sólo un consejo, desde luego, y todos sabemos lo que hay que hacer con ellos, pero yo que usted me apartaba de los conspiradores. A menos que no le importe que la identifiquen con los Hijos de la Viuda Punang.

—¿Los hijos de qué viuda?

—No se moleste en disimular. Sé perfectamente que no tenemos al hijo de la señora Punang que andábamos buscando. Pero no se deje engañar por las apariencias, el suyo tampoco es el auténtico.

—No le entiendo, comandante.

—Yo creo que sí me entiende, pero está usted en su derecho de negarlo. Al fin y al cabo, creo que ha sido más víctima que cómplice.

Munda vio en aquel comentario la oportunidad de preguntarle lo que había ido a averiguar.

—¿De veras?

—¿Acaso es cómplice?

—¡Claro que no! ¿Puedo preguntarle algo?

—¡Naturalmente!

—¿De dónde sacó la carta?

El comandante se detuvo en seco y soltó una carcajada.

—¡Mi muy admirada Esclaramunda! ¿Tendré que admitir finalmente que usted no sabe nada? ¡Venga conmigo!

El comandante Ribó la llevó hasta las cuadras de la Comandancia, donde pidió un carruaje en el que invitó a subir a Munda. Cuando la joven tomó asiento, se colocó frente a ella y le gritó al cochero.

—¡Soldado! ¡A la calle Real esquina con Legazpi! ¡Deprisa!

Las banderas de Filipinas ya no colgaban de los balcones de la casa de doña Lía, y los cuadros del doctor Rubio y de su esposa, que presidían antes la fachada, habían desaparecido, al igual que los crespones negros de las banderas de España. La puerta del zaguán presentaba signos de haber sido forzada.

El comandante Ribó saludó al modo militar a dos números que montaban guardia en la calle. Los dos hombres devolvieron el saludo y les abrieron paso para que entraran en la casa.

Todo estaba revuelto. Los cajones de las cómodas abiertas, la tierra de las macetas por el suelo, los arcones con las tapas levantadas… Desperdigadas por el suelo, se veían las piezas del juego de té, hechas añicos.

Munda observó el bargueño en el que doña Lía había guardado su carta. Estaba tirado en medio del patio, completamente vacío, y con los cajones desvencijados. El comandante Ribó se colocó delante de ella y se dirigió escaleras arriba.

—¡Venga conmigo!

Munda sintió que violaba un espacio que no le pertenecía. Pero no había sido la primera. El piso superior se encontraba en las mismas condiciones que la planta baja. Tanto en el corredor como en los dormitorios se veían objetos desparramados por todas partes. El comandante Ribó la sujetó por el codo para ayudarla a sortear los montones. Papeles, vestidos, sábanas, libros, abanicos, conchas, jarrones, cuadros y todo tipo de adornos. Nada continuaba en su lugar.

—Perdone el desorden. Mis hombres a veces resultan algo toscos. Tenga cuidado, no se haga daño.

Se detuvieron delante de una habitación que permanecía cerrada. El comandante sacó una llave de uno de los bolsillos de su uniforme y abrió la puerta.

—Si tuviéramos que cumplir con el rito, entraríamos con el pie izquierdo.

Munda no podía creer lo que estaba viendo. Dos columnas salomónicas daban paso a una habitación cuyas paredes aparecían revestidas por cortinajes de terciopelo rojo. El techo representaba la bóveda celeste. En la base de una de las columnas se dibujaba la letra J, y en la de la otra la B. En el centro de la habitación había una alfombra ajedrezada, en dos de cuyos vértices se levantaban otras dos columnas de aproximadamente un metro y medio de altura. En medio de la alfombra, una mesa cubierta con un mantel rojo sobre la que descansaba otra columna. Las tres llegaban a la misma altura y tenían una luminaria en la base superior, cuya mecha carbonizada indicaba que ya habían sido encendidas.

Contra las paredes laterales, había colocadas varias sillas, de algunos de cuyos respaldos colgaban bandas azules bordadas en hilos de colores.

El comandante le señaló un cuadro que descansaba sobre un atril, junto a unos sillones que presidían la habitación.

—Este es el cuadro del taller. Representa todo lo que hay en este templo. Aunque faltan algunas cosas. Estas sociedades secretas sólo muestran una parte de sus ritos, otras siempre permanecen ocultas. Como en todas las logias, la escuadra y el compás lo presiden todo. Pero en este escudo hay algo muy característico. ¡Observe! ¿Qué flor diría usted que es esta que aparece en lugar del laurel que suelen utilizar para adornar la letra G de sus emblemas?

El comandante no esperó a que Munda contestase. Cogió una banda de una silla y se la mostró.

—Mire el dibujo de esta orla. ¿No le suena de algo?

Munda reconoció el bordado de su traje de mestiza, pero no le dijo nada al comandante, quien devolvió la banda a su silla después de hacer un ademán de triunfo con los brazos abiertos.

—¡Sampaguitas! ¡Me encantan las casualidades! ¿Y a usted?

La imagen de la señora Punang disparando sobre ella la asaltó por un segundo. Las manos comenzaban a sudarle.

El comandante colocó la banda como la había encontrado, formando una uve sobre la parte delantera del respaldo. Todas las bandas eran iguales.

Entre las sampaguitas, se podían distinguir las mismas abreviaturas bordadas en hilo de plata: L:.H:.D:.L:.V:.P:.

—Creo que no hace falta que le descifre el significado, ¿verdad? ¿Sabe usted cuántas viudas Punang hemos encontrado en los alrededores de la cueva de Bernardo Carpio? Veintidós.

Munda miraba atónita las inscripciones de las bandas. Todavía no sabía adonde quería llegar el comandante.

—Usted conoce a algunas. Se enfadaron con su hermana cuando le criticó en la fiesta su vestido de mestiza. No volvieron por su casa, ¿verdad?

El único ojo del comandante recorría la habitación como si estuviera contemplando un trofeo de caza, deleitándose en cada objeto que describía, como si le perteneciesen.

—Unos dicen que la J y la B significan Juan Bautista, y otros que representan las columnas que había a la entrada del Templo de Salomón, las que llamaban Boaz y Jakim, que son los positivos y sus contrarios, el mal y el bien, el fuego y el agua, la fuerza y la sensibilidad, lo masculino y lo femenino. En fin. ¡Vaya usted a saber! Mire aquella figura de la esquina. Es la diosa de la sabiduría. Observe el libro que lleva en las manos.

Munda se acercó a la estatua de Palas Atenea que le señalaba el comandante y contempló el libro. En sus páginas abiertas podía leerse el nombre de otras diosas de la antigua Grecia.

—¡Curioso, ¿verdad?! En esta logia mandan mucho las mujeres. Me consta que algunas de ellas se han unido ya al Katipunan. ¡Aunque sean mujeres, hacen su daño, no lo crea! ¿Sabía usted que dos días después de entregarle la carta a la señora Rubio, intentaron secuestrar a un agustino y a un jesuita? A uno a las doce de la mañana, y a otro a las tres de la tarde. ¿Recuerda usted el contenido de la carta?

Munda se sabía de memoria la carta de Manuel.

> *No vaya antes de las doce de la mañana, suele estar en la iglesia de los Agustinos hasta esa hora, y no la encontraría. Tampoco vaya después de las tres de la tarde, a esa hora duerme la siesta, y luego acude al rosario de los Jesuitas, tampoco la*

encontraría en casa […] las actividades de algunas logias empiezan a dirigirse hacia caminos violentos y peligrosos […].

No podía ser casualidad. Los labios le temblaban cuando el comandante la sujetó por el codo y la llevó hacia la puerta.

—¡Marchémonos! No la debería haber traído aquí.

Una vez fuera de la habitación, el comandante volvió a cerrarla con llave.

—¿Le he dicho que el día siguiente a la muerte de su sobrino consiguieron secuestrar a un fraile? Acabó quemado vivo, colgado por las manos y por los pies.

—¡Dios mío!

Por un momento, el tono de su voz había sonado como si Munda le preocupara, pero al volver a la calesa recuperó su pose de triunfador.

—Lo único que necesitaban los conspiradores era la señal para dar el golpe.

—¿Qué me quiere decir, comandante?

—Piénselo, mi muy admirada Esclaramunda, a veces una carta no es sólo una carta, y un vestido no sólo un vestido.

53

Aquella noche, las sampaguitas, las cortinas de color rojo, Manuel y su madre, las bandas bordadas con las iniciales de los Hijos de la Viuda Punang, los fusilamientos de la Luneta y el fraile quemado como los espetos, colgado de manos y pies, bailaron en su duermevela en una danza macabra. Nada más levantarse, se vistió con su pijama filipino, se dirigió a las cocheras y buscó al mozo de la voz ronca. Debía comprobar qué había de cierto en las acusaciones del comandante Ribó.

—Necesito entrevistarme inmediatamente con la señora Punang. Es muy importante.

—Pero ¡señorita Esclaramunda, eso es imposible! El señorito Manuel dejó instrucciones para… Munda no le dejó terminar.

—¡Para nada! El señorito Manuel no tiene por qué dejar instrucciones que conciernan a esta casa. Si no me llevas tú a ver a la señora Punang, encontraré otra forma de dar con ella. ¡Me voy a la calle Real esquina con Magallanes, seguro que allí saben decirme algo!

—Señorita Munda, por favor, hágame caso, el señorito Manuel dijo que no nos moviéramos de aquí.

—¡O vienes conmigo, o me voy sola!

El criado se puso su *salakoty* salió detrás de Munda por la puerta de carruajes. Ella caminaba tan deprisa que el tagalo a veces tenía que dar una pequeña carrera para alcanzarla. En menos de cinco minutos estaban llamando al timbre de la casa en que Manuel la había besado por primera vez. Detrás de la puerta se escucharon unos pasos, y al momento se notó cómo se abría la mirilla. Munda obligó al tagalo a colocarse delante, mientras ella bajaba la cabeza para esconder la cara tras el sombrero.

—¡Dile que abra!

El tagalo hizo una señal a la persona que estaba detrás de la puerta, y esta les abrió. Munda enseguida la reconoció. Se trataba de la chica con la que cruzó el puente sobre el río Pasig, cuando se encontró con Manuel disfrazado de aguador. La tagala llevaba puesto un pijama filipino blanco y el pelo recogido en dos trenzas. Cuando la vio dejó escapar un grito de sorpresa.

—¡Señorita Esclaramunda!

El interior de la vivienda era muy similar al de la calle Real esquina con Legazpi. El mismo patio central con las balaustradas y las puertas pintadas de verde, los mismos jarrones chinos, las mismas macetas. Incluso los muebles se parecían. También allí había un bargueño lacado con incrustaciones de marfil. La tapa que servía de escritorio descansaba sobre dos cabezas de leones. Munda lo estaba observando cuando escuchó una voz a su espalda procedente del piso superior.

—Son muebles gemelos.

Debería haberlo sospechado, Munda reconoció la voz de doña Lía inmediatamente. Se dejó caer hacia atrás el *salakot* y se lamentó de no haber sido más sagaz. En las dos ocasiones en que estuvo con Manuel en aquella casa, el día en que le dio el primer beso y cuando volvieron de la montaña de Montalbán, él entró en la propiedad como si le perteneciese. Recordó que le había extrañado que el carruaje no se detuviera para llamar a la puerta. En aquel momento, pensó que los criados habían abierto porque conocían el coche, pero ahora se daba cuenta de que hubiese dado lo mismo que no lo conociesen, ya que era Manuel el que viajaba en el pescante. La casa era suya.

Munda se giró despacio, buscando las palabras con las que pedirle explicaciones a la señora Punang, que bajaba las escaleras con el mismo porte que la había deslumbrado desde que la conoció, como el de una reina.

—¡Mi esposo tenía estas manías! Cuando le regalaba algo a su amante también me lo regalaba a mí. Ella murió sin herederos hace unos años, nadie conoció nunca la relación que mantenía con mi marido. No me preguntes cómo lo hicieron, pero conservaron el secreto hasta que él murió.

Le dejó esta casa en usufructo. Ahora es mía, pero pocas personas lo saben, por eso se me ocurrió que aquí no me buscarían. La gallera y la hacienda no son seguras después de las últimas detenciones.

Vestía con un traje de mestiza. La falda de rayas azules y verdes, la sobrefalda negra y el cuerpo de tela de piña bordado con hojas y con bodoques. A Munda le hubiese gustado seguir admirándola.

Esperó a que bajase las escaleras, se mantuvo en la distancia para que no la saludase con un beso y señaló el bargueño.

—¿También guarda cartas ahí?

Doña Lía le pidió que la siguiera hasta un saloncito chino muy parecido al que había en la casa de la esquina con Legazpi. Munda insistió en su pregunta.

—¡Dígame! ¿Qué significaba la carta realmente?

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué te han contado, pequeña?

—Poca cosa, pero ahora sé que la carta podía leerse de otra forma a como yo la leía.

—Se llevaron todas mis cosas cuando registraron mi casa. Las cartas también. Lamento que utilizaran la tuya para incriminarnos. Pero todo el mundo conoce los métodos del comandante Ribó.

En lugar de los sillones en los que solían sentarse para tomar el té en la otra casa, en aquel saloncito había dos mecedoras. Doña Lía le señaló una de ellas y se sentó en la otra.

—¡Créeme, querida, no es fácil decirle que no al comandante! Ningún detenido lo hace.

Munda permaneció de pie. No estaba dispuesta a que doña Lía la llevase a su terreno. Había ensayado cada frase que debía decir cuando estuviera ante ella, para evitar que dominase la conversación, pero no le hizo falta utilizarlas, la señora Punang le estaba facilitando las claves. Ella sólo tenía que seguirla.

—Lo sé muy bien. Nunca podré olvidarme de la pobre nodriza, ni de la última vez que la vi con mi sobrino en brazos. Yo no sabía entonces que me había vestido con un enorme letrero plagado de sampaguitas.

Doña Lía se levantó de la mecedora como si fuera un resorte.

—¡Por el amor de Dios, criatura, ¿de qué me estás acusando?!

—¿Va a negarme que he sido un muñeco al que han llevado de acá para allá según su conveniencia?

—¡Naturalmente que lo niego! Pensábamos que el comandante dejaría de torturar a los detenidos si se aseguraba de que ya tenía al autor de la carta. Por eso permitimos que fueras a verlos. Pero su crueldad no tiene límites, tú lo sabes, los torturó hasta que confesaron todas las barbaridades que necesitaba para incriminar a más de veinte mujeres inocentes.

—¿Por qué tengo que creerla, señora Viuda Punang? Munda recalcó el apelativo de viuda.

Doña Lía se acercó hasta ella y, en un gesto de cariño, le colocó las trenzas delante de los hombros.

—No permitas que te vuelva contra nosotros. La primera Viuda Punang fue mi madre. Se la llevaron al mismo tiempo que a mi marido, acusada de esconder a los propagandistas en una de sus fincas. Elegí su nombre cuando fundé una organización en la que empezamos a reunimos las mujeres y las hijas de algunos condenados a muerte. Yo estaba en los dos casos. Al principio, ni siquiera pensé que estaba creando una logia masónica. Después me di cuenta de que perseguíamos lo mismo. Luchamos por la libertad, la igualdad y la fraternidad. Los mismos valores que tú has perseguido siempre.

—¿Y tenían que utilizarme a mí para conseguirlos? Permitieron que creyese que Manuel y usted habían caído presos. ¿A eso le llaman fraternidad?

—Querida Esclaramunda, estaba en juego la vida de dos personas. ¿Qué habrías hecho tú de estar en nuestra situación?

—Yo siempre he confiado en ustedes. No es justo que me haga esa pregunta.

Munda no pudo impedir que se le saltasen las lágrimas. Aquella casa olía a Manuel, a su tabaco de pipa, a sus besos y a sus abrazos.

Pero algunos hilos se tensan hasta más allá de su límite.

—Dígale a su hijo que me voy a Toledo. Mi padre está enfermo y necesita un cambio de aires.

54

Cuando regresó al palacete, Alejandra y Mani la esperaban en el cuarto de la plancha. Las dos conocían el motivo de la visita de Munda a la señora Punang. Su hermana se abrazó a ella cuando vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Has visto a Manuel?

—No, y no creo que vuelva a verlo nunca.

Mani la ayudó a cambiarse de ropa, le deshizo las trenzas y le colocó unos prendedores en el pelo. Aún vestía de luto.

Le escocía la garganta, no lloraba pero le costaba trabajo tragarse las lágrimas, como si se estuviesen acumulando detrás de la nariz y no pudieran pasar.

Antes de que terminase de ponerse la falda, Mani también la abrazó. No era habitual que la criada la consolara de esa forma, pero nunca había visto a Munda con aquella expresión en los ojos.

—¡No te preocupes, niña, hay muchos hombres bajo las estrellas!

Munda rompió entonces a llorar. Durante un rato, Alejandra esperó a que se calmase dándole golpecitos en la espalda. Hasta que, al cabo de unos minutos, se recompuso y continuó arreglándose. Alejandra no podía creer que su hermana rechazase para siempre a Manuel.

—¿Y no cambiarás de opinión?

—No lo creo.

—¿Ni siquiera si él te pide que le perdones? ¡Tú le quieres!

—El amor tiene estas cosas, Alejandra, puede irse de la misma forma que vino.

Unos días después, Mariana las mandó llamar a su gabinete. Las esperaba vestida para la cena, con uno de sus trajes de alivio de luto, y con claras muestras de preocupación. María Francisca ya se había acostado, y la tata se entretenía en su dormitorio bordando junto a un candil. A los criados no se les permitía encender la luz eléctrica en sus habitaciones.

El marqués continuaba tosiendo, dependiendo del cuidado de sus hijas, de los caldos, y del láudano, que Mariana le suministraba a pequeñas dosis cada vez con más frecuencia. Sus paseos por el parque de la Luneta se terminaron poco después de la detención de la falsa señora Punang.

Las ejecuciones públicas parecían haberse convertido en una costumbre. Por la mañana, el parque se llenaba de niños y de tatas acompañadas de soldados, y por la tarde, se convertía en un patíbulo. El eco de los disparos se escuchaba en el jardín del palacio de Santa Clara, como el presagio de un desastre que pocos llegaban a imaginar en la metrópoli.

Munda y Alejandra se sentaron frente al sillón que ocupaba su hermana. Las dos imaginaban el motivo por el que las había llamado: Munda, porque lo esperaba desde que habló con el doctor, y Alejandra porque también intuía que la razón de la tos de su padre era algo más que el resfriado con el que habían pretendido consolarla, y sabía que el clima de Manila no le beneficiaba en absoluto.

Era muy pequeña cuando perdió a su madre, no podía recordar los pormenores de su enfermedad, pero sí recordaba su tos. Un sonido que a ella le parecía salir de una caverna, insistente y quebrado.

Desde que cayó enfermo, don Francisco les hablaba muchas veces de Toledo. De la orilla del río donde conoció a Lucía, de las callejuelas medievales y de los amigos de la juventud. Casi todos continuaban allí, casados, con hijos y con nietos. Su madre seguía ocupando el viejo palacete familiar, se carteaba con frecuencia con ella y, a pesar de que en los años que llevaba ausente no había sentido una necesidad especial de verla, en las últimas semanas la nombraba con más cariño del que solía mostrar hacia su persona.

Mariana tomó la palabra antes de que sus hermanas le preguntasen.

—Os he llamado porque hay algo urgente sobre nuestro padre que tenemos que tratar. Su salud es cada día más frágil.

Munda se movió en su silla e intentó hacer un comentario. Pero Mariana la detuvo con un gesto de la mano y continuó hablando.

—Por favor, no me interrumpáis hasta que haya terminado. Creo que lo mejor sería volver a Toledo. Ya lo he hablado con él. Ricardo puede pedir el traslado al destacamento del Alcázar, y a mí me gustaría mucho vivir en la ciudad donde nací. Espero que estéis de acuerdo en que esta solución es la que más le conviene a nuestro padre, pero él quiere hablar con vosotras por separado. Os va a pedir lo mismo que me ha pedido a mí, la promesa de que nada ni nadie os retiene en Manila. Él pensaba que a lo mejor yo no quería separarme de la tumba del pequeño Francisco, pero mi hijo no está en esa tumba, yo no dejo nada en Manila. No sé qué pensará que dejáis vosotras.

—¿Me lo juras por la memoria de tu madre?

—Te lo juro, papá.

Y no juró en falso. No quería volver a ver a Manuel. No quería casarse en La Habana, ni tener hijos, ni empezar una vida en común con el hombre que la había considerado parte de una estrategia que no fue capaz de compartir con ella.

No podía creer al comandante Ribó, pero tampoco podía dejar de creerle.

Nadie tiene derecho a utilizar a los demás sin su consentimiento. Desde que conoció a Manuel no había hecho otra cosa que pedirle su confianza.

Nadie tiene derecho a pedir lo que no puede dar. No, no había jurado en falso.

55

Sus hijas tenían razón. El día menos pensado, el clima de Manila terminaría cerrándole los pulmones para siempre. Había que marcharse. Le dolía admitirlo porque, en cierto modo, aquella vuelta significaba un fracaso. Volvía sin su esposa, sin Lola y sin Inés. Con un heredero muerto y sin haber triunfado en nada, excepto en el arte de perder a las personas que amaba.

Desde que cayó sin sentido en el jardín, no había vuelto a tocar en la catedral. Ni siquiera se había pasado a ver al arcediano para renunciar a su puesto como organista. Él mismo fue a visitarle en varias ocasiones mientras permaneció en reposo, y le aconsejó que abandonase cualquier actividad, incluida la del órgano. Por él no tenía por qué preocuparse, ya estaba buscando un sustituto.

Casi podría decirse que se alegró de que le liberasen de aquel compromiso, se cansaba demasiado desde hacía meses y el esfuerzo le resultaba agotador.

Sus hijas y su nieta María Francisca se habían convertido en su única preocupación. El gobernador también le había sustituido en sus ocupaciones en Gobernación General, y, debido a la creciente inestabilidad que se vivía en las islas con los independentistas, poco a poco había ido cerrando las delegaciones asiáticas de sus negocios de exportación. Nada le retenía ya en Manila.

Era cierto que la decisión más acertada que podía tomarse era la de volver a Toledo. Pero él sabía que los problemas de Munda todavía no se habían resuelto, marcharse significaba alejarse de cualquier posibilidad para

ella. Abandonar antes de haber plantado su última batalla. No quería que algún día pudiera arrepentirse, como le había ocurrido a él.

Jamás lo admitiría delante de los otros, pero ante sí mismo no le quedaba otro remedio. Amó mucho, y le amaron mucho más, pero no supo valorar hasta dónde debía comprometerse, y le dolería que Munda cayese en el mismo error.

Le inquietaba su tristeza. Nunca había sido así. Se le marcaban tanto las ojeras que parecía más enferma que él. Como si escondiera un sufrimiento que sólo encontrara la sombra de sus ojos para liberarse. Apenas sonreía y, cuando lo hacía, la sonrisa se veía tan forzada que más bien parecía un rictus de dolor. No había querido contarle la causa, pero don Francisco sabía que se trataba del doctor Rubio, y por mucho que le preocupase aquella relación, más le preocupaba que Munda hubiese heredado tan sólo una cosa de él: la terquedad que le mordía los sentidos, y podía llevarla a renunciar a lo que la habría hecho feliz.

En más de una ocasión, la encontró en la biblioteca buscando entre los libros que tanto la atraían cuando era pequeña. Ella sabía que él guardaba algunas cosas bajo llave, pero nunca se las pidió. Le miraba con ansiedad y se mordía los labios delante de los cajones cerrados, pero cuando él le devolvía la mirada, y le hacía ver que no los abriría, Munda se daba la vuelta y continuaba buscando en las estanterías. Siempre respetó sus secretos.

Sólo una vez le preguntó abiertamente por su condición de durmiente en su logia. Él se había sentado en uno de los sillones de la biblioteca, frente a otro en el que ella leía un libro de un autor del siglo XVII, que trataba sobre ética y geometría. Cuando él vio el título de la obra *Ética demostrada según el orden geométrico*, sonrió.

—¿Entiendes ese libro?

—No lo leo para entenderlo, sino para pensar sobre las cosas que dice. Por ejemplo, escucha esta frase: «Las acciones del alma brotan sólo de las cosas adecuadas; las pasiones dependen sólo de las inadecuadas». O esta otra: «La voluntad no puede llamarse causa libre, sino sólo causa necesaria».

—¿Y qué conclusión has sacado de ellas?

Munda le miró directamente a los ojos. Se diría que no había escuchado su pregunta, pero al mismo tiempo parecía que la de ella se extraía de las frases que acababa de leerle.

—Papá, ¿por qué te expulsaron de la masonería?

El tono de su voz era tan definitivo que ni siquiera se planteó negarse a contestarle.

—Nadie tiene capacidad para expulsar a otro de la masonería. Me pidieron que abandonara la logia por un tiempo, y así lo hice. Tu abuelo y yo pensábamos que se debería hablar abiertamente de nuestros rituales, para evitar la desconfianza que provoca el secretismo en algunos no iniciados. Escribimos varios artículos que distribuimos por las logias de nuestra Obediencia, pero no conseguimos convencer al Gran Maestro ni a otros maestros de Grandes Logias. Nos acusaron de haber faltado a nuestra palabra de honor, habíamos prometido no hacer público nada referente a la masonería. Pero nosotros teníamos que obrar en conciencia. Nadie puede pedirle a otro que actúe en contra de lo que cree moralmente correcto. A los dos nos enviaron a «dormir». Continúo «en sueños» porque todavía no han aceptado mis propuestas en mi logia. Pero seguiré defendiendo los principios de mis hermanos hasta la muerte.

Munda no dijo nada. Hizo un gesto afirmativo y continuó leyendo, satisfecha por la explicación y por la falta de evasivas. O al menos esa impresión le dio.

Muchas veces volvió a encontrarla con aquel tomo en las manos. Apuntaba frases en un cuaderno, o dibujaba figuras geométricas junto a las que escribía párrafos larguísimos, tan ensimismada que a veces ni se daba cuenta de que él había entrado en la biblioteca.

Otras veces la encontraba sola leyendo en el jardín, él se sentaba a su lado y, al cabo de un rato, ella le cogía la mano sin decir nada y se la pasaba por la mejilla, como si quisiera grabar aquella caricia en su memoria.

Se parecía tanto a su madre que a veces daba vértigo mirarla.

La pequeña Inés también se parecía, pero sus rasgos eran más marcados, más duros. Ella también le preocupaba. A sus quince años se había

convertido en el soporte de toda la familia. Mariana no hacía nada sin pedirle que cuidase de su hija, o que la acompañase en sus salidas del palacio.

María Francisca la quería tanto que a veces Inés tenía que reprimirla, para que su madre no desarrollase celos contra ella, como había sucedido con la tata y con Munda. Pero la pequeña Inés sabía cómo ganarse a su hermana mayor. Tenía una habilidad especial para tratar a cada uno como pensaba que debía ser tratado, siempre con amabilidad y con respeto, pero sin concesiones ni adulaciones. A Mariana la hacía sentir importante en los detalles en que lo era. El gobierno de la casa, el cuidado de su padre, el médico, el trato con los criados o la elección del menú de cada día; a Munda la apoyaba en todo, y la acompañaba en sus alegrías y en sus penas como un pañuelo de lágrimas; y a él le cuidaba con tanto mimo, que jamás habría podido imaginar que los pequeños detalles de su bienestar dependerían algún día de su hija pequeña. Siempre la encontraba a su lado cuando algo le hacía falta.

Mariana, por su parte, parecía una roca. Cada día más sólida y firme, más eficaz, más segura. Controlaba sus sentimientos como si se tratasen de algo tangible, algo que se podría introducir en una botella a voluntad, e ir administrándolo cuando tuviera la certeza de que no correría riesgos al entregarlo. Todos los que la rodeaban lo sabían. Lo aprendió cuando su madre murió, y lo agudizó tras la muerte de su hijo, después de soltar un mar de lágrimas que la desahogaron los primeros días.

Parecía insensible, pero no podía disimular el terror de sus ojos, cuando se acercaba a la cabecera de su cama y le daba las gotas que le calmaban la tos.

No conocía la pereza, y cada problema que podía solucionar lo tomaba en sus manos hasta hacerlo desaparecer. Su relación con el mundo era tirante la mayor parte de las veces, no sólo con los que podían ensombrecerla, como Munda, sino también con los que se sometían a su persona, como los criados, su hija, o incluso su marido.

No se sabía muy bien si su belleza endurecía su carácter, o su carácter intensificaba el azul de aquellos ojos. El caso es que imponía.

La pequeña María Francisca también le preocupaba. No le convenía crecer en un ambiente tan hostil. Distinto hubiera sido que los partidarios de Rizal siguieran aspirando a la autonomía de las islas, pero la situación estaba derivando en un conflicto independentista difícil de resolver, un polvorín que podía estallar de un momento a otro.

Inés tenía razón cuando le advirtió de los peligros a los que iban a exponerse.

56

Unos días después de que la familia decidiese el traslado a Toledo, Alejandra entró sin llamar en el gabinete de Munda. El ritmo de su respiración denotaba que había subido corriendo las escaleras.

—¡Manuel está en el cuarto de la plancha! ¡Quiere verte!

Munda se encontraba revisando su escritorio para seleccionar las cosas que se debían empaquetar en la mudanza. Su primera reacción fue levantarse y correr hacia la puerta, pero se detuvo antes de realizar el primer movimiento.

Sabía que llegaría ese momento, pero no estaba dispuesta a correr hacia él.

—Dile que si quisiera hablar con él, ya le habría buscado. Y no lo he hecho.

Alejandra se disponía a contestarle cuando sonaron unos golpes en la puerta. Munda se levantó para abrir, pero no le dio tiempo más que a ponerse de pie. Antes de que ninguna de las dos hermanas pudiera reaccionar, Manuel entró en la habitación.

Las dos se miraron con los ojos atónitos.

Vestía un traje blanco de lino. Con la corbata torcida, un pañuelo sobresaliéndole del bolsillo superior de la chaqueta y un jipijapa en la mano. Munda no se movió. Mientras Alejandra se levantaba y abandonaba el gabinete, ella sacó del escritorio la caja de bambú donde guardaba las cartas y la dejó sobre la mesa. Había atado las de Manuel con una cinta roja, y las copias de las de ella con una azul.

—Iba a quemarlas ahora.

Nunca sospechó que aquel encuentro tendría lugar en sus habitaciones.

Manuel se colocó delante de la silla que Alejandra había dejado vacía e intentó sonreír, pero Munda se mantenía impasible, ni siquiera le miraba.

La última vez que le vio pensó que el destino no debería haberle regalado lo que después iba a quitarle. No sabía si el comandante Ribó se ensañaría con él, pero aún recordaba con horror la sonrisa con que le informó de que la nodriza había salido hacia el parque de la Luneta.

No podía dejar de pensar en las imágenes de los detenidos, con la boca cubierta de sangre y las manos atadas a la espalda. Al mismo tiempo, el recuerdo de los abrazos de Manuel se mezclaba con las imágenes del futuro que soñaron juntos. El matrimonio, los hijos, La Habana…

Manuel intentaba sonreír, pero en su gesto y en su voz se adivinaba una disculpa que no sabía cómo empezar.

—No te mentí, Esclaramunda.

Ella se tomó su tiempo. No deseaba mirarle. No quería estar frente a él en la intimidad de su gabinete. No había nada que pudiera borrar el sufrimiento por el que la obligó a pasar. Nada que justificara la falta de confianza que le había demostrado. Nada a lo que aferrarse, excepto el recuerdo de aquellos brazos en los que creyó que sería feliz.

—Prefiero que te vayas.

—No te mentí. Nunca te dije que fuese a entregarme. Sólo te dije que, pasara lo que pasase, confiaras en mí.

—¿Es esa la excusa que vas a darme?

Manuel rodeó la mesa y la sujetó por los hombros.

—No necesito excusas, Esclaramunda, te dije que nada tendría sentido si no confiabas.

Pero Munda se zafó de sus manos, cogió la caja de las cartas y la colocó entre ellos. Todavía no le había mirado a los ojos.

—Llévatelas, y busca en ellas una sola razón por la que tú no pudiste hacerlo. En cambio, no encontraste motivos para no utilizarme a tu conveniencia.

—Te protegí todo lo que estuvo en mi mano. ¡Créeme que lo siento!
Munda continuó sin mirarle, se dirigió hacia la puerta y la abrió.

—¡Por favor, prefiero que te vayas! No quisiera que te encontrasen en mis habitaciones.

—No te preocupes, me iré, pero antes déjame que te explique. Los detenidos estaban siendo torturados. De alguna manera había que parar a Ribó.

—No necesito explicaciones. Ya me las dio tu madre. Vete, por favor, Mariana no puede encontrarte aquí.

Al cabo de unos días, Alejandra le enseñó dos cartas que llevaba en la mano.

—Me ha escrito Manuel. Hay otra carta para ti, dice que te la guarde hasta que quieras leerla. Munda se encontraba en aquellos momentos leyendo en la biblioteca. Se levantó y se asomó al ventanal que daba al jardín. Su padre y Mariana charlaban mientras María Francisca jugaba con una muñeca vestida de mestiza. La tata cosía a su lado, protegida del resol por la sombra de una buganvilla morada. Munda pensó en Toledo, quizás allí las sombras de los árboles fueran idénticas.

—No merece la pena que la guardes. Puedes tirarla si quieres.

—¡Ay, hermanita! No seas tan dura con él. Permítele por lo menos que te pida perdón.

Alejandra no dejaba de mostrarle la carta, pero ante la negativa de Munda, se acercó hasta ella, dobló el sobre y se lo metió a su hermana en el bolsillo. Cuando Munda llegó a su cuarto, ni siquiera miró la letra de Manuel. Sacó la carta del bolsillo tal y como Alejandra se la había metido y la guardó bajo llave en su escritorio.

Al día siguiente, volvió a repetirse la escena. Munda dejó la segunda carta en el mismo lugar donde permanecía la primera, junto a los objetos que todavía no había decidido si empaquetaría o no para enviarlos a Toledo. Después vendría una tercera y una cuarta, y todas terminaron en el mismo cajón. Hasta que, unos días antes del traslado, Alejandra volvió a entrar en su cuarto.

—Me ha vuelto a escribir Manuel, dice que no contestas sus cartas. ¿No piensas hacerlo?

—Pues no. Efectivamente, no pienso.

—Pero ¡Munda! ¿Hasta dónde vas a llegar? ¿Te das cuenta de lo que haces? No creas que en esta ocasión será igual que cuando dejaste de hablarle a papá. Él siempre estuvo esperando. Pero ahora no hay tiempo, Munda, a Manuel vas a perderle.

—Le perdí en el mismo instante en que pensó que no podía confiar en mí. Me ha hecho mucho daño, Alejandra, y el daño nunca es gratuito.

—Pero él no quiso hacértelo.

—Tampoco quiso evitarlo.

57

En el palacio de la calle de Santa Clara se respiraba el nerviosismo que suele producir cualquier cambio. Los criados transportaban toda clase de bultos hacia la puerta de carruajes. Paquetes, baúles, sombrereras, maletas y cajas de diferentes tamaños procedentes del piso superior. La mayor parte de los muebles había salido la víspera hacia el barco que los trasladaría al puerto de Barcelona, el mismo que los había llevado a Filipinas hacía casi dos años, el *Isla de Luzón*. Desde Barcelona, viajarían en tren a Madrid, y de allí a Toledo.

Mariana había tomado las riendas de la mudanza. Ella misma comprobó que todo se embalase correctamente, y numeró las cajas en las que volvían a España los enseres que la familia había acumulado durante veinticinco años. El día anterior lo había pasado en el puerto, controlando la estiba junto al asistente personal de don Francisco. Al marqués le hubiera gustado encargarse personalmente, pero tanto Munda como ella le rogaron que delegase en su hija mayor. No se encontraba en condiciones de realizar ningún esfuerzo.

A pesar de las protestas de Mariana, don Francisco había ordenado que enviasen el mobiliario al Cerro del Emperador, a la casa de la que salió Lucía para casarse con él.

El palacete blasonado que les regaló su padre en el centro de Toledo, con motivo de su matrimonio, se alquiló cuando ellos se trasladaron a Filipinas. Los inquilinos eran amigos de la marquesa viuda, y don Francisco no quiso desalojarlos.

Pero el cigarral permanecía desocupado desde que murió el padre de Lucía. A excepción de los guardeses que cuidaban de la vivienda y de los

frutales, nadie habitaba el inmueble. Don Francisco no lo dudó ni un instante cuando decidió trasladarse a Toledo. A su esposa le habría gustado que su familia se instalara en su casa.

Mariana prefería vivir en el centro, comprar otro palacete y reproducir allí el que siempre había conocido desde que era una niña, pero cuando las tres hijas le plantearon al marqués la necesidad de volver, su única condición, además de la promesa de que todas estarían conformes, fue la de vivir en el Cerro del Emperador. Un gesto que podría reconciliarle con Lucía después de tantos años, quizás así podría mirarle con una sonrisa, desde donde quisiera que le esperase.

Al fin y al cabo, las cosas sólo son cosas, a Lucía no le importaría que esta vez no se trasladaran todas con ellos. El interés que había mostrado siempre por reproducir su casa en cada palacete en los que habían vivido era más bien una forma de sentirse en el cigarral del Cerro del Emperador, donde se quedaron los recuerdos que la habían seguido desde su infancia en Ultramar. De alguna manera, aquel deseo de encontrarse con sus cosas, cuando llegaban a un nuevo destino, era una forma de sentirse segura.

La mayoría de los amigos y conocidos se habían despedido de ellos. La noticia de que volvían a España corría de boca en boca por todo Intramuros, lo que provocó que, durante el mes y medio que duró la preparación del traslado, en el palacete no se dejaran de recibir visitas.

También acudió el comandante Ribó. No podía permitir que se marcharan sin verles. En cuanto llegó el rumor a sus oídos, se vistió su uniforme de gala, se colgó la condecoración que le otorgaron por la pérdida del ojo, una Medalla de Oro a los Sufrimientos por la Patria con distintivo verde y amarillo, que tuvo que pagarse él mismo como cualquier soldado que recibía honores en aquellos tiempos de escaseces, y se unió a un grupo de oficiales que se disponían a cumplir con el compromiso de despedirse del marqués. Don Francisco no habría recibido al comandante Ribó de habérsele ocurrido presentarse solo en Santa Clara. No obstante, para evitar tensiones desagradables, le saludó junto al resto del grupo con un gesto general, y después evitó mirarle en los pocos minutos que permanecieron en el jardín del palacete.

Mariana, Munda y Alejandra controlaban la entrada y la salida de las visitas para que fuesen lo más breves posible y no cansasen demasiado al enfermo. Don Francisco se agotaba cuando permanecía demasiado tiempo sometido a la tensión del protocolo. La de los oficiales de la Comandancia apenas duró un cuarto de hora.

El comandante Ribó aprovechó el tiempo que permaneció en el palacete para hablar con Munda sobre su último encuentro.

Parecía incómodo. Se le notaba que intentaba disimular su disgusto por su marcha, y que le había contrariado el hecho de no poder despedirse del marqués como a él le hubiera gustado, dominando la situación. En el fondo, nada le hubiera gustado más que poder reconciliarse con ellos, e intentar conquistar a Munda por última vez.

—Confío en que se haya repuesto del susto.

—Descuide, no me asusté.

—¡Vaya! Pues yo hubiese dicho que sí. Le alegrará saber que detuvimos a los que secuestraron al fraile. No eran Hijos de la Viuda Punang, aunque le andaban muy cerca. ¡Todos los masones son iguales!

Munda sintió una punzada en el estómago. No había llegado a creer que Manuel y su madre tuviesen algo que ver con ningún crimen, pero aquella revelación la liberaba de un sentimiento que se parecía demasiado a la duda.

—Observo cierto resentimiento, comandante. ¿No habrá querido ser usted masón alguna vez?

El comandante continuó hablando como si no la hubiera oído. Su tono desenfadado se contradecía con el gesto de despecho que se le marcaba en la cara.

—¡Por cierto! ¿Sabe que me estoy preguntando cómo es posible que se marche usted sin su prometido? Aún es un prófugo de la justicia. No lo olvide.

—No estoy prometida.

—¿Y la carta de amor?

—Usted mismo lo dijo, hay cosas que no son lo que parecen.

El comandante estalló en una carcajada que se escuchó en todo el jardín.

—Miente usted muy mal, señorita Esclaramunda.

No añadió nada más. Se despidió de la familia junto al resto de los oficiales y se marchó, pero cuando llegó el momento del traslado, mientras Mariana controlaba la estiba del mobiliario en el *Isla de Luzón*, el comandante ordenó que sus hombres revisaran la carga del barco bulto por bulto, especialmente los baúles y los armarios en los que podría esconderse un polizón. Mariana no se lo comentó a su padre, no había necesidad de preocuparle en su estado, pero llamó a Munda a su gabinete en cuanto volvió del muelle.

—Creí que tus problemas con el comandante se habían terminado. ¡Por lo que más quieras! ¡Dime que no nos perseguirán hasta Toledo!

Durante el último mes y medio parecía que se había producido un acercamiento entre las hermanas. Vivían pendientes de la salud del marqués y colaboraban en los detalles que debían tenerse en cuenta a la hora de preparar el traslado de la familia a la metrópoli. Tanto Munda como Alejandra atendían las indicaciones de Mariana como si hubiesen asumido su autoridad de una forma natural. Había muchas cosas que hacer a la hora de desmontar una casa, y ella se encargaba de dirigirlas como si hubiese nacido con ese don. Por supuesto, los criados se ocuparon de embalar y de trasladar los bultos al barco, pero ellas debían decidir el destino de cada uno y en qué momento debían enviarse. El cigarral del Cerro del Emperador se encontraba amueblado y listo para su llegada, no hacía falta que se trasladaran allí todos los muebles del palacete, pero debían hacer inventario. Aquellos que no se destinasen al cerro se almacenarían en una nave a las afueras de la ciudad, a la espera de decidir qué se hacía con ellos.

Por la misma razón, tampoco hacía falta que se desmontara la casa por completo antes de su marcha, en especial los dormitorios y los salones, que podrían mantenerse hasta que se cerrase la casa definitivamente. El marido de Mariana no se trasladaba todavía: había solicitado un puesto en el Alcázar, y la recomendación de su suegro le avaló para que se lo concediesen sin problemas, pero no se haría efectivo hasta que no llegase un reemplazo de tropas, por lo que permanecería en Manila hasta entonces. Él seguiría en el palacio de Santa Clara, y se encargaría de organizar el resto de la mudanza antes de marcharse.

Desde que el marqués enfermó, Munda pasaba la mayor parte del tiempo con él, con sus hermanas y con su sobrina. Mariana no estaba acostumbrada. Hasta entonces, se podía decir que Munda había hecho su vida al margen de la familia, casi siempre leyendo en su cuarto o en la biblioteca, o metiéndose en líos de los que Mariana no llegó a saber nunca demasiados detalles.

Pero siempre había sido así. También cuando vivían en Alejandría y en Palma de Mallorca. Desde que eran pequeñas, Munda se había construido su mundo aparte. Sin embargo, en las últimas semanas parecía que esa vida se hubiera desmoronado. No mostraba interés en nada, ni siquiera en llevarle la contraria a su hermana mayor, y nunca protestaba cuando le hacía algún comentario. Aún vestía de negro, pero, unas semanas antes de salir de Manila, Mariana aprovechó las buenas relaciones por las que atravesaban para pedirle que abandonase el luto. A su padre no le hacía ningún bien. Deberían alegrarle la vida, y aquellas prendas oscuras sólo podían traerle malos recuerdos.

Munda sacó sus vestidos blancos del arcón y ordenó a Mani que embalase los demás. Se vistió de blanco por darle gusto a su hermana y no entristecer a su padre, e intentó disimular la desgana que le pesaba desde que vio a Manuel por última vez. Sonreía y charlaba con todos, procuraba salir al jardín siempre que lo hacía el resto de la familia, y se mostraba como si no existiese en su vida ninguna sombra, pero no hacía falta conocerla mucho para saber que estaba fingiendo.

Las cartas que le había enviado Manuel a través de Alejandra permanecían guardadas y cerradas. No quería leerlas, las palabras no iban a ninguna parte. Pero cuando Mariana le contó que Ribó había ordenado un registro de los bultos que se habían trasladado al barco, sintió un latigazo en el estómago que le recorrió todo el cuerpo. Todavía no se sentía capaz de hablar con él, pero en aquel momento deseó que estuviera escondido en uno de esos armarios y que consiguiera burlar la vigilancia del comandante.

Mariana insistió en su pregunta.

—Dime, Munda, ¿no irás a decirme que te llevas a Toledo los problemas que tenías aquí con el comandante?

Al día siguiente, una caravana de carruajes esperaba en la puerta del palacete. Los criados que volvían a España con la familia ocuparon una carretela y una calesa. Los que se quedaban en Manila formaron en la puerta del jardín perfectamente uniformados. El marqués, sus hijas y su nieta se despidieron de ellos uno por uno y subieron a los coches. La última fue Munda, quien, antes de subir a la calesa que compartiría con Mani, le estrechó la mano al tagalo de voz ronca, se acercó a su oído y le dejó un recado para Manuel.

—Dile que no quiero palabras.

Después, subió a su coche con el convencimiento de que aquella misma mañana le vería otra vez, camuflado entre la gente que transitaba bajo los toldos echados de los soportales, con su traje de chaqueta de lino y su jipijapa calado hasta casi ocultarle la mitad de la cara, o vestido con su pijama de rayas moradas y verdes y con el artilugio de aguador en el hombro.

Pero nadie le sonrió, como él le habría sonreído, en todo el trayecto.

58

Pequeñas banderas de papel, con los colores de España y de Filipinas, adornaban los cabos del *Isla de Luzón* como si se tratase del escenario de una verbena. Multitud de guirnaldas de colores destacaban sobre los cuellos de los viajeros y de los familiares y amigos que habían acudido a despedirles. Algunos de los que se quedaban envidiaban a los que se iban, y muchos de los que se iban sabían que abandonaban unas islas donde nadie podía predecir el futuro.

Los conflictos armados entre la Guardia Civil y los independentistas se multiplicaban por toda la colonia. Todavía se trataba de episodios aislados que no habían traspasado las murallas de Intramuros, pero cada día se escuchaban más historias sobre pueblos que se rebelaban contra los constantes abusos de los frailes y de la Administración local.

El marqués y sus hijas se dirigieron directamente a sus camarotes cuando subieron a bordo. Don Francisco no se encontraba bien, necesitaba echarse al menos un rato para reponerse del ajetreo del carruaje. Nada más tumbarse en su litera, Mariana le suministró una dosis de láudano, le tapó con un cobertor y le sugirió que cerrase los ojos e intentara dormir. Desde ese momento, no volvió a levantarse de la cama, y las tres hijas se turnarían para cuidarle.

Mariana, Munda y Alejandra ni siquiera salieron del camarote de su padre en el momento de la despedida. Cuando notaron que el barco se movía, las tres hermanas se asomaron por el ojo de buey y saludaron a Ricardo, que les sonreía y les decía adiós desde el muelle, blandiendo su gorra militar como si se tratase de un pañuelo.

Cientos de personas se agolpaban frente al buque para despedirse de los viajeros. Munda buscó entre los trajes de chaqueta blancos y entre los pijamas filipinos. Bajo los jipijapas, los *salakots* y los sombreros de copa. Entre los mestizos, los tagalos, los chinos y los peninsulares. Entre todos ellos, no estaba Manuel.

Antes de que el barco hubiese completado la maniobra de separación de la popa del muelle, un aguacero tropical comenzó a descargar sobre la bahía de Manila. Los paraguas y las sombrillas abiertas sustituyeron a los pañuelos blancos que inundaban antes el puerto, como si todos hubieran previsto el diluvio. Durante un momento, el muelle se convirtió en un campo de varillas arqueadas que tensaban toda clase de telas, desde los algodones, estampados a juego con los vestidos de las señoras, hasta las gabardinas oscuras de los paraguas de los caballeros. Al principio, los familiares y amigos de los viajeros permanecieron en el muelle, y continuaron diciendo adiós entre los paraguas, pero la lluvia era tan intensa que acabaron desperdigados por el puerto.

Todos corrían en busca de refugio mientras el buque comenzaba su singladura. Entre todos ellos, y a pesar de que todavía no estaba preparada para perdonarle, Munda deseó que una sola persona permaneciese quieta en el muelle, mojándose, mirándola con una expresión en la que se adivinase que sabría esperar el tiempo que a ella le hiciese falta.

Pero el muelle se quedó vacío en unos segundos.

La lluvia continuó descargando durante unas horas. Hacía calor y la humedad se pegaba a la piel como el vaho se pega a los cristales.

Pese a la oposición inicial de su madre, María Francisca y Alejandra compartían camarote. Mariana, la tata, Munda y Mani ocupaban compartimientos contiguos a los de Alejandra y la niña. El resto de la servidumbre viajaba en camarotes compartidos de dos en dos, en la segunda cubierta.

De vez en cuando volvía a llover, a veces una lluvia fina y otras un vendaval que mantenía al pasaje encerrado en sus camarotes durante jornadas enteras. Los de primera clase, en la cubierta superior, reclamaban la atención del médico de a bordo en cada marejada, y el doctor los atendía

de la misma manera que si se tratase del médico de la familia. Cuando llegaron al mar de la China, un tifón los mantuvo en sus literas durante más de cuarenta y ocho horas. El doctor se esforzó por atender los mareos de todo el pasaje, incluidas las hijas y la servidumbre de don Francisco, que permanecieron en sus camarotes mientras duró el temporal. El marqués, entre tanto, intentaba esconder la tos que le deshacía los pulmones.

El tifón les retrasó al menos una semana. En la cubierta inferior viajaba un grupo de soldados de reemplazo que volvían a sus casas licenciados, casi todos aquejados de beriberi, de paludismo y de fiebre amarilla, sucios, con los uniformes convertidos en harapos y tiritando a causa de la fiebre. Ninguno había declarado su enfermedad antes de embarcar, tal y como aconsejaban las ordenanzas, por miedo a que el capitán se negase a que subieran a su barco.

Desde que empezaron los mareos, el doctor se dividía entre los pasajeros de primera y los soldados enfermos. Nunca mezclaba el instrumental con el que atendía a las dos clases de pacientes, pero pronto comenzaron a presentarse síntomas de la cubierta inferior en los camarotes que costaban más de dos veces el sueldo de un capitán.

Si no mejoraba el panorama antes de que llegaran a Port Said, desde donde enviarían el último informe telegráfico al puerto de Barcelona, las autoridades portuarias ordenarían la cuarentena del buque. Y no parecía que se esperasen cambios positivos.

El capitán procuró que no cundiera la alarma entre el pasaje, pero, poco a poco, se extendió la noticia en el buque sin que él pudiera desmentirlo. Cada vez había más enfermos. Unas horas antes de la acostumbrada escala de carboneo en Singapur, reunió a las hijas del marqués en el cuarto de oficiales y les informó de la situación.

—Deberían ustedes regresar a Manila. No sería la primera vez que tengo que anclar en la embocadura del puerto de Barcelona, hasta que desembarcan a cuentagotas a la tropa. El Gobierno quiere evitar los desórdenes que se producen en los muelles cuando llegan sus soldados hechos una calamidad. Hay quien asegura que no se trata de evitar el

contagio, sino que no les gusta que les recuerden que no saben cuidar de sus tropas ultramarinas.

Mariana no pudo ocultar su preocupación ante las noticias y tomó la palabra. Sus hermanas asentían mientras hablaba con el capitán, como si la hubiesen elegido portavoz de la familia, y se mostraban igualmente preocupadas.

—Pero mi padre está muy enfermo, no podemos volver. El doctor nos recomendó que lo llevásemos a un clima seco.

—Entonces les aconsejo que desembarquen en Alejandría. El clima desértico siempre será mejor que esta humedad. Les aseguro que, por muchas influencias que tengan ustedes, será muy difícil desembarcar a un enfermo cuando lleguemos a España. Y no creo que soporte lo que nos queda de trayecto, más los cuarenta días que no nos quita nadie en la bocana de Barcelona.

Alejandra, Munda y Mariana se miraron como si cada una supiera lo que pensaban las otras. La mayor seguía ejerciendo de portavoz improvisada de las tres.

—¿Podemos enviar un telegrama cuando lleguemos a Singapur?

—¡Naturalmente! Les avisaré cuando avistemos el puerto.

El capitán salió del cuarto de oficiales dejando a las tres jóvenes sin saber cómo reaccionar. Cuando se cerró la puerta tras él, Mariana y Munda se dejaron caer en el sofá donde su padre se había repuesto del síncope en el viaje de ida. Nunca se habían parecido entre sí, pero en ese momento, cualquiera que hubiese entrado en aquella habitación habría asegurado que les unía un vínculo de sangre.

Mariana miró a Munda. Las dos se entendieron antes de intercambiar una sola palabra. Las dos pensaban en la misma persona, aunque ninguna de ellas la nombró. A Mariana le temblaba la voz.

—¿Se lo envías tú?

—¡Claro que sí! Estoy segura de que ella podrá ayudarnos.

Alejandra se abrió un hueco entre ellas, se sentó y le cogió una mano a cada una.

—Yo iré contigo.

Munda apoyó la cabeza en el hombro de su hermana pequeña, y esta se echó sobre el de Mariana, como si el peso de una hubiera empujado a la otra. Parecían perdidas. Desorientadas. Aturdidas en una tristeza que las mantuvo mirando a ninguna parte durante un buen rato. En ningún momento de sus vidas habían sentido aquel desamparo. Nunca habían pensado que la tierra puede resquebrajarse debajo de los pies, sin colchones ni redes que amortigüen el golpe. No era la primera vez que sufrían el dolor de una pérdida, pero sí la primera en que su anuncio se anticipaba a ese momento en que el corazón se parte sin remedio.

Hasta entonces, siempre habían recurrido a las manos de su padre. La seguridad no era otra cosa que aquellas manos que todo lo abarcaban, aquella fuerza capaz de resolver cualquier conflicto, incluso en los momentos en los que él también las necesitaba.

Las tres miraban al mismo punto de la pared cuando se abrió la puerta y apareció María Francisca con su tata. Mariana alargó el brazo, le hizo una señal a la criada para que permaneciese en el corredor y atrajo hacia sí a su hija. Desde que murió el pequeño Francisco no la había acurrucado. La niña se sentó junto a su madre y esta, de la misma manera que si hubiese sido algo natural en su comportamiento, le pasó el brazo por encima del hombro y la apretó contra su costado. Inés continuaba apoyada sobre su hombro, y sujetando en el suyo la cabeza inclinada de Munda. Las cuatro se apretaban unas contra otras como si buscasen un refugio donde resguardarse, un punto de referencia que se mantuviese firme cuando el marqués las dejase. Una verdad incuestionable. La única que les quedaba.

Permanecieron así hasta que volvió el capitán para avisarlas de que, en pocos minutos, atracarían en Singapur.

Las cuatro juntas, las cuatro iguales, las cuatro solas.

59

Don Francisco trataba de ocultar su empeoramiento a pesar de que sentía cómo se agravaba la enfermedad, pero sus hijas eran conscientes de que el final se imponía con más rapidez de lo que nadie pensó cuando subieron al buque. La situación se complicaba de tal manera que el médico de a bordo no les garantizaba que al enfermo le quedasen fuerzas, ni siquiera para llegar a Alejandría.

Mariana se encargó de comunicarle los cambios de planes cuando llegaron a Singapur.

—Munda ha desembarcado para telegrafiar a la señorita Inés. Ella nos alojará en su casa hasta que estés mejor y podamos continuar el viaje hacia Barcelona.

Don Francisco le pidió que se acercase. La piel se le pegaba a los pómulos como si no hubiera nada entre ambos. Los ojos hundidos, los labios secos. Continuaba con su perilla y su bigote de siempre, pero tan canosos que a pesar de que todavía no había cumplido los cincuenta y un años de edad, se diría que se trataba de un anciano.

—Dile que avise también a mi madre. Yo no voy a llegar a Barcelona, corazón.

Mariana no pudo reprimirse. No quería llorar, pero dos goterones le caían sobre las mejillas mientras le acariciaba la frente.

—No digas eso, papá. Ya verás como te pones bueno.

El marqués se quitó el anillo de ágata que había heredado de su padre, símbolo del marquesado de Sotoñal, y se lo puso a su hija.

—Llévalo con dignidad, y piensa que no sólo vas a heredar un título, sino la responsabilidad de una estirpe. Sé justa siempre, cuida de los

intereses de tus hermanas hasta que ellas alcancen la mayoría de edad o se casen. Y cuando se abra el testamento, ocúpate de que todos los criados obtengan una gratificación por la lealtad que me han demostrado.

La futura marquesa se sujetó el anillo con la mano derecha sin dejar de mirar al marqués. A pesar de que sólo encontraba palabras en las que no podía creer ninguno de los dos, trató de animarle.

—Papá, ya verás como…

Pero don Francisco no la dejó continuar.

—Por favor, deja que termine antes de que vengan tus hermanas.

Hablaba despacio, respirando con dificultad, procurando que la tos no le interrumpiese a cada momento. De vez en cuando, se tapaba la boca con un pañuelo que después escondía debajo de las sábanas.

—Cuando llegue la hora, llamad a un sacerdote. Quiero que me llevéis después con vuestra madre, y que ofrezcáis una misa diaria por mi salvación. Las suyas las encargué yo hace muchos años.

Su asistente personal no se había movido de su lado desde que embarcaron. Llevaba media vida a su servicio, y tampoco pudo evitar que se le escapasen las lágrimas. El marqués le sonrió, le extendió una mano para estrecharle la suya y le pidió por favor que abandonase el camarote. Después continuó con sus recomendaciones a Mariana.

—Mi asistente te ayudará con la dirección de las empresas. Puedes confiar en él como en mí mismo, pero no lo dejes todo en sus manos, dirige personalmente los negocios. Estoy seguro de que lo harás muy bien y de que Ricardo no pondrá impedimentos en que seas tú quien controle las empresas.

Mariana no pudo soportar la tensión por más tiempo y rompió a llorar.

—¡Papá, por Dios, no digas esas cosas! ¡Te vas a poner bien, ya lo verás!

Pero ambos sabían que el tiempo que les quedaba sólo podía entenderse como un aplazamiento. Desde que abandonaron Manila, trataron de simular que aún quedaba una esperanza en los cambios de aire, pero aquella postura sólo era una forma de parecer más fuertes, un intento de engañarse a sí

mismos que ya no daba más resultados. El doctor nunca les ocultó la gravedad de la situación.

En realidad, don Francisco embarcó para acompañar a sus hijas la mayor parte posible del trayecto. Desde el primer momento supo que únicamente ellas llegarían a su destino, pero, a pesar de que sentía que sus fuerzas se agotaban, se alegró de haberse decidido a iniciar el viaje. De esta manera, las dejaba a salvo y en ruta, camino del Cerro del Emperador. Por el contrario, de haberse quedado en Manila se habría despedido de ellas con la sensación de que las abandonaba a su suerte.

Aquel cerro les proporcionaría las raíces de las que él se alejó para vivir de otra manera. Un espacio familiar y seguro, reconocible, propio. Un lugar al que poder volver desde cualquier punto del mundo.

60

Desde la oficina de telégrafos de Singapur, Munda envió cuatro telegramas, uno con destino a Alejandría, otro a Toledo, otro a Puerto de Vega y otro a Manila, a la calle Real esquina con Magallanes. El último no lo firmó. Sólo decía tres palabras, «escala en Alejandría».

Mientras permaneció en tierra, acompañada de su hermana Alejandra, no perdió la esperanza de encontrarse con Manuel.

Le imaginaba en el café donde le escribió la carta que le entregó al cabo primero para ella; escondido detrás de alguna puerta para salir a su encuentro cuando menos lo esperase; en la pasarela del barco; en el muelle; o en cualquiera de las calles que desembocaban en el puerto.

Estuviera donde estuviese esperándola, Manuel no podía dejar sin respuesta el mensaje que debería haber recibido a través de la voz ronca del tagalo. «No quiero palabras». Pero tampoco en Singapur se cumplieron sus deseos.

Nada más regresar al barco, el primer oficial les transmitió un recado de Mariana para que acudieran al camarote de su padre. Su hermana las esperaba con los ojos llenos de lágrimas.

—Está muy mal, no dejéis que hable mucho. Quiere veros por separado.

El marqués se despidió de cada una de ellas entre pequeños golpes de tos que apenas le dejaban hablar.

A su hija pequeña le rogó que no abandonase el violín, hacía mucho tiempo que no la oía tocar; a Munda le entregó una llave y le pidió que guardase con el mayor de sus celos los libros que le dejaba en herencia. Ella sabía cómo debía conservarlos, como si se tratase de un tesoro.

—No encontrarás la verdad en ninguna parte, pero no dejes de buscarla.

Dos semanas más tarde, cuando el *Isla de Luzón* se encontraba a punto de avistar la costa de Alejandría, don Francisco de Asís Camp de la Cruz y Suárez de la Alameda, decimoséptimo marqués de Sotoñal, cerró los ojos para siempre.

En ese mismo momento, el vapor de la señorita Inés enfilaba hacia la embocadura del puerto oriental, con la intención de acompañar al buque en las maniobras de aproximación al muelle.

Sobre la cubierta del vapor, dos figuras vestidas de blanco permanecían con la mirada fija en un punto que se acercaba desde la línea del horizonte. Ella, con una blusa blanca de encaje abotonada hasta el cuello y una falda de muselina, del mismo color, repleta de lazos; él, con un traje de lino, en cuyo bolsillo superior de la chaqueta se dejaba ver la punta de un pañuelo, y con una corbata negra; los dos llevaban el sombrero en la mano y contenían la emoción del encuentro.

Manuel se hallaba en Alejandría desde la semana anterior. Ni siquiera conocía la existencia del telegrama que Munda había enviado a la calle Magallanes, ni el recado que debería haberle entregado el tagalo de voz ronca si hubiera tenido ocasión. Pero no la tuvo. Él había salido de Manila dos semanas antes que la familia Camp de la Cruz, al día siguiente de escribir la última carta que Munda guardó en su escritorio sin abrir.

Viajó en el mismo barco que solía utilizar en sus desplazamientos por las islas para atender a sus enfermos, un pequeño vapor, propiedad de su padre, que formaba parte de una red a la que también pertenecía el barco de la señorita Inés. Embarcaciones capitaneadas por hermanos de distintas logias, que siempre estaban dispuestos para ayudarse mutuamente cuando alguien les necesitase. Numerosos Hijos de la Viuda Punang habían logrado escapar de las garras del comandante Ribó sirviéndose de las travesías encadenadas de aquellos barcos: de la isla de Luzón a la de Mindanao, y de allí a Singapur, Sri Lanka, Maldivas, Bombay, Suez, Port Said y Alejandría, donde el vapor de la señorita Inés enlazaba con otras redes que cubrían las rutas occidentales. En total, más de una veintena de barcos, desde pesqueros hasta mercantes, pasando por embarcaciones de recreo y grandes buques de

pasajeros, en los que prácticamente se podría dar la vuelta al mundo con una invisibilidad casi absoluta.

Manuel sabía que el *Isla de Luzón* repostaría en Singapur, como era habitual, pero desconocía los cambios de planes de la familia del marqués y el empeoramiento de este. Llegó a Singapur con dos semanas de ventaja sobre el buque de pasajeros. Su primera intención fue la de esperar allí a Munda e intentar embarcar en el buque con la ayuda del capitán, quien, aunque no se había iniciado todavía en ninguna logia, y nunca había participado en las estrategias de fuga, no ocultaba ante nadie sus simpatías por los venerables hermanos masones.

Estaba seguro de que el capitán no le negaría la posibilidad de permanecer a bordo durante el carboneo, para entrevistarse con Munda, pero, al llegar a Singapur, le esperaba un telegrama de su contacto en el palacete de don Francisco. El criado de voz ronca le informaba del registro que la Guardia Civil acababa de realizar entre las pertenencias del marqués, y le advertía sobre la presencia en el buque de dos agentes de paisano, que vigilarían todos los movimientos de Munda desde el mismo momento en que embarcase. Si el doctor Rubio se acercaba a ella, tenían órdenes de detenerle.

Manuel se decidió entonces a esperarla en la bocana del puerto de Alejandría, en el vapor de la señorita Inés, donde le sería fácil encontrarse con el *Isla de Luzón* y burlar la vigilancia de los hombres de Ribó sin poner en peligro a Munda. Probablemente, cuando los dos barcos se encontrasen, el marqués aceptaría trasladarse por unas horas al vaporcito para recordar otros tiempos con su examante, y, con la excusa de que la señorita también necesitaba hablar con ella, Inés podría convencer a Munda para que acompañara al marqués hasta su barco. Él la esperaría escondido en el camarote. Una vez que Munda pisara el vapor de la señorita, ya no habría escapatoria, tendría que escucharle.

Hablarían en medio del mar, sin espacios íntimos que se interpusieran entre ellos, ni peligros de que alguien pudiera encontrarlos juntos, como sucedió en las habitaciones de Munda.

Sólo el mar. El mismo mar en el que se descubrieron el uno al otro. El mismo cielo. El mismo azul.

Desde Singapur, Manuel navegó hacia Alejandría con la esperanza de llegar a la ciudad antes de que el *Isla de Luzón* llegara a Port Said. De esta forma tendría tiempo de avisar a la señorita Inés de que la familia del marqués se dirigía a Barcelona, y podría poner en marcha su plan de salir al encuentro del buque. Todavía no sabía que, en el palacete de la señorita Inés, se recibiría un telegrama días antes de su llegada. No podía saberlo. No sabía que Inés iría con él hacia la bocana del puerto oriental, sin saber todavía que el marqués no podría embarcar en el vaporcito. Ya no sería necesario que él se ocultase en el camarote, ni que nadie convenciera a Munda para que acompañase a su padre. No. No lo sabía. Como tampoco sabía que Munda les saldría al encuentro en un bote del *Isla de Luzón* cuando los dos barcos se avistasen.

Ella iba a mirarle desde la cubierta del buque, con los ojos sorprendidos y húmedos. Iba a mirarle con tanta tristeza que ni él ni la señorita Inés necesitarían siquiera intuir qué había ocurrido. Manuel no sabía que sería ella misma quien le pediría al capitán que le preparase el bote en el que trasbordaría al pequeño vapor, para darle personalmente a Inés la noticia a la que no pudo adelantarse. No. Inés no llegó a tiempo, pero él todavía no lo sabía. Él salió de Manila después de entregar la última carta para Munda, cambió de barco una docena de veces, mientras la familia del marqués preparaba su mudanza, y llegó al palacete de la señorita Inés sin saber que la familia alteraría su ruta debido a la enfermedad del marqués.

Lo único cierto para él era aquel viaje, que emprendió con la esperanza de conseguir que Munda le mirase a los ojos. Casi un mes de travesía para tratar de sorprenderla en el cascarón de un barco, en medio del mar, de donde no podría pedirle que se marchara.

Más que a ninguna otra persona, a Munda le dolía tener que decirle a la señorita Inés que su padre había muerto. Cuando la vio vestida de blanco en la cubierta de proa, deseó que aquel luto no hubiera significado más que la constatación de una protesta, una forma de negarse a su viudez y a la ausencia de sus hijos, pero no era así, aquel blanco no sólo significaba una

reivindicación, sino una forma de decir que todavía sufría, que aquella herida seguía abierta, y latiendo.

Se separó del marqués porque no quería cifrar su felicidad en ningún hombre, y sin embargo había centrado su vida en la ausencia de todos ellos. Y ahora, cuando se aproximaba el buque que podría haberle devuelto la posibilidad de reencontrarse con don Francisco, los ojos de Munda le decían que había llegado tarde. Aquellos ojos tan tristes.

Munda la miraba a ella y después miraba a Manuel. Mientras el *Isla de Luzón* y el vapor se acercaban, mientras ambos echaban el ancla, mientras ella subía al bote que la trasladaría de una embarcación a otra, Munda los miraba. Inés nunca supo por ella la causa de su distanciamiento. Ni una sola carta desde que salió de Alejandría, ni unas líneas añadidas a las que le enviaba de vez en cuando don Francisco, ni un recuerdo de su parte, ni una explicación de por qué su despedida consistió en un beso de compromiso. Nada.

Aunque no le hacía falta. Ella vio cómo les miraba en el puerto el día en que se marchaban a Manila; la vio en el muelle, presenciando una despedida que no podía engañarla; y en la borda, cuando señalaba el edificio de Capitanía, donde se había detenido la berlina de la Pícara Lola; y la vio después, antes de que ella cruzase la pasarela del barco y levantase la mano por última vez, sin girarse, para que don Francisco no descubriera cómo le brillaban los ojos.

Ella misma le había enseñado a deducir, a aplicar la lógica.

Les había descubierto, y, con toda probabilidad, su disgusto se debiera más al hecho de que se lo hubiesen ocultado que al desacuerdo con la relación que les unía, Munda sería incapaz de recriminarle a su padre que fuera feliz, y también se mostraba dolida con él.

Pero ahora la miraba desde el bote que las estaba acercando como si nunca hubiera existido aquella distancia, como si esperase su abrazo para llorar lo que aún no había llorado, como dos personas a las que les une la misma pérdida y sólo en presencia de la otra son capaces de llenar el vacío que las ahoga. Pero Munda no lloró.

Cuando el bote se situó junto a la escalerilla del vapor, Manuel se colocó en la borda con los brazos extendidos, con medio cuerpo en el aire, inclinado hacia ella, ofreciéndole ayuda para subir. Munda esperó hasta el último tablón de la escala para sujetarse por sí sola a las cuerdas que servían de pasamanos. Llevaba los ojos clavados en la señorita Inés, pero cuando llegó al final de la escalerilla y puso el pie en la borda, ambas mujeres dirigieron su mirada hacia él como si se hubiesen puesto de acuerdo. Entonces él la cogió por la cintura, y ella se dejó abrazar. Manuel la sentía temblar, acurrucada contra su pecho, pero también sentía cómo trataba de controlarse.

Había cambiado desde la última vez, ya no buscaba su abrigo como antes, ni la protección de sus manos rodeándole la cara. Se refugiaba en él, sí, pero no como si estuviera desvalida, ni como si él pudiera calmarle la pena. Se apretaba contra él abandonada en un gesto donde no se precisaban palabras, segura de que aquel hombre era suyo, y que había cruzado el mar sólo por ella.

El viento se escuchaba entre las chimeneas del vapor, y se mezclaba con el olor a salitre y con la humedad que se colaba por todos los poros. No hacía frío, pero Munda no dejaba de temblar. Se aferró al cuerpo de Manuel y hundió la nariz en su traje de lino.

—¿Dónde está tu olor a tabaco?

—He dejado de fumar.

—Mal hecho. Ahora no podré saber cuándo me sigues.

—No hace falta. Te seguiré siempre.

Manuel le rozó el lunar del hombro como si lo estuviera dibujando.

—¿Estás bien?

—No. Pero no me queda otro remedio que parecerlo.

—¿Y tus hermanas?

—Las dos son fuertes, pero tendré que cuidar de ellas por una temporada. Lo siento, no podré viajar a Cuba por ahora.

—No importa, volveré a pedírtelo cuando Filipinas sea una tierra libre. He de volver a Manila. ¿Me esperarás?

—Es lo que he hecho siempre. ¿Acaso lo dudas?

—No. Me consta que eres una mujer paciente. ¿Aún continúas queriendo ingresar en una logia?

—Así es.

—Serás una buena masona, Esclaramunda, la paciencia es una de nuestras mejores virtudes. Munda abrazó a la señorita Inés en la seguridad de que ella tampoco necesitaba palabras. Cuando se comparte el dolor, después de haber compartido la utopía y las ansias por acercarse a la verdad, aunque sólo fuera para rozarla, no hay nada que pueda sustituir al calor del reencuentro. Pero aun así, aunque supiera que la señorita Inés tampoco quería palabras, Munda no podía callar. La necesidad era suya.

—Lo siento, no supe entenderos. Debiste de quererle mucho.

Inés no contestó. Permanecieron abrazadas hasta que el *Isla de Luzón* hizo sonar su sirena, la señal para que Munda regresara a bordo. Aquel sonido les devolvió al dolor que ambas compartían. En un segundo, regresaron de sus paseos por el Palacio de Montazah, de sus tardes de playa, de sus compras en el zoco, de sus conversaciones en el jardín del palacete del marqués, mientras le esperaban para salir a navegar en el vaporcito. Cuando escuchó el segundo aviso, Munda se separó de ella, cogió sus manos entre las suyas y las besó.

—Nos veremos en tierra. Él te quiso más de lo que yo era capaz de admitir.

Antes de subir al bote, volvió a abrazar a Manuel. —Te esperaré en el Cerro del Emperador. Querido, no tardes.

Horas después, Munda desembarcaba con sus hermanas y su sobrina, tras el féretro que guardaba los restos de su padre. Vestida de negro, serena, dulce, como si hubiese aprendido que la diferencia entre la vida y la muerte no es una frontera que separa, sino el punto que necesita una línea recta para alcanzar el equilibrio.

Todo Alejandría sabía ya que el marqués había muerto. Sus amigos del Consulado esperaban en el muelle, y su madre, recién llegada de Toledo, advertida por el telegrama que Munda le envió desde Singapur, se arreglaba para asistir a la misa funeral. La acompañaba una numerosa representación de la familia y algunos amigos de su marido. La marquesa viuda lloraba

desconcertada. A pesar de lo alarmante de las noticias que recibió de su nieta hacía dos semanas, nunca pensó que no llegaría a tiempo de despedirse de su hijo. Había conseguido viajar más rápido de lo habitual. De Toledo a Alicante en tren, y de allí a Alejandría en un barco alquilado de vapor que utilizaba a veces su marido para enviar correos urgentes a sus delegaciones en Egipto. Pero la prisa por llegar no acorta las distancias, y su hijo no pudo esperar.

Manuel acompañó a Munda cuando la comitiva marchó entre los deudos que esperaban en el muelle. Todos vestidos de negro, a ambos lados de un camino que terminaría en la misma iglesia donde habían despedido a su madre once años atrás.

La señorita Inés asistió sola al entierro. Había cambiado el color de sus ropas por el negro riguroso, un negro que la hacía parecer más alta, más delgada, más avejentada. Llevaba el pelo recogido en un moño que cubría con un velo, y la pechera del vestido le desdibujaba las formas que desearon más hombres de los que ella quiso provocar.

Nadie la reconoció, pero ella continuaba debajo de aquel luto que nunca fue su luto, de aquel peinado con el que parecía la marquesa que no quiso ser, de aquel velo negro. Nunca más volvería a vestir de blanco, ya no era necesario.

Munda la saludó con la cabeza cuando la comitiva pasó junto a ella en dirección al edificio de Capitanía. Después del entierro, acompañaría a Manuel a la bocana del puerto, donde él trasbordaría al vapor en el que iniciaría el viaje de vuelta a Manila, embarcación tras embarcación, para seguir participando en las actividades de los Hijos de la Viuda Punang, al lado de su pueblo mestizo.

Los hombres del antiguo consulado de su padre levantaron a hombros la caja y la introdujeron en la carroza que encabezaría el cortejo. En la iglesia donde se celebraría la misa *corpore insepulto* esperaba ya la marquesa viuda, al lado de su familia y de los representantes del resto de las legaciones diplomáticas de Alejandría.

Munda ocupó un coche descubierto junto a Manuel, sus hermanas, y la pequeña María Francisca. Antes de salir del puerto, buscó al fondo del

muelle una berlina. Apenas podía divisarse entre la multitud, que inclinaba la cabeza al paso del féretro, pero allí estaba, ocupando el lugar que siempre habían reservado para ella.

Días después del entierro del marqués, en Filipinas, los insurgentes lanzarían el Grito de Balintawak, su grito de independencia, con el que los miembros del Katipunan harían pedazos las cédulas de propiedad de los terrenos, consideradas como símbolos de subyugación. Algunos decían que aquella sociedad secreta, nacida de una pequeña fraternidad de Manila, sumaba más de treinta mil miembros, otros hablaban de quinientos mil, pero fuesen treinta o quinientos, la colonia española se derrumbaba, después de un vasallaje de más de trescientos años.

A causa de la revuelta, el doctor Rizal, que se dirigía en barco hacia Cuba tras conseguir que le conmutaran el confinamiento de Mindanao, fue acusado de instigar la insurrección y devuelto a Manila.

Su Liga Filipina, que perseguía cohesionar a los tagalos en la conciencia de una identidad común, y de la que salieron algunos miembros fundadores del Katipunan, siempre se opuso a la lucha armada, pero Rizal fue juzgado y condenado, acusado de haberse convertido en el alma de la rebelión.

Murió en una ejecución pública en el parque de la Luneta, ante un pelotón de fusilamiento en el que obligaron a disparar a ocho soldados indígenas, bajo la amenaza de ser ejecutados por sendos guardias civiles que se situaron a su espalda.

Los enfrentamientos armados se extenderían por el archipiélago en cuanto se conoció la noticia. El marido de Mariana y el comandante Ribó defenderían la bandera española al lado de otros soldados que creían en el honor de la patria, y que no pudieron pagar seis mil reales por librarse de una guerra que terminó para todos dos años después, con la victoria del pueblo tagalo. Para todos, menos para un batallón de Cazadores atrincherado en Baler, que no supo que se había firmado el armisticio hasta once meses más tarde.

Los últimos militares españoles en Filipinas recibirían honores de los vencedores, tras haber permanecido sitiados en la iglesia de Baler durante casi un año, sin saber que España había perdido definitivamente la colonia.

Trescientos treinta y siete días. Olvidados, sin municiones, sin víveres y sin esperanza de auxilio, pero defendiendo su posición como auténticos héroes.

Mientras tanto, en la metrópoli, los atentados y los fusilamientos no dejaban de cobrarse vidas, entre ellas la de Antonio Cánovas, cuya muerte sería el principio del fin del sistema de alternancia en el poder entre liberales y conservadores, que imperaba en España desde la Restauración borbónica.

Y en el Cerro del Emperador, ajenos por completo a los sucesos que terminarían con los últimos vestigios del imperio de un rey que le dio su nombre a Filipinas, se esperaba la llegada de las hijas del marqués de Sotoñal como el regreso de las hijas de la indiana. Las hijas de la niña que vino de Cuba con el enigma grabado en sus ojos. Y como ella, sus hijas y su nieta no sólo llevarían el enigma grabado en los ojos, llevarían también otras tierras, otras costumbres, otros mundos que guardar en la memoria.

Las cuatro juntas, las cuatro parecidas, las cuatro diferentes. Las cuatro filipinianas.

Agradecimientos

A José Rizal, por *Noli me Tangere*, por *Cómo se gobiernan las Filipinas* y por *El último adiós*.

A Jesús Valbuena por sus *«Primeros» de Filipinas*, y por todos los textos que me proporcionó sobre los héroes de Baler.

A Manu Leguineche, por *Yo te diré: La verdadera historia de las últimas Filipinas*.

A Antonio Román, por *su película Los últimos de Filipinas*.

A Isaías Lafuente, por *Clara Campoamor*.

A Johann Gottlieb Fichte, por *Filosofía de la masonería: Cartas a Constant*.

A Enrique M. Urefta, por su biografía de Krause.

A Spinoza, por *Ética*.

A Benito Pérez Galdós, por *Tristana* y por *El Grande Oriente*.

A Leopoldo Alas Clarín, por *La Regenta*.

A Emile Zola, por *Nana*.

A Gorki, por *La Madre*.

A Gustave Flaubert, por *Madame Bovary*.

A Mario Vargas Llosa, por *La orgía perpetua*.

A Leon Tolstoi, por *Ana Karenina*.

A Miguel Villalonga, por *Miss Giacomini*.

A Maria Teresa Álvarez, por *Isabel II*.

A Concepción Núñez Rey, por *Colombine*.

A Pedro Álvarez Lázaro, por *La mujer masona española*.

A Miguel Veyrat, por *Babel bajo la Luna*.

A José Antonio Marrero Cabrera, y sus *Últimos de Filipinas*.

A las Exposiciones de «Filipinianas» y «La Piña, el Tejido del Paraíso», que me acercaron a Filipinas.

A Guy de Forestier por *Mis queridos mallorquines*.

Y para Dulce, por supuesto.



INMA CHACÓN. Nació en Zafra, Badajoz en 1954. Es doctora en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid y profesora de Documentación en la Universidad Rey Juan Carlos. Ha sido decana de la facultad de Comunicación y Humanidades en la Universidad Europea.

Fundó y dirigió la revista digital *Binaria: Revista de Comunicación, Cultura y Tecnología*, y fue directora del Doctorado en Comunicación, Auge Tecnológico y Renovación Sociocultural. *La princesa india* fue su primera incursión en el mundo de la narrativa. Con esta novela Inma Chacón rinde homenaje a su hermana Dulce.

A su primera novela, le siguieron *Las filipinianas*, *Nick*, una novela juvenil donde se cuenta una historia de amor a través de la red, *Tiempo de arena* finalista del Premio Planeta 2011 y *Mientras pueda pensarte*, publicada en 2013. También ha publicado los poemarios *Alas*, *Urdimbres* y *Antología de la herida*.